

ISSN: 2340-8332

julio-diciembre/ 2013/#1

Asociación Cultural miNatura Soterranià

Revista Tiempos Oscuros *Una visión del Fantástico Internacional*

ISSN: 2340-8332

Dirección postal:

Avenida del Pozo 7 San Juan de Moró, 12130, Castellón de la Plana, España.

Las colaboraciones deben ser enviadas a: revistatiempososcuros@yahoo.es

Pueden seguir nuestra publicación a través:

http://www.servercronos.net/bloglgc/index.php/tiempososcuros/



Al Vlado[1]

Con tal enfoque apriorístico, hablar de ciencia-ficción cubana parecería solo un jocoso contrasentido, en el mejor estilo de los que enunciara Umberto Eco en su novela El péndulo de Foucault: la Urbanística Gitana o la Hípica Azteca. Si los gitanos no tienen urbanística porque viven viajando y no tienen casas, o si los aztecas no podían tener una hípica porque sólo con la llegada de los españoles conocieron los caballos... pues, vamos ¿CF en Cuba? ¿Es una broma, verdad?

José Miguel "Yoss" Sánchez; *Marcianos en el platanar de Bartolo: Un análisis de la historia y perspectivas de la ciencia ficción en cuba al final del segundo milenio*.

Tiempos Oscuros era una idea que me venía dando vueltas desde hace mucho rato ya, no es un paso de adulto[2] la creación de una revista sobre cuentos más extensos del fantástico en general (ciencia ficción, horror, fantasía y todas la variaciones que puedan aplicarse) en una red ya bastante sobresaturada de *e-zines* profesionales o no.

[1] Aunque tus cuentos se perdieran los que te conocimos sabemos que eras el *Mejor Escritor Negro de Cuba* (título que nadie podría quitarte)

[2] No, no amigos míos la revista digital miNatura no quedará relegada a un segundo plano.

¿Qué distinguirá a la Revista digital Tiempos Oscuros de las demás?

Cada número será un especial dedicado a un país determinado (Argentina, España, etc.) donde aparecerán los mejores textos de cada nación. Iluminados por los más destacados ilustradores del momento.

Sobre las publicaciones digitales del Fandom en Cuba[3]

Al principio fue *Axxón* (Eduardo J. Carletti y Fernando Bonsembiante, Argentina, 1989) y vimos que *Axxón* era bueno y nos dispusimos a copiarlo y así nació *I+Real* (Bruno Henríquez, 1994) publicación digital que se distribuía en diskettes de 8". Más desconocida fue la revista *Pixel* (Orlando Vila García, 1995) de la que apareció un solo número.

Nexus (Vladimir Hernández, Fabricio González y Yoss, 1997), tres únicos números.

Revista Digital miNatura (Ricardo Acevedo Esplugas, 1999), oficialmente la publicación digital dedicada al fantástico más antigua de la isla.

Disparo en red (Javier de la Torre y Erick J. Mota,), fanzine digital gratis, de frecuencia mensual, editado por el Grupo de Creación ESPIRAL. Publica cuentos y artículos de autores cubanos y extranjeros, información sobre el estado del arte del género dentro y fuera de Cuba.

Qubit (Raúl Aguiar, 2005), revista especializada en literatura y pensamiento ciberpunk, con números especiales dedicados a la ciencia ficción latinoamericana.

Korad: *Revista de Fantasía y Ciencia Ficción* (Raúl Aguiar. Co-editores: Elaine Vilar Madruga, Jeffrey López Dueñas y Carlos A. Duarte Cano, 2010), publicación del Taller Literario Espacio Abierto, ahora todos sus números pueden buscarse y descargarse desde el Blog de Daína Chaviano.

Cuenta Regresiva (Leonardo Gala Echemendía, 2011.). Creada en el seno del proyecto DiALFa-Hermes.[4]

Ciencia Ficción ¿En Cuba?

Era apenas un joven *friki* (en los 80 el concepto era más bien peyorativo) que releyendo *Juventud Técnica*, la única publicación que ha mantenido fielmente al menos la aparición de un cuento de ciencia ficción, encontré una nota en la que anunciaba la existencia de un taller

[3] Oficialmente la primera y única (solo salió un número) publicación en papel fue *Nova* dirigida por Daína Chaviano, Chely Lima y Alberto Serret a mediado de los 80.

[4] También existen actualmente varios boletines más o menos estables: Onírica (2001); *Estronia* (2005); *La Voz de Alnader* (2006) y el movimiento *otaku* cubano está aumentando su aparición con *Akiba-Tan* (2013) para citar al menos un ejemplo.

sobre el género. Allí tuve la suerte de conocer a Roberto Estrada, Fumero, Nelson Román, Raúl Aguiar, Bruno Henríquez, Yoss (que aún no se le conocía por el Yoss), El Vlado (¡Mi gran amigo negro! como le decía cariñosamente), Orlando Jorge entre otros. Ahora tengo la suerte de poder incluir a algunos de ellos[5] en **Tiempos Oscuros** que ahora lucen premio: UPC, Alberto Magno y una excelsa finalista al Planeta.

Vinieron los 90 y El Hueco Negro (o más amorosamente Negro Hueco) donde se incorporarían: Michel Encinosa, Vladimir Hernández o Juan Pablo Noroña para citar algunos.

Luego de otro periodo de silencio en medio de otra “primavera cienciaficcionera” se crearía el Taller Espiral (2001) entrarían más chicas –siempre escasas en el movimiento- Sigrid Victoria y Anabel Enríquez.

Tiempos Oscuros es mi modesto homenaje a estos 23 escritores y a todos los que vendrán en Cuba y a todas Partes.

No puedo cerrar esta editorial sin agradecer a todos los ilustradores, concept art, modeladores 3D, diseñadores 3D, escultores, *matte paint* que tan generosamente han ofrecido su obra para dar vida a este proyecto:

Ballester Zuaznábar, Abel (Cuba)

Belushi, Pedro (España)

Carper, Mario César (San Fernando, Buenos Aires, Argentina)

Castelló Escrig, Rafa (España)

Charro Martínez, Javier (España)

Colucci, Alejandro (Uruguay)

Devon, Zelda (EE.UU.)

Días, Aquiles (Portugal)

Ernault, Geoffrey (Francia)

Faini, Edvige (Italia)

Gabelko, Bogdan (Rusia)

Gastañaga, Ángel Benito (España)

Gionis, Anastasios (Grecia)

González Gómez, Jonathan (España)

---

[5] Al contrario de mi admirado Robert Heinlein no considero que mis colegas fueran unos: *"A bunch of neurotic, selfish, childish, insensitive and unimaginative, vicious bunch of jerks"* (carta, 1945). Pero de todo debe haber en la viña del señor.

Guan Yu Chen (Taipéi, República de China)

Inshoo (Corea del Sur)

Korpi, Tuomas (Finlandia)

Komixmaster (Colombia)

Lee, Evan (Taiwán)

Lunter, Titus (Holanda)

Moffitt, Chris (EE.UU.)

Gal Or (Israel)

Pavelec, Jim (EE.UU.)

Powell, Jonathan (EE.UU.)

Rafater (España)

Raphaello Art

Stanculescu, Lucian (Rumania)

Uccelli, Valeria (Italia/ Argentina)

Urschel, Jan (Alemania)

YongSub-Noh (Corea del Sur)

Williams, Allen (EE.UU.)

Zawadzki, Dariusz (Polonia)

Darle las gracias a mi esposa y co-directora Carmen Rosa Signes Urrea y del equipo editorial del que me he rodeado Cristina Jurado Marcos y Pablo Martínez Burkett por confiar en mí y estar casi tan locos como yo.

Deseo que **Tiempos Oscuros** sea solo el nombre de una publicación y no de una nueva era de ignorancia y violencia.

Ricardo Acevedo Esplugas

San Juan de Moró, Castellón de la Plana, España

CONVOCATORIA

CONVOCATORIA SELECCIÓN DE TEXTOS TIEMPOS OSCUROS Nº2

Tras el lanzamiento de la Revista Digital Tiempos Oscuros *Un panorama del Fantástico Internacional* (distribución gratuita y sin fines de lucro) ponemos en conocimiento de todos los interesados de la preparación del segundo número. Si para el primero fue una muestra de la literatura fantástica de ayer, hoy y siempre en Cuba, anunciamos que para el número 2 deseamos contar con una amplia representación de otro país hermano, en esta ocasión **Argentina**.

Es por ello que todos aquellos escritores argentinos que deseen participar en la selección de los 20 textos que compondrán el número dos de la revista digital Tiempos Oscuros deberán atenerse a las siguientes bases.

BASES

1. Podrán participar todos aquellos escritores argentinos, residentes o no en su país de origen, con obras escritas en castellano.

2. Los textos deberán ser afines al género fantástico, la ciencia ficción o el terror.

3. Los trabajos, cuentos de entre 5 a 10 páginas y poemas, deben estar libres de derechos o en su defecto se aceptarán obras con la debida autorización del propietario de los derechos de la misma.

4. Los trabajos deberán enviarse en documento adjunto tipo doc (tamaño de papel DinA4, con tres centímetros de margen a cada lado, tipografía Time New Roman puntaje 12). Dicho archivo llevará por nombre título + autor de la obra y junto a él se incluirá en el mismo documento plica que incluirá los siguientes datos: título del cuento, nombre

completo, nacionalidad, dirección electrónica, declaración de la autoría que incluya el estado del texto (si es inédito o si ha sido publicado, en este segundo supuesto deberá incluir dónde se puede encontrar y las veces que ha sido editado, tanto si es digital como en papel, y si tiene los derechos comprometidos se deberán incluir los permisos pertinentes). Junto a todos estos datos también pedimos la inclusión de un breve currículum literario que será publicado en la revista y una fotografía del autor si lo desea para el mismo fin.

5. En ningún supuesto los autores pierden los derechos de autor sobre sus obras.

6. La dirección de recepción de originales es:

revistatiempososcuros@yahoo.es

En el asunto deberá indicarse: COLABORACIÓN TIEMPOS OSCUROS Nº2-

7. Las colaboraciones serán debidamente valoradas con el fin de realizar una selección acorde con los intereses de la publicación.

8. Los editores se comprometen a comunicar a los autores, que envíen sus trabajos, la inclusión o no del texto en la revista. Nos encantaría poder incluirlos todos pero nos hacemos al cargo sobre el volumen de textos que se pueden llegar a recibir.

9. Todos los trabajos recibirán acuse de recibo.

10. La participación supone la total aceptación de las normas.

11. El plazo de admisión comenzará desde la publicación de estas bases y finalizará el 1 de diciembre de 2013. (No se admitirán trabajos fuera del plazo indicado).

INDICE



La Abominación de UR

Por Víctor Hugo Pérez Gallo

Ilustradores: Harpy Town/ *Javier Charro Martínez (España)*

Victoria/ *Jim Pavelec (EE.UU.)*

Nos conocíamos desde la infancia.

Por eso todos se sorprendieron tanto cuando lo maté.

Cuando la policía llegó, solo quedaban restos sanguinolentos y casi irreconocibles de quien en vida fue Miguel Robles, ingeniero en minas; mi amigo de siempre. Y nadie más que yo estaba cerca de tales despojos… así que el juicio fue rápido; la fiscalía lo tuvo fácil.

En realidad, me condenaron a muerte… aunque luego tuvieron la «misericordia» de cambiar mi sentencia: atribuyéndome desórdenes mentales; me enviaron al hospital psiquiátrico.

¿Loco?, ¿yo?

No.

Necios, ellos.

No saben del horror, de la podredumbre nauseabunda, del terror total del que salvé sus mediocres vidas.

Y es mejor que jamás lo sepan.

Existen en el universo fuerzas indescriptibles que dormitan en profundos abismos, esperando la señal para despertarse y diseminar el caos. Formas que existieron antes de los humanos y que sin duda alguna heredarán este planeta, que hoy llamamos nuestro dominio, porque su paciencia las hace capaces de esperar durante eones. Entes poderosísimos, más allá de nuestra comprensión y de toda nuestra orgullosa ciencia materialista.

Yo lo sé.

Yo los he visto cara a cara.

Supongo que el principio de todo podría ser Moa[6].

Allí existe una oscura universidad que se agota en turbios laberintos y cuyo claustro de profesores tiene la triste fama de ser los más raros de Cuba. Miguel me contaba que algunos de ellos negaban la fuerza de gravedad, mientras que varios otros afirmaban haber hallado un elemento químico nuevo. Hasta hubo un físico que tenía un cuadro de Einstein en un latón de basura y lo escupía todos los días. Siempre creí que eran exageraciones suyas y que el Instituto Superior Minero Metalúrgico de Moa era solo una más de nuestras universidades, de las que nuestro país se siente tan orgulloso. Con la única diferencia de que allí se estudian ciencias que están más cerca de la Tierra, de sus abismos insondables.

Esa es la clave, tal vez: Geología, Minas, Metalurgia, son las carreras que se allá se imparten.

Miguel primero se hizo ingeniero en minas en ese instituto y luego se quedó a vivir en la misma Moa.

Así que dejé de verlo por años. Se me hizo un hábito diario preguntar por él. Su madre, llena de orgullo, me decía que era un ingeniero famoso y que trabajaba en una de las minas más profundas del país, un riquísimo yacimiento de cromo situado en una región lejana y selvática llamada Punta Gorda.

Un día supe que había sufrido un accidente o algo así, y que le habían dado de baja por la enfermedad mental que tal suceso le había causado.

Poco después me lo encontré casualmente frente a su vieja casa colonial y me saludó con alegría. A simple vista parecía una persona por completo normal. Solo me sorprendió un poco el que, cuando abrí los brazos y los tendí para estrecharlo como se hace entre buenos amigos, él fingiera no advertir mi gesto y hasta retrocediese un poco.

---

[6] Municipio de la provincia Holguín, fundada en 1963. Se cree que en la lengua arahuaca significa "Lugar de las aguas". Otros creen que significa "Lugar desolado" o "Sitio de los muertos" **[Nota del Editor]**

También advertí que su musculatura perfecta, resultado de tantos años de esforzada gimnasia, y que siempre le envidié, continuara incólume: Miguel era el mismo de siempre, un tipo duro.

Pero por otro lado, la edad parecía haber caído con súbita e inexplicable violencia sobre él; tenía el pelo lleno de canas, y descolorido el tatuaje que desde la juventud adornaba su brazo derecho.

¿Efectos del accidente, quizás?

Como dos amigos cualquiera que se reencuentran, hablamos, reímos evocando viejas andanzas… y al fin me invitó a su casa para tomarnos una botella de ron.

El pobre: no tenía idea de que con esa acción estaba echando la primera paletada de tierra sobre su propia tumba.

El caso es que nos tomamos la botella.

Y la segunda, y la tercera...

Hasta que, no sé a qué hora de la noche, pues ya estábamos bastante borrachos los dos, me invitó a bajar al cuarto de desahogo, donde dijo tener algo muy especial que mostrarme.

El objeto en cuestión no era más que una pequeña roca blanca con forma de rombo cortado a la mitad… pero en manos de Miguel relució de pronto con mil colores que es imposible describir. También me llamó la atención su peso aparente, que se me antojó desmesurado para su pequeño volumen; mi forzudo amigo lo sostenía con ambos brazos, y sus gruesos músculos estaban contraídos.

Recuerdo haber pensado que fingía; ningún mineral de la Tierra podría ser tan denso.

—Ella me habla —dijo Miguel, fijando en mí sus ojos excitados. Y en ese momento lamenté haber dejado que bebiera tanto; nunca me han gustado demasiado los borrachos—. Me habla —repitió, y se rió al ver mi confusión—. ¿No me crees? —y entonces, resollando por el esfuerzo de sostener la piedra con una sola mano, con la otra tomó la mía y la puso encima.

Otra sorpresa; la extraña roca estaba tibia, como si la hubieran sacado del fuego tan solo unos segundos antes.

Desagradablemente tibia, de hecho.

Por puro instinto, aparté la mano como si hubiera tocado un ser vivo, capaz de arañar o morder.

—Víctor, por años fuiste mi mejor amigo… así que voy a contártelo todo —dijo él, con los ojos brillantes,—y, colocando con cuidado la piedra blanca sobre la mesa cercana, cuyas viejas patas crujieron bajo su peso, confirmándome así de paso que debía ser de veras imponente, se lanzó a una convencida perorata:

Todo empezó hace ya tiempo, cuando aún era estudiante de primer año en Moa. Revisando un viejo librero me tropecé por puro azar con los diarios de Mendiola, Raúl y Cuesta, tres profesores que abandonaron la Universidad años antes de que yo ingresara, y en circunstancias bastante misteriosas. Uno muerto, el otro desaparecido, el otro… mejor ni hablar de eso. Lo curioso es que los tres, cada uno sin saber de las elucubraciones del otro, coincidían en suponer que cierto misterioso talismán de extraños poderes, estaba oculto en el subsuelo de Cuba. Más exactamente, en Punta Gorda. No me tomé muy en serio aquella inexplicable seguridad, hasta que, cuando me enviaron justo a ese yacimiento, se me ocurrió buscar el dichoso objeto en mis ratos libres, aunque sin creer en su existencia. Bueno, pasaron los años, y aunque sin obsesionarme, la verdad es que busqué, busqué… y un día tuve éxito donde ellos habían fracasado. Encontré esta… piedra. También, como a ti, me llamó mucho la atención su inexplicable, monstruoso peso. Supongo que no proviene de nuestro planeta. Cuesta especulaba en sus notas que quizás fuera un fragmento del núcleo de una estrella de neutrones. Pero eso no es lo más raro, sino que, como los tres hipotetizaban, y aún no entiendo sobre la base de qué esotéricas informaciones, he descubierto que funciona como una especie de puerta interdimensional. En ciertas circunstancias, genera un… ni sé cómo definirlo… a fin de cuentas, el antropólogo eres tú, tal vez un túnel que nos comunica con otras épocas u otros mundos. Bueno, la encontré en una galería de la mina… o ella me encontró a mí, el episodio fue bastante raro, no te lo contaré en detalle porque algo me dice que no me creerías.Especialmente considerando que cuando la tuve en mis manos, toda esa sección de la mina colapsó de pronto, y perdí el conocimiento bajo los escombros. Era como si una fuerza inexplicable tratara de que aquella roca no saliera a la luz. Los del equipo de rescate que me sacaron de debajo de toneladas de roca confesaron que no entendían cómo había sobrevivido… Por suerte me dio tiempo de esconderla bien antes del misterioso accidente, y luego pude regresar y recuperarla sin mayores problemas. Pero ahora estoy intranquilo desde hace unos días; sé que ellos la

buscan, que saben que la tengo, y están rondando mi casa. Por eso solo salgo de día… y bien armado.

Concluyó, mostrándome entonces lo que escondía entre el cinturón y los pantalones.

Di un respingo, asombrado y, ¿para qué negarlo?, también un poco asustado: era un cuchillo de los que llamamos matavaca, pero tan grande que parecía más bien un machete.

Comprendí al punto por qué no me había dejado abrazarlo; para que no me diera cuenta de que estaba armado.

¿A qué o a quiénes temía mi amigo?

¿Quiénes eran aquellos misteriosos «ellos»?

Empecé a preocuparme. Tampoco me han gustado nunca los locos; intenté calmarlo, pidiéndole que me diera el cuchillo… pero no pude.

—¿Hasta tú piensas que estoy enfermo de los nervios? ¿Tampoco me crees? —dijo con amargura—. Pues ahora te mostraré cuánto te equivocas…

Retrocedí, temiendo que me atacara, furioso. Pero su acción, completamente distinta, me sorprendió: en vez de abalanzárseme agresivo, cuchillo en mano, tan solo se arremangó la camisa hasta el hombro, permitiéndome ver de nuevo el viejo tatuaje de la serpiente con alas confinada en un puño cerrado, ahora con su tinta empalidecida…

Y con un gesto violento, se cortó la palma de la mano, demostrándome de paso que el matavaca no solo era grande, sino que además estaba tan afilado como una navaja de afeitar.

La sangre fluyó, cayendo sobre la mesa, sobre la piedra, que al instante comenzó a brillar en la penumbra. Entonces Miguel sujetó mi mano.

Juro que me resistí, pero no sirvió de nada; él era mucho más fuerte que yo…. Y además, tenía aún el cuchillo Tras breve forcejeo, me obligó a tocar la piedra, que él mismo aferró por el otro lado.

Y ocurrió.

Apenas mi mano rozó la piedra caí como en una especie de somnolencia. Los policías y psiquiatras a los que se los he contado después lo atribuyen al efecto del ron. Pobres diablos sin imaginación, suponen que simplemente caí dormido en el sótano por culpa de la borrachera.

Cómo me habría gustado que así fuera…

Pero juro que no era un sueño, sino una realidad diferente a la que fui a dar. Otro mundo en el que, aun estando presente, no tenía voluntad ni decisión; solo podía mirar y escuchar a través de mis atrasados y humanos sentidos, que tampoco eran del todo míos.

En esa realidad había un hombre atándose la correa de su sandalia y, no sé cómo, pero supe que, de algún modo, ese hombre era yo mismo.

Ya no más Víctor Hugo, el antropólogo que buscaba los secretos de la Semiótica Cultural en las teorías de Clifford Geertz, sino Nimrod, hijo del poderoso Cus. Y Seba, Havila, Sabta, Raama y Sabteca eran mis hermanas y hermanos, padres y madres de futuros poderosos pueblos.

Porque no era yo un Nimrod cualquiera, insisto, sino justo ese Nimrod; el más hábil localizando, persiguiendo y matando toda clase de presas con el arco, la lanza y el hacha. Aquel del que, muchos siglos después, podrían todos leer en La Biblia «vigoroso cazador delante de Yahvé».

Nimrod, el futuro rey de la llanura de Sidar…

Pero eso sería en el futuro; en aquel momento era solo un joven príncipe atándose la sandalia, la espada de bronce en el suelo a su lado.

Fue muy raro. Yo era él y a la vez seguía siendo Víctor, y estaba sobre él y a sus lados, y ya él-yo, tras envainar la espada en la funda enjoyada que colgaba del rico tahalí terciado sobre sus-mis hombros desnudos, bajaba-bajábamos la colina al encuentro de una bella muchacha de pelo negro y le hablaba en una lengua arcaica cuyas palabras no comprendía, pero cuyo significado resonaba sin embargo claramente dentro de mi cabeza.

El extraño poder de la piedra me había permitido burlar el tiempo. Y ahora me encontraba en una época perdida, muchos años antes de Cristo, en un tiempo donde las altas y gruesas murallas de Babilonia, la grande, todavía tenían fresca la argamasa que unía sus piedras.

—¿Babilonia? —dijo la muchacha, que al instante supe que se llamaba Mizraim—, qué cosas tienes, Nimrod… querrás decir Babel —y se rió cristalinamente, mirando una amalgama de casas, por encima de cuyos techos, a lo lejos, se alzaba una alta torre de ladrillo rojo que, por la profusión de andamios que la adornaban, supuse ingenuamente, aún a medio construir.

Yo no supe qué decir ante su corrección, pero ella me dio un beso y se echó a correr hacia Babel.

La seguí, por supuesto. ¿Babilonia? ¿Babel? Qué más daba. Yo era joven, ella también, y además hermosa; sus ojos eran como palomas, sus piernas como gacelas.

Así llegué a la ciudad que no era tal todavía, sino apenas un caos de casas, ánforas de vino, mercaderes fenicios pregonando a puro grito en sus calles, vendedores callejeros de mirra y áloe profiriendo alaridos igual de estentóreos y hetairas con sus sexos oscuros transparentándose provocativos bajo sus finas túnicas de Tiro.

Babilonia-Babel, la grande.

Nunca ha existido urbe que pueda compararse le.

Era mi ciudad y yo su príncipe; todos me conocían y saludaban, a la vez con simpatía y con respeto rayano en la sumisión.

Hasta que me encontré con Nared, el jefe de la guardia real, que me preguntó azorado adónde iba, aconsejándome de inmediato que buscara refugio lejos de las calles, porque se acercaba la caída de la noche y con ella la terrible hora de los efim.

¿Los efim?

Los efim…

Súbitamente supe-recordé quiénes eran y qué hacían y la rabia me enardeció.

Los efim, servidores del dios Tiamek, bilis despreciable de Anu. Antiguos sicarios humanos que habían renunciado a su condición a cambio de la inmortalidad, entrando al vil servicio del malvado hermano gemelo de Tiamat, la horrible diosa serpiente del mar, cónyugue de Kingu, el dueño de las tablillas del destino.

Seres poderosos y fortísimos, de tres metros de estatura, oscuros y alados, que venían todas las tardes a destruir nuestra Torre. Y no era que no hubiera aún finalizado su construcción… es que nos lo habían impedido. Porque estábamos malditos por Tiamek, el envidioso de los hombres.

Recordé mis constantes discusiones con mi padre, el rey Cus, para convencerlo de que había pasado suficiente tiempo desde nuestra derrota, que ya éramos lo bastante fuertes de nuevo y que debíamos enfrentar de una vez y por todas a esos abominables engendros que tenían su sede en la Ur de los caldeos, malditos sacerdotes adoradores de Dagón, Tiamat y Tiamek, con el poder de convertirse en serpientes, escorpiones y otros animales inmundos.

Precisamente a ellos llevaban como tributo sus siervos, los obedientes efim, nuestras mejores mujeres y nuestros productos de la tierra, condenándonos al hambre por temporadas completas. Y no contentos con eso, aún intentaban todos los días devastar los restos de la Torre que resistían a su destrucción.

Como cada día, el crepúsculo era la hora terrible de los efim.

Ya las personas corrían llenas de terror, ya el mercado quedaba vacío. Ya el cielo se oscurecía, más que por el ocaso, por las nubes de alas membranosas de los efim, que arrojaban pesadas rocas y puntiagudos dardos sobre nuestra orgullosa y desgraciada Torre que, de estar a medio construir, pasó directamente a ser ruina sin conocer jamás el esplendor para el que fue concebida.

Porque la Torre fue concebida no solo como un reto a las alturas, sino también a los dioses mismos. Su cúspide debería haber llegado hasta el mismo cielo, y más que por soberbia ni vanagloria, para hacernos famosos. Y para darnos acceso a todo el conocimiento del mundo, volviéndonos semejantes a los dioses que lo atesoraban en las alturas.

Tal había sido el noble plan de mi padre Cus. Era un plan grandioso, sin duda…

Pero Tiamek, dios celoso del creciente poder de los hombres, decidió prohibírnoslo…

Los dioses son falibles y desafiables; aferramos nuestras armas y lo enfrentamos.

Fue una batalla gloriosa, que duró varios días con sus noches… pero al final fuimos derrotados.

Nunca vimos a Tiamek. Los efim, con su fuerza inhumana y su dominio del aire, bastaron para decidir su favor el conflicto.

Y fue la ruina de nuestra ciudad.

Recuerdo confusamente las llamas, la destrucción, los gritos de terror de las mujeres, al orgulloso remate de la Torre cayendo entre nubes de polvo y humo, por entre las que volaban los mismos monstruosos alados servidores de Tiamek que acababan de derribarla.

Aquello había ocurrido tiempo atrás, cuando yo solo era un niño que lloraba y balbuceaba en brazos de su nodriza.

Pero ya habían pasado años de tal desastre.

Ahora yo era un verdadero hombre y no aguantaría más esa afrenta a la dignidad de nuestro pueblo.

Es la ley de la guerra y de la vida. El triunfador que no remata al vencido debe siempre esperar y temer su revancha.

¡Y por Marduk que estaba cansado de todo aquello!

Me quité la mano de Nared de encima y corrí a la Torre. En ese momento escuché un grito; era uno de esos engendros que se llevaba volando a Mizraim hacia la cúspide de la Torre.

No lo pensé dos veces; desenvainé mi espada de bronce y subí de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera de caracol que rodeaba toda la imponente construcción, ennegrecida y quemada años tras año por los fuegos rencorosos desatados por los ataques del séquito de Tiamek… pero aún en pie. Como yo, como nuestra ciudad toda.

Los efim se entretenían en saquear las casas y palacios, abajo, y la gente huía de su terrible presencia.

Como de costumbre.

Pero hoy iban a cambiar un poco las cosas.

Casi sin aliento alcancé la cima de la Torre y allí me enfrenté con mi destino: Robram, el temido líder de los efim.

Todavía puedo recordar sus ojos, de un inhumano rojo encendido. Sus orejas apergaminadas y puntiagudas, su rostro cubierto mil veces de un único tatuaje que se repetía como un patrón blasfemo sobre su piel, confundiéndose con las cicatrices de mil batallas que la laceraban. Su musculatura poderosísima, sobre todo la del pecho, encargada de mover las dos gigantescas alas adosadas a su espalda, erizadas de feroces agujas de hueso.

Entre sus manos de garras terribles, Mirzaim estaba tan inerme como el cordero entre las garras del león. La estaba desnudando sobre la piedra gris, con evidentes y terribles intenciones, pero al escuchar mi grito de batalla se irguió en toda su estatura y soltó una carcajada siniestra y opaca.

—Estúpido humano —me dijo luego—, ¿qué haces? Mejor corre para salvar tu vida y déjame terminar lo que he empezado… no se debe hacer esperar a una dama ¿no? —tras lo que me dio la espalda como a un siervo insignificante.

Ningún príncipe de Babel podía tolerar aquella afrenta.

Mi espada se partió en mil pedazos en su espalda nudosa. Indemne, Robram se volvió lentamente y me dijo, con calmada sonrisa:

—¡Nimrod, hijo de Cus!, ¿hasta cuándo nos estarás importunando? ¿Cuándo te convencerás, gusano, de que la ~~T~~ierra toda es de los efim? Que sus mujeres nacen solo para nuestro placer y que ustedes, viles esclavos apenas si sirven para el sacrificio a nuestro padre Tiamek, el invicto ~~D~~ios de las espadas y los vientos.

Entonces, sin que pudiera impedírselo, se movió tan rápido como la tempestad sobre la estepa, y con una sola de sus manos enormes y de fuerza increíble me sujetó por la cintura y me levantó en peso, sosteniéndome sobre el vacío pese a todos mis forcejeos.

Me creí perdido.

—Hasta ahora habíamos obedecido la orden de nuestro señor Tiamek de respetar tu vida y la de tu soberbio padre, porque el mayor castigo para la altivez de un gobernante no es la muerte, sino obligarlo a ver cómo sufren sus súbditos sin que pueda hacer nada por atenuar su miseria... pero nuestra paciencia tiene un límite, y tú lo has cruzado con tu estúpido ataque. Nimrod, hijo de Cus, morirás aquí —me espetó, siempre calmado, pero ahora mostrando todos sus dientes, más terribles que los colmillos del más feroz de los leones—. Tu cuerpo será comida de perros y cerdos; tus huesos serán polvo y nadie se acordará nunca más de tu nombre. Tu padre morirá junto a tus hermanos, y en vez de tu olvidada dinastía seremos nosotros quienes gobernaremos en toda la llanura de Sidar y en el mundo…

Pero de repente su voz calló; hizo una mueca de dolor y una hoja filosa le brotó ensangrentada del pecho.

Por un largo instante aún me sostuvo, como reacio a creer lo que le ocurría.

Yo también me quedé mirando estúpidamente la punta de aquella espada ensangrentada, hecha de un material oscuro y poderoso, hasta que Robram me lanzó con ligereza casi despectiva al suelo de la Torre, y arrancando con un alarido de rabia el arma de su pecho inmenso, la arrojó al suelo y se volvió para enfrentar a su nuevo enemigo.

El primer deber de todo capitán de la guardia es proteger a su rey y a su príncipe.



Por supuesto, era el fiel Nared, que había subido tras de mí, y tomando la misma espada que el prepotente efim dejara confiado a un lado mientras desnudaba a la muchacha, se la había hundido en la espalda para salvarme.

Buen Nared. Le debo la vida.

Que Marduk lo tenga en su gloria.

Porque su fidelidad le costó cara; como si no tuviera herida alguna, en un instante Robram lo hizo pedazos con sus garras. Pero cuando creía que yo sería el siguiente, echó a volar seguido de los demás monstruos.

Solo entonces me di cuenta de que ya no estábamos solos; la guardia imperial nos había seguido por las escaleras de la Torre y arrojaba nubes de flechas encendidas a los efim para ahuyentarlos, pues los sicarios de Tiamek solo temen al fuego.

Pasando sobre el cadáver aún tibio de Nared, tomé la espada de Robram y la detallé admirado. El hombre moderno que soy comprendió al punto que estaba hecha de acero, algo común en nuestra época, pero inimaginable en tan remota edad.

¡Con razón partía las espadas de bronce como mantequilla!

El arma, larga, curva y de un solo filo, recordaba a una antigua katana japonesa, aunque sin la guarda. Acudió a mi mente una antigua leyenda de Okinawa: dicen que el misterio de la forja de los sables samuráis se lo había entregado a un herrero, a cambio de sus dos hijas mellizas, precisamente un demonio…

Quizás la espada del demonio me permitiera matarlo.

Animado por tan sutil esperanza, levanté el arma ante la multitud que nos miraba y los convoqué a luchar contra Tiamek:

—Pueblo de Babel ¿hasta cuándo soportaremos las incursiones de los sicarios de Tiamek bajando la cabeza y escondiéndonos en nuestras casas como ratas que temen al hurón? ¡Basta ya de darle dócilmente nuestros hijos, basta ya de gemir sumisos bajo su esclavitud! Si pudimos construir la Torre ¡también podremos vencerlos si nos unimos contra ellos! Estos años de paciente resignación han sido el peor de los errores. Pero los hombres son hombres precisamente porque pueden aprender de sus errores. Basta ya de esperar temblorosos las terribles visitas de los efim, perros de Tiamek; los que tengan un corazón en el pecho, los que sientan que no tienen nada más que perder… que me sigan a Ur; vamos a cazar a esos monstruos en su propia madriguera. Y que no haya temor en nuestros pechos, sino júbilo: si morimos, habremos muerto como hombres, como guerreros: luchando. Pero si vencemos, juro que reconstruiremos la Torre, y aún más alta que antes, como eterno recuerdo de nuestra victoria.

Todos gritaron y levantaron espadas, arcos y picas.

Todos menos mi padre, que se encerró en su palacio, aterrado. Cuando lo vi se mesaba los cabellos y su ropa estaba llena de ceniza. Consternado, me dijo que no temía por su vida, porque a fin de cuentas ya era un hombre viejo, sino por la mía, y por la de su ciudad. Me dijo que llevaba el ejército a su destrucción definitiva y que después de mi derrota nuestro pueblo sería esparcido por la faz de toda la tierra.

—No solo te enfrentas a Tiamek, sino a todos los dioses. ¿Acaso no has aprendido la lección que nos costó la Torre? Nosotros, los hombres, no podemos oponernos a los designios de los dioses, hijo mío —fueron sus palabras finales, llenas de temor disfrazado de sensatez.

Confieso que abandoné sus estancias sombrío y pensativo. ¿Estaría tal vez suicidándome junto con todos los que creían en mí? ¿Cómo saber si en la empresa que emprendería al día siguiente me esperaban el fracaso o el triunfo?

Me dormí cavilando al respecto.

Soñé.

Esa noche apareció ante mí Marduk, el Padre de todos los hombres. Venía montado en su carro de siete caballos, y yo empuñaba las riendas a su lado. Como mi padre, el Divino trató de persuadirme de que no enfrentara a Tiamek en batalla, que les dejara eso a los dioses, que bien saben arreglar sus asuntos entre ellos sin necesidad de la ayuda de los simples mortales. Ya le llegaría su hora al malvado…

Me desperté sudado en medio de la madrugada, pero tan firme era mi decisión de matar a Tiamek, a Robram y a los demás efim por todo lo que habían hecho padecer a nuestro pueblo, que decidí no prestar atención al sueño.

Como sabe todo hombre moderno, los sueños son sueños y nada más que sueños…

Partimos al amanecer.

Los caminos para llegar a la Ur de los Caldeos siempre han sido tortuosos, y todo guerrero veterano conoce que mientras más nutridas son las tropas, más lentamente avanzan.

Como marché con el ejército completo, pasaron siete días y siete noches antes de que llegáramos ante sus murallas de más de diez metros de altura.

Para nuestra inmensa sorpresa, no había rastro de los feroces efim, ni tampoco nos esperaba en sus almenas ejército alguno en pie de guerra. Las gigantescas puertas hechas de cedro y roble estaban abiertas de par en par, las calles desiertas, los edificios vacíos.

Tan grande era la ciudad que pasaron otros siete días con sus siete noches antes de que llegáramos a su centro. Sin encontrar rastros de los efim. Mis hombres empezaron a alegrarse, imaginando que habían escapado todos, pero yo no podía creer en tanta suerte y me mantuve vigilante.

Durante aquella semana de marcha, mis hombres y yo pasamos en horrorizado silencio ante construcciones ciclópeas que solo habríamos imaginado en los más locos sueños. Capiteles multicolores, inmensos palacios llenos de pedrería y oro, calles que desembocaban en plazas donde solo había un pozo…

Ah, aquellos pozos…

Varios de mis guerreros más fuertes se atrevieron a beber de ellos, y uno tras otro todos enloquecieron con el agua de esos huecos sin fondo, que parecía limpia, pura y cristalina.

A otros los perdí cuando, llenos de codicia, se aventuraron a entrar en los palacios llenos de riqueza y no salieron más.

Efim o no efim, Ur no es una ciudad amable con los forasteros que se adentran en pie de guerra por sus recovecos. Nuevas y terribles sorpresas nos aguardaban.

Al cuarto día de marcha a través de la ciudad fantasma llegamos a una plaza blanca poblada de árboles extraños que daban una sombra fresca, entre pequeñas fuentes de agua y mesas dispuestas como para un convite con odres de extraños vinos, cúmulo de peces y animales asados y bellas muchachas de pecho descubierto y orejas adornadas con zarcillos de oro, que servían las mesas vestidas apenas con mínimos taparrabos.

Eran las primeras habitantes de Ur que encontrábamos.

No daré detalles… solo diré que casi habría sido preferible enfrentar a los efim. Aquellas beldades parecían humanas, pero en realidad no lo eran, sino bestias feroces con la engañosa forma de ángeles. Perdí a muchos otros hombres en medio del frenesí de la lujuria y la gula.

La lujuria de ellos…

Y la gula de ellas.

Cada día, cada instante pasado me costaba más hombres. Y ni siquiera había aún entrado en combate, ni visto al primer efim. Porque no me hacía ilusiones: tendríamos que enfrentarlos, tarde o temprano.

Pronto caminaban junto a mí apenas un puñado de soldados y supe que por largos siglos se cantaría el fracaso de aquella marcha pero no volví atrás. Eran pocos los guerreros que permanecían a mi lado, pero eran también los mejores, los más fieles, los que habían resistido a todas las astutas trampas y las malsanas tentaciones y hechizos de Ur la maldita.

Con ellos me sentía capaz de conquistar el cielo y hasta el infierno.

Pero incluso a ellos los fui perdiendo. Uno a uno.

A la séptima jornada el ambiente cambió. Y digo jornada porque en realidad no teníamos noción del tiempo, nadie sabía si era día o noche. Los templos y los edificios eran tan altos que casi tapaban el cielo, y solo una tenue luz que parecía llegar de todas partes y a la vez de ninguna, marcaba nuestro camino.

Las bestias que habían fingido ser mujeres nos seguían, en silencio. Mil veces habría preferido que nos atacaran, antes que aquella ominosa, expectante presencia.

Quedábamos solo cuatro del gran ejército que había partido de Babel cuando llegamos a un inmenso espacio vacío en cuyo centro se alzaba un templo de columnas tan gruesas que no habrían cabido en la plaza mayor de nuestra ciudad, y tan altas que se perdían en el cielo.

No tenía techo, o no se le veía, de tan elevado.

Entramos.

Un cántico atonal parecía venir de todas partes. Eran miles de los odiosos sacerdotes de Tiamek, arrodillados ante el santuario y murmurando plegarias a su dios.

Y el aspecto de algunos no era del todo humano.

Uno de mis hombres desenvainó la espada y comenzó a acuchillarlos en un extraño frenesí de furia vengadora. Ninguno de nosotros trató de detenerlo, pero tampoco lo imitó.

Y es que no tenía sentido su furia. Los sacerdotes heridos caían al piso sin defenderse, sangraban y acto seguido se incorporaban y continuaban en su obscena letanía como si tal cosa.

Mató a decenas de ellos… en vano; no se defendían y volvían a alzarse, a seguir invocando. Hasta que el horror fue mayor que la furia, y el soldado cayó arrodillado, exhausto.

Cuando pudo ponerse de pie, volvió sobre sus pasos, aterrado, y los otros lo siguieron. Retrocedieron corriendo hacia la multitud de falsas mujeres semidesnudas que nos seguía desde días atrás, y que los absorbió como antes hiciera con sus infelices compañeros.

Ojalá puedan descansar en paz. Creo que la última expresión que vi en sus rostros fue de alivio; el hambre inhumana de aquellas bestias-mujeres era algo que podían entender.

En cambio, la pasiva incapacidad de morir de aquellos sacerdotes me aterró hasta a mí, lo confieso.

Solo que yo no me rendí. Yo era Nimrod, hijo de Cus, príncipe de Babel; así que, no sé si impulsado por la terquedad, el valor o las simples ansias de venganza, pero seguí caminando inexorable hasta el santuario.

Y ahora las mujeres-que-no-eran-mujeres ya no me siguieron.

El mar de sacerdotes se abría a mi paso, cerrando filas detrás de mí.

Al fin pisé los escalones y comencé a subir, hasta la cumbre, contándolos.

Aunque muy pronto perdí la cuenta de los peldaños.

Tantos eran.

Fue un largo ascenso.

No sé si duró un día, una semana, un mes o un año.

Llegué arriba exhausto, pero aún decidido a todo.

La sala en la cima estaba alumbrada por una luz cuyo origen era tan misterioso como la que me había guiado a través de las calles de la ciudad fantasma.

Lo primero que vi, en el centro de la estancia, fue un altar que era un lecho. Sobre él yacía una muchacha, a la que al punto reconocí como Mizraim. Aunque inmóvil, aún respiraba.

Quise tomarla y huir, pero una risa me detuvo. Y qué extraño fue escuchar aquella alegre carcajada en el lugar al que había acudido a luchar hasta el final, a dar o recibir muerte.

Tras el lecho había un hombre sentado en un trono, tomando parsimoniosamente uva tras uva de una gran fuente situada sobre un escabel a sus pies. Me miraba y saboreaba lentamente cada fruta, dejando caer al suelo las semillas.

Supe que era Tiamek. El señor de los efim. Mi archienemigo.

Señaló despectivo a Mizraim:

—¿Te la quieres llevar?, pues adelante, hazlo —me dijo, y su voz tenía las resonancias de la música—. Pero puedo darte mucho más que eso —se incorporó para acercarse a mí… y desconfiado, yo aferré la espada con tanta fuerza que me dolió—. No creo que eso sea necesario —sonrió—. No quiero hacerte daño. Pídeme lo que quieras y te lo daré. Te ofrezco todos los reinos del mundo y su gloria.

De repente vi innumerables naciones que me rendían pleitesía y legiones enteras de guerreros que conquistaban a sangre y fuego para mí nuevos territorios, mujeres y placeres innumerables.

—¿O prefieres el poder que da el dinero, la senda del mercader y el prestamista?

Ahora vi innumerables fuentes de las que brotaban arroyos de monedas de oro y brillantes piedras y hermosas espadas con hojas hechas de acerada luz y empuñaduras resplandecientes.

Entonces supe que no había sinceridad en su corazón y que intentaba engañarme y distraerme con meras ilusiones. Y decidido a combatir treta con treta, empecé a acercármele muy despacio, manteniendo la boca y los ojos muy abiertos, como si el asombro colmara mi pecho.

Siguió mostrándome cosas, tentándome, y cada vez yo estaba más cerca.

Hasta que casi estuve a su lado. Lo detallé: tenía la figura de un hombre alto y rubio, atlético, pero no excesivamente musculoso. Los ojos de un azul frío, el cabello dorado… muy diferente a mi raza de hombres color del bronce con el pelo rizado y los ojos oscuros.

Era hermoso, pero no me engañaba. La maldad reptaba en su corazón, si es que un dios puede tener un corazón.

Me abrazó como un padre a un hijo, diciéndome:

—Nimrod, hijo de Cus… amigo mío; puedes tener lo que quieras, mujeres bellas, ejércitos, riquezas, hermosos adolescentes… Solo arrodíllate y adórame.

Para el hombre moderno que de algún modo seguía siendo, aquella podría ser la solución perfecta a todos los problemas. Evitar el conflicto final de imprevisible desenlace. Negociar. Rendirse al poder superior. Cooperar con lo inevitable. Enriquecerme.

Pero el guerrero que había en mí no quería evitar, ni negociar, ni rendirse, ni cooperar, ni aceptar lo inevitable.

Solo quería venganza.

No obstante, por un momento hasta Nimrod vaciló, y lo sé porque yo también soy él.

Por eso sonreí, abracé al Dios Tiamek, y lo besé, le dije «¡que así sea!»… y entonces le clavé hasta el mango la acerada espada de Robram en la espalda.

Fue un golpe traidor, pero no me arrepiento.

Traicionar a un pérfido que había usado sucias ilusiones para vencerme no era deslealtad.

Súbitamente los muros cayeron y yo estaba en una habitación infinita, llena de paredes rojas, llamas a mi alrededor, gritos de los condenados quemándose eternamente y rodeado de los terribles efim y entonces pude ver la verdadera imagen de Tiamek…

Que es indescriptible. Porque él era todos los efim y a la vez ninguno, y todos los efim eran él, como todas las abejas son la colmena. Un amasijo amorfo de alas cartilaginosas, ojos imprecisos, pelos nauseabundos y garras agónicas que abarcaba todo el espacio frente a mí. Su voz provenía de todos los lugares o del interior de mi cráneo, no lo sé.

En ese momento me di cuenta de que la espada se había derretido en su carne y solo tenía en mi mano la empuñadura con dos cuartos de hoja.

Llena de rabia, aquella voz-que-no-era-voz me decía que era un estúpido hijo de hombres, un tonto que había desaprovechado la oportunidad de la inmortalidad y que por eso sería horriblemente castigado.

Y me sentí levantado por los aires y atado a algo de indescriptible color, como muchas luces y sombras y garras que me iban despedazando en pleno vuelo en medio de un olor pútrido. Los pedazos torturados de mi cuerpo caían a través del espacio, pero como por arte de magia siempre me regeneraba nuevamente para hacer más prolongado el sufrimiento; el fuego quemaba mi garganta y mis ojos perdían visión…

Pero ya sabía de qué pérfidos trucos era capaz el artero Dios Tiamek, para cuyo poder la realidad y la apariencia son solo dos caras de la misma moneda.

Por eso, en un esfuerzo supremo, alcé el trozo de espada que no había soltado y lo clavé con fuerza en el mismo centro de la sombra que me elevaba desgarrándome.

Con un alarido inhumano, Aquello me soltó. Y caí al vacío.

Largamente…

Cuando recobré el sentido estaba en el cuarto de desahogo de Miguel. Lo miré, aún exánime… y supe lo que tenía que hacer.

Lo que no significa que fuese fácil, ni mucho menos.

Antes de que se despertara por completo, tomé su propio cuchillo y lo degollé.

No, no fue sencillo en absoluto. Habíamos sido muy amigos.

Al final abrió los ojos, me miró como con asombro con aquellas pupilas en las que ya se veía la muerte y el fin… y juraría que aquella mirada postrera era también de agradecimiento.

No quiero pensar en la otra posibilidad…

En el suelo, entre los añicos de la vieja mesa que no había podido resistir más tiempo su terrible peso, la piedra seguía brillando tenuemente.

Ya sospechaba que nada en el mundo podría destruirla, pero de todos modos lo intenté. En vano, por supuesto. Cuando la volví a golpear por cuarta o quinta vez con el cuchillo ensangrentado, un fulgor extraño brotó de sus entrañas, partiendo la hoja de acero y derribándome, exánime.

Así me encontró la policía.

Escribo esto porque alguien tiene que hacer algo, y pronto. YA. La piedra ha desaparecido, quizás hasta haya vuelto al subterráneo santuario de Punta Gorda donde la tomó mi amigo. O a otro escondrijo cualquiera.

Ojalá que haya sido a otro…

Me preocupa lo que puede haber sido de los diarios y las notas del viejo Cuesta. Miguel nunca me dijo que los hubiera destruido, o al menos ocultado. Y sospecho que en Moa, en los claustros de esa terrible universidad aún sobrevive el culto oscuro a Tiamek. El antiguo ritual sigue allí, perpetuándose, creciendo bajo nuestra ignorancia inocente, tras el telón de inocentes estudios científicos de la Minería y la Geología.

Quizás aún no sea tarde… pero debemos de hacer algo ya si queremos que el horror perpetuo no se enseñoree sobre nuestro mundo.

El hospital no ha sido tan duro como me temía. El psiquiatra que me está tratando incluso se ha vuelto amigo mío y ya no me pone camisas de fuerza, al percatarse de que solo escribo y escribo, y que ya no me dan los ataques de antes. Si me porto bien y tomo todos los medicamentos, cada día hasta me regala varias hojas en blanco para que escriba mis «raras fantasías», como él la llama.

Pero es insistente, eso sí. Ayer me preguntó de nuevo por qué fue que maté en realidad a mi amigo… ¡Por Dios! ¿Cuántas veces se lo voy a decir?

La culpa fue de la serpiente alada sostenida en un puño que Miguel tenía tatuada en su brazo.

El mismo horrible dibujo que, grabado a fuego innumerables veces, yo jamás podría olvidar cómo adornaba el rostro de Robram, el cuerpo humano de Tiamek.




UN

El ataque del Mendieta manchado[7]

Por Juan Pablo Noroña Lamas

Ilustradores: *St*/ YongSub-Noh (Corea del Sur)

Spaceship 08/ Jonathan Powell (EE. UU.)

Get to know my spotted mendieta

Spiked collar, leather vest

What a killer, what a dog

Railwork Fest, CK del 2112 estándar

—¡Era mío! ¡Yo lo vi primero!

—Pero yo lo tenía marcado para blanco con dos balas I. Lo siento.

—*Cirmo*. ¿Alguien tiene cargas Q?

—*Shíjov*. Informen sobre todos los focos de resistencia al sistema táctico. Eso es ya.

—*Ling*. Cirmo, ocho Q. ¿Dónde te las pongo?

—*Cirmo*. Necesito que mates una pared. Escucho fluctuaciones detrás.

—¡Ahí va uno!¡A la cuenta de tres!

—*Cuturier*. Hazle huecos a esa cosa, para pasar un escáner dentro. ¿O no te quedan P?

[7] *Crónicas del mañana. 50 años de cuentos cubanos de ciencia ficción* (Letras Cubanas, 2008)

—*Guriak*. Personal, reduzcan las prestaciones de la armadura a gama segura. El espectro EM está tranquilo. Manténganlo así. Bajen las dopabélicas hasta 100% de sus capacidades mentales, visión frontal, sensores en rango de guardia.

—Está bien, Guriak, que descansen, pero que nadie se ponga cómodo todavía. *Shíjov*. Pueden quedar.

—*Mabibha*. Demuelan algo, con precaución. Los más nuevos, no gasten DS contra estructuras sólidas, que para eso están las MDG.

—¡Te gané!

—Tu madre. Veamos si con el próximo.

—No quedan próximos.

—*Shíjov*. Esos que están jugando, no crean que no escucho esa frecuencia. Monitoreo todas las bandas, las tácticas y las técnicas.

—*Lenan*. ¿Alguien ha visto al señor Hamada, o lo que quede de él? ¿No voló completo, verdad?

—*Tucson*. No me lo he encontrado, pero si lo hago, me lo cargo al hombro.

—*Ling*. Lo vi tropezando y cayendo al norte del complejo. Creo que está frito por un PEM.

—*Tucson*. Yo lo vi también. Sólo usó los brazos y el paquete del pecho.

—*Shíjov*. Cirmo, encuentre al señor Hamada, o aunque sea recupere su unidad de control. Vale oro. Este modelo funcionó. No se si fue mejor soft, mejores actuadores o mejor carga, pero funcionó.

—Enseguida, capitán. *Cirmo*.

—*Tucson*. Y bien que funcionó. No hizo el número de kamikazearse contra una pieza fija con toda la carga.

—Hombre, estoy feliz con él. *Ling*.

Soy como un gran cocodrilo, blindado, mortífero y sigiloso. Hundo un sinnúmero de filamentos en el terreno. Confiable. Parametrizo las radiaciones y flujos del entorno. Mimetizable. Chequeo las manifestaciones de los detectores activos del enemigo. Burlable. Acopio todas las lecturas de datos sobre el volumen de perceptividad. Computable. Al final, el ordenador táctico programa trayectoria, camuflaje y contramedidas. Me atrevo a dar un paso y mi brazo derecho se adelanta un poco. Entonces los podos se proyectan hacia abajo y ondulan buscando suelo firme. Evaden biomasa frágil y sonora, y se clavan fijamente en territorio de vigilancia perimetral kobold.

—*Norwich*. Tengo al héroe a vista. ¿Qué hago?

—*Shíjov*. Asegúralo. Que no le pase nada. ¿Hay alguien cerca de Norwich? Los cuatro más próximos que vayan con Norwich. Esos son… Ling, Tucson, Lenan, Steveld. Cirmo, siguen vigentes sus órdenes.

—*Arismendi*. Capitán, qué hago con probables prisioneros.

—*Shíjov*. No hay probables prisioneros. No tenemos órdenes de llevarnos ninguno completo. Sin embargo, el departamento biológico nos agradecería varios kilos de material neurológico de capataces.

—*Arismendi*. Entonces mato lo que se mueva.

—Sólo no les tires a la cabeza, si la tienen.

—*Lenan*. Capitán, estaba disponiendo de los panziduros y señoritos. ¿Lo dejo?

—*Shíjov*. Ya tiene sus órdenes, Lenan. Los que no tengan otras órdenes específicas, maten a los bichos por Lenan.

—*Arismendi*. ¿No están muertos?

—*Shíjov*. Arismendi, usted es el novato del año, pero no por bueno, sino porque al cabo del año sigue siendo novato. ¿Alguien tiene lecturas de toda la compañía?

—*Guriak*. Creo que yo, capitán. Tenemos 40% de bajas entre muertos y heridos, pero todos recuperables. El Lázaro que peor lectura ofrece da un 60% de posibilidad de recuperación.

—Muy bueno. *Shíjov*. Dentro de un mes esos chicos estarán pateando duro por la brigada, y serán mejores soldados. Ahora, todos establezcan protocolo de enlace. Odio esta fragmentación en mi compañía.

Para detectarme tienen, además de lo elemental, micrometereología, microsismología, radares de contraste, aspersores de trazas, sonares inerciales, barrido sólido, retículas de haces, seudoorganismos guardianes, y periódicas descargas con diversos medios de alta energía. Ante tanto, opongo mi armadura de intrusión profunda, con picoelementos de cobertura mimética, servoactuadores de control asistido, wartech antidetección, software de tiempo real, sensores con percepción exacta, y correlatores pre y postanálisis. Además, las drogas bélicas sobredimensionan mi sistema nervioso a varias veces su capacidad regular.

—Arismendi, cambia a la banda 6-T de Em-Com. *Tucson*.

—Me alegro enormemente de hablar con todos ustedes. *Liva*. Es muy bueno hablar. ¿Alguien se sabe un chiste?

—*Norwich*. Capitán, Hamada está al lado de un brazudo agonizante. Es un brazudo muy grande. Hamada puede querer neutralizarlo.

—*Arismendi*. ¿Qué sucede, Tucson?

—*Tucson*. No están muertos, sólo los grandes. Los peones y obreros grandes son más difíciles de derribar, pero caen muertos. Los pequeños, los panziduros por ejemplo, caen más fácilmente, y parecen acabados, pero regeneran, y hay que cascarlos en el suelo con laminares, como nueces.

—*Shíjov*. Norwich, muévase rápido y selle a Hamada.

—*Steveld*. Liva, toma este. ¿Qué le dijo Tucson a Arismendi en el baño? Voltéate. ¿Y qué le respondió Arismendi? No me gusta de frente.

—Steveld, te voy a voltear en el baño, y te va a gustar.

—¡Cállense! ¡No quiero a nadie perdiendo el tiempo en nada estúpido! Los kobolds aun pueden mandar una fuerza de castigo. Quiero que gasten toda la munición ABC y NT en los sistemas de control y robóticos. Todo debe estar podrido o comido de nanobichos cuando nos vayamos de aquí. *Shíjov*.

—Alto y claro, capitán.

—No sea lamebotas, Norwich. Simplemente haga lo que le ordeno.

Nosotros tenemos proyectiles Perforantes, NanoTech, Inteligentes y No Letales, y granadas de Pulso ElectroMagnético, de MicroDistorsión Gravitacional, Químicas, Dispersoras de Sólidos y Criogénicas. Cuando todo eso se acabe, tanto el cañón rápido como el tubo lanzador pueden pasar a régimen de plasma, y además están los cortadores laminares. De ellos, los brazudos están armados de bombas ácidas, los quemainfiernos tienen



lanzaplasmas, los panziduros usan pinzas tesla, los señoritos disparan haces láser, las piezas fijas munición sólida polivalente, y los capataces andan con sables aguja.

—…attack of the spotted mendieta

going on, going on, going on

attack of the spotted mendieta

harder on, harder on, harder on

—¡Cirmo, saca tu puñetera música de la banda común!

—Lo siento, fue un error. *Cirmo*.

—*Ling*. Hey, Tucson, a mí también me gusta Railwork Fest. Mucho mejor que tú arte digital.

—*Liva*. Esto está lleno de cadáveres. Hemos hecho una carnicería. No me gustaría quedarme a verlo todo corromperse. Qué destrozo. Qué suerte que son ellos y no nosotros. Bueno, más que nuestra suerte, fue nuestro wartech.

—*Tucson*. Liva, no es nuestro wartech. Es de los bukets, y si nos lo pasaron es por el Contrato.

—*Liva*. Sí es nuestro. Ellos nos dieron apenas los principios, nosotros desarrollamos todo el equipamiento, con nuestras ideas.

—*Cirmo*. Liva, todos estamos contentos de conversar tras 50 horas de silencio, pero tendrás que conseguir temas más interesantes.

—Hey, yo también soy fan a nuestro wartech. *Ling*. Incluso conozco al tipo que diseñó la munición MDG. Ningún buket hubiera desarrollado esa aplicación.

—*Tucson*. Ling, si sigues buscando discusión vas a encontrar problemas conmigo.

—En cualquier momento, Tucson.

—Liva, Cirmo, Tucson, Ling, todos acaban de perder dos dosis de Alegría cada uno. *Shíjov*. No se habla de los bukets.

—*Norwich*. El señor Hamada está sellado. Misión cumplida, capitán.

—Normalice su maldita respiración, Norwich, que va a poner nervioso a su Lázaro. *Shíjov*.

—*Mabibha*. Capitán, pase a T-7 de Em-Com.

—*Guriak*. Parte del personal está bajo de munición sólida, capitán.

—*Arismendi*. Tengo casi sólo proyectiles NL.

—Dígame que pasa, teniente.

—Aún tengo señales provenientes del nodo kobold. Todavía emiten.

—¡Maldición! Pueden estar solicitando una fuerza de rescate y recuperación. ¡Este es su nodo de comunicaciones! Ordene que disparen algunas PEM para anular la señal.

—Es Grav-Com, capitán.

—¡MDG, entonces! Quiero esa señal neutralizada. ¡Hemos matado o destruido todas sus instalaciones! No deben quedarles aparatos para emitir.

—Pueden ser capataces supervivientes, usando equipo portátil. Es difícil de rastrear. Los capataces no emiten radiaciones fuertes.

—Te paso los códigos para que utilices todos los sistemas de rastreo y análisis de todas las armaduras en enlace.

En todo perímetro de vigilancia kobold existen áreas interiores donde sus detectores activos no funcionan para no afectar por saturación de eventos a su instalaciones semivivas, y los pasivos reducen la sensibilidad evitando sobrecargar los sistemas de análisis con datos de movimientos propios. Es su mayor debilidad. Aquí relajamos nuestro camuflaje al punto de vernos entre nosotros para olvidar la navegación autónoma y no sentirnos solos. Aquí

descansamos. La tensión me tenía crujiente y rígido, cada parte de mi cuerpo compactada en adrenalina. Dentro de toda la cáscara de tecnología no soy más que un ser humano.

Me salvarán las drogas de recuperación y el módulo de entretenimiento de mi armadura.

—*Ling*. Cirmo, pasa a 5-T de Em-Com.

—*Shíjov*. Escúchenme, personal. Todo el que esté por debajo del diez por ciento de munición P, C, Q, DS, que pase a plasma y laminares.

—Ling, soy Cirmo. ¿Qué quieres?

—¿Qué más tienes de Railwork Fest?

—Los dos últimos Ck.

—¿Eso incluye “Dismembered shoes”?

—Y “Attack of the spotted mendieta”, “Oligarch”, ”Can`t believe you still alive”, “Your pain, my plain”, y “I`ve got better ammo now”

—Ponlos en esta banda, subtitulados.

—¿No sabes inglés? ¿Y te gusta el agression?

—¡No voy a aprender una lengua muerta sólo para escuchar música!

—*Lenan*. Capitán, qué hacemos con Hamada. ¿Lo manejamos a alguna parte?

—Simplemente cuídenlo con sus vidas. Prepárenlo para recogida. *Shíjov*.

—Cirmo, es Ling; una cosa más. Tengo porno de estreno. Lo estuve viendo durante el descanso y es realmente intransigente. Pasa la voz. Deja a Norwich y Arismendi fuera. Lo transmitiré en la recogida.

—*Shíjov*. Que todo el personal esté atento a posibles capataces vivos.

—*Mabibha*. Los capataces kobold son particularmente peligrosos cuando se ven acorralados. No los subestimen porque sólo tengan sables-aguja. Se mueven muy rápido.

La primera sección es de hombres, la segunda de mujeres. En cuarteles nos alojan en barracas separadas pero contiguas; eso reduce el shock cultural sin impedir la socialización. Los sicometristas estructuran cada compañía con cuidado y sutileza: siempre habrá un tonto hilarante, un cobarde despreciable, un erotómano disponible, un sicópata útil, un guerrero solitario, un héroe ejemplar, y un buen montón de gente gris de fondo.

Ahora nos alineamos por secciones para recibir instrucciones vía C-Com, transmisión en código óptico de colores. Tras 50 horas, la primera comunicación con otro ser humano es una orden.

—Capitán, los soldados al noroeste del complejo percibieron flujo de aire con trazas térmicas de capataces vivos. *Mabibha*.

—¿Eso es seguro?

—Es sólo lo que dice el viento, capitán.

—Entonces, que todo el mundo recobre su capacidad de datos y derive el 80% a la termografía del aire. Chequeen también por odorimetría. Ellos deben estar transpirando bastante.

—¡Agh...!

—¿¡Qué carajo fue eso!?

—¡Tírale, tírale!

—¡No agarro al cabrón! ¡Puñetero plasma!

—¡Quítate, Steveld!

—¿Dónde se fue? ¡Agrrh...!

—¿¡Quién cayó!?

—¡Lenan cayó, Ling cayó! ¡Norwich, somaricón!

—¡Va a por Hamada!

—¡Le di! ¡Lo puse lento! ¡Voy a cortarlo!

—¡Alguien que apoye a ese personal!

—¡Te cogí, hijo de perra! ¡Eres mío! ¡Agh ...!

—¡Hay otro! ¡Hay otro!

—¡Háblame, Cirmo!

—¡Estoy llegando! ¡Los tengo en Apoyo Táctico, los veo desde Lenan!

—¡Tucson! ¡Tucson!

—Le hizo algo a... Hamada... puso algo en Hamada... le puso...

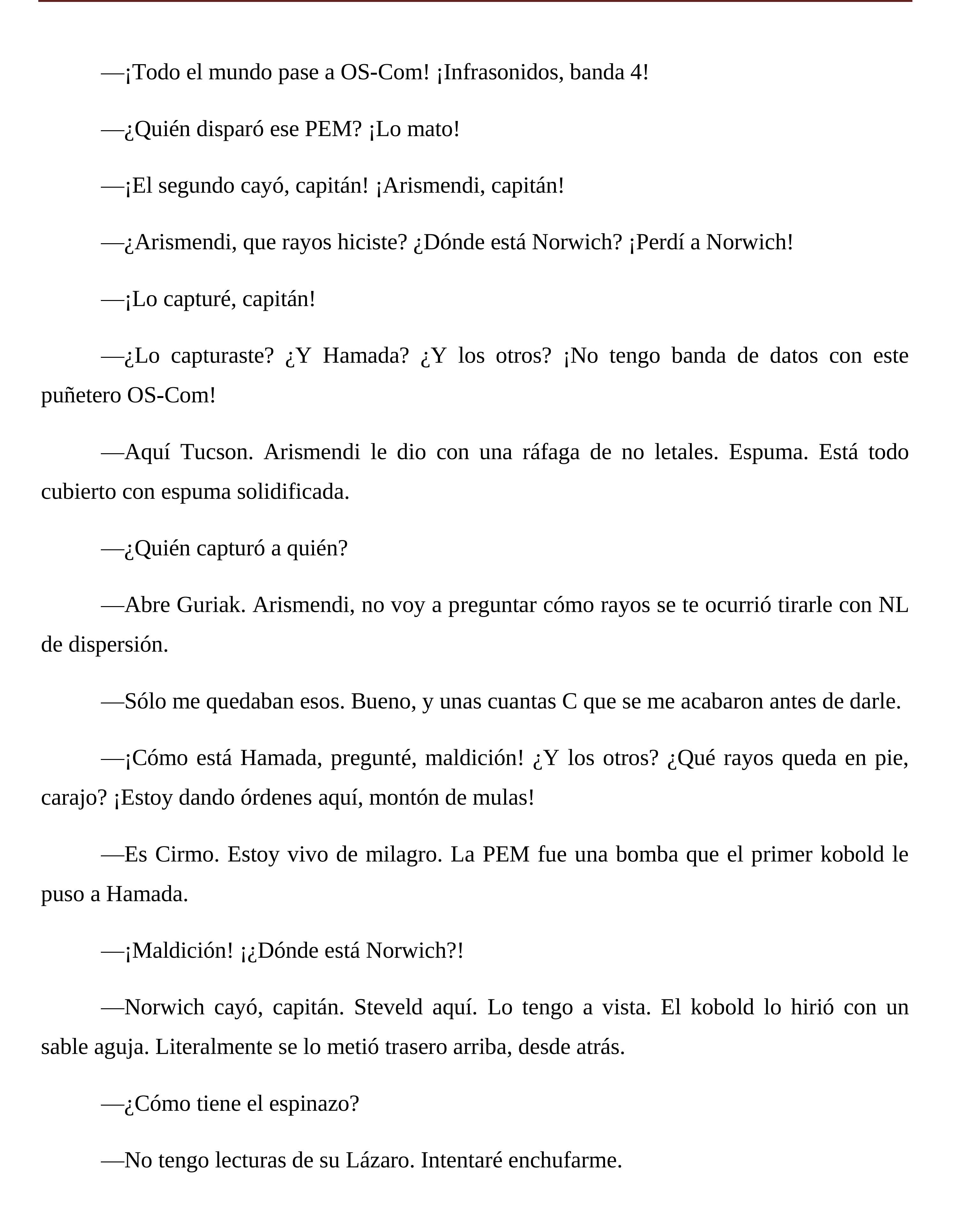
—¡Frían al cabrón!

—...

—...

—...

Cada manípulo se agrupa para armar los dirigibles de asalto. Un soldado lleva el cuerpo, dos la química de inflarlo, otro más el combustible, y el cabo la propulsión. Devueltos al camuflaje total, los dirigibles nos llevarían cerca y alto. Después nos dejaríamos caer, apenas frenados por las superficies de fibra vegetal crecidas y guardadas en nuestras mochilas. Nos harían parecer hormigas aferradas a hojas, pero por tierra era imposible no tropezar con algún artefacto kobold. Por aire sólo tuvimos que evadir una nube de artropoides cultivados, una bomba de polvo y dos redes cautivas. Conservamos la sorpresa táctica. Cuando la luminiscencia delatora de una nova de bolsillo nos forzó a desensamblar, ya estábamos en distancia.



—¡Todo el mundo pase a OS-Com! ¡Infrasonidos, banda 4!

—¿Quién disparó ese PEM? ¡Lo mato!

—¡El segundo cayó, capitán! ¡Arismendi, capitán!

—¿Arismendi, que rayos hiciste? ¿Dónde está Norwich? ¡Perdí a Norwich!

—¡Lo capturé, capitán!

—¿Lo capturaste? ¿Y Hamada? ¿Y los otros? ¡No tengo banda de datos con este puñetero OS-Com!

—Aquí Tucson. Arismendi le dio con una ráfaga de no letales. Espuma. Está todo cubierto con espuma solidificada.

—¿Quién capturó a quién?

—Abre Guriak. Arismendi, no voy a preguntar cómo rayos se te ocurrió tirarle con NL de dispersión.

—Sólo me quedaban esos. Bueno, y unas cuantas C que se me acabaron antes de darle.

—¡Cómo está Hamada, pregunté, maldición! ¿Y los otros? ¿Qué rayos queda en pie, carajo? ¡Estoy dando órdenes aquí, montón de mulas!

—Es Cirmo. Estoy vivo de milagro. La PEM fue una bomba que el primer kobold le puso a Hamada.

—¡Maldición! ¡¿Dónde está Norwich?!

—Norwich cayó, capitán. Steveld aquí. Lo tengo a vista. El kobold lo hirió con un sable aguja. Literalmente se lo metió trasero arriba, desde atrás.

—¿Cómo tiene el espinazo?

—No tengo lecturas de su Lázaro. Intentaré enchufarme.

—Esa clase de herida los kobold la buscan para mayor daño del sistema nervioso. Norwich puede morir sin vuelta atrás, si le llegaron al cráneo.

—Línea, Shíjov. Tenemos dos bandas ultralargas de EM-COM más o menos viables. Cambien ya.

Veinte segundos antes de golpear el suelo disparé 8 cargas PEM. Arruinaría sus sistemas de apuntar al precio de convertir mi camuflaje en un arcoíris. Salía ganando, y de todas formas mis retrocohetes desechables eran todo menos discreto. Llegué arrasando una patrulla de panziduros con casi simultáneas DS y al instante me convertí en el alma de la fiesta. Incrusté una C en la cabeza de un quemainfierno, volé una pieza fija, agujereé un brazudo... aquello no tuvo detalles hasta que no abrimos un hueco en la instalación y entramos a matar.

Son mis juguetes quienes me hacen un mejor jugador.

—Hey, estoy vivo. *Ling*. Me falta un brazo. Me voy a tumbar a superar esto.

—*Lenan*. Me faltan la mitad de las tripas, coño. Voy a dormir un rato.

—*Steveld*. Norwich está muerto, pero sobrevivirá.

—Puedo arreglar eso.

—No se haga el gracioso, Tucson.

—*Shíjov*. Actívense las ergobélicas de nuevo. Visión esférica. Sensores a rango táctico y por sistemas alternados. Abran los puertos de datos, ya los kobolds no pueden hacernos guerra informática. Analicen cada dato exterior.

—*Mabibha*. Capitán, localicé la señal. Me quedan una MDG y algunas perforantes para encargarme. Pero también clavaré unas I en el emisor, para marcárselo a los demás.

—Muy bien, teniente. ¿Y dónde rayos está mi otro teniente?

—*Guriak*. Demoliendo, capitán.

—Buena actitud. Háganlo rápido, que voy a pedir la recogida ahora mismo. Personal, quiero que todos los que no tengan misión específica que lo contradiga se organicen contra emboscadas. ¡Dos kobolds me tumbaron cuatro unidades! ¡Le desconectaré el Lázaro al próximo que se deje herir o matar!

—*Guriak*. Los proyectiles I reportan que no queda nada kobold con más de 20% de vitalidad, y va para abajo. Al menos, nada con un I clavado está por encima.

—*Arismendi*. Teniente, el kobold está haciendo ruidos y muecas raras con los huesos de la cara.

—*Cirmo*. Ahógalo. Cúbrele la jeta con espuma.

—*Arismendi*. ¿Respiran por la cabeza? No estoy seguro.

—*Shíjov*. Necesitamos las cabezas de todos los capataces que la tengan entera. Comiencen a llenar las mochilas. Pero sólo hasta que junten cuatro kilos de cerebro. Usen las municiones C en fuego indirecto para congelar las cabezas. ¡Rápido! Tenemos un Contrato que firmar con los bukets por este planeta.

Las naves llegaron y cargaron a los vivos, a los caídos y al botín. Antes de marcharnos dibujé en una pared, usando mi señalizador con paleta de 65 millones de colores y precisión molecular, mi logotipo personal: un perrito mestizo de pelo manchado, ladrando en postura desafiante. Lo hago tras todas las victorias. Las victorias que le debemos a nuestro wartech. A estas alturas, no sirven las armas que te da la madre naturaleza. Uno mismo debe hacerse las garras afiladas, pieles miméticas y sentidos aguzados para competir con otras especies por planetas y soles. Pero está bien. De cierta manera, es otra forma de evolucionar.

Gracias a la destrucción de este nodo de comunicaciones ganamos la batalla de este planeta a los kobolds. Seremos nosotros, no ellos, quienes firmemos un Contrato por la explotación minera, a cambio de crédito y tecnología buket. Con cada mundo que conquistamos y ponemos bajo Contrato, nos hacemos más fuertes.

Y por lo menos mientras dure esta guerra, lo demás quedará en el silencio.

—Cirmo, es Ling. ¿Estás listo para la acción?

—Hombre, no te creo. Acabas de perder un brazo.

—Un brazo, no otra cosa. El kobold tuvo la decencia de dejarme hombre. No como a Norwich. ¡Já!

—Está bien. Pasaré la voz. Ah, y una cosa. No dejes a Arismendi fuera. El muchacho dio la talla.

—Cierto. No se puede ser novato toda la vida. Siempre hay que mejorar, o si no, te comen las fieras.

—Eso mismo decía mi madre querida. ¡Oye, qué escena! ¡Repite eso!

—Ya lo verás todo, ya lo verás todo...





Azul[8]

Por Claudio G. del Castillo

Ilustrador: *Trunk face*/ Anastasios Gionis (EE.UU.)

Para Agustín de Rojas.

En mi vida había visto un cadáver tan azul. Cuando se lo comenté a la señora que a mi lado, pañuelo en mano, miraba con honda tristeza al ocupante del féretro, se limitó a sollozar:

—¿Ahora qué haremos sin el Maestro? Esta ciudad no se recuperará de la pérdida, no señor.

"Mucho menos la ciencia ficción cubana", pensé, aunque me cuidé de expresarlo en voz alta.

Yo era el detractor público número uno de Alfredo Reyes, autor de la venerada *Helíade*, una novela en tres tomos como no se escribiría en largo tiempo en nuestro país. Sí, tenía que admitirlo; a la calidad literaria del texto, Alfredo sumaba una meticulosidad en la recreación de los escenarios y en la construcción de los personajes que cualquier prosista envidiaría. Solo que *Helíade* describía una sociedad alienígena que si se extrapolaba a nuestro mundo (y debía hacerse) era una burla descarada al sentido común; una sociedad de igualdad y justicia plenas que la historia humana pretérita, presente y previsible no avalaba en absoluto.

"Pero no está exenta de contradicciones", alegaría un inocente.

---

[8] Forma parte del libro de cuentos *El vuelo del ilirith* (Editorial Capiro, Villa Clara, Cuba) en proceso editorial.

Cierto, había un puñado que, a mi juicio, el pícaro de Alfredo había incluido para arropar su novela con un mínimo de credibilidad. Y yo hubiera aplaudido que él quisiera regalarme una hermosa utopía, por gratuita que ésta fuera; lo que no le perdonaba es que intentara robarse mi alma con una imposible sociedad casi perfecta, y por el “casi”, ¡vaya ironía!, engañosamente posible. También me resistía a perdonarle otras cosas.

—¿Se ha fijado en el tinte azulado del occiso? —le pregunté a un mulato gordo y ojeroso que ponía un ramo de gladiolos sobre la tapa satinada.

—¿Me habla a mí? —El gordo pareció despertar de un ensueño—. ¿Sabía que el próximo número de nuestra revista contiene un dossier alegórico a su vida y obra?

—No, no, le apuntaba que el color…

—Lástima que no pueda leerla, ¿verdad?

Increíble. El medio centenar de personas allí reunidas se limitaba a condolerse, a intercambiar tomos ajados de *Helíade* o a asegurar que ahora sí le harían a Alfredo el homenaje que merecía; hasta hubo quien propuso un monumento.

En vista de que yo era el único interesado en el tema cromático, decidí aventurar una hipótesis basada en mi experiencia previa: “asfixia”, si bien sospechaba que había acudido al cliché de una película Serie B, porque un amigo mío se había ahogado intentando emigrar a los Estados Unidos y, qué va, no se había puesto así.

Le di el pésame a la viuda, quien me devolvió un ausente “Gracias”, y fui a sentarme en cualquier parte.

Me distraje observando a la concurrencia.

Algunos, probablemente, se habían dado cita allí conscientes de ser testigos del fin de una era, fuesen ellos o no apologistas de la ciencia ficción; tampoco faltaban dos o tres jóvenes que se valían de la ocasión para presumir de escritores ante los consagrados; los más, eran admiradores o amigos de Alfredo y su cara reflejaba un dolor verdadero. Todos, en suma, con un *leitmotiv* que justificaba su asistencia al velorio. El mío, lo ignoraba. Y no solo yo:

—¿Qué hará aquí este maricón? —oí a mis espaldas, lo que hizo que también me cuestionara por qué no me habían sacado a patadas de la funeraria, ya que los que en un

principio toleraron mis ataques a la obra de Alfredo, repudiaban mi hostilidad posterior hacia él en tertulias y peñas. Sobre todo cuando le llamé “viejo loco”.

Razones para mi comportamiento, excusables o no, las tenía.

Antes de ejercer la crítica literaria mi anhelo era ser escritor. Años atrás y no obstante la opinión que me había forjado de *Helíade*, le había entregado a Alfredo un cuaderno de relatos para que los “despalillara”, como él decía. Sin el visto bueno del que llamaban Maestro no valía la pena arriesgar letra en la ciencia ficción. Sencillamente, nadie me aceptaría. Esa noche, pasadas las diez, me despertó el *ring ring* del teléfono:

—Tengo que verlo, o no podré dormir. Sus cuentos me han dejado pasmado.

Diez de la noche, ¿se imaginan? Aquello prometía, o Alfredo no se molestaría en entrevistarse a deshora con un principiante. Haciendo gala del mayor tacto posible le hice notar que él tenía cierta edad, que yo pasaría a recogerlo en mi auto y lo llevaría a un lugar tranquilo para que conversáramos.

Lo invité a un Rápido, compré dos Bucaneros y después de un interminable sorbo que oscureció su bigote cano abrió el cuaderno de relatos. No tardé en sentirme desorientado. A mis preguntas de qué creía sobre tal metáfora, si más cuál protagonista era o no tridimensional o si la fábula de los hombrecillos que vivían en el asteroide le resultaba graciosa, él respondía con una diatriba sobre historia, filosofía, religión y ética, mucha ética. Di el encuentro por terminado cuando, ante la insistencia mía en arrancarle un comentario explícito del relato que yo consideraba una “joyita”, me espetó muy serio:

—Parece escrito por un orangután. Ese, y todos. ¿Por qué mejor no se dedica a vender plátanos?

Si hubiera vertido su quinta Bucanero en mi rostro no me habría enfriado más el ánimo.

—¿Y para eso me ha hecho venir hasta aquí, y a esta hora?

—Convengamos que me trajo usted. Por lo demás, ¿cuánto puede darse el lujo de esperar a que le muestren el camino correcto? —sentenció.

—Alfredo, debería irse a casa. Su esposa estará preocupada.

Él estrechó mi mano:

—Sí, sí, me voy, me voy. Le agradezco las cervezas, muy ricas. —Guiñó un ojo y tomó la dirección del parque, donde siempre se le veía.

Desde entonces nuestros puntos de contacto se limitaron a la pasión por un género al que yo jamás le dedicaría una línea, como no fuera para vilipendiar su *Helíade* y hacer miserable su existencia. En esto pensaba cuando vi al hombre.

Era enjuto, de nariz aguileña y cabello arremolinado. Y vestía un traje que no supe identificar si era ultramoderno o una copia sin lentejuelas de los que usaba Michael Jackson. Se había sentado apartado de la gente, y prendía un cigarro con la colilla del anterior, cual si se le hubieran acabado los fósforos. El hombre se limitaba a estar y su tristeza se me antojó de oficio.

“Otro que sobra aquí”, deduje, y la simpatía hacia mi “compañero” fue instantánea. Abandoné mi silla y me instalé a su diestra:

—Hace calor, ¿eh? —fue mi presentación—.Yo iba a traer una penca pero...

—¿Calor, dice? Un heliadiano estaría en desacuerdo con usted —me contestó, y a un Popular le siguió otro.

De repente me hice cargo de la enorme semejanza entre el hombre y Alfredo. “Un hermano”, jugueteé con la idea, aun sabiendo que Alfredo no tenía familia conocida que no fuera su viuda, a quien desposara a los pocos meses de arribar a la ciudad, décadas atrás. Se contaba que después de la boda escribió la trilogía de 900 páginas en seis meses, cual si la tuviera inscrita en la memoria, aunque yo no descartaba que se tratase de una leyenda urbana. La edición única de *Helíade* tardó años entre tomo y tomo. Luego de publicada, la cordura de Alfredo “viajó a las estrellas” (cito a un íntimo suyo) y solo aterrizaba para poner en su boca palabras como: “Les recomiendo la última novela de Emeterio Díaz. Está tan buena que no consigo que me la presten para leerla”, o el “Parece escrito por un orangután”, que todavía martillaba mi cabeza.

—¿Se ha fijado en la coloración de Alfredo? —le pregunté al hombre—. Claro, será una especie de *livor mortis*, lo que en vez de morado, azul.

Este expelió una voluta de humo que hizo que lo perdiera de vista momentáneamente:

—¿*Livor mortis*? Nada de eso —oí que decía, conteniendo la risa.

—Es absurdo, lo sé. Igual que considerar la asfixia como causa probable del fallecimiento, supongo.

—Muchas cosas… interesantes suceden cuando alguien como él se abstiene de fumar. Porque por eso cayó en cama, ¿o no? —El rostro del hombre emergió de la nube gris—: El Maestro eligió su destino. Intuyo que se cansó de que no llegara a todos su mensaje —añadió, y en sus ojos leí la proposición de un enigma.

“Este es un loco que vino por el café y los bocaditos.”

O yo no había entendido bien, o él insinuaba que una hipotética asfixia de Alfredo se debía al abandono del cigarro. Pero incluso obviando tal idiotez, lo de que se había echado a morir por cansancio movía a risa. ¿Cansado de qué? ¿De que no reeditaran *Helíade* pese a que era un reclamo unánime del fándom nacional? Obras de igual o mayor envergadura habían sufrido peor destino, sin la necesidad de que “este maricón” se la mamara a un pariente del ministro de Cultura.

Fue entonces que asaltó mi mente una escena perturbadora: Yo de camino a la funeraria movido por un sentimiento de culpa.

—¿Lo han atendido? ¿Tiene hambre? —El gordo mulato mostraba una deferencia genuina para con mi interlocutor.

—Ya he probado el pan con pasta. Sí le agradecería una taza de café; nada tonifica más el cuerpo después de una teleportación.

—Eso está hecho.

El gordo se alejó, desafinando *La cama vacía* de Agudelo. ¿Y no lo decía yo? Pan con pasta, café… ¿teleportación? ¡Orate y medio! Iba a alertar al gordo, que evidentemente fungía como coordinador del velorio, cuando escuché unos gemidos lastimeros:

—¿Dónde están mis cigarros? ¿Ha visto usted mis cigarros?

El hombre se palpaba los bolsillos, buscaba frenético debajo de la silla... Su respiración me recordó la de mi ex, que era asmática.

—Ahí están —le indiqué el cenicero, que semejaba un crematorio—. Tiempo atrás le hubiera dado gustoso uno de los míos, pero va para un año que no fumo. ¿No estoy más repuestico? Verdad, que no me conoce.

—¿Es posible que… que se me acabaran? —murmuró, boqueando—. Una caja tenía que durarme… una hora, o eso me dijeron.

—¡Por Dios! ¿Quién le aconsejó tal barbaridad? —exclamé.

De súbito comprobé horrorizado que el singular personaje se estaba volviendo azul.

—Amigo, no es por alarmarlo pero se está poniendo del color de mi pantalón.

—¿Qué dice?

—Lo que oye. Se está poniendo azul.

—Yo… yo tengo que irme. Adiós.

El hombre se incorporó y se despidió con un gesto vago de los presentes, que se obcecaban ese día en ignorar a las personas azules. Luego se paró ante el féretro e hizo algo como un rezo (aunque me consta que no fue exactamente así) y echó a correr por un pasillo lateral de la funeraria.

Yo no estaba dispuesto a dejarlo ir, sin más. Dos personas azules eran demasiadas para mí. Máxime cuando una de ellas estaba muerta, por la causa que fuera.

Resuelto a desentrañar el misterio, lo seguí por el pasillo y vi que entraba en un baño. Abrí la puerta de golpe y lo sorprendí mirando al techo, con los brazos en alto.

—Oiga, ¿se siente mal? Puedo llevarlo al hospital; tengo el *Lada* allá afuera.

—No, ya me voy. Gracias por su… preocupación.

—Pero, en ese estado… ¿Quiere un *captopril*[9]?

—No, gracias, ya le dije, me marcho. Gracias, gracias. Muy gentiles ustedes los terrícolas. Ya sé por qué el Predicador no quiso volver a Helíade.

—¿De qué carajos habla? —Saqué el *captopril* y un par de *duralginas*[10] para metérselas en la boca por la fuerza. El tipo deliraba.

[9] Se usa para tratar la presión alta (hipertensión). También se usa para ayudar a retrasar el mayor debilitamiento del corazón en algunos pacientes después de un ataque al corazón. **[Nota del Editor]**

[10] Actúa sobre el dolor y la fiebre. **[Nota del Editor]**

—De Alff Rig-Edoh… De Alfredo —dijo, e inspiró hondo—, nuestro Predicador de la Razón para la Tierra. No entendía qué había visto en ustedes hasta hoy. Aquí hay bondad, como en Helíade, así que hay esperanza.

—¿Bondad? ¿Esperanza?

—Y adiós, que sin los cigarros que me dio el Comité de Duelos moriré asfixiado por una sobredosis de oxígeno y dos niñas me esperan en casa. ¡Mire, mire, si hasta perdí el camuflaje!

No bien terminó de hablar un haz de luz muy blanca y potente descendió de un bombillo ahorrador que había en el cielo raso y el hombre se esfumó, como los tripulantes del Excelsior en Star Trek. Después el bombillo explotó.

Aquella visión y la Iluminación… ¡la Iluminación!, me sacaron de mis cabales. Olvidando la etiqueta corrí hasta la sala donde velaban a Alfredo, el Maestro, y me esforcé en explicar:

—El hombre… El de los bocaditos… Y el difunto… ¿Es que están ciegos? ¡Helíade no es una quimera! ¡Y el Maestro…! ¡El Maestro es de otro mundo!

En ese instante el gordo mulato me tomó del brazo y me llevó aparte. Y sorprendido, me dijo:

—Ven acá, chico, ¿tú no lo sabías?





Buena temporada[11]

Por István Bent Valdespino

Ilustradores: *Lunch*/ Gal Or (Israel)

St/ Rafa Castelló (España)

Para hacer el papel de carnada, un caza-dragones debe reunir dos requisitos. El primero, ser insensible de olfato y poseer un estómago de acero. El segundo, ser muy ágil.

¿Por qué? Prueben un día a pasar por delante de la morada de un dragón y respirar hondo. El hedor que despiden los excrementos y restos de presas acumulados en su interior les hará echar la vida por la boca. Y comprenderán entonces a los que nos aventuramos en el mismísimo centro de la putrefacción. Ni cubriendo nuestras narices con trapos perfumados en sudor de hadas podemos filtrar el olor.

El segundo requisito resulta decisivo a la hora de huir, pues el objetivo de los que desempeñamos el oficio de carnada es sacar a la criatura de su cueva a como dé lugar. Y una vez que has molestado al ejemplar lo suficiente como para que te persiga, necesitarás de piernas muy ligeras para ponerte fuera del alcance de sus llamaradas.

Porque tu trabajo termina cuando lo sacas de la cueva. Los anzuelos harán el resto. Tengo muchachos muy responsables en el oficio de anzuelos, y hasta el momento nunca me han fallado.

Se movía silenciosamente por la gruta, buscando, con la luz de su antorcha, los espacios libres de restos animales. A veces no le quedaba más remedio que apartarlos a un

[11] *Caimán Barbudo* (enero, 2011)

lado a patadas. Sus suelas aplastaban los gruesos gusanos blanquecinos que reducían la carroña a nada. Sus botas se hundían en la espesa capa de excremento. Pero ya aquello no le causaba ninguna náusea.

La costumbre hace maravillas.

Escuchó un sonido grave y prolongado proveniente del interior.

La presa duerme.

Había llegado al final de la caverna, donde se volvía mucho más amplia. Tanto, que la luz de la antorcha apenas si alcanzaba a iluminarla toda. Aunque sí lo suficiente como para que el intruso apreciara al dragón en todo su tamaño.

Miren lo que voy a pescar. Hermoso imperial... La cantidad de anillos en sus cuernos indica que se trata de un adulto... Eso es bueno. Cuanto más viejo, más dura y resistente es la piel. La paga por este será buena.

Estudió a la criatura desde el umbral, sin adentrarse, por temor a ser percibido. El dragón dormía hecho un ovillo, con las grandes alas plegadas.

Debo apresurarme. La bestia no tardará en identificar el aroma de las hadas.

Clavó la antorcha en un montoncillo de desechos y tomó su arco. Lo cargó con una flecha y tensó la cuerda al apuntar…

* * *

–¡Llamas y Dragones! Abandono.

–Pensé que eras más osado, Mermot.

–No cuando tengo una mala mano.

–¿Me darás la revancha?

–¡Por supuesto! No te llevarás mi dinero tan fácilmente.

–¡Así me gustan los malos jugadores! Tozudos a morir. Eh, Bujad, ¿te sumas?

–Estoy ocupado, Mihw.

–Respira, hombre. Has estado corrigiendo esa puñetera ballesta desde que Thonor…

Un rugido proveniente de la cueva opacó las últimas palabras de Mihw.

–¡Ocupen sus posiciones!- ordenó Bujad sujetando la palanca de su enorme ballesta. Oculta en el interior del bosque, apuntaba hacia la entrada de la cueva. -Espero que la carnada consiga que el pez muerda el anzuelo.

Mermot y Mihw avanzaron hasta la linde y se ocultaron tras unos árboles con sus arcos preparados.

* * *

Dentro de la cueva, la carnada disparaba con certera precisión, enfureciendo al imperial. Sus grandes fauces buscaban ansiosas al intruso para engullirlo, crudo o tras asarlo con sus bocanadas de fuego, lo mismo daba… pero las flechas lo mantenían a prudencial distancia. El cazador estaba cumpliendo su objetivo; el dragón avanzaba poco a poco, presentando su acorazada delantera a las saetas.

Los de afuera se pusieron en guardia cuando su compañero apareció por la boca de la cueva, todavía arrojando flechas hacia el interior. Los rugidos y chorros de fuego advertían ya de la cercana presencia del imperial, más el saurio aún se negaba a salir.

–Vamos, Thonor, sácalo de ahí -decía para sí Bujad -Muéstrame el blanco.

Thonor se movía de un lado para otro, pero ahora sin disparar, con el propósito de que la bestia, ansiosa por acabar con él, abandonase su refugio. Le aterraba la idea de que, tras tanto trabajo para llevarlo a la luz, el dragón se replegara de nuevo hacia su morada.

Pero no sucedió así. Inesperadamente, el imperial asomó la cabeza en un veloz ataque que lo tomó por sorpresa. De forma instintiva, Thonor dejó escapar la flecha de su arco, y aunque no alcanzó al monstruo, sí lo hizo retroceder un par de pasos. Buscó otra saeta en su aljaba sin encontrarla.

—¡Mala hechicería!- masculló, alzando el arco con la cuerda tensada, pero vacío.

—¡Thonor se ha quedado sin flechas! – gritó Mermot a Mhiw, y ambos arqueros acudieron a socorrer a su amigo.

No llegaron a tiempo. El imperial se precipitó sobre Thonor, evaporada su última gota de paciencia, y el cazador echó a correr. Sin ninguna intención de perseguir a la carnada, el dragón escupió en su dirección una larga y potente llamarada que trazó una línea negra en la hierba. Thonor se tumbó en el suelo bocabajo, adoptando una posición fetal, y la capucha lo cubrió. Un vapor de sofocante verano comenzó a perlar su piel de sudor.

Soy hombre muerto; aunque mi capucha esté recubierta de escamas, la piel bajo ella no tardará en incendiarse.

Un estridente alarido lo sobresaltó. Se percató entonces de que el intenso calor había cesado. Rodó hacia su derecha y se levantó de un salto, librándose de paso de la incandescente capa, que humeó sobre la hierba hasta quedar reducida a cenizas.

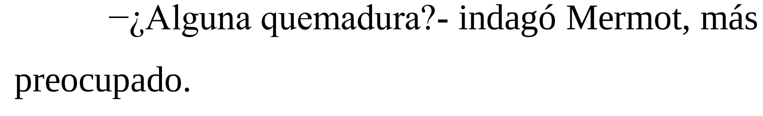
El dragón se agitaba sobre un costado tratando de arrancarse la gruesa y larga saeta que le había hendido el pecho. Sus dientes mordieron la varilla con fuerza bestial, hasta quebrarla. Una baba amarillenta y humeante comenzó a manar de su boca, corroyendo la madera. Pero de nada sirvió. Momentos más tarde, el imperial crispó sus garras y abrió desmesuradamente los ojos para expirar.

—¡Por los sacros conjuros!-exclamó Mihw al acercarse a Thonor sin ocultar una sonrisa



burlona— ¡Has vuelto a nacer!





—¿Alguna quemadura?- indagó Mermot, más preocupado.

—¡¿Dónde está ese maldito de Bujad?! —preguntó Thonor airado, apartando bruscamente el paño que le cubría el rostro.

—Aquí estoy, Thonor

—¡¿Qué rayos esperabas para disparar?! ¡¿A que esa bestia me carbonizara?! Si no llega a ser por la capucha…

—¿Querías ser tú el ensartado con la saeta en vez del dragón? Estabas en mi línea de tiro. Disparé apenas te tumbaste. No estuviste bajo el fuego ni dos segundos…

—Pobrecito- se burló Mihw — El tiempo se le volvió taaaan largo cuando el bicho le vomitó fuego encima.

—Sí— afirmó Mermot —Parecías una débil criaturita asustada. Temblando hecho un ovillo bajo tu capucha.

El trío estalló en carcajadas.

—¡Basta! —les interrumpió Thonor— ¡Bien se ve que no estuvieron en mi maldito pellejo!

—En el oficio de carnada uno muere y nace muchas veces- le recordó Bujad al tiempo que le

echaba una mano sobre el hombro para darle tiernas palmaditas‒ Deberías comprender eso mejor que nadie.

‒Hemos tenido una buena temporada- comentó Mihw mientras escrutaba a la inerte criatura ‒¿No lo crees así, Mermot?

‒Sí, tan solo ha pasado un día desde el último que cazamos. Y este es grande.

‒Bueno, muchachos- avisó Bujad, agarrando su pesada hacha de carnicero con ambas manos‒. Pongámonos en función de la mercancía. Hay mucho que desollar y cortar.

‒Pero eso les toca a ustedes -dijo Thonor – Busquen los caballos y las herramientas.

‒Y tú, ve a lavar tus botas y perfumarte el cuerpo con sudor de hadas. Apestas a zanja pública- convino Mihw.

‒Qué gracioso... deja que terminen ustedes de descuartizarlo y ya veremos quién apesta más- suspiró.

Vaya si ha sido una buena temporada… tanto que, si las cosas siguen así, al final de la estación podría incluso dejar este oficio de carnada para dragones.

Sí, ya estaba necesitando unas vacaciones. Y luego, a trabajar en algo más tranquilo… y sobre todo menos peligroso. ¿Qué tal cazar grifos? ¿O mejor… basiliscos? Son raros, y dicen que hay enanos que pagan bien por sus ojos petrificadores, si uno sabe cómo arrancárselos sin volverse estatua.

Creo que podría ser un buen negocio…





Cacería cíclica[12]

Por Elaine Vilar Madruga

Ilustradores: Legion/ Dariusz Zawadzki (Polonia)

Dama Blanca/ Valeria Uccelli (Argentina)

"El pez grande se come al chico"

Sentencia popular.

I

Muh deambulaba por los recodos de lo que fue, en tiempos ya pasados, su hogar.

Ahora, era la presa. El cazador lo seguía demasiado cerca, lo husmeaba, destruía sus madrigueras y escondites. Muh sabía que su tiempo había llegado a la senda final. No existía escapatoria, y los Dioses del Agua y la Niebla habían dejado de responder a sus preguntas miles de lunas atrás. Por eso, abrió sus ojos púrpuras y esperó el golpe.

El disparo le llegó como en cámara lenta: apenas un relámpago de dolor que laceraba su piel casi transparente. Por un breve instante, intentó escapar de la red eléctrica que el cazador había lanzado sobre su cuerpo herido... pero pronto dejó de debatirse. Muh comprendió. Era el Precio Justo... Durante demasiados eones había postergado aquel instante de liberación y perdón definitivo.

---

[12] *Korad. Revista Digital de literatura fantástica y de ciencia ficción* (abril, #0, 2010)

Lentamente se dejó arrastrar al vacío.

El sabor amargo de sus líquidos le bañó el cuerpo. Convulsionó. La herida era grave. No necesitaba ver para saberlo. Ciego, arrastró sus apéndices táctiles que le colgaban como cuernos débiles de la frente para medir el tamaño del agujero de fuego que le quemaba las entrañas.

Inmenso como un cráter de *prajaluna*. Doloroso.

Chilló de terror.

El agua escapaba por el agujero de su vientre, y Muh sentía cómo su cuerpo iba convirtiéndose en una delgada capa de piel y algunos huesos tan finos como la niebla. Intentó que sus líquidos no continuaran abandonándolo... En vano. Poco le faltaba para estar tan seco como una raíz de aquel Invierno Rojo de la Conquista que ya se extendía a varias lunas.

No pudo continuar pensando. Trozos de sus entrañas cayeron sobre la tierra reseca de su mundo.

Convulsionó otra vez, pero ya no sentía nada, ni siquiera los espasmos de su propio cuerpo. Luego se quedó quieto. Ya había caído en el abismo, y la inconsciencia lo llevaba cada vez más hacia abajo. No podía reptar, ni escapar del cazador.

–Me muero – susurró con un hilillo de voz, mientras la mano del cazador hurgaba en sus líquidos más profundos, pero sin causarle, extrañamente, más sufrimiento-. Los Dioses-Muerte de la Niebla se han compadecido al fin de mi soledad... El último sobreviviente de Luxo...

Miles Artsixten avanzó. Los chillidos de la presa moribunda le herían los tímpanos. Eran semejantes al sonido de las flautas de pan con que las mujeres de la Tierra amenizaban las fiestas, pero mucho más penetrante. Miles pensó que si tuviera que escuchar aquel lamento de perro enfermo por unos minutos terminaría enloqueciendo y disparándose a sí mismo con tal de terminar aquel suplicio sonoro.

–Chist... bicho...

Las manos le temblaban. Ciertamente, no sería un tiro certero. Aquella mañana de persecución y cacería habían agotado sus sentidos hasta la extenuación. Sólo deseaba que el día se terminara de una vez por todas y volver al refugio – no siempre cálido- de la Base, con una presa en buen estado de conservación.

Si se secan por completo antes de la muerte, recordó Miles, *la piel no sirve de nada. Pura mierda incapaz de ser reciclada ni como pulpa para abrigos.*

Volvió a hurgar en el agujero negro que perforaba la carne del animal aún moribundo y, para su alivio, comprobó que si bien el disparo había perforado algunas de las bolsas de agua – testículos líquidos, como solían decir medio en broma los cazadores veteranos-, al menos conservaba intactas una decena. Las suficientes. No había perdido su tiempo como un idiota corriendo por los bosques de aquel planeta infernal de árboles cónicos cuyas hojas parecían burbujas azules y rojas, ni escuchando el gemiquear constante de las plantas que pisaba en su carrera. Al menos, esta vez los veteranos no se burlarían de él. No demasiado.

Con una sonrisa de felicidad sin límites, Miles preparó la última carga que había reservado para la cacería de aquella tarde. Lentamente, como un gourmet que degusta el mejor de los platos. Ahora que sabía que las bolsas de agua estaban a salvo podía demorarse e, incluso, disfrutar el momento.

Luego apoyó la boca del arma sobre la cabeza casi traslúcida del animal. Era importante no disparar a tontas y locas, puesto que podía perder toda la paga de aquel día y su tiempo miserablemente. *Mi primera presa...*, pensó alegre. *Vamos a ver que dicen hoy los maricones de la Base, ¡y una mierda! Ochocientos megacréditos por esta piel, al menos.*

Disparó por última vez, con la elegancia y la calma de los veteranos.

El animal lanzó un suspiro sordo, como si la flauta de pan hubiera sido aplastada accidentalmente y destrozada en mil pedazos ínfimos.

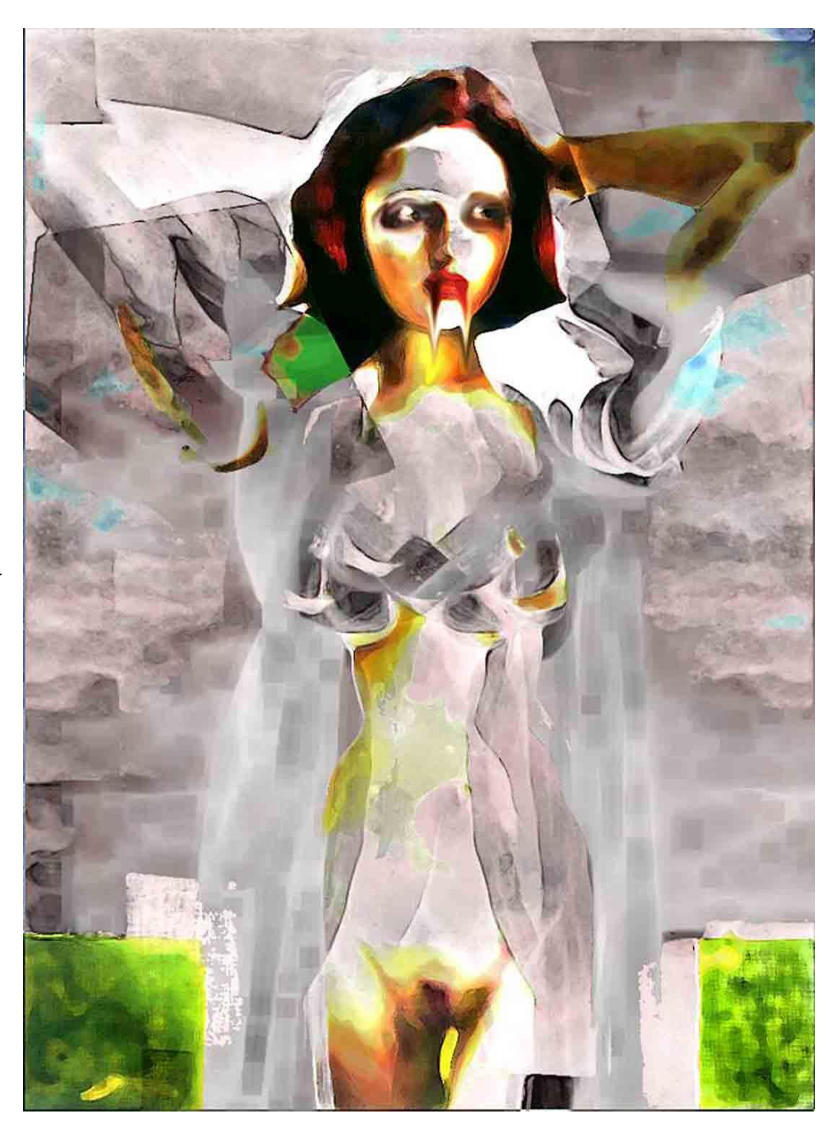
–¡Cállate ya!- gritó Miles, cubriéndose los oídos.

Ojalà la muerte de estos bichos pudiera ser silenciosa... Pero supongo que es demasiado pedir..., pensó con una mueca de desencanto.

Con sus botas de puntas de metal, tan duras como cuchillos, tocó el cadáver de la criatura que se encontraba desplomada a sus pies. Un hilillo de agua corrió sobre la tierra. Casi nada.

Entonces se hizo el silencio. Absoluto. Aplastante.

Los arbustos gemiqueantes del planeta dejaron de emitir su ulular. Miles podía sentir el peso de sus botas sobre las hojas. Rechinar metálico. El propio sonido de su lengua cuando la movía, inquieto, dentro de la boca. Pero nada más.



Un escalofrío como de niebla le recorrió el escroto. Necesitaba pronto de compañía humana, aunque sólo fuera la de aquellos idiotas de la Base. Necesitaba saberse a salvo y lejos de aquel cementerio silencioso.

Quién sabe, quizás sí extinguimos una especie. Quizás éste que maté haya sido el último..., pensó con la mueca de incredulidad de aquellos que no creen ni en sus propias palabras.

Pero en fin, ¿qué más daba? Aquellas eran las leyes arcanas de la supervivencia. Nadie juzgaría a la Tierra por expandir sus dominios más allá de las fronteras del espacio.

Era simple: los hombres habían resultado ser la criatura con mayores probabilidades de sobrevivir dentro de aquella guerra de la conquista, mientras que los primeros habitantes de aquel planeta corrían a esconderse como conejos asustados en sus *cuevas- burbujas*. Los humanos se habían limitado a cazar a los conejos y apoderarse de su mundo.

El pez grande se come al chico...

Miles sacó cuentas rápidamente. Los Pecios Imperiales de la Tierra habían explorado la galaxia durante siglos en busca de algún ser inteligente. En todo ese tiempo, sólo diez mundos de los descubiertos poseían el milagro de la vida... Una vida demasiado distinta a la esperada por los conquistadores: pigmeos arbóreos, animalillos mutantes cubiertos de escamas, insectoides que poseían dobles laringes y emitían los más increíbles sonidos dodecafónicos, siameses felinos que se apareaban a todas horas y en todos sitios... Miles sacó cuentas. *A todos ellos los exterminamos. Fin.*

–Un cazador jamás tiembla ante la pieza- se recordó a sí mismo, mientras cargaba sobre sus hombros el peso considerable de su presa-. ¡Malditos sean estos bichos asustados!

Caminó con paso seguro entre los bosques de burbujas y cristal, por primera vez silenciosos en mucho tiempo. Mientras, la cadencia adormecedora de los ríos rojos del planeta lo obligaba a moverse con más lentitud que de costumbre. Pensaba en su destino, y los años –salto que lo separaban de su hogar. Suspiró ansioso.

El esqueleto de hierro de las cabañas de los cazadores se alzó de repente ante sus ojos.

Miles penetró en la Base. Caminaba casi doblado por el peso de la bestiezuela muerta. Era, realmente, una presa valiosa. Su pase a integrar las filas de los veteranos. Su amuleto.

Una orgía de silbidos casi ensordecedora lo recibió. Los hombres aplaudieron su llegada y ensayaron las palabrotas festivas de costumbre, sin dejar ni por un minuto de sacarle filo a los cuchillos y recargar las *diexs*, aquellas cápsulas de veneno que más de una vez le habían salvado el pellejo a un veterano. No eran pocas las bestiezuelas que a veces salían de entre los árboles de burbujas lanzando gritos ensordecedores, en una especie de emboscada ciega.

–Bravo, bravísimo, caro amicci- aullaron los cazadores, entre vítores y maldiciones-. Algunos ya pensábamos que Miles jamás nos traería una presa a casa.

–Vayan a joder a la puta de su madre- Miles escupió las palabras en un perfecto español, aunque muchos no comprendieron ni una sílaba y se limitaron a reírse de él. Al fin y

al cabo, pocos entendían aún las *lenguas- cuna* que habían dejado de ser usadas hacía tanto tiempo ya-. Déjenme en paz, maricones.

Se alejó un poco del grupo. Desenfundó su propio cuchillo. Con cuidado, se hizo un sitio entre los cazadores veteranos – aquel lugar que hasta esa misma tarde le había estado tan vedado a él como al resto de los novatos del grupo-, e inició su faena. Las paredes metálicas de la Base refulgían, envueltas de súbito en el olor peculiar de la cacería y la carne muerta.

Son suficientes seis golpes de cuchillo sobre la piel grasosa de la bestia para desprenderla. Ocho. Diez. Graba su nombre sobre la carne con movimientos hábiles. La máquina curtidora hará el resto del trabajo.

–Y bien... – un veterano sonríe a la diestra de Miles, sin levantar los ojos de su propio quehacer sobre una presa-. ¿Luchó...? ¿Fue interesante?

–¿El qué...?

–Esa cosa... - el veterano vuelve a sonreír y luego lanza una palabrota en alguna lengua muerta que Miles no comprende-. ¿Qué coño hizo...? ¿Luchó?

–No. Fue una tarea... digamos que fácil.

–Semejante a todas las que hemos realizado en esta maldita colonia – le concedió el otro-. Algo de movimiento no nos vendría mal de vez en cuando... Nos estamos oxidando poco a poco, escucha lo que te digo. ¡Maldita sea la hora en que firmé los papeles para estar aquí, matando bichos inofensivos! Aunque ya que lo hablamos: mejor para nosotros, aunque la jodida paz silenciosa de este planeta termine friéndome el hemisferio izquierdo.

–Mejor para nosotros. – Miles se dobló sobre su cuerpo. Comenzaba a sentir el cansancio que reptaba por cada uno de sus huesos-. ¿Y por qué el izquierdo?

–Porque sí, en cualquier caso. *C´e le vie.*

Una mueca le encoge el rostro a Miles como si fuera un viejo prematuro. Con gestos lentos recoge la piel, ya curtida y libre de agentes contaminantes, ante la llamada insistente de la máquina. La recorre con los dedos y aprende su textura que es a la vez áspera y deliciosa. Luego entra en su camarote.

Sabe que aquella piel puede hacerle la vida mucho más fácil dentro de la Base. *El poder de los megacréditos,* piensa Miles con una sonrisa de incertidumbre. Buena comida orgánica, y algún que otro placer fugaz en las máquinas simuladoras de contacto humano; nada demasiado sexual, sólo un abrazo bastaría. *Como el de mi madre,* vuelve a pensar. *Como el de mi pobre vieja allá en la Tierra.*

Una punzada de soledad lo estremece, pero aún así continúa extendiendo la piel sobre el suelo desnudo. Luego coloca los pies sobre ella. Es sorprendente la calidez que despide, su olor que es también el aroma de bosque, niebla y agua, como si toda la esencia de aquel planeta se condensara en aquel pedazo. Mares rojos, olas púrpuras, bosques de cristal. Piedras en formas de llama. Burbuja. Fuego. Miedo. Los ojos- sangre de las bestias.

Si tú pudieras ver todo èsto, vieja...

Nostalgia.

Sus recuerdos lo sumen en el sueño, lo conducen a las arenas de la Tierra a la cual recuerda tan claramente como el primer día de ausencia. Ve la figura de su madre con su pañuelo grabado por la cruz azul de la Primera Iglesia Ortodoxa Naurì haciéndole una marca de la suerte sobre su propia frente sudorosa, y luego su mano en un gesto de adiós sin lágrimas.

Se atreve a soñar con su regreso a la Tierra, un poco más viejo y rico; los ojos asombrados de la madre que en su memoria no podrá envejecer ni un día más ni morir sin volver a verlo descender de uno de los Pecios Imperiales.

¿Qué podría regalarte, vieja?

La piel entre sus dedos está aún caliente, como si debajo de ella existiera vida.

Piensa en la artritis de la madre, que ni los más profundos rezos de la congregación pastoril de la Primera Iglesia Ortodoxa Naurì han podido curar. Recuerda aquellos dolores, y las noches cada vez más frías de la Tierra.

–Vieja... - musita y le parece verla envuelta en el calor corpóreo del trofeo, escuchando los mismos sonidos del misterioso planeta de ojos sangre y aspirando aquel extraño olor aroma de nacimiento y muerte.

Será para ella, piensa Miles, y ya sabe que no se deshará de aquella piel pase lo que pase.

Se duerme...

Sueña con bestiezuelas que le miran con sus párpados abiertos y escarlatas.

Simplemente sueña.

Pronto volverá a la Tierra.

Tiene que ser así...

II

Él tuvo un hijo. Su nombre fue Dird -que en la lengua de la Iglesia Naurì significaba El Bendecido-, pero no lo vio crecer, ni sonreír, ni contemplar los bosques verdes de la Tierra.

Todo fue demasiado rápido: como la lluvia dolorosa que barre con los hormigueros y destruye con su paso el trabajo de generaciones de insectos.

Miles piensa que quizás fue preferible...

Ya ha estallado la guerra. Ha comenzado el espanto.

Sobre las ciudades domo de la Tierra el silencio va extendiéndose: primero lentamente, después apoderándose de todo. Oleadas de pánico y suicidio. Gritos que asaltan la noche. Naves que sobrevuelan los cielos como gigantescas manchas de agua.

Conquista. Muerte.

La Tierra ha caído en una red. El pez grande se come al chico. Las probabilidades de supervivencia han reducido al hombre y a sus más bellas creaciones a convertirse en un manojo de bestias escondidas en sus agujeros, que siempre dejan tras de sí miles de huellas imborrables. Huellas que son bien usadas por los cazadores que husmean, aniquilan... Aniquilan.

Mientras, los humanos se baten a solas con los residuos de su orgullo. Y aún muchos no admiten ser las presas.

¿Cómo nos ha ocurrido esto?, se pregunta Miles con una mueca de loco. Él, que tanto vio y que, sin embargo, no supo...

Colono, cazador... y ahora presa.

Porque mientras los hombres se afanaban en sus ideas de conquista y expansión por todo el universo conocido, la Tierra era atacada como una burbuja indefensa que ahora –quince años después- parecía estallar de un momento a otro. Las llamas barrían las ciudades y los campos, y era realmente tarde...

¿Los enemigos?

El pez grande se come al chico, recordó Miles con una sonrisa desnuda, tocándose el cuerpo cubierto de harapos de lo que alguna vez fue el uniforme de un soldado. Tres años atrás, su propia ciudad- domo había sido quemada como una casucha indefensa y los pocos sobrevivientes del encuentro con los invasores habían huido con esperanzas y recuerdos inútiles. Nada más.

¿Qué les queda por conquistar?, se lamentó Miles, mientras se frotaba las sienes adoloridas.

Había vagado de ciudad en ciudad durante varios años y cada una de ellas, como aplastadas por un terrible fatum, habían caído bajo el peso de los nuevos amos. Naves cónicas -que en ocasiones resultaban tan parecidas a las nubes que era imposible discernir si se trataba de un día lluvioso o de un ataque-, sobrevolaban los cielos para luego dejar caer una carga de plasma atómico que barría todo a su paso: hombres, campos, cosechas, domos.

Miles no dejaba de estremecerse por el *deja vú*... Le parecía que era el último hombre que quedaba vivo en toda la Tierra.

Y comenzó a aceptar.

Supo que resistir era un esfuerzo inútil; que todas sus dudas y su dolor no eran más que un hilo sin importancia en el inmenso tapiz de la conquista. Había llegado el final de su tiempo.

Entonces inició un largo camino de vuelta hacia las ruinas de lo que fue, en tiempos ya pasados, su hogar. No quería que la muerte lo sorprendiera lejos, porque los escasos buenos recuerdos que aún conservaba estaban ligados, sin dudas, a aquel sitio donde las cenizas continuaban ardiendo, a pesar de los años que habían pasado.

Ahora conocía la sensación de huir y ser atrapado. Ser la bestiezuela que los conquistadores – aquellos cíclopes gigantes que miraban al mundo desde la divinidad de su único ojo-, se afanaban en perseguir como a conejos.

Sordo por las explosiones constantes, Miles caminó. Veía a lo lejos las figuras oscuras de los cíclopes, cuyos ojos intensamente verdes buscaban aún el rastro de una presa.

Ojos verdes como faros que encontraron sus huellas de bestiezuela.

Un guante de metal gigantesco señaló hacia Miles, y entonces él comprendió.

No quiero morir. No quiero morir así, le gritaron sus instintos.

Corrió. Corrió con todas las fuerzas que le quedaban, a pesar del hambre y la sed. Sus huesos famélicos parecían sonajeros que llevara escondidos bajo una capa simple de piel. Corrió por encima de las cenizas mudas, sin atreverse a mirar hacia atrás.

Una docena de nubes comenzaron a arremolinarse en el cielo, a cubrirlo de un extraño color metal. Miles pensó que se trataba de otro ataque, y que aquellas naves cónicas lo fulminarían silenciosamente, en pocos segundos... Pero no: era sólo la lluvia.

Entonces se detuvo.

Extendió los dedos.

No podía correr más. Sus pulmones eran fuelles malogrados que gemían pidiendo descanso. Y Miles se los concedió.

Es inútil... escapar, pensó mientras los pasos del cíclope se aproximaban cada vez más.

El *conquistador* gritó en su lengua inteligible. Miles alzó la mirada, pero apenas podía ver otra cosa que no fueran aquellas nubes de lluvia. No podía escuchar, ni entender nada. Se quedó quieto, con la garganta llena de dolor y una paz desconcertante deslumbrándole.

El disparo le llegó como en cámara lenta: un relámpago de fuego que chocó contra su carne y detuvo, tan sólo por un momento, los latidos de su corazón. Se desplomó lentamente, con un poco de dolor y rabia. No podía defenderse. No podía parar los golpes del *cíclope*.

Tosió.

Vomitó su propia sangre.

Un sudor frío le cubrió las extremidades y la frente.

–Al menos no seré el último... - dijo, con los dientes apretados por un dolor que atravesaba cada uno de sus huesos como una flecha.

Luego se quedó completamente inmóvil.

III

Shaist- elxer, ilustre *ikku y namar*, avanzó al encuentro de la presa derrumbada. Lo observó detalladamente: “Son tan débiles estas... cosas”, pensó con una mueca de desencanto. Aquella cacería no había sido ni siquiera emocionante. Apenas tocó al cadáver con el dorso de la mano: le parecía asqueroso.

Un i*kku* no podía regresar al Nido con semejante presa.

Tendré que buscar a otra, se lamentó un momento y maldijo en voz baja a aquel maldito planeta.

Luego caminó impasible sobre los pocos bosques que quedaban en la Tierra, muy cerca del sonido de las olas.

Quizás se detuvo por un segundo a escuchar, para descubrir de inmediato que no quedaba nada vibrando para sus oídos. Quizás aligeró su paso, mientras sentía los colores de la Tierra dibujarse en su memoria y un aroma peculiar que penetraba sus sentidos.

Olor de mares y fronteras. Olor de fuego y estaciones. Olor de vida y muerte que estallaba en los últimos recuerdos de su gloria.




RAFATER

En la cuneta[13]

Por Roberto Estrada Bourgeois

Ilustrador: *made for Terrorist Attack Game – TAG*/ Rafater (España)

Estas cacerías me recuerdan aquello. El paisaje es parecido. Terreno pantanoso, árboles de troncos arrugados, mohosos, y un silencio hecho de pequeños ruidos. Hasta caminantes en el mismo orden; Bob va delante pisoteando el fango con sus botas paquidérmicas. Detrás, Marcy balancea su cuerpo de mico y silba por lo bajo. Yo cierro la marcha.

Los miro. Si vistieran uniformes y llevaran al hombro M-16 y no fusiles deportivos sería todo absolutamente igual. No sé qué hago aquí. Es una parodia, repetimos los mismos actos, marchamos en silencio, con las armas listas, como en aquellas jornadas angustiosas después de abandonar el helicóptero, esperando a cada momento pisar una trampa o recibir un balazo desde cualquier matorral.

Soy un tipo sin voluntad. Una y otra vez me repito que no vendré más, pero luego me llaman para invitarme y vuelvo a seguir esta caricatura, a cazar patos con dos anormales que quieren satisfacer el hábito de matar.

Después de licenciarme pasé un tiempo sin verlos y traté de colocarme de nuevo en mi carril. El mundo es una autopista. Cuando se ha caído en la cuneta es difícil salir, y los que pasan están demasiado apurados para darte una mano. Eso nos sucede. Estamos en la cuneta.

Un día nos reencontramos y fuimos a darnos unos tragos, después seguimos viéndonos para chacharear, con whisky, sobre la mierda de la vida. Somos unos huesos dislocados, los

[13] *Revista Juventud Técnica* (1984)

tres nos detestemos mutuamente y solo nos une la frustración. Cualquier psicólogo nos llamaría individuos socialmente inadaptados.

Llegamos a un sitio seco. Bob se detiene y apoya el fusil en un tronco.

¿Qué tal si descansamos? Marcy dice que sí y yo me quito la mochila. Sugiere café.

Apuramos el líquido casi hirviendo y fumamos.

Hay que apagarla bien antes de seguir, dice Marry mirando los rescoldos de la hoguera. Bob contrae su careta.

¿Estás pensando en ese estúpido anuncio de la televisión sobre los bosques?, dice, mientras lanza un esputo que cae chirriando en las cenizas. Me gustaría que el guionista hubiera estado en Am Tré cuando quemamos el arrozal con los viets dentro.

Arrojo la colilla y digo: Fue terrible, pasé dos días sin comer después de aquello.

¡Bah! Gruñe Bob. Fue una fiesta, los viets salían ardiendo y nosotros tirábamos al blanco sobre ellos. Matamos como setenta.

Yo no estuve, dice Marcy. Tenía un mes de permiso en Saigón. Pasé tres días encerrado con unas filipinas sin ponerme los pantalones. Bob se hurga la oreja con el meñique y dice: Te perdiste algo bueno.

Sacudo un bicho de mi bota izquierda y odio a Bob, ese enorme y sanguinario cretino. Odio a Marcy, un tarado que solo puede entenderse con prostitutas porque ya no sabe hablar con las otras mujeres. Termino por admitir que sigo frecuentándolos porque soy un desecho como ellos.

Sigamos, dice Bob.

Entramos de nuevo en el bosque y vuelvo a pensar en esta retrospectiva de los cuarenta meses de selva, mosquitos y sangre que nos han dejado su huella.

Caminamos largo rato.

Tropiezo con Marcy que se ha detenido. Bob hace señas.

Ssh, dice. Hay alguien alli y señala una elevación cubierta de maleza.

Seguro son seminolas.

¿Qué carajo importa si son seminolas? No se meten con nadie, digo.

No hay indio bueno, dice Bob.

A mí me caen como una patada en los riñones, dice Marcy.

Dos a uno, como siempre.

Vamos a ver lo que hacen esos hijos de perra, dice Bob, toma el fusil y avanza agachado. Marcy lo sigue. Termino por hacer lo mismo.

Movimientos sinuosos y pasos espectrales. Precauciones silentes largamente aprendidas y repasadas bajo el fuego.

Llegamos.

Dame los binoculares, dice Bob, y Marcy se los alcanza.

Tomen posiciones, ordena con su vieja voz de sargento.

Me pregunto qué es esto pero ya estoy arrastrándome y me tiendo tras un árbol. Aparto unas ramas y miro por el hueco.

Es enorme, brillante, con muchas ventanillas de cristal oscuro.

Contengo la respiración y me aprieto el corazón disparado. Ganas de orinar. Una manaza urgente me sacude el hombro. Bob con la cara enrojecida.

¿Estás viendo eso?, dice ahogándose. Un disco volador.

Buceo en el remolino de mi cabeza para contestarle y no puedo.

Marcy se acerca reptando.

¡Hay que llamar a la policía!

¡Cállate, cretino!, le espeta Bob. ¡Nosotros podemos manejar esto!

Empuña el fusil y percibe el peligro en el silencio que sigue.

¿Qué te traes?, pregunto con cautela.

Vamos a observar esa lata de sardinas a ver si hay alguien dentro, masculla.

¿Y qué vas a sacar con eso? Le digo. Nosotros no somos científicos. Pero somos tres soldados del ejército de los Estados Unidos, dice con convencimiento. Somos suficientes para hacerle frente a cualquier bicharraco espacial.

Tienes razón, lo apoya Marcy.

Dos a uno otra vez, están locos.

Al primer marciano que asome le vuelo la cabeza, afirma Bob. O lo que tenga en su lugar.

¡No sería mejor regresar e informar de esto?, trato de convencer a ese asno cabezota.

Bob no se molesta en contestarme, aparta las ramas y atisba hacia la hondonada donde está el disco.

¡Se está abriendo una puerta!

Nos asomamos. Una sección del disco se descorre sin ruido, se proyecta una escalerilla y salen varios seres plateados señalando los árboles con gestos de asombro.

¡Parecen peces!, exclama Marcy. Tienen escamas y una cresta en la cabeza Vienen a invadir la Tierra, dice Bob con voz espesa. Eso es seguro.

¿Tú crees?

¿Qué vendrían a buscar si no? Bob quita el seguro de su arma. Pero aquí estamos seguros.

Lo miro. Contracción de las mandíbulas. Ojos entrecerrados.

No son muchos, reflexiona. Preparen los fusiles, cuando yo dé la orden Salimos disparando, liquidamos a esos fantasmones y entramos en el platillo por si hay más dentro.

Luego-que vengan todos los científicos que quieran. Me mira fijo y siento que es imposible tratar de razonar ni negarse. Decido tirar al aire.

OK, digo entre dientes.

Preparamos los fusiles y quedamos al acecho' Noto con curiosidad que los tipos plateados nos dan la espalda y gesticulan hacia un recodo oculto por un denso grupo de árboles.

¡Ahora!, grita Bob.

Salimos en guerrilla, disparando y aullando. Bob se adelanta, matando con precisión y destreza. Todos sus disparos dan en el blanco.

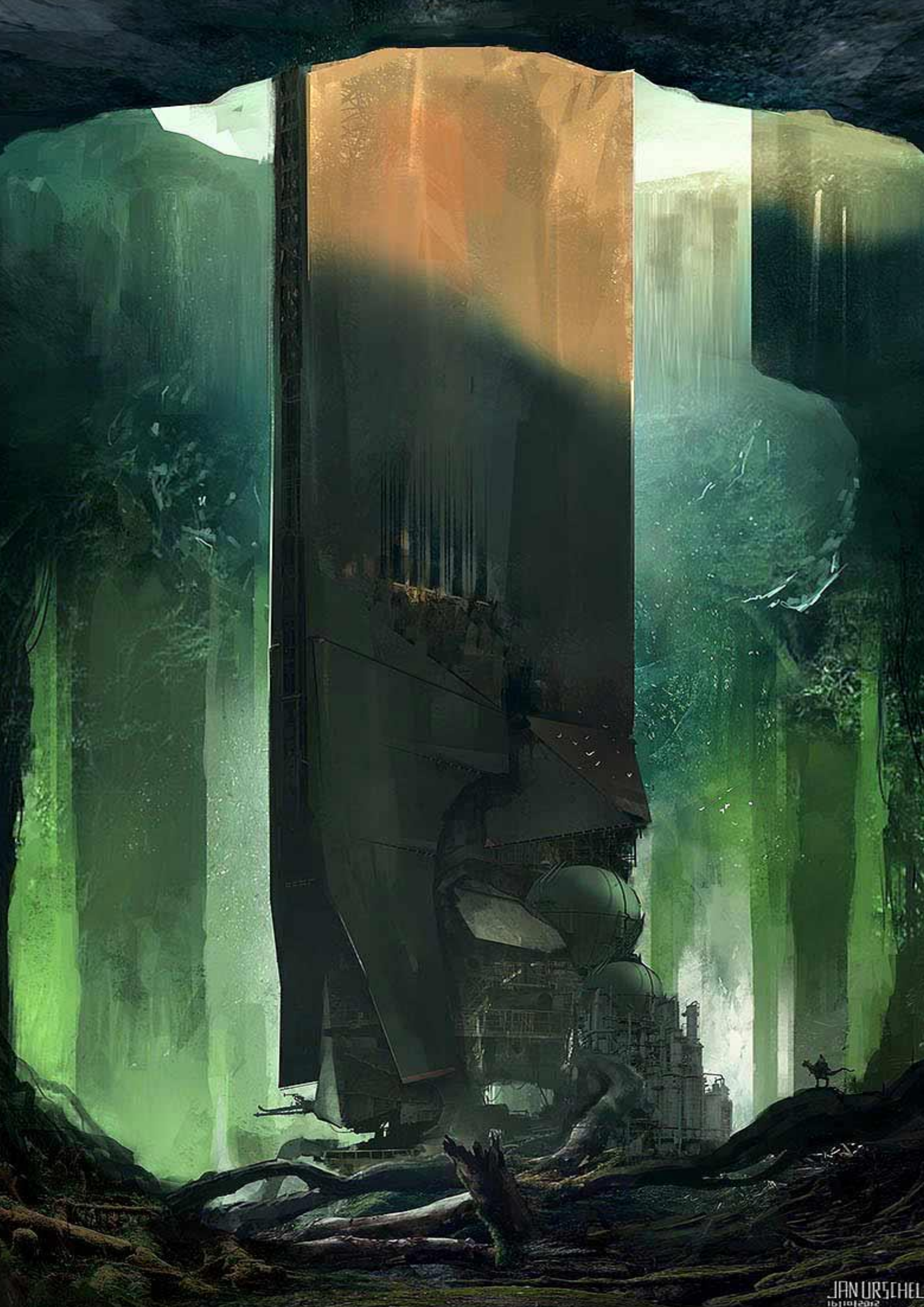
Nos detenemos a coger aliento entre los cadáveres acribillados, el frenesí ha durado solo unos segundos.

Estalla un griterío. De entre el follaje tras los árboles salen hombres con micrófonos, cámaras y caras de horror.

Bob y Marcy abren la boca con un desconcierto puramente animal.

Me inclino y agarro la cara escamosa de un cadáver, tiro de ella y se desprende. Quedo atónito mirando lo que está debajo, con los ojos azules congelados de sorpresa.




JAN URSCHEL

Ese ruido como de Piedras que caen[14]

Por Juan Luis Herrero

Ilustradores: *St.*/ Jan Urschel (Alemania)

Hive of Specters/ Aquiles Días (Portugal)

Aquella noche se desató el terror. Dicho así parece una- simple asociación de palabras. Para nosotros es mirar a través de las débiles paredes de plástico y quedarnos quietos unos frente a otros.

Somos cinco, mejor dicho cuatro; lo que queda de Ralph bajo unas mantas no puede ya considerarse como uno de nosotros.

Afuera no se ve ninguna luz, ni siquiera las estrellas. La tormenta forma como una neblina que se vistiera de luto por nuestra suerte. En eso oímos el primer ruido. Pareció un pequeño derrumbe que ocurriera a pocos pasos. El terreno bajo la cúpula se estremecía a espasmos irregulares sacudido por unas pisadas muy fuertes. Rick se levantó con su mirada ausente de emoción.

—Debíamos esperarlo afuera --dijo.

Nadie le contestó. -Alguno de nosotros deseando que saliera- Cuando un grupo está condenado, ver perecer primero a los de más nos puede hacer partícipes de unos engañosos minutos de eternidad, hasta que nos llegue nuestro propio turno fatal. Pero Rick solo se pegó a la fina v pulida superficie de plástico de la cúpula mirando inútilmente hacia la oscuridad.

[14] *Cuentos de Horror y Misterio* (Biblioteca del Pueblo, 1967)

Dejó que su frente se posara sudorosa sobre la transparente pared y los brazos le cayeron fláccidos junto al cuerpo.

─Debíamos esperarlo afuera- repitió.

Todos lo observamos como tratando de buscar en su iniciativa un apoyo para movernos en el fondo del terror en que nos sumergimos. Fue Flavio quien primero logró levantar la cabeza que hundía entre los hombros:

─Estate quieto ─dijo.

─¿Saben? –añadió Rick sin hacer caso─, allá afuera debe hacer frío, quizás no venga por nosotros, quizás nos preocupamos sin razón, tal vez Ralph...

─Cállate ya Rick ─le dije sintiendo a Finnegan a mi lado sollozando silenciosamente.

Lo que quedaba de Ralph se quejó con un sonido sordo bajo las mantas.

─Debíamos de matarlo, está sufriendo-murmuró a mi lado Finnegan cambiando sus sollozos por un gemido--, debíamos de terminar sus sufrimientos, nunca se va a desangrar...

Las mantas bajo donde se encontraba Ralph en el otro extremo de la cúpula se sacudieron un poco.

─Cállate la boca Finnegan, quizás te esté oyendo Flavio. -ordené

─Todo afuera luce en calma, quizás no haya nada y Ralph solo haya tenido un accidente -Rick le hablaba a alguien que no éramos nosotros, gesticulaba hacia el vacío sin parpadear.

-¡Alguien lo ha visto? ¿Eso puede existir? Entonces –continuó Rick- esta es la única zona desnuda de Wampuli, un remanso entre las selvas, solo piedras y desiertos, no hay nada más, je, je, je, no hay nada, todo sigue igual, mañana será de día, Ralph nos ha engañado, je, je, je, maldito Ralph. Yo no me preocupo. ¿por qué si nada ha pasado? Yo no le tengo miedo a las sombras, je, je, je…

YO SÍ SÉ CÓMO ES. SOY EL ÚNICO QUE LO HA VLSRO. ESCOGIÓ A RALPH Y NO A MÍ. POR ESO PUEDO CONTARLO. SOLO DE RECORDAR AQUELLO ES INEVITABLE ESTREMECERME. SÉ QUÉ SIGNIFICA ESE RUIDO ALLA AZUERA COMO DE PIEDRAS QUE CAEN. CUANDO RECOGI A RALPH ERA UN AMASIJO DE

SANGRE Y CARNE MOLIDAS. DESPUÉS LA SANGRE SE SECÓ AL IGUAL QUE LOS CORTES EN LOS MIEMBR.OS. HACE YA UNAS HORAS Y TODAVÍA NO HA MUERTO. SOLO LE QUEDÓ LE CABEZA Y EL TRONCO. TODAVIA PARECE ESTAR VIVO Y HAY ALGO QUE DICE QUE RALPH NO ES UNO DE NOSOTROS.

Flavio sentado en el suelo miraba para sus pies como si ocurriera algo muy interesante entre ellos. Estuvo un rato así de vez en cuándo contraía sus labios en una mueca y se pasaba la mano por el pelo. Trabajosamente se levantó y fue hacia la pared de plástico de nuestra cúpula protectora. Apoyó la frente y las manos en la fría superficie y cerró los ojos.

—Hice solo un año que estoy casado —dijo—, mi mujer es la más linda del universo, si la vieran... Ahora debe estar junto a mamá viendo la televisión. He tenido suerte de encontrar una mujer así.

Yo deslicé mi mano suavemente debajo de los hierros retorcidos del restaurador energético que habíamos sacado inútilmente de la nave destruida. Al sentir el contacto de mi pistola recibí una nueva descarga de serenidad.

—Cuando se vayan las nubes veremos las estrellas -dijo Rick-, quizás alcancemos a ver la Tierra...

—Es muy agradable tener a alguien -murmuraba Flavio-, una mujer que lo espere a uno al regreso...

—¿Podemos ver de nuevo a la Tierra cuando se vayan las nubes? –preguntó Rick virándose hacia Flavio.

—Esa mujer estará siempre allí esperándome, sintiéndose orgullosa de mí...

—¿Dime si se ve o no la Tierra, Flavio?

Mientras mi mano abandonaba el contacto de la pistola neutrónica que yo sabía solo era capaz de hacer un último disparo, dije:

—Sí Rick, cuando vaya la tormenta podremos ver la Tierra.

—¿Conocen a mi mujer?-preguntó Flavio.

—Sí, Flavio, es la mujer más bella del universo.

Finnegan a mi lado con el rostro aún húmedo, pálido y tembloroso se arrastró un poco más hacia mí sin quitarle la vista de encima a Rick y a Flavio como temiendo que de un momento a otro se le tiraran al cuello.

—¿No comprendes? Están locos –dijo.

Sentí una pena por aquel muchacho que me miraba con histeria—estudiándome con la necesidad de una certeza imperiosa. Se debatió en su ansiedad hasta hacer la pregunta:

—Y tú, tú no estás loco, ¿verdad?

—No Finnegan, yo no estoy loco, tranquilízate -y traté de evitar que viera mi mano tan cerca de los hierros retorcidos donde ocultaba mi pistola. Yo no me podía volver loco, nunca mientras tuviera mi arma y con ella una esperanza.

Ralph se volvió quejar, Finnegan me clavó los dedos en eI brazo.

—¿Lo oyes? Aún está vivo, sin brazos ni piernas, sin poder desangrarse por esa baba impenetrable que lo cubre, por su bien debíamos de matarlo.

—¿Cómo, si nuestras armas están descargadas, todas inservibles y la restauradora energética destruida?

—Hay que matarlo, hay que matarlo por piedad –repitió.

Finnegan estaba al borde de una crisis, a punto de ir también hacia las paredes de plástico de la cúpula y hablar sandeces.

—Pues ve y mátalo, estrangúlalo, vamos ¿quién te lo impide? Coge lo que queda dg tu amigo Ralph por el cuello y sacúdelo hasta que se calle. Pero sabes que no puedes hacerlo que esa maldita baba transparente que lo cubre es inexpugnable. Pero así y todo tú quisieras matarlo. ¿Qué crees? ¿Que eres mejor que nosotros? ¿Piedad? ¿Tú quieres matarlo por piedad?

—Pero yo...

—Vamos, vamos, no seas hipócrita, la piedad que pides para tu amigo Ralph no es más que tu necesidad de hacerlo desaparecer de tu vista, por temor a no poder soportar más su agonía. Y sabes así será la tuya. Lo qué quisieras es hacer desaparecer parte de tu miedo aunque sea matando a tu amigo Ralph Y a eso tú le llamas piedad.

Finnégan miró a todas partes, se estrujó las manos y por fin se desahogó en su sollozo.

La iluminación dentro de nuestra cúpula de plástico protectora se mantenía constante gracias a su autónoma fuente energética. Debía semejar una gran burbuja fosforescente sobre la total oscuridad del planeta. A lo lejos se veía como una pequeña manchita de luz intermitente producto de la radiactividad que emanaba de nuestra nave herida en su parte posterior por la inesperada furia de lo desconocido.

Hubo un nuevo ruido afuera. Nadie sino yo pareció oírlo. Finnegan observaba a Rick y a Flavio que miraban ausentes hacia la oscuridad, apoyados en las paredes de plástico. Supuse que el sonido que temían eran las fuertes pisadas que no se tardarían seguidamente en producir.

Yo sé que la cosa esa no tiene pies, y que el sonido que realmente debemos temer es ese de como de piedras que caen que hace el monstruo al desplazarse.

RICK Y FLAVIO SOLO VIERON EL BUTO DE LA COSA UNOS SEGUNDOS ANTES DE DESAPARESER. AL QUE YO DESCARGARON UNITILMENTE SUS PISTOLAS SOBRE EL. NO SABÍAMOS ENTONCES QUE HABÍA DESTROZADO GRAN PARTE DE NUESTRA NAVE Y ESPECIALMENTE SU PRINCIPAL FUENTE ENERGÉTICA EN QUE PODÍAMOS RECARGAR NUETRAS ARMAS. CUANDO CASI LE HABÍA VACIADO MI PISTOLA EN LO QUE SUPESE QIJE ERA LA CABEZA Y A CUYA BOCA SE LLEVABA A RALPH VI QUE ESTE AL HACERLE UN POSTRER DISPARO A TRES DISCOS BRILLANTES QUE CUAL OJOS FOSFORESCENTES



TENÍA EN SU PARTE ANTERIOR. LOGRÓ QUE EL MONSTRUO LO DEJARA CAER, TRAS EMITIR COMO UN TERRIBLE RUGIDO. ESO FUE LO QUE AVISO A FLAVIO Y A RICK DE QUE ALGO ESTABA SUCEDIENDO FUERA DE LA CÚPULA PROTECTORA DE NUESTRA BASE. CUANDO VOLVIÓ DE NUEVO A TOMAR A RALPH PARA LLEVÁRSELO A LA BOCA VOLVIERON A BRILLAR EN SU FRENTE AQUELLOS PUNTOS LUMINOSOS. QUE PARECIAN OJOS. PERO AHORA SOLO TENÍA DOS. MIENTRAS RALPH SE DEBATÍA ATRAPADO APUNTÉ CON CUIDADO Y DISPARÉ. VI DESAPARECER DE NUEVO UNO DE LOS DISCOS FOSFORESCENTES, ENTONCES EL MONSTRUO DEJO CAER A RALPH Y SE ME ACERCÓ. CONCENTRÉ MIS DISPAROS SOBRE SU PARPADO CERRADO. TRATÓ DE SEGUIR AVANZANDO Y NO PUDO O POR FIN DESISTIÓ. CUANDO SE REINTEGRABA A LAS TINIEBLAS FLAVIO Y RICK HICIERON FUEGO. LLENOS DEL PÁNITCO QUE INSPIRABA LA INMENSIDAD DEL MONSTRUO Y LOS QUEJIDOS DE RALPH, AGOTARON SOBRE IMPENETRABLE CORAZA DE LA PESADILLA SUS PISTOLAS. YO SABÍA QUE AQUELLO ERA INÚTIL. EL MONSTRO SOLO TENÍA UN PUNTO VULNERABLE: AQUEL TERCER OJO QUE PROTEGÍA CON SU PÁRPADO HASTA EL MOMENTO DE COMER, DE DESTROZAR. NADIE LO SABE. TODOS CREEN QUE YO TAMBIEN ESTOY DESARMADO. MIENTRAS RICK Y FLAVIO DESVARIAN O FINNEGAN SOLLOZA, YO PUEDO SENTIRME FRÍO Y DESPEJADO COMO UN PESCADOR ESCOGIENDO SU CARNADA. SI NO ES UNO ES OTRO, PERO ALGUNOS DE ELLOS TIENE QUE SACRIFICARSE POR LOS DEMÁS Y ASEGURAR QUE EL UTTIMO DISPARO QUE LE QUEDA A MI PISTOIA SEA MORTAL.

Ralph parecía, por sus quejidos, haber caído en una crisis. Se revolvía debajo de las mantas como presa de extrañas palpitaciones. Quizás antes de una hora habrá una nueva manta debajo de nuestra protectora cúpula de plástico, pero ¿quién?, ¿cuál de los tres será la víctima? ¿Rick que balbucea frases acerca de que es imposible querer ver Ia Tierra desde billones de kilómetros de distancia?, ¿o Flavio que habla de una mujer que no existe y de una madre que todos sabemos ha muerto hace muchos años?, ¿y Finnegan? Bueno. es el único de los tres que aún parece estar cuerdo y a quien yo preferiría sacar indemne de todo este asunto. Esta noche de terror está a punto de terminar, cada vez ese ruido como de piedras que caen se

oye más cerca. Todo lo que tengo que hacer es, cuando lo crea adecuado, hacerles creer que afuera podemos encontrar un escape o si no estar alerta para cuando el monstruo haga irrupción en la cúpula. Lo principal es que el pez se dedique a la carnada y no al pescador. Supongo que la inminencia del monstruo les haga perder la cabeza. Entonces yo podré apagar ese tercer ojo.

−Creo que ahorita amanecerá −dijo Rick− allá afuera hay como un puntito luminoso.

Tuve que impedir un imprudente movimiento instintivo hacia mi pistola.

−¿Dónde? –preguntó Flavio con una expresión idiota.

−Allí.

−Parece un ojo que nos observa a gran altura, es lindo.

−Los odio –me dijo Finnegan−, debían tener tanto miedo como yo ¿Tú tienes miedo?

−Sí, Finnegan –contesté mientras cubría la pistola con el extremo de una manta para sacarla de su escondite.

Sé que solo nos quedan unos minutos, el ruido allá afuera cada vez es más próximo. No hay equivocación posible, el monstruo vuelve el busca de su comida. Ya no soy un hombre, ahora soy una fría máquina que comienza a ponerse en movimiento. Sacar la pistola envuelta en la manta, estar dispuesto en una fracción de segundo a encender las luces exteriores para distinguir bien a mi enemigo, impedir que Finnegan perezca también, irme hacia el otro extremo junto a las mantas bajo las cuales está Ralph pues por el ruido que hace es indudable que mi enemigo hará irrupción por aquí o por donde están Rick y Flavio. Y todo sin llamar la atención, sin que sepan que hay una esperanza para quien posea esta pistola. Esperar, tranquilo ausente de emoción. El hombre, cuando se comporta como una fría máquina, siempre tiene éxito. Ese éxito calculado y preciso que puede luego empañarse por habernos olvidado a retornar a ser hombre. Por eso quiero salvar a Finnegan. Es mi justificación, y mi seguridad ante la necesidad planear la muerte de Rick y Flavio.

Afuera está mi enemigo, ese al cual mis compañeros ayudarán a vencer. Ellos tienen esa obligación. Puedo sentirme tranquilo como un dios a la inversa; que planea en vez de 1a creación la destrucción. Puedo escoger quién va a morir y quién va a vivir. Ese derecho me lo

da el tener un arma. Si Rick y Flavio la tuvieran yo sería el loco y no ellos. Todo depende de quien posea La fuerza y con ella una esperanza.

Ralph ha dejado de moverse bajo las mantas' Sé que el monstruo ya está solo a unos pasos de la cúpula. Lo presiento pues entre él y yo hay la íntima relación de dos generales enemigos. Solo yo sé de la debilidad de su tercer parpado cerrado y solo yo puedo destruirlo.

Allá afuera, en la oscuridad, el monstruo debe estarse preparando para el ataque. Casi puedo sentir su presencia. No siento ningún odio ni rencor, ni siquiera por lo que hizo a mi compañero Ralph. En este momento tan solo es mi antagonista oculto en las sombras y a quien debo eliminar. Él y yo pertenecemos a una trascendental acción cuyo fin depende de mí habilidad y de mis compañeros. Ellos sí son ahora mis enemigos, porque son los medios vivos que debo emplear. Sus torpezas pueden echarme a perder mi plan. Rick y Flavio ya no son sino el cebo para mi antagonista, el anzuelo que debe mantenerse firme para que yo pueda enganchar mi presa. Es preciso que se debatan lo más posible entre las garras del monstruo, mientras este les arranca las piernas y los brazos para que yo pueda apuntar bien a su tercer ojo fosforescente. Si fallo no habrá ninguna oportunidad más. Ellos ya están condenados. Pero yo puedo salvarme, yo y Finnegan. Solo eso les exijo, un último minuto de dignidad.

A través de las transparentes paredes de plástico de nuestra cúpula me parece distinguir a1go. Tras dejarse arrastrar junto a los restos de Ralph, Finnegan ha quedado callado. Quizás por primera vez se ha dado cuenta de que para nosotros hay una salvación. Solo con tocar el bulto que hace mi pistola debajo de la manta ha empezado a comprender. Tengo que convencerlo en nuestro diálogo sin palabras. Y Finnegan por primera vez en toda esta noche de terror ha sonreído. Y me ha dado asco su sonrisa. Él ha aceptado demasiado fácilmente el sacrificio de Rick y Flavio a cambio de su vida. Lo que yo he tenido que sopesar y calcular durante horas, Finnegan lo ha aceptado en unos segundos. El ni siquiera ha sentido el más leve remordimiento o la momentánea duda de la piedad. Esta porquería sonriente que hace solo unos segundos era una porquería llorosa, solo siente la satisfacción del odio provocado por su debilidad y la de su salvación a toda costa. En esa mano de Finnegan que me aprieta casi cariñosamente el brazo con que sostengo la pistola está todo el proselitismo ciego y animal de la humanidad. Quizás fuera mejor que Finnegan estuviera también al otro extremo de la cúpula, de espaldas a nosotros como Rick y Flavio. Pero no, yo lo necesito para una conciencia, sin remolimientos.

Afuera se han sucedido repentinamente una serie de chispazos. Mi enemigo parece que ha roto el circuito de circón, que sirve para iluminar el exterior. Tendré que hacerle frente a la oscuridad. Así me será más difícil. Quizás el circuito solo haya sido dañado ligeramente y cuando establezca los contactos funcionarán los reflectores. Eso solo lo averiguaré en el momento preciso.

—¿Vieron las luces? —exclamó Rick como un muchacho alegremente sorprendido por una explosión de fuegos artificiales.

—Eran azules —comentó como extasiado Flavio- igual que los ojos de ella, quizás un poco más oscuros... ¿Ustedes la conocen?

Afuera, hacia la derecha de los que hablaban, algo opacó la transparencia de la cúpula. Me pareció reconocer un resoplido contenido que emergiera de las profundidades de aquel desolado planeta. Finnegan se apretó más a mí. Sentíamos que algo o alguien estaba observándonos a solo unas pulgadas de la pared de enfrente. Me pareció sentir el roce de un cuerpo que se arrastrara penosamente sobre el árido terreno desprovisto de vida.

—¿Oyes? —me preguntó Finnegan.

—Sí.

Finnegan ya no sonreía.

—Tú puedes matarlo, ¿no? Tú puedes matarlo...

Frente a nosotros sin hacer ningún ruido, comenzaron a agrietarse las paredes de nuestra cúpula protectora. Era el momento de iluminar el exterior. Como temía, los contactos habían sido rotos, ni siquiera uno de los reflectores ha funcionado. Finnegan ha caído de rodillas junto a los inmóviles restos de Ralph. En cualquier momento toda la pared interior de la cúpula cederá y el monstruo hará irrupción dentro de nuestro recinto. Pero Flavio o Rick le harán abrir su tercer párpado cerrado. ¿Y si fallo? ¿Si en el último momento me tiembla la mano? No, eso no puede suceder, ahora soy una máquina que funcionará con precisión. ¿Y si el monstruo se arroja sobre mí antes que sobre Rick o Flavio? No puede ser, ellos están más cerca.

Ahora hay un enorme agujero en nuestra cúpula. Pero mi enemigo o se ha retirado o se resiste a entrar. Han pasado varios minutos y nada. No puedo desesperarme por la demor4 esa

puede ser la táctica del monstruo. Él sabe de mi presencia como yo de la suya. Ahora solo le queda un tercer ojo y tiene que andar con precaución. Quizás mientras estaba junto a la cúpula nos observaba tratando de reconocerme, de localizar a su real enemigo. Por el hueco que hizo en nuestra cúpula, dificultándome la visión, se cuela una neblina que flota sobre el planeta. La temperatura ha bajado, sin embargo, Rick y Flavio siguen tan idiotizados que no han tocado los controles termostáticos de sus trajes. No puedo demorar más esta espera, pues no la resistirían mis nervios. Si el monstruo no se decide a tomar la iniciativa tendré que hacerlo yo. Claro que con Rick y Flavio por delante. De alguna forma tengo que hacerlos salir de la cúpula y enfrentarlos a mi enemigo.

Miré hacia afuera y entonces comencé a sonreír y casi corrí hacia mis compañeros.

–Rick, Flavio, vamos afuera, vamos –les dije.

Me miraron extrañados.

–¿Pero no lo ven? Han venido a rescatarnos. Miren allá afuera, una nave de auxilio.

Pero ni Rick ni Flavio se movieron.

–Vamos, vamos, ahora podremos volver a la Tierra ¿comprendes, Rick?, a la Tierra; la nave ha hecho huir al monstruo, ya no hay nada que temer, démosles la bienvenida. Flavio, ahora verás de nuevo a tu mujer–. Los tres reíamos liberados de una carga que nos había petrificado el rostro.

Salimos por el boquete de la cúpula. Hacia el resplandor lejano. Hacia el fin de nuestra noche de terror. Yo puse un brazo sobre Rick y otro sobre Flavio y entonamos una vieja canción como un himno a la Tierra. Cantábamos en la oscuridad mientras nos acercábamos a la luz. El terreno crujía bajo nuestras botas que cada vez pisaban más rápidamente y con más fuerza. De pronto lo sentí di un salto hacia adelante. Fue un verdadero presentimiento pues casi no se veía nada salvo el brillo de nuestra nave cercana. Rick y Flavio quedaron atrás y entonces mientras me volvía rápidamente saqué de la cintura la pistola. A lo lejos oí un agudo chillido; era la voz de Finnegan. Cuando Rick y Flavio se volvieron estaba casi encima de ellos, la gran mole del monstruo con su tercer párpado cerrado. Sé que intentaron correr hacia los destellos radiactivos de nuestra nave destruida que se encontraba muy cerca, aunque no dieron siquiera un paso. Sé que tendrían de espaldas a mí una sonrisa congelada in sus rostros y los restos de nuestra canción en los labios. Así estaban cuando los atrapó mi enemigo. Y

entonces los oí gritar. Y entonces en lo alto sobre la oscuridad de la noche se destacó un punto redondo y luminoso, un ojo fosforescente que se ofrecía vulnerable y preciso a la pistola que sostenía mi mano. Me temblaba el pulso cuando volví a escuchar de nuevo el chillido de Finnegan aún bajo nuestra cúpula protectora Por mi cuerpo corrió toda la carga nerviosa acumulada durante aquella noche en que se había desatado el terror. En línea recta el cañón de mi pistola y el tercer ojo del monstruo. Rick cayó desde lo alto y antes de que Flavio llegara al suelo disparé. Último destello de mi arma ya descargada. Primer estremecimiento de unas piernas que ya no podían sostenerme. Permanecí tirado boca abajo sobre el terreno casi todo un minuto. ¿Cómo atreverme a levantar la cabeza? Miedo sobre miedo que me aplasta contra el piso. Ansias de desaparecer para no enfrentarme a la muerte. Calor que recorre mi cuerpo dispuesto ya a tomar movimiento. Rick y Flavio aún se estremecen mutilados cerca de mí, cubiertos de una baba transparente. Y yo que camino triunfante hacia mi cúpula de plástico donde debo esperar hasta que vengan realmente a rescatarnos. No distingo a Finnegan, que con su grito por poco me hace fallar. Ahora puedo tirar lejos de mí esta pistola que me ha dado la victoria. La huella de mi enemigo vencido se ve en el gran agujero que abrió en una de las paredes de nuestra cúpula de plástico y que ahora al usarla de entrada me hace sentir inmensamente satisfecho. En el otro extremo, de rodillas, se encuentra Finnegan. Necesito a alguien para contarle. Aunque sea a un cobarde como él. Luce tan insignificante como una alimaña, permanece con la cabeza baja, casi tocando el piso mientras aprieta algo entre las manos. Me es agradable golpear con la punta de mi bota su cabeza para verle el rostro.

—Finnegan, Finnegan, ¿qué te pasa? —le digo.

Pero Finnegan sigue sin contestar y con la cabeza gacha.

—¡Cobarde! Ya no hay nada que temer ¡no eres más que un cobarde! -lo insulto, pero ni así se endereza y sigue estrujando una manta entre sus manos.

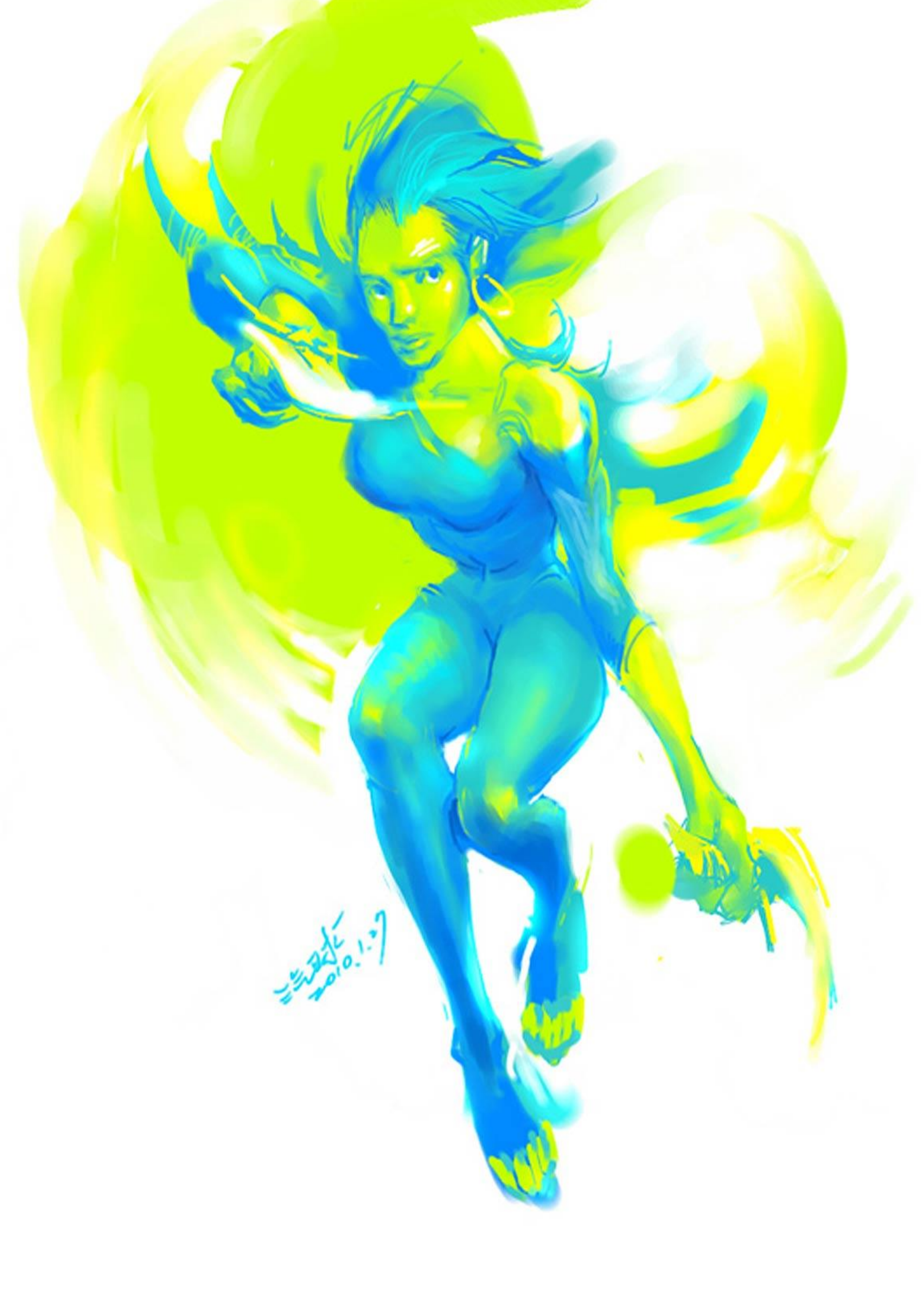
Al fin 1o hizo. Su rostro estaba pálido. Sus sienes se habían plateado. Los ojos parecían dos moldes redondos donde nadara una melcocha blanca maculada por sendas moscas. Arrugó el entrecejo y se rio. Y volví a sentir miedo.

—Qué pasa Finnegan, di qué Pasa?

Pero solo sabía reír estúpidamente mientras se le caía la cabeza sobre uno de los hombros. No parpadeaba, su cuerpo era presa de un raro temblor mientras agitaba la manta.

Era la manta que había cubierto a Ralph. Y entonces sentí 1a necesidad imperiosa de ver los restos de Ralph. Y no los vi. Lo que había en su lugar era una forma no más grande que el cuerpo de donde se había alimentado y que tenía tres párpados cerrados en la frente. Y ahora junto a un loco solo tengo que esperar a que crezcan los monstruos.





Los Espectros del Erg[15]

(Una historia de Axãralan)

Por Anabel Enríquez Piñeiro

Ilustradores: *St*/ Guan Yu Chen (Taipéi, República de China)

Le Narval/ Lucian Stanculescu (Rumania)

I

Cuando el anciano prendió el candelabro de aceite la estancia resplandeció en azul ceniza. Sombras y luces serpentearon sobre los pliegues de su raída hopalanda.

— Parece un espectro- se aventuró a decir Naur, el del lunar de pelo rojizo.

—Sí Abu, un espectro del Erg de grava- concordó Ineé la chica mayor y los demás rieron.

Sin protestar o asentir el abuelo retornó a su sillón de madera laqueada y se recostó cerrando los ojos. Los niños callaron y contuvieron el aliento. Sabían que tras aquel instante de concentración en que el anciano parecía despegar de la realidad y trasladarse a mundos lejanos, a remotos tiempos, regresaba siempre con palabras llenas de encanto para contarles una historia fascinante y nueva.

[15] Forma parte del libro de cuentos *Nada que declarar* (Editorial Abril, La Habana 2006). Premio Calendario 2005.

- Antes que el Crisol del Tiempo marcara las ciclas de la Edad de los Dioses del Ámbar, los Zells eran el único y mismo pueblo.- comenzó a decir el abuelo sin despegar los párpados- entonces no existía el Erg de las Dunas Azules, y sobre lo que hoy no hay más que grava corrían ríos extensos y crecía la floresta: sábalos, cedros negros, fibrosos árboles de tafya; y los animalejos habitaban desde las empinadas copas hasta las raíces profundas. Tantas conjunciones hacen que la Cordillera que separa el Erg de la Selva Brava era apenas una sierra de poca altura. Ni siquiera la Selva había nacido sobre Axãralán.

—¿Y el Valle de los Espectros? - interrumpió un niño de largos rizos color ámbar.

— Tampoco, Axen. Porque entonces los Zells de las dunas eran un pueblo común como nosotros. Y como nosotros, estaban vivos.

***

—Uulen sabe que hacer— insistió el Zell y su mirada era gris y dura como la grava.

El maestre D´Uram apretó las mandíbulas. Había escuchado tantas historias sobre los Zells del desierto y todas para temer. En el camino hacia el sur habían atravesado el Erg de las Dunas Azules y quizás eran de los pocos humanos sobre Axãralán que habían sobrevivido a travesía semejante. Entonces no tenían otra alternativa que seguir el recorrido de los Dioses Fundadores para rememorar la leyenda como exigía la tradición. Pero, regresar de nuevo, internarse por voluntad propia en los dominios de los Zells-dunné, más que temeridad parecía estupidez.

Si no fueran ellos la única posibilidad, minúscula y descabellada esperanza a la que aferrarse, nunca habrían vuelto a mirar de frente aquellos rostros color de ceniza cuya vista pétrea calaba hasta el espíritu. Pero ellos eran, según prometían los más antiguos textos médicos, los únicos que sabían curar las enfermedades por desconexión.

Èthean D´Uram tocó la frente de Harielt. Hervía de fiebre, como la grava que reverberaba bajo el brillo cegador del sol rojo. La infección roía los riñones de la muchacha, y su piel tenía la palidez aceitunada que produce el desequilibrio de los líquidos corporales. Apenas entreabrió los ojos, iris descoloridos, y su intento de sonrisa fue como otra grieta en los labios.

El joven maestre se volvió hacia el resto de los hombres que lo acompañaban. Se mantenían tensos, expectantes. No habían arriesgado de esa forma para vacilar en el último momento. Èthean asintió con una profunda inspiración de aire.

Cargó en brazos a Harielt. Tan liviana y fláccida como una cáscara de mialbas, pensó. Y la evidencia le oprimió dolorosamente el pecho. Había cuidado de que la piel de la muchacha se mantuviese libre de excoriaciones y yagas, pero a su pesar, los músculos perdían por día todo el vigor. Ni siquiera podía usar ya la armazón de montar que le había permitido cabalgar con relativa independencia durante algunos meses. Las infecciones volvían cada vez con mayor frecuencia. Se habían hecho resistentes a las tisanas de mialbas, a los emplastos de tafya y las conjugaciones de las cinco cuentas de los cinco tipos de ámbar. La vida de Harielt se le escapaba entre los dedos con la velocidad con que la sustancia abandonaba su delicado cuerpo, dejándola así, como una cáscara. Y él no podía, no sabía que más hacer. Qué clase de médico eres, se reprochaba a sí mismo, que no puedes encontrar el modo de detener la infección, de rescatarla de la parálisis; qué clase de maestre de armas que no pudiste detener la flecha que dividió su cuerpo; qué clase de Austero, que ya no encuentras sosiego ni respuestas en la meditación profunda. Los dioses, inconmovibles, parecían haberle abandonado. Su única esperanza eran los Zells del desierto. Y a ellos habían acudido. Rezando en su interior al dios sabio Galeu, y a todos los Dioses de Ambarem que quizás no aprobaran un acto tan profano, Èthean D´Uram puso en manos de Uulen, el joven jefe del Clan del Viento de los Zells-dunné, la vida de la heredera del Reino de Hiverhash.

***

Ashwell analizó las mediciones del terreno que los sensores de superficie del traje le reportaban. Una composición de carbono elevada, atípica en aquel continente. Quizás Lyriam tenía razón, y era ese el lugar que buscaban. Más que el predominio de compuestos de carbono la traza continua del contador Mendel marcaba cadenas de proteínas a donde quiera que se direccionaba, una roca, el suelo, hasta el aire. Al principio lo atribuyó al ruido de fondo producido por los sistemas vivos microscópicos de cualquier biosfera, pero la cadena era mucho más compleja. Y siempre la misma. Lo increíble era que a su alrededor todo era desierto, sin una planta, un insecto, un roedor. Pétreo desierto azul ceniza.

Lyriam descendió de la duna; los prismáticos en una mano, el dije de cristal dentro de la otra.

—Se acercan dos jinetes.- informó a Ashwell. Él percibió la ansiedad contenida en la voz de la muchacha.

— Lyr, quizás no…-pero se detuvo ante la mirada firme de sus ojos dorados.

Había una convicción contagiosa en Lyriam. Después de varios años visitando mundos con probabilidades para el asentamiento de aquella diáspora religiosa denebita el hecho de que aquel planeta los hubiese acogido sería una coincidencia increíble. Pero Lyriam esta vez se mostraba demasiado ansiosa. ¿Estaba llegando al límite de la frustración? O acaso ese desierto gris acero que se extendía a todo su alrededor era ciertamente el destino de su búsqueda.

Los jinetes parecían espejismos levantados sobre la grava. Tenía casi el mismo color de las piedras; y sus animales, a lo que los otros nativos llamaban drondes, brillaban por su pelaje metálico, de aspecto artificial.

A poco pasos de los astronautas, las bestias se detuvieron silenciosas, y los dos zell-dunné desmontaron con una agilidad que Ashwell le pareció un alarde de levitación. "Deben ser lo efectos de tanta monotonía cromática" El contador Mendel vibró con nuevas cadencias en la medida que los dos recién llegados se aproximaban. Ashwell pudo verlos y un estremecimiento recorrió su columna vertebral. Nada tenían que ver aquellos seres con



Lyriam. Aunque la mitad de los genes de la muchacha eran denebitas solo aportaban más belleza a su parte terrestre. Los ojos de Lyriam eran un caledoscopio de emociones coloreadas, sus labios lilas, sus cabellos negro azulados, matices en perfecto balance que emanaban vitalidad y frescura. Pero aquellos seres eran todo lo contrario. A punto estaba de declarar en voz alta el fracaso de esta misión cuando el dije que Lyriam llevaba colgado al cuello resplandeció. Una luz dorada brotaba de las tres gemas que ahora giraban dentro de la cápsula rómbica sobre el pecho de la muchacha.

Uno de los zell se adelantó. En su mano gris brillaba un idéntico resplandor dorado.

II

—¿Y en verdad están muertos, Abuelo?- preguntó una vocecita, debilitada por la emoción.

— Escuchen. -pidió el abuelo tras un suspiro.- Sean pacientes y serán recompensados con la sabiduría. Escuchar es una virtud gratificante.

—Escuchamos, Abu.—se apresuró a decir Ineé y dirigió a todos los niños con una severa mirada.

—En los tiempos en que el Erg era un valle fértil, decía, los Zells eran un pueblo próspero y orgulloso que habían conquistado desde el macizo de Oddé, al norte, hasta los límites mismos del mar donde dos siglos más tarde se alzara la capital Axa.

"Habían conquistado tanto territorio que los Zells olvidaron que eran un pueblo de hombres corrientes y se creyeron descendientes de los Primeros Dioses. Comenzaron a llamarse a sí mismo Señores del Viento, Señores del Agua, Señores del Fuego... y así por cada elemento. Propagaban a los cuatro confines que podían controlar las fuerzas divinas de la Naturaleza y terminaron por no creer más en los Dioses, ni siquiera en los Primeros, porque pensaron que ellos mismos eran divinos."

"Entonces marcharon a través de la sierra que los separaba del Septentrión, para dominar a los pueblos del otro lado de las alturas. Pero al otro lado vivía un pueblo de poderosos sacerdotes, los que más tarde fundaron el Valle Sagrado de Hosh cuando la Selva Brava comenzó a crecer. Aquellos sacerdotes se negaron a aceptar en los Zells la encarnación de los elementos y ante la avanzada del enemigo se reunieron en Cohaè...

—¿Cohaè? ¡El Santuario Perdido de la Selva Brava!-interrumpió Axen, y de inmediato se llevó la mano a los labios- Disculpa, Abuelo.

—Entonces era el santuario de los sacerdotes de Cohaè. Allí se reunieron para conjurar las fuerzas supremas de los Elementos y hacer que la furia de los Primeros barriera de Axãralán a los descreídos Zells, demostrándoles su insignificancia ante los Verdaderos Creadores.

***

Dentro de una gruta de grava podía respirarse sin dificultad. No había olores nauseabundos, ni siquiera a humedad, como Èthean había imaginado. Más bien tenía un olor suave, similar a los cristales purificadores de mirra blanca. Observó con atención las paredes que resplandecían con una rara adularescencia. Ni una hoguera, ni árboles en días de camino alrededor para construir una; ni candelabros de aceite. Sin embargo la cueva estaba iluminada con una luz azul lechosa que parecía emitir la propia grava.

Otra vez más repasó lo que sabía sobre aquel pueblo fantasmagórico, mientras caminaba por el corredor detrás de Zell que llevaba en brazos a Harielt. Decían los hombres más allá del Valle de los Espectros que los Zells-dunné se alimentaban del espíritu de los desdichados que penetraban o se acercaban a sus dominios. Y que hasta tomaban la energía de los animales, carentes de instinto de conservación, que se adentraban en las dunas de grava. Por ello no había otros animales que los drondes, las cabalgaduras de los Zells, en el Erg de las Dunas Azules y eran hechos del polvo de la grava por un conjuro que solo los Zells sabían. Pero, ¿qué había visto él al cruzar el Erg? Ningún Zells le había chupado el espíritu... ni el cuerpo. Los dejaron andar con una escolta, desagradable por su omnipresencia, pero sin la menor agresión. Los condujeron por una ruta directa y sin riesgos y trataron a Harielt con

una extraña familiaridad, reconociendo bajo sus ropas masculinas de guerrero a la doncella de ojos de arco iris, como preferían llamarla.

El Zell llamado Uulen colocó a Harielt sobre una plataforma hecha de grava."Como todo en el Erg", se dijo Èthean, y de inmediato se percató de que la dureza y frialdad de la superficie podían afectar a la muchacha. Con disimulo extendió la mano hasta tocar la esquina de la plataforma, y para su sorpresa estaba agradablemente tibia. Pero lo más extraño era la elasticidad de la grava, como si en lugar de piedra un tejido vegetal o animal la conformara."Está cómoda." Respiró. "Pero, ¿qué le harán ahora?" Una corriente helada recorrió su espalda hasta la nuca. ¿Y si en verdad eran vampiros que absorbían el espíritu, y luego devoraban el cuerpo dentro de aquellas grutas? Quizás por ello no se encontraban nunca cadáveres en el Erg...

Como si escuchara sus pensamientos el Zell se volvió. Y sonrió con amable gesto.

— Zahar separa los granos y los dispone para curar a la doncella de ojos de arco iris. No debes temer por ella, ni por los otros.

El Zell anunciado por Uulen llegó a través una entrada que Èthean no había percibido, enmascarada por la irregular fosforescencia de las paredes. Pasó por el lado del Zell y de Èthean inclinando levemente la cabeza y fue directo hasta Harielt.

Frente a la plataforma alzó el brazo, la palma de la mano hacia abajo, y manteniéndola a dos palmos sobre el cuerpo de la muchacha lo recorrió de pies a cabeza. La grava bajo el cuerpo de Harielt se iluminó. Èthean perdió el control y se lanzó hacia el Zell tomándolo por la manga de su traje azul grisáceo, de una pieza.

—¡¿Qué hace?!- y él mismo se sobresaltó por la estridencia de su grito al rebotar en las paredes.

El Zell se volvió lentamente. Clavó sus ojos fríos en la cara consternada de Èthean y luego se volvió hacia Uulen. Èthean podría jurar que en el intercambio de mirada entre los Zells había fluido un intenso diálogo. Uulen se acercó a Harielt y toco su frente. La muchacha abrió los ojos.

—Si estas dispuesta a que Zahar vuelva a conectar tu cuerpo será necesario que él salga- señaló a Èthean.- O será imposible mantener la comunicación con los *ghosthash*.

¿*Ghosthash*? Èthean nunca había escuchado antes esa palabra. Pero ni siquiera reflexionó sobre eso. Sintió irritación consigo mismo y su falta de control. Hizo una inspiración de ajuste, estabilizó su corazón, y se apresuró a decir:

— Disculpen mi imprudencia y desconocimiento. No volveré a interrumpir. Lo prometo.

Los Zells miraron a Harielt. La muchacha movió los labios con esfuerzo y articuló:

— Por favor... déjenlo... quedarse.

Uulen se separó de la plataforma y le indicó a Èthean que le acompañara hasta el otro extremo del salón de grava.

— Su angustia no la ayuda - le dijo con intención a Èthean- Mejor que no se interponga entre Zahar y ella. Mantengámonos aquí.

Zahar volvió a levantar la mano y la sostuvo a la altura del estómago de Harielt. "Justo al nivel en que se introdujo la flecha", pensó Èthean con admiración. La luz bajo el torso parpadeaba. El Zell abrió la otra mano y sobre su palma resplandecieron tres piedras muy pequeñas, tres granos, idénticos a los millones de granos que formaban el Erg. Pero estos titilaban. Al roce de su barbilla la muchacha abrió la boca y el Zell los dejó caer dentro de ella. Harielt tragó los tres *ghosthash*.

***

“Se nos persiguió por mucho tiempo. El Supragobierno de Deneb temía. Era comprensible. Temían a ellos mismos, a lo que serían capaces de hacer con nuestra creación. Y antes que fueran destruidos los laboratorios, escapamos… Recuerdo a tu bisabuelo. Era uno de nuestros pentarcas… Claro que no lo conocí directamente, pero están grabados todos lo sucesos de la hermandad en nuestras memorias genéticas, y podemos recordar el pasado tal cual si lo hubiésemos vivido”

Lyriam y los zell mantienían una conversación mental. Ashwell percibía solo la corriente cálida de fraternidad y sosiego que emanan. Era apenas un terrícola con una extraña telempatía que debía a sus antepasados neuromodificados en alguna colonia de orientación mentalista. Solo percibía emociones. Y estas eran gratas y positivas. Aunque los rostros de los zell fueran grises e inexpresivos. Sus ojos, sin pupilas, de grandes iris azul acero y su piel cuasi sintética del mismo extraño gris.

—Pueden regresar ahora. Este planeta es una antigua colonia terrestre y los de la Alianza Geocéntrica no tardarán en dar con él. No les perdonarán a sus colonos haberse mezclado con los nativos. Las Fuerzas Terrícolas de Purificación darán cuenta de los pobladores. Es solo cuestión de tiempo.-Lyriam habló para que Ashwell pudiera seguir la conversación. El joven astronauta asintió, no sin cierta verguenza. A ese punto había llegado la xenofobia en la Alianza.

Como respuesta, una onda de amor, de amor que los envolvía y calmaba.

“El miedo es tan universal como el odio. Todas las especies inteligentes desprecian lo que temen, temen lo que no pueden entender. Nosotros hemos logrado obtener una comprensión casi absoluta de nuestra naturaleza, nos hemos integrado a ella. Nuestro ideal de trascendencia se ha realizado en este erg, y sin él no podemos existir. No necesitamos nada más. Deneb es solo el inicio de nuestro viaje, no el retorno ni el destino.”

Uno de los zells, el llamado Arharg, llevaba el cabello ceniza recogido en una larga cola; el otro lo dejaba flotar sobre el viento seco y caliente: Uulen, dijo llamarse. Ambos llevaban las capuchas de sus trajes caídas sobre los hombros. Nada en sus aspectos le permitía a Ashwell precisar la edad de los antiguos denebitas.

—Mira a tu alrededor, Lyriam, todo lo que te rodea es vida. Una vida creada y recreada continuamente. Esta grava gris azul es la fuente de todo, está dentro y fuera de nosotros.

Lyriam alzó el dije hasta sus ojos. Dentro del rombo las piedras brillaban con tonos diversos. Eran como las piedras que formaban el desierto.- el del pelo suelto habló.

—Esas tres gemas son parte de los prototipos originales. Debieron ser programados por tu bisabuelo. Era un ingeniero genético de mucho talento. Son *ghosthash* de intercambio. Han potenciado tu telepatía y tu capacidad de previsión. –dijo el otro zell.

— ¿Están vivos? –Ashwell tradujo en palabras la sorpresa propia y la de Lyriam.

—Son seres vivos. Pero no los primeros, han nacido y muerto varias veces dentro de ese cristal. Es un ciclo casi perpetuo de intercambio energético. Si los hubiese extraído del medio controlado de la cápsula pronto habrían muerto definitivamente.

— ¿Y como logran subsistir en el Erg?

—Ellos son el Erg, Ashwell Franz.- la alusión directa sorprendió a Ash del zell llamado Uulen - Son nuestras ropas y nuestro alimento, nuestras construcciones y nuestros desechos. Vivimos en comunidad simbionte. Los creamos y ellos nos crean a su vez. Los *ghosthash* pueden formar bajo nuestro control, desde un bocado de energía hasta una caverna para resguardarlos del viento; pueden modificar la temperatura ambiente, liberando o absorbiendo su calor; producir texturas diferentes, desde el tejido de la ropa usamos hasta instrumentos de corte de precisión milimétrica; y constituyen excelentes auxiliares médicos en la reconstrucción de todo tipo de sistema

—No necesitamos salir de estos límites. Quince kilómetros cuadrados de erg y setenta de nosotros permiten mantener el equilibrio perfecto.- apoyó el otro zell.

III

El anciano calló y se inclinó hasta el suelo para tomar una copa de madera vidriada colocada junto al sillón. Bebió despacio, y los niños siguieron con la boca abierta cada trago, aguardando ansiosos por el reinicio del relato. Secó los labios con la manga de su vieja hopalanda y volvió a contar.

—Nunca los sacerdotes habían evocado tal conjuro y sabían que podían desencadenar fuerzas incontrolables por ellos mismos. Y aún así prefirieron arriesgarse antes que someterse

a la égida Zell. Entonces los Primeros Dioses, las fuerzas puras, liberaron su furia implacable contra los Zells. Los Dioses de la Tierra empinaron las sierras, levantando las cumbres hacia las nubes que formó una muralla entre los Zells y el resto del mundo que crecía en el Septentrión. Y los Dioses del Agua negaron sus efluvios a los terrenos donde habitaban los hijos de las dunas. Sus ríos se secaron y se volvieron polvorientos canales grises. Los animales comenzaron a morir por falta de agua y alimentos, y por el calor abrasador que descargaba el fuego de Lad sobre las tierras ya cuarteadas y baldías. El Hurac, el Viento, levantó descomunales ráfagas cambiando con ellas la tierra de su sitio, y sepultando bajo dunas de polvo todo lo que mostrara un hálito de vida en la comarca que había dado origen a los Zells.

Pero los sacerdotes también padecieron por su osadía. Al otro lado de la recién nacida cordillera, las lluvias inundaron el valle de Cohaé. Y los temporales destruyeron los templos y por todas partes comenzó a crecer incontroladamente la vegetación. Pero la historia de la Selva Brava, aunque tiene mucho que ver con la historia de los Zells, no es ésta. Y no hablaremos de ella ahora.

— ¿Y qué pasó con los Zells? ¿Entonces se murieron todos?- volvió a la carga el chiquillo de la voz aflautada.

—Algunos, arrepentidos de su irreverencia, pudieron escapar hacia las llanuras Axirshas y allí levantaron templos a los Dioses Primeros, y en los prados de Zarí crearon el santuario de Zarinxe, para honrarlos a todos. Otros evadieron la furia subiendo el macizo de Oddé y también esculpieron en la piedra de las cumbres estatuas gigantescas consagradas a las divinidades creadoras. Pero los que se enfrentaron a la Naturaleza fueron castigados a vagar eternamente, sin vida y sin muerte, entre las calcinadas dunas del Erg de Grava Azul, sin poder jamás evadir su suerte. Porque todos los que afrentan a los Dioses no encuentran reposo jamás.

Los chicos se acercaron entre sí, casi inconscientemente, sobrecogidos por las palabras sentenciosas del Abuelo.

***

Y todo lo que hizo Zahar fue sentarse, delante de la plataforma, con las piernas recogidas y cruzadas, las manos entrelazadas reposando sobre sus muslos, los ojos cerrados.

Èthean no lo vio hacer el mínimo movimiento para tocar el cuerpo de la muchacha y corregir de algún modo el defecto que producía la parálisis, ni evocar conjuro en lengua extraña. Pero él mismo podía sentir un extraordinario movimiento de las energías dentro de la gruta porque su entrenamiento por la Orden de los Austeros le permitía captar lo que sería imperceptible para un hombre corriente. El Zell estaba haciendo algo. Harielt permanecía sin movimiento, sin quejarse o sobresaltarse. Su respiración era cada vez más rítmica y sus inspiraciones más fuertes. D´Uram trataba de no perder un solo detalle, y su curiosidad de médico lo mantuvo absorto de tal forma que se olvidó de su desconfianza y hasta del tiempo.

No pudo precisar cuánto había transcurrido desde que Zahar comenzó a aplicar su arte sobre Harielt hasta que la plataforma se iluminó con un resplandor homogéneo y sostenido. Zahar abrió los ojos, que brillaron con una tonalidad violácea entre las sombras. Y las luces bajo el cuerpo de Harielt se apagaron.

—¿Qué ocurre?- susurró Èthean a Uulen.

— Ya han terminado los *ghosthash*- dijo con naturalidad el Zell.

Zahar se levantó, volteó su cara color acero hacia los dos hombres, y sonrió, con una suavidad incongruente con su grisura.

—Buena absorción- dijo.

Y al escuchar la palabra absorción Èthean estuvo a punto de volver a saltar sobre el Zell que manipulaba aquellos malditos *ghosthash*. Una delgada fibra de cordura lo ató en el sitio. Harielt despertaba. Abrió los ojos y parpadeó. Èthean vio como los iris adquirían un color de ámbar dorado. Estaba utilizando otra vez su visión nocturna, con la que podía ver en la oscuridad absoluta hasta diez pasos a su alrededor. "¿Y las parálisis?" Èthean sintió que todo su cuerpo estaba más tenso que la cuerda de su ballesta al instante de liberar la saeta.

Harielt se sentó en la plataforma con naturalidad. Sus iris habían vuelto a brillar y tenían ahora el verde de la emoción intensa. Tocó sus muslos y sintió el tacto de los dedos

sobre su piel. Sentía. Sentía la piel fresca y rejuvenecida. Ni fiebre, ni espasmos, ni la sensación de látigos de fuego alrededor de su cintura.

Èthean se acercó, y le tendió la mano para ayudarla a bajar. La mano de maestre temblaba un poco, y era lo único que parecía delatar la emoción que lo sacudía por dentro. La muchacha se alzó sobre sus piernas y dio un paso, otro. Estaba curada. Era otra vez la misma vital y encantadora Harielt con quien había emprendido el viaje a través de Axãralán para realizar la leyenda imposible de unir a los cien pueblos.

—Gracias, Zahar, Uulen, amigos míos- dijo sonriendo entre lágrimas a los imperturbables Zells.

—No hemos hecho nada - repitió el joven Zell Uulen- Los *ghosthash* lo hicieron.

Harielt se colgó del brazo de Èthean y recostó la cabeza a su hombro. Su maestre de armas sonrió, la felicidad desbordaba sus discretos ojos.

***

Caída la tarde roja sobre el desierto, una película de luz violácea cubría al erg.

—Debemos regresar. – dijo Lyriam introduciendo la despedida.

Ashwell oteó las nubes bajas en dirección a las colinas donde habían camuflado el vehículo de planetizaje. Tal vez, al otro lado de las montañas, la lluvia caía con insistencia, mientras hacia el lado del Erg, el calor seco permitía la proliferación de aquel curioso ecosistema injertado.

Los zell ofrecieron sus drondes.

—No son hechos de la grava,- le respondieron a la mirada recelosa de Ash- Son animales autóctonos de este planeta. Pero con una inteligencia y sensibilidad extraordinaria. Se han incorporado al ciclo de los *ghosthash* paulatinamente.

—Entonces, no es un ciclo totalmente cerrado- arguyó Lyr mientras acariciaba la lobuna cabeza del dronde.-

—Nada es totalmente cerrado o completo en sí mismo. Al menos no todo el tiempo. Los terrestres tendrán que entender eso.- contestó el zell de la coleta.

Los astronautas asintieron.

Ashwell montó sobre la bestia, que dócil se movió cortos pasos en la dirección en que los visitantes deberían marchar.

—Parece que sabe el camino- dijo el terrestre impresionado.

—Saben.- contestó el zell. –Saben más que los propios humanos cuál es el camino.

Lyriam continuaba acariciando el pelambre sedoso del animal. Parecía que una pregunta más necesitaba ser respondida allí. El otro zell se acercó a la muchacha.

—Tú sabes Lyriam. No has venido a este lugar solo por encontrarnos. Has venido para encontrarte a ti misma. Allá arriba te espera un viaje- señaló el sitio justo donde la planetonave debería realizar transitar en su enésima circunvalación.- Este sitio es tu destino, aquí yacen tus sueños futuros, tu único amor, tus descendientes. Sabes que este es tu lugar en el universo. Cómo lo supimos nosotros al llegar aquí.

La joven aspiró con fuerza el aire caliente del desierto. A sus pulmones llegó como una brisa vivificante. Montó en el dronde.

Los zells la observaron perderse tras las dunas, seguros de que alguna vez en el futuro otros ojos de arco iris llegarían al Erg.





El Fin del Caos llega Quietamente[16]

Por Ángel Arango[17]

Ilustrador: *Lady umbrela*/ Raphaello Art

Model RT- 46201/ Raphaello Art

GOGÓ crecía con desmesura. Cubierta de banderas, gangarrias, pelos, escamas y lanzas. Avanzaba por el horizonte y se agazapaba detrás de las nubes.

—Ahí la tienes: Gogó, hija del cielo...

Gogó era hembra. Le gustaba la música y tenía miles de patas. Cuando corría, las patas se le plegaban contra el vientre y parecía un torpedo. Pero si estaba muy llena, entonces estiraba las patas y dejaba caer una lluvia de huevos que se convertían en soles, planetas y satélites, con su correspondiente polvo cósmico.

Lo del polvo la hacía estornudar.

—Gogó viaja en espiral; salió de un centro y se ha movido siempre en círculos mayores.

---

[16] *El fin del caos llega quietamente* (Ediciones Unión, 1971)

[17] Publicado con la autorización de Daína Chaviano, albacea de la obra de Ángel Arango. Derechos cedidos solo para el presente número.

ASCARID se estiró a todo lo largo y ancho del universo.

—¡Ladrón! ¡Ladrón!

Ascarid no respondía. Envuelto en el polvo, Ascarid devoraba con gusto su alimento.

Gogó volvió a extender sus millones de patas, y del agua surgió como una perla la forma de un cuerpo celeste.

Rodó torpemente buscando dónde ubicarse. Por fin se situó entre otros y comenzó a seguir su curso.

Ascarid arrojó llamas y humo por encima del recién nacido, pero Gogó intervino hecha una furia.

—No estropees mi trabajo.

Ascarid, que no quería dificultades por el momento, se alejó hasta el infinito y fue a digerir lo que tenía en el vientre.

—Ya verás—murmuró, sin embargo, antes de irse.

—¡Ladrón!—fue lo que dijo Gogó--. ¡Ladrón!

Se agachó ahora y con gran esfuerzo depositó un sol bello como su estómago. El sol no dudó un instante y corrió a ocupar su posición preeminente.

—Es un ser inteligente—dijo Gogó--, el más inteligente que ha nacido hoy,.

Y se rascó el vientre con sus miles de patas blancas y lluviosas.

Gogó se movía dando grandes tumbos y ocupaba todo el mundo conocido. Cuanto existía lo había parido ella. Soles, estrellas, planetas, meteoritos y polvo cósmico. Pero Ascarid la hostigaba, le hacía cosquillas, le arrebataba los huevos y se llevaba los planetas cuando más hermosos estaban, llenos de vegetación y cubiertos por numerosos animales.

Era la sombra de Gogó y ésta no podía vivir sin él . Ascarid, a pesar de sus crímenes, era simpático y versátil y si no fuera por él, Gogó jamás hubiese depositado un huevo. Era Ascarid el gran actor que dominaba los espacios con el secreto de la vida y de la muerte. Ascarid estaba hecho de nubes y polvo, armado de espinas y garras de fuego. Y crecía y engordaba con el trabajo de Gogó y a su vez engordaba a Gogó para que ésta tuviese más hijos.

Pero Gogó no quería perder todo lo que hacía.

Había, pues, dos dragones: el dragón de fuego y el dragón de agua. El dragón de fuego se llamaba Gogó y el dragón de agua era Ascarid, o viceversa.

Primero apareció Gogó, que venía de muy lejos, huyendo de los elegantosarcos. Era negro y no podía verse. Estuvo sola mucho tiempo, comiendo no se sabe cómo. El mundo estaba tan vacío, que no se veía ni una luz. Y todo era triste. Gogó desarrolló mucho sus facultades intelectuales. Pensó y pensó. Tenía una gran cabeza que casi le estalla y estaba llena de agua. El cuello se le alargó desmesuradamente para proteger el cuerpo de cualquier explosión de su cerebro. Gogó iba dando saltos por la oscuridad como un trompo que va a caerse. Casi no tenía patas por entonces y su piel era lisa como un espejo. Pero no brillaba ni

se veía. Hasta el olfato había perdido. Gogó llegó a olvidar lo que conocía de los elegantosarcos y comenzó a imaginar cosas. Vivía y jugaba con estas cosas que eran construcciones imaginarias. Gogó se perdía en sus repeticiones, podía, sin saber cómo ni por qué, hacer miles de veces el mismo movimiento y nunca recordaba dónde había comenzado y cómo iba a terminar. Era imposible entonces medir el tiempo y al no haber tiempo no había número ni cantidad y todo tenía el mismo tamaño y la misma forma e igual valor. Los sonidos no eran sonidos: porque Gogó los emitía, pero se quedaban dentro. ¿Cómo iba a trasladarse un sonido si no había espacio ni materia? Gogó sí estaba allí, pero Gogó misma era de agua por decir alguna cosa, pues lo único seguro es que era. Si Gogó no hubiese sido, ¿cómo sería posible que contásemos esto ahora?

—Dime, ¿sería posible contarlo si no fuese? ¿Se puede decir algo que no sea?

Estas cosas se cuentan y no se creen. Ascarid perseguía a Gogó y ésta terminó por



declararle la guerra. El cielo se movilizó y todo entró a formar parte de la guerra.

–¿Los robots?

–Los robots.

–¿Los Em?

–Los Em.

–¿Los hombres?

–Los hombres.

Los dos se ponían de acuerdo y se lanzaban furiosamente millones y millones de cuerpos que combatían entre sí y se despedazaban. L a guerra se midió por años-luz. Lo negro luchaba contra lo blanco y lo sólido contra lo líquido. No quedó nebulosa que no se viese envuelta. Fue tan importante, que se constituyó en sistema. Los cometas, las nebulosas, las masas de gelatina, los aerolitos, las novas, las supernovas, los quasars y los campos: todo fue concebido allí. La guerra fue el juego preferido por mucho tiempo. Ninguno de los dos podía ganar, pero sí mantener en jaque al contrario.

La guerra trajo el orden y el desorden. El principio de lo opuesto y la palabra "caos".

Y construyeron la Muralla. Una muralla que dividió en dos a todo el firmamento. Y tan alta que por encima de ella no podía lanzarse ni polvo meteórico. La Muralla se perdía en el infinito y aunque Ascarid buscó allí para darle la vuelta, jamás pudo hacerlo. Gogó se divertía del otro lado y daba brincos al saber que ya no tendría que soportar la presencia de Ascarid, tan enamorado y tan insistente.

−Gogó, hija del cielo...

Cuando Ascarid apareció junto a Gogó hubo cambios extraordinarios. Además de las dilataciones, expansiones y condensaciones, “lo-que-no-es” pasó a ser. Las dilataciones eran constantes y Gogó crecía y crecía. Era más Gogó.

Un punto infinitamente pequeño y concebible sólo en el pensamiento de Gogó se condensó mientras Gogó crecía, y el desequilibrio provocó la luz. La luz partía de un punto infinitamente más pequeño que el que había sido concebido por Gogó, pero iluminaba y alrededor de él se formó “lo-que-es”.

Ascarid y Gogó se movían en torno a la luz o donde creían que estaba la luz, porque era tan pequeña que no se sabe si la veían o simplemente tenían la intuición de que estaba ahí. Creyendo en ella, Ascarid y Gogó comenzaron a comportarse como si aquél fuese el centro y hubiese que girar alrededor de él.

Creyendo en ella, Ascarid y Gogó empezaron a tenerla en cuenta en todos sus actos.

Creyendo en ella, Ascarid y Gogó partieron de ella.

Creyendo en ella, Ascarid y Gogó fijaron su origen.

Creyendo en ella, Ascarid y Gogó comenzaron a ser.

Creyendo en ella, Ascarid y Gogó inventaron la realidad.

Los elegantosarcos chapoteaban en la lluvia. Eran incontables. Sus cuerpos, cubiertos de pequeñas ruedas que giraban continuamente, se entremezclaban. Al caer sobre las ruedas, el agua formaba un espeso oleaje que impedía ver su configuración y daban la impresión de tratarse de un órgano descomunal. Eran flexibles y duros, y las ruedas tenían sobre el borde pequeños dientes que rozaban unos con otros produciendo un ruido chirriante y desarmónico, que era su voz. Expresaban su disgusto o su felicidad con los mimos chirridos y únicamente alguien muy avezado podía adivinar cuál de los dos sentimientos era predominante. Como el

agua no cesaba nunca, los elegantosarcos constituían un misterio y alguien los calificó de peces. Es posible que hayan sido peces y que de haber cesado la lluvia hubiesen desaparecido.

Ascarid llegó arrastrándose y sin aliento. Estaba débil y no extrañó aquel mundo desconocido porque no tenía fuerzas para hacerlo: los elegantosarcos lo habían consumido. Ascarid se resistió cuanto pudo debajo de la lluvia, y asediado, perforado y carcomido, llevando a los elegantosarcos dentro y fuera, se alejó dejando detrás la mitad de sí para poder escapar. Al quedar sin vida, aquella mitad centuplicó la voracidad de los elegantosarcos. La lluvia continuó descendiendo bruscamente. Los chirridos aumentaron.

Ascarid no oía ahora más que el silencio. Todo estaba quieto.

En torno a la luz, Ascarid y Gogó se mordían los rabos. Ascarid ya había recuperado sus fuerzas y estaba juguetón. Pasaba y repasaba por debajo de Gogó y ésta se divertía. Gogó propuso colocar una piedra cerca de la luz y entre los dos lo hicieron. Veían la luz recortarse contra el borde irregular y pensaron que el mundo era misterioso. Ascarid y Gogó prefirieron vivir detrás de la piedra y asomarse ocasionalmente a ver la luz del punto.

−La luz está ahí—decían y volvían a esconderse detrás de la piedra.

Gogó, luchando contra los impulsos de Ascarid, se fue a situar frente a la luz. Pero Ascarid alzaba la cola como un penacho e iba a enroscarla por encima de la piedra alrededor del cuello delgado de Gogó. ¿Qué hacer?

Un día Ascarid vio algo nuevo junto a la piedra y al examinarlo se dio cuenta de que era un árbol. Ascarid comenzó a jugar con el árbol, pasándole por debajo y hasta trepándose a él. Pero no era lo mismo. El árbol no se movía y era duro. Había sido puesto allí por Gogó.

–No me gusta—dijo y lo arrancó con la cola y se lo lanzó a Gogó con fuerza por encima de la piedra.

Diríase un gran palacio. Un palacio largo y negro como cueva, con planchas de aluminio que sonaban. El vacío producía gotas. Era espléndido unir las gotas y verlas separarse después. Se escurrían lentamente hacia la salida y recibían un golpe final que las ponía en órbita.

–¡Un sol bobo!

Apenas podía creer en aquella bola diminuta que había salido de su cuerpo.

–¿Qué vamos a hacer con él?

–No lo toques.

–Me lo comeré.

–No lo toques—dijo Gogó.

Ascarid amaba a Gogó por encima de todas las cosas. Le gustaba arrastrar sus escamas por las espaldas dentelladas y confundir las dos colas. El fuego sobre el agua. Gogó lo soportaba hasta donde podía, levantando su cabeza que ahora era mucho más hermosa. Los ojos de Gogó crecían de un color negro intenso que resaltaba cuando junto a ellos aparecían los ojos de Ascarid, múltiples, compuestos de miles y millones de burbujas que surgían por todas partes, delatando la voracidad y el vicio.

Gogó era tierna. Podía resistir los encuentros continuados, pero finalmente le daba lástima y lo dejaba hacer. Allá arriba, al final del cuello largo, la cabeza de Gogó quedaba

huérfana y Ascarid arremetía contra todo el cuerpo enorme con el fuego y el humo y le arrojaba piedras. Luego comenzaba a caminar por sus vértebras con un virtuoso equilibrio hasta que podía clavarle los espolones de las garras en el cuello y el fuego a chorro encendido hacía hervir el agua de Gogó en un surtidor de espuma.

Ascarid terminaba dando saltos y cubierto de ojos. Se iba soplando nubes mientras Gogó esperaba por un tiempo a ver qué era. A Gogó le gustaban los planetas que podían ser negros como sus ojos y llenarse de animales, pero Ascarid, que sólo pensaba en comérselos, prefería los soles enormes cubiertos de fuego, mucho más nutritivos.

—No puedes comerte a tus hijos.

—Ya no puedo soportar el hambre.

—Pero no puedes comerte a tus hijos. Me canso de sembrar el cielo y nunca acabo.

—A veces el cielo parece inocente. Uno mira hacia arriba y no ve más que estrellas.

Gogó los plantaba a tresbolillo y esperaba a la vida. No siempre ocurría. A veces cambiaban de color. Se cubrían o no de árboles y ciénagas y luego aparecían o no las aves y los reptiles. Los reptiles se movían como montañas, con gran esfuerzo, pero en algo también se parecían a Gogó.

"Gogó salió de un centro. No cabe duda. L a única forma posible de desarrollar un mundo como el que ha hecho Gogó es a partir de cero. Ha estado dando vueltas en un radio cada vez mayor, acompañada siempre por Ascarid. Ascarid es un factor indispensable en la Creación. Habrá habido luchas, habrá habido choques, pero siempre han vuelto a reunirse para seguirse amando. Hace tiempo ya que la espiral pasó por aquí. Ascarid entonces tenía hambre. Era joven y estaba lleno de vigor. Gogó defendió este planeta tesoneramente. Vean las grietas que existen en la superficie. Ascarid nos tenía en sus garras cuando Gogó se dio cuenta. Por poco se desquicia el sistema solar. Hubo una ruptura de las ecuaciones y el equilibrio ya no fue el mismo. Los astros chocaron y por miles de años estuvimos en peligro de que nos ocurriese algo igual. Pero Ascarid tuvo que renunciar a su idea. Gogó siguió sembrando el cielo de nuevos sistemas, cubriéndolo todo de soles y estrellas, con una obsesión metagaláctica."

—¿Qué pensarán los hombres que viven en esos mundos?

—Los hombres no saben nada; explican las cosas su manera.

"Ascarid era formidable, prepotente, con el pecho cubierto de medallas. Podía carbonizar hasta la luz. Se oía su presencia. Venía siempre acompañado de nubes y relámpagos que dejaba caer de la boca. La mayor de las tormentas no alcanzaba el tamaño de uno de sus puños. Podía interponerse frente al sol y entonces era como si todo hubiese regresado al punto original, con una luz tan diminuta que en torno a ella sólo podía inventarse el mundo. Ascarid era orgulloso, fatuo, voraz y libertino. Estúpido, además, y muy temible. Arrastraba una cola extraordinaria, que era tan larga como la Muralla y sus órganos eran más voluminosos que las mayores planetas conocidos..."

Gogó amaba la música. Llevaba los instrumentos colgados del cuerpo y los hacía sonar estrepitosamente. Con el tiempo llegó a componer sinfonías. La música apareció mucho antes que la vegetación en los planetas. Por eso Gogó decía siempre que había alguna relación entre ellas y no cesaba de tocar. Gogó amaba las cosas que crecían. Y cuando vio que una de aquellas cosas podía moverse –el primer animal—casi enloquece de alegría.

–Míralo, se mueve como nosotros—le dijo a Ascarid, y lo estuvo vigilando mucho tiempo para ver lo que hacía, hasta que encontró otro igual y vio que se reunían y jugaban. Más tarde aparecieron más y perdió interés, pero siempre deseaba ver los planetas habitados y comparaba unos animales con otros y los encontraba diferentes.

En estas búsquedas halló uno que se parecía a Ascarid, y a ella misma. Acercó sus grandes ojos negros casi hasta hacer contacto con la superficie y lo vio escondido en un semicírculo de árboles muy altos que filtraban la luz del sol y le daban un aire espectral. A su alrededor pululaban animales mucho más pequeños, que supuso fueran su alimento. Pero el animal no se movía. Gogó giró su cuello muchas veces alrededor del planeta en una sucesión incontable de días y noches, con toda la paciencia femenina de que era capaz, y cuando ya el planeta había dado una vuelta completa alrededor del sol, se cansó de observarlo. El animal estaba inmóvil como una estatua y ella tenía que hacer.

Ascarid no podía dar marcha atrás. Tenía que seguir a Gogó en su espiral infinita porque si no, Gogó no pondría más huevos. Y a pesar del largo camino recorrido, Ascarid sabía que lo que quedaba atrás no le alcanzaría para sobrevivir media vida.

Aunque Ascarid era fuerte, Gogó era de suma sabiduría y continuó dando huevos solamente.

Ascarid era largo y estrecho, con unas patas traseras tan cortas que se le perdían en el cuerpo.

La Muralla desapareció con el tiempo. Particularmente cuando Gogó quiso. Habían estado alejados uno del otro y al principio Gogó se había divertido. Ascarid trataba inútilmente de atravesar la Muralla. Pero las cosas no avanzaban. Lo poco que existía permanecía igual. Salvo que el mundo se expansionaba y las distancias eran mayores. Todo quedaba más lejos. Aumentaba la soledad. Y Gogó no podía producir más que polvo flotante que la intoxicaba. Tenía paz. Pero un día se despertó y vio que sólo la rodeaban cuatro o cinco planetas del universo que hasta entonces había creado, y pensó que pronto las catástrofes naturales podrían destruirlos y estaría irremisiblemente sola. Miró hacia la Muralla y se sintió sin fuerzas. Desplazándose con cuidado para no interrumpir el curso de las estrellas, Gogó marchó decidida contra la Muralla y de un solo golpe la echó abajo. Del otro lado, sorprendido y boquiabierto, estaba Ascarid, en un firmamento completamente oscuro y sin soles. Gogó penetró a través del hueco que había dejado en la Muralla y se le acercó. Pero la furia de Ascarid había desaparecido.

Desconcertado, vio cómo Gogó empezaba a tocar sus instrumentos y llenaba todo el ámbito de música. El ritmo lo devolvió a la vida. Ascarid se sacudió las escamas y tensó su

cuerpo. Quedó extendido a lo largo como un cañón para luego revolverse en una etcétera . Saltando sobre las cortas patas traseras, Ascarid pasó al otro lado del mundo, donde había vivido Gogó y hábilmente, con la velocidad de un rayo, atrapó los cinco planetas que colgaban del espacio y dejó el cielo vacío.

La música de Gogó llegaba hasta él como un reto. Ascarid se retorció sobre sus curvas y un remolino cayó encima de Gogó.

Era largo y estrecho, con unas patas traseras tan cortas que se le perdían en el cuerpo. Detrás de las patas, que eran dos, venía la cola. La cola era dura y cilíndrica y con ella alteraba el curso de las estrellas y escogía las que encontraba más apetitosas. Cuando comía, su cuerpo se ondulaba, no tanto por el tamaño de los planetas como por los movimientos que hacía para deglutirlos. Tenía una corona y garfios y dos cortas garras que arrancaban junto a la cabeza para protegerla. En el espacio que dejaban libres los espolones y los garfios no se veía más que ojos, que aparecían y desaparecían. Los ojos estaban también en el cuello y en todo el cuerpo.

En muchos planetas comenzaban a verse ya animales como aquél que no se movía, y cada vez se parecían más y más a Gogó. A alguno le faltaba la mitad y por sus ruinas subían y bajaban los más pequeños transportando sus pedazos. Gogó sintió náuseas y su furia casi la hace destrozar el planeta, pero sólo lo envolvió en rayos y lo mojó. El agua era tanta, que al final aquella bola parecía una gota en el espacio.

–¿Estás llorando?

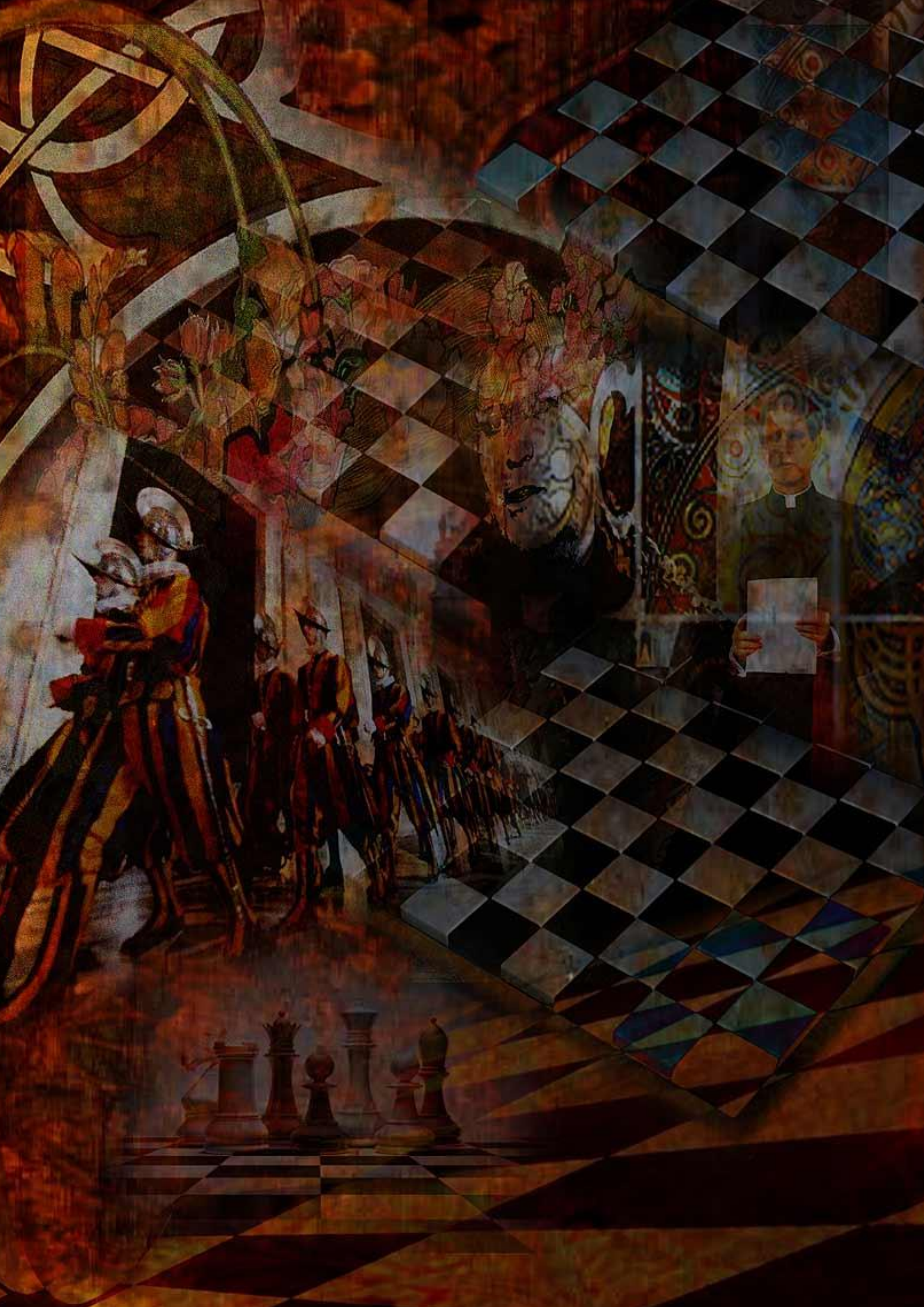
–No, ¿quién dijo?

Pasó el tiempo y la gota se secó. Los animales pequeños volvieron a aparecer, pero andaban lejos de lo que quedaba del animal inmóvil. Gogó no las tenía todas consigo. Eran

tan numerosos y ágiles que le daban asco. No tenían dignidad como los saurios ni eran terribles como los elegantosarcos. En cuanto a los animales inmóviles, dejaron de aparecer y los que quedaban fueron agotándose y se desintegraron.

Gogó siguió bañando los planetas con chorros que salían de sus millones de patas. Por siglos no se veía más que agua. Los árboles morían y la superficie de los astros quedaba armoniosa y pulida. Apenas cesaba el baño, el agua corría por la esfera y se iba al cielo. Los planetas se cubrieron de nubes. No siempre, sin embargo, había algo dentro de las nubes y Ascarid apretó muchas inútilmente entre sus dientes.







[18]

Por José Miguel "Yoss" Sánchez

Ilustrador: *El Gran Juego 00*/ Pedro Belushi (Argentina)

El Gran Juego 01/ Pedro Belushi (Argentina)

Para Pável Mustelier y Morris West.

Inclinándose sobre el escritorio de palorrosa con incrustaciones de plata, salido siglos antes de las manos del mismísimo Benvenuto Cellini, Jeremy Smith suspiró como quien se decide finalmente a acometer una pesada tarea… y despreciando el intercomunicador, le susurró a su camarlengo, en perfecto francés, aunque con fuerte acento californiano: -Por favor, Pierre, que hagan pasar a Piedra. Y perdona el juego de palabras.

El padre Pierre ni siquiera sonrió: tampoco compartía la desconfianza de su superior por la tecnología moderna. Le bastó murmurar un par de palabras al pequeño laringófono tipo militar insertado bajo el cuello de su hábito blanquinegro de dominico para que la puerta de la sala donde se concentraba el poder del Vaticano se abriese, permitiendo la entrada a tres hombres que avanzaron casi al unísono.

Era evidente que los de los lados eran militares. Soldados profesionales, duros y expertos: altos, atléticos, de movimientos precisos y rostros duros, con los cabellos rubios cortados casi al rape.

Además, pese a que vestían sobrios ternos civiles y no el vistoso y abigarrado uniforme rojiazulamarillo diseñado por el mismo Miguel Ángel siglos atrás, a cualquier conocedor le

[18] www.isliada.org (noviembre, 2012)

habría bastado con una simple mirada al brillo de espiritualidad rayana en el fanatismo que despedían sus límpidos ojos azules para identificar su condición.

La Guardia Suiza seguía siendo muy meticulosa a la hora de reclutar a sus miembros. No era suficiente ser suizo, católico, superar el metro con ochenta de estatura y tener amplia experiencia militar; se requería, ante todo, estar dispuesto a dar la propia vida sin dudarlo un instante por el hombre al que protegían: el obispo de Roma, el vicario de Cristo, el Santo Padre.

El hombre del centro también vestía de traje, pero aunque bastante alto, de hecho incluso más que uno de los Guardias Suizos, y con las espaldas anchas de quien ha trabajado duro o practicado deportes durante buena parte de su vida, ya le sobraban unas cuantas libras, lo que traicionaba su condición de amante de la buena mesa… quizás por la imposibilidad ética de dedicarse a otros placeres de la carne; usaba alzacuello eclesiástico.

Al igual que su anfitrión el papa, el recién llegado ya había dejado bien atrás la madurez, aunque todavía no podía considerársele un anciano.

Su expresión estaba por completo fuera de lugar en aquella sagrada estancia; una mezcla de terror, desesperanza y vergüenza contraía sus facciones, que de otro modo, pese a su tosquedad, habrían resultado virilmente atractivas.

Parecía muy interesado en la puntera de sus propios zapatos. Ni siquiera alzó la vista cuando los dos Guardias Suizos, silenciosos y eficientes, lo dejaron justo frente al escritorio papal.

Juan Pablo III, tras mirarlo en silencio durante algunos segundos, volvió a suspirar antes de decir, en un suizo-alemán bastante aceptable: -Klaus, Otto, muchas gracias… y ahora, por favor, déjenme solo con el cardenal.

Con 59 años al ser ungido una década antes, y por tanto el papa más joven de los últimos tres siglos (además del primero norteamericano de nacimiento), el prelado oriundo de San Francisco todavía se enorgullecía de su prodigiosa memoria, que no sólo le permitía hablar fluidamente 8 idiomas sino conocer por sus nombres a todos sus colaboradores más cercanos… miembros de la Guardia Suiza incluidos.

–Su Santidad, tal vez no sea lo más prudente… recuerde que él… que su estado no es del todo…- se atrevió a sugerir entre susurros el abate Pierre, en japonés, la lengua a la que usualmente recurría cuando necesitaba comunicar algo en secreto al Santo Padre; ambos la dominaban a la perfección, pues su amistad venía desde sus tiempos como misioneros en Kobe.

–Sé lo que hago, Pierre; y tú también saldrás- pronunció inflexible el Santo Padre, en la misma lengua, y en sus ojos grises hubo un destello de autoridad a la que era preferible no desafiar.

Cuando se hubieron marchado camarlengo y Guardias Suizos, (tras saludar con sincrónico y marcial entrechocar de tacones), Jeremy Smith invitó cordialmente a su invitado a sentarse en un recargado sillón barroco de caoba y terciopelo rojo.

–Su Santidad ¿Está seguro de que nadie nos observa? ¿De que no hay cámaras o micrófonos ocultos en esta sala?- fueron las primeras palabras del otro (en español), que tomó asiento mirando con preocupación a un lado y al otro.

Juan Pablo III se encogió de hombros y, también en español, respondió, con una sonrisa: -¿Micrófonos, cámaras? ¿Aquí? ¿Para qué? No vale la pena espiarnos. Han pasado siglos desde los tiempos del Papa Rey. Ya no tenemos prácticamente ningún peso en la política mundial…- para de repente cambiar a un tono mucho más íntimo e informal: -¿Cómo estás, viejo amigo? ¿Tengo que llamarte formalmente Su Eminencia, como mismo tú me llamaste Su Santidad… o prefieres que seamos Tilo y Rémy, como en aquel seminario de Lima?

Los ojos asustados del cardenal Domitilo Piedra, nacido en Arequipa, Perú, se iluminaron por unos instantes con una sonrisa cuando respondió, algo más relajado: -Bueno, Rémy, como quieras… siempre has sido un buen psicólogo, y tal vez un poco de confianza y familiaridad me ayude a hacer más fácil lo que tengo que contarte.

Jeremy Smith, para la Iglesia Juan Pablo III, suspiró una vez más antes de comentar, mientras fingía consultar unos papeles sobre su escritorio cuyo contenido en realidad conocía de memoria: -¿Lo que tienes que contarme, Tilo? Bueno, espero que valga la pena… aquí tengo tu petición de formal renuncia a la dignidad cardenalicia y como causa, sólo leo “pérdida de la fe”- alzó los ojos para mirar a su amigo de tantos años: -Eh, Tilo ¿pérdida de la

fe? ¿tú? ¿tú que te desayunabas con los *Ejercicios Espirituales* de Loyola y cenabas con *La Biblia*? qué absurdo… Además ¿se te olvidó que la púrpura es de por vida? No hay renuncia que valga, amigo. Una vez cardenal, hasta la muerte cardenal… a no ser que, como yo, asciendas al trono de San Pedro. ¿Qué te pasó?

Ahora fue el Cardenal Domitilo Piedra quien suspiró, antes de responder en un susurro casi inaudible: -Rémy… he visto la verdad. Tuve un sueño.

–Ah, un sueño… qué bien por ti- se alegró Su Santidad, jovial, pero esquivando cuidadosamente el término de "la verdad" –Señal de que duermes bien. Ya sabes, el ciclo REM, el equilibrio de humores del cuerpo y todo eso…

–Rémy, no hace falta que juegues conmigo a hacerte el californiano tonto que cree en la astrología, el *I Ching* y todas esas tonterías New Age- lo detuvo el cardenal, muy serio, para acto seguido agregar: –Sí, tuve un sueño, hace ahora casi un año… lo he seguido teniendo desde entonces. El mismo, todas las noches… y ya no puedo más.

–¿Qué fue lo que soñaste de tan horrendo, Tilo? ¿Qué te convertías al islamismo, o tal vez a la secta Moon?- se burló Juan Pablo III –Mira, no te he llamado para discutir de fe, pero está claro que ya ni tú ni yo creemos ya en eso de que los sueños son de inspiración divina, ni mensajes de lo alto- sonrió, divertido por la idea –O tendría que aceptar que algunos de esos e-mails del Más Allá simplemente se han equivocado de destinatario. Últimamente he soñado cada cosas, que mejor ni te cuento… mira, por ejemplo, la semana pasada, con que en vez de Pierre, mi camarlenga era de pronto esa cantante de nuestra juventud, aquella colombiana que se meneaba tanto ¿te acuerdas? Shakira.

Volvieron a reír, tras intercambiar un guiño de ojos. Pero no duró mucho.

–Hablo de otra cosa. Los Profetas tenían sueños auténticos- advirtió el cardenal Piedra, sombrío, y fue como si la sala se enfriara de golpe.

–¿Con que ahora tú eres un profeta, eh, Tilo?- comentó divertido Jeremy Smith –Pues no me había dado cuenta… deja que te mire bien a ver si adivino… ¿la reencarnación de Enoch, o tal vez la de Elías?- soltó una breve risita –Vaya, no es por cuestionarlo, no me atrevería, pero creo que El podría haber elegido un mensajero más adecuado que un arequipeño hijo de cultivadores de coca, lleno de piedad y vocación, eso sí, pero que cuando entró en el Seminario todavía mojaba su cama casi todas las noches… y no siempre de orine.

–Bueno, si eligió como su representante en la tierra a un yanqui que hacía trampas al póker, no veo por qué no- fue la pícara respuesta del otro.

Los dos amigos se miraron y soltaron una risa cómplice que elevó varios grados la temperatura virtual de la entrevista.

–Ah, esa juventud- comentó el papa, evidentemente muy satisfecho del recuerdo. Pero al punto sus ojos gris acero volvieron a destellar, serios –Bueno, Tilo, mi tiempo es valioso, y ya nos hemos relajado bastante. Ahora, imagínate que soy tu psicoanalista, y cuéntame de una vez ese sueño tuyo, anda. Me tienes curioso.

-Es… muy raro, Rémy- vaciló el prelado, mirando al suelo de nuevo –de hecho, no sé si hago bien… tal vez debería guardármelo para mí, aceptar toda la carga sobre mis propios hombros…

–Tilo, razonemos- la voz del Santo Padre sonó amigable y convincente: -Si realmente tuviste un sueño profético ¿crees que es pura casualidad que tú y yo seamos amigos? Los caminos del Señor son inescrutables, pero sospecho que Él quería que yo también lo conociera… no que te guardaras todo el peso para ti. Que para llevar esas cargas estoy yo ¡y recuerda que levantaba 100 kilos en prom press, en mis buenos tiempos! - lo miró, con una chispa de diversión en sus pupilas -¿O acaso es algo tan vergonzoso? No me digas que de nuevo andas alzándole la falda a las cholitas, como en el Seminario de Lima…

–Ya mis tiempos de mujeriego quedaron atrás para siempre, a Dios gracias- negó sin mucho énfasis el cardenal Piedra –No, Rémy, no tiene que ver con la carne… aunque habría sido preferible.

-Entonces ¿mundo o demonio?- inquirió el papa, refiriéndose a las otras dos grandes tentaciones según la teología católica.

-De hecho, lo curioso es que ni yo mismo sabría decirlo- reflexionó abstraído el atribulado cardenal. Tras breve pausa, al fin alzó la vista y, mirando directamente a los ojos a su amigo, comenzó a contar: -Imagínate un inmenso tablero, Rémy. Con casillas alternas, blancas y negras, como el de ajedrez… pero miles y miles, tantas que se pierden en la distancia.

–Ah, eso no es nuevo; es el Gran Juego, como lo llamaba Voltaire- asintió un tanto decepcionado el Santo Padre –Y políticos, generales, estrellas de cine y religiosos son las piezas, que mueven las manos de Dios y del Diablo.

–No- la negativa de Piedra fue rotunda –Conozco la imagen… y no me habría asustado tanto, ni aunque llevara 10 años soñándola cada noche. No fue nada tan convencional…

–¿Entonces? – lo animó a proseguir Juan Pablo III –Habla… pero que conste que luego te pasaré la factura, viejo amigo… y no esperes que sea baja, aunque no tenga diván para que te tiendas. Supongo que hasta Freud habría querido tener al papa como analista.

Volvieron a reír y acto seguido el cardenal continuó: -¿Te dije que no se veían los extremos del tablero? Pues no es exactamente así… es sólo que las piezas no están dispuestas en los lados, sino en los ángulos opuestos. Y son muchas…

–¿Recuerdas algunas, o tengo que hipnotizarte?- dijo con fingido aburrimiento el papa –Aunque te advierto que podrían salir a flote cosas interesantes sobre tu viejo hábito de mojar la cama y todo eso…

Pero esta vez Piedra no rió; continuó, como si no lo hubiera escuchado: -En un ángulo está el Espíritu Santo… muy convencional, lo admito: una paloma que flota estática en un círculo de llamas. Delante están el Dios Padre, barbudo y con una aureola triangular con un ojo dentro, Cristo y la Virgen María; luego algunos tronos, serafines y arcángeles: Metatrón, Gabriel, Rafael…

–Ya, y en la esquina azul, Lucifer en la posición privilegiada del ángulo último, y delante ¿Belcebú, Azrael y Azazel?- simuló bostezar el papa –Caramba, podías haber sido un poco más imaginativo ¿no, Tilo?



–Azrael y Azazel, sí… pero en el medio, Lilith, la primera mujer de Adán, la que quiso estar arriba en la coyunda- lo corrigió el peruano –Y delante, más demonios, legiones de ellos… sin embargo, puedo verlos a todos a la vez, al tablero completo. En las filas medias hay humanos, y reconozco a algunos personajes históricos: Atila el huno, Genghis Khan, Julio César, Alejandro Magno, Napoleón, Tamerlán, Hitler, pero a la mayoría no puedo identificarlos… claro, no soy un historiador.

–Ah, todos los grandes conquistadores ¿y del lado de Dios y los ángeles, quién queda entonces?- se mofa Jeremy Smith –No me parece que sea una pelea equilibrada…

–Delante de los ángeles, de los miles de filas de ángeles, hay santos, con sus aureolas- continuó Piedra imperturbable –Por supuesto a esos los conozco mejor: puedo identificar a San José, los doce apóstoles, las vírgenes mártires, veo a Santa Bárbara, a Catalina de Siena… y delante, otros humanos, y hay bien pocos a los que conozca. Creo que vi a dos escritores, erne y Wells, y a un par de compositores, que hay una docena de papas, aunque en las filas del demonio también hay bastantes, por cierto.

–Sí, simonía, incesto y demás pecados del papado medieval. En fin, nada nuevo. Mucho ruido y pocas nueces- suspira Juan Pablo III, y mira pícaramente a su amigo –Oye, Tilo ¿lo que tenías tanto miedo de revelar no será que tú y yo estábamos en el bando equivocado? ¿Nos viste?

–Nos vi, sí, como en la tercera o cuarta semana de tener el sueño… y tranquilo, que estábamos en las filas de los buenos. Ambos- lo tranquiliza Piedra, con la mirada perdida –Rémy, piensa: noche tras noche, todo un año, el mismo tablero… y cada noche he visto moverse las piezas… todas están vivas, gritan, lloran, mueren, tienen hijos. Algunas vuelan, otras se arrastran, ninguna desaparece ni aunque caiga golpeada por otra.

–Bueno, tengo una idea- sonrió el papa –a fin de cuentas, si la Iglesia Católica aún es una fuerza a tener en cuenta sobre este planeta, es porque nadie ha sido tan hábil como nosotros a la hora de convertir el revés en victoria, y el mal rato en ventaja. Jesús dijo a Pedro "sobre esta piedra construiré mi Iglesia" ¿no? Y, amigo, resulta que tu apellido es justamente Piedra- tomó un par de notas apresuradas en concisa taquigrafía –así que se me ocurre que podríamos sacar un buen juego de eso…

–¿Un juego?- lo miró el cardenal, atónito –Pero, Rémy, si ya lo es… como tú mismo lo llamaste, como lo intuyó Voltaire… el Gran Juego.

–Piensa en grande, Tilo; me refiero a un juego de computadora- lo corrigió displicente el papa, y ante la mirada de incomprensión del peruano, explicó: -Estos son tiempos de fiebre informática, y podríamos aprovecharlo. Sí, se me ocurre, un juego absorbente, para Z-box, Game Tesseract o Playstation V, en el que puedas elegir cualquiera de los bandos… aunque, claro, el programa siempre hará ganar al bien al final, no faltaba más.

–Sí, no faltaba más- repitió sin mucho entusiasmo el cardenal peruano.

Y el papa estadounidense continuó, inspirado: -Eso; familiarizará a los jóvenes tanto con los hechos, aspectos y vida de los santos, que no muy populares que digamos en estos tiempos, como con los de sus enemigos, los demonios. Como un juego de cartas interactivo; cada uno con poderes y limitaciones propios…- calló, advirtiendo que Piedra lo miraba con la boca abierta, y se encogió de hombros, con cierto embarazo –Bueno, era sólo una idea… tal vez, como todo californiano, tengo demasiado metido el marketing y el merchandising en la sangre, pero podría ser una iniciativa interesante, se las voy a sugerir a Finanzas del Vaticano, o al Opus Dei, tal vez al Sodalicio… nunca se sabe, los tiempos cambian, y los derechos de un juego así podrían en unos años estar aportándonos tanto efectivo como los diezmos y las limosnas… ¿no crees?

–Si tú lo dices, Rémy- aceptó el peruano, no muy convencido. La tristeza estaba de nuevo en su mirada; una especie de melancolía definitiva, de resignación sin esperanzas, como si nada tuviera ya sentido.

Jeremy Smith lo miró, perplejo, como si lo viera por primera vez, antes de decirle: -Eh, Tilo ¿qué mierda te pasa? Arriba con ese ánimo, cardenal. Mira, está bien, has tenido un sueño, y bastante original, de acuerdo… sugestivo eso del tablero de ajedrez infinito, con todos los demonios y santos y gentes que alguna vez han vivido sobre la Tierra siendo piezas, y dispuestas desde los ángulos. Y te preocupaste, eso puedo entenderlo… porque tantas veces repetido, ya es pesadilla ¿no? No sé, la crisis de los 70 ¿te has hecho revisar la próstata últimamente? ¿Estás consumiendo viagra? ¿te asusta la osteoporosis? Pero de ahí a presentar tu renuncia al cardenalato… vamos- soltó una risita y alzó las cejas en expresivo gesto –Que estás exagerando, amigo. Has hecho una tormenta en un vaso de agua.

-No, tú no entiendes, Rémy- suspiró una vez más el cardenal –Mira, nos conocemos bien… sabes que no soy ningún pusilánime, que evangelicé bajo las balas en la Segunda Guerra de las Malvinas y no me asustaron los caníbales papúes cuando la misión en Nueva Guinea- resopló –Rémy, pero es que el sueño era tan vívido, las piezas se movían con tanto detalle, los gritos…

-Nada que un buen programador y unos cuantos gigabytes de memoria RAM no puedan conseguir- lo interrumpió, irónico, el Santo Padre –Verás, voy a sugerírselo a un par de otakus de la Nintendo que conozco, y con suerte para lo próxima Pascua estaremos tú y yo jugándolo y recordando esto muertos de risa, mientras saboreamos un buen trago de *Lachrima Christi* ¿o prefieres el *Frangélico*? Ah, no, si tú eras abstemio, qué pena…

Domitilo Piedra siguió hablando, como si no lo hubiese escuchado: -Aún así, creo que hubiera podido soportarlo…verte y verme en el bando correcto me ayudó bastante, me hizo fuerte. Pero es que hace dos semanas empecé a ver más…

–¿Qué viste, Tilo?- Juan Pablo III ya había perdido la paciencia, y por eso fue más cáustico que irónico–No me digas que descubriste que en un ángulo del divino tablero estaba escrito *Made in Taiwan* o algo así.

–Mucho peor- se estremeció Tilo -Vi la mano que movía las piezas.

–Sí, pues qué interesante- Jeremy Smith se rascó la cabeza, echándole una expresivísima ojeada de soslayo al barroco reloj de pared -¿Y quiénes eran los jugadores? ¿Buda y Zeus, o Wotan y Olofi? Amigo, creo lo tuyo es agotamiento nervioso, y te recomiendo que tomes urgentemente unas buenas vacaciones… tal vez en Suiza; conozco una aldea en el cantón de Uri donde hacen un queso espectacular…

–Buda y Zeus, Olofi y Wotan, ja… hasta eso habría sido mejor. NO- había una insondable desolación en las pupilas del cardenal Piedra cuando respondió, mirando a los ojos a su amigo: -No, Rémy… no dije “las manos”, porque era una sola mano la que movía las piezas de ambos bandos. Una sola; su piel era lila, y tenía once dedos…




LEGEND

Hechizo de Tiempo

Por Sigrid Victoria Dueñas

Ilustrador: *Legend of Monsters: Holy Knight Dragon rider*/ Evan Lee (Taiwán)

La conjunción ocurrirá dentro de veinte declas. Kaland y Khildar están a punto de unirse. Del otro lado de la puerta me llegan los pasos nerviosos de mi esposa. Ella también tiene miedo. También. Yo tengo miedo.

Los espejos de las paredes me enervan. Todo el espacio cubierto de ellos, sin dejar libre un trozo de madera. Idea de Ihlya. Según ella, para que ningún enemigo pueda acercarse sin ser visto. Solía gustarme, pero esta maldita noche de inicio lo vuelve todo extraño. La noche que marca mi muerte.

Muevo la mano hacia mi puñal, y los espejos repiten el gesto. Trato de controlar el sobresalto. Tras la puerta los pasos se detienen, se reanudan, se detienen. Pobre Ihlya. Mi vida descansa en sus manos, y tiene miedo. Normalmente, la presencia de mi esposa, la confianza en su magia, hubiesen bastado para tranquilizarme. Hoy no. Ni siquiera el puñal, encantado por ella para no fallar el pecho enemigo, me tranquiliza. Hoy nuestro enemigo es Angharhat, el hechicero.

Un sudor frío me cubre la frente. No logro comprender por qué el poderoso Angharhat me ha maldecido. Quien me advirtió habló de una profecía sobre mi recién comenzado feudo; por ahora, sólo una agrupación de casas. Mis amigos, que tan alegres me proclamaron rey, ni siquiera sospechan el decreto. Angharhat ha lanzado un hechizo de tiempo que se verificará hoy. Hoy, cualquiera de ellos se levantará en mi contra e intentará matarme.

Miro la puerta, temiendo el momento en que se abra. ¿Quién entrará por ella, con el signo del poseído en la frente? ¿Cuál de mis amigos? ¿O acaso entrará Ihlya, con las ropas empapadas en sangre, dejando tras ella el cuerpo de algún desgraciado? Me salve o no, esta será una noche de dolor. Mi pobre Ihlya. Sé lo que más teme, lo mismo que me hace temblar. Aunque no nos hemos dicho una palabra, nos asusta pensar que el instrumento de Angharhat pueda ser nuestro hijo de 12 años. La vi encerrarlo bajo siete hechizos en su habitación. Se dice que es imposible dominar la voluntad de un niño, pero se trata de Angharhat. Sería un golpe maestro, si mi hijo viniera a matarme... No aprecio mi vida al extremo de defenderla contra él.

Me estremezco al imaginar la escena. Ihlya, observando sin poder hacer nada. Mi hijo, conciente de lo que sucede bajo el hechizo que somete su voluntad. Y mañana, cuando la magia que lo domina desaparezca, el saberse culpable de mi muerte...

Sacudo la cabeza. No quiero pensar. Existe la posibilidad de que nada sea cierto. Angharhat puede haber circulado la historia a propósito. Quizás pensó que el pánico me dominaría, que me marcharía de aquí o comenzaría a matar a mis amigos. Así dijo mi informante, que el hechizo caería sobre una persona cercana. Puede ser una treta para destruir mi feudo.

El momento está próximo. Puedo sentir en mi cuerpo la conjunción de ambas lunas. Ihlya ya no camina. Ella también lo siente. Unas declas más y todo habrá pasado. Si el hechizo no se verifica ahora no lo hará jamás.

Las lunas se han unido, la excitación nerviosa trastoca mi percepción, la puerta se abre, Ihlya en ella, se ha adelantado, aún no termina, la alegría y el alivio en sus ojos, adorables ojos que de pronto expresan horror, y el espejo en la pared devolviéndome mi imagen con el signo en la frente, y mi mano, ya no mía, que toma el puñal infalible y lo dirige a mi pecho.





Juego de una noche de verano[19]

Por Ricardo L. García Fumero

Ilustrador: *Melancolia The birth and departure of planets*/ Lucian Stanculescu (Rumania)

El aire de la noche era fresco, y por encima de ellos el cielo estaba tachonado de estrellas.

Permanecieron un rato en silencio, absortos en sus propios pensamientos; gozando del placer de sentirse juntos entre las sombras. Luego la niña habló:

-Sabes, papá...reconozco que al principio estaba un poco celosa de tus estrellas. Te veía tan poco y siempre estabas tan ocupado que no podías quedarte con nosotras, mamá y yo... No sé, me parecía que les prestabas siempre más atención.

–¡Ya no? -la voz de él era suave y comprensiva.

–Ya no -la niña lo miró a los ojos-. Ahora soy mayor. Mamá me explicó que las estrellas son parte de tu vida, y que ella aprendió a quererte así. Y yo también aprendí y estoy muy orgullosa de ti.

-Gracias, hijita -el padre sonrió-, ser astrónomo es una profesión maravillosa. Es como si lo llevara en la sangre, como si... -hizo un gesto con la mano, señalando el esplendor de allá arriba-. Es una suerte poder tenerlas a la vez a ti, a mamá, y a todas las estrellas. La mayor suerte que pude desear en el mundo.

Ella se acercó por detrás del asiento y le rodeó mimosamente el cuello con los brazos.

–Cuéntame un poco más de tus estrellas, como esta tarde. Verás será como un juego. Yo te señalaré una y tú me contarás algo sobre ella. ¿Quieres?

–De acuerdo. A ver, elige una cualquiera.

La niña alzó la vista y por unos instantes contempló el cielo.

---

[19] *Revista Juventud Técnica* (julio, 1985).

–Aquella -dijo señalando a lo alto-. No, esa no, la que está encima de la copa del árbol. Esa, cuéntame.

–Ah, esa. Pues has elegido muy bien -el padre parecía asombrado y divertido a la vez-. Precisamente la hemos estado estudiando mucho en los últimos tiempos.

–No sabía nada de eso. Bueno, vamos a seguir con nuestro juego.

–Bien, veamos qué podemos decirte -él se acomodó en su asiento-. Te diré que está bastante cerca de la Tierra y es muy parecida a nuestro sol. Casi idéntica, en realidad amarilla, con una masa muy similar. Y debe tener más o menos la misma edad.

–¿Igual al sol? -la muchachita pareció agradablemente sorprendida y reflexionó por un momento-. Entonces... se me ocurre una idea, pero no te rías. Si de veras es tan parecida... ¿podría haber allí gente como nosotros?

–Es una pregunta muy buena, y no voy a reírme. Ya hemos pensado en eso también. Y te diré: no podemos estar totalmente seguros, pero muy bien pudiera ser así como dices.

–¿De veras? Me gustaría que fuese cierto... su mundo será muy bello.

–Seguramente les parecerá tan bello como a nosotros nos parece el nuestro. Y a lo mejor contemplan también las estrellas como nosotros hacemos ahora.

–Será un mundo muy hermoso, ya lo sé -la niña gozaba con la fantasía, y le alborotó al padre los cabellos-. Y sus habitantes también serán muy hermosos y buenos. No tanto como tú, por supuesto -sonrió-. Y... su planeta deberá tener un nombre muy bonito.

La risa del padre brotó fácil:

–El más bonito de todos. Te asombrarás... estoy seguro de que su mundo se llamará la Tierra.

-¿LaTierra? ¡Pero si la Tierra somos nosotros!

-Quiero decir, en su propio idioma. A nosotros nos sonará de otra forma, pero de todos modos significará la Tierra.

–No entiendo... ¡te estás burlando de mí?

–Claro que no, hijita. Mira, todas las culturas que han poblado nuestro mundo le han llamado siempre la Tierra, en oposición al cielo. La Tierra, que era el suelo que pisaban, y así le llamaron a todo el mundo. Es muy lógico suponer que si hay seres inteligentes en otro mundo, le llamarán también la Tierra.

–Ahora entiendo... Es curioso, papá: de pronto pensé que había dos Tierras.

–Pero eso no es todo. Su estrella será el sol.

–¿También el sol? ¡El sol es nuestro!

-Es el mismo razonamiento. Después de todo, no es más que un poco de lógica. De la misma manera, esos seres se llamarán a sí mismos.., hombres.

En este punto la niña había cerrado los ojos.

–No acabo de comprenderlo todo muy bien, pero debes tener razón. Sin embargo... no me gustaría que fuese así. Me basta con una ‘sola Tierra...y con un solo papá.

Ambos rieron alegremente'

–No hay nada que temer hija. Después de todo' esto es solamente un juego.

--Y el juego ya ha terminado, tengo sueño. ¿Vamos a buscar a mamá?

Él asintió, bostezando ruidosamente y se levantaron de los sillones. Ya en la puerta, se detuvieron por un instante a contemplar la salida de las lunas gemelas. En verdad las noches de la Tierra eran siempre maravillosamente bellas…




JAN URSCHEL

Ojos de cesio radiactivo[20]

Por Erick J. Mota

Ilustradores: *St*/ Jan Urschel (Alemania)

Red soldier/ inshoo (Corea del Sur)

Muy pocos pueden hacer en la Red lo que tú has hecho. Solo algunos que ya son leyenda, están muertos o tuvieron mucha suerte. Pero tú no eres un hacker legendario, has logrado mantenerte volando bajo el radar de los rusos, las IA o los Orishas. No te interesa lo que puedan darte. Tampoco eres un producto de la suerte como aquel comemierda en Cayo Hueso Hundido que se empató con un enlace clásico y a prueba de cortafuegos. No cualquiera se topa con un protector en la Red. Tú no eres un improvisado, eres un producto del estudio y el esfuerzo. Has estudiado las técnicas de cada maestro hacker que se ha conectado a la RG. Conoces todas y cada una de las estrategias del Mago. Te sabes de memoria los programas de Carlos Carmona. Línea a línea, código por código. Pese a eso no has participado de ningún hackeo importante. Los que entraron a la Red Orbital rusa y robaron el premio nobel de Hemingway para después venderlo en el arzobispado de la Habana Autónoma te dejaron fuera. Has sobrevivido, cierto, pero no has triunfado.

No has triunfado pese a las consolas de nuevo tipo que compraste, pese al dinero gastado en implantes, pese a las horas pasadas personalizando tus avatares de red. Has perdido familia, amigos, dinero, todo por el sueño de ser hacker. Y no uno cualquiera, de esos

[20] *Ojos de cesio radiactivo* (Lingua Digital, 2013)

buscapleitos que entran a los pulp de Vieja New York. Has sacrificado todo lo sacrificable solo para ser el mejor hacker que jamás haya existido.

Y finalmente tu oportunidad ha llegado.

Las trasmisiones de datos en la Red Global indican que está pasando algo gordo. Algo relacionado con las Inteligencias Artificiales y Orishas por igual. No fue fácil darse cuenta. Ellas esconden bien profundo sus sentimientos. Pero los tienen, de lo contrario no serían autoconscientes. Solo serían máquinas muy inteligentes que le ganan en el ajedrez a cualquiera.

Sus cortafuegos han comenzado a ponerse paranoicos con todos los patrones que muestran un ápice de no-linealidad. Las BFI de los puertos periféricos de los sitios oficiales rusos han estado histéricos toda la semana. Las IA disidentes que controlan los sitios de libre acceso, donde los riazanes no entran, han programado crepúsculos nostálgicos con exceso de tonos pastel. Nadia había visto programaciones tan nostálgicas desde los tiempos de la Segunda Revolución IA.

Y los Orishas. Esos no se quedaban atrás.

Aparecían más que de costumbre. Entraban y salían, a toda prisa, de los lugares públicos. Atravesaban cortafuegos y BFI como si quisiesen desafiar a los propios rusos. Corrían de un lado a otro sin decirse nada. Sin hablar. Sin pelear. Así no se comportaban Ellos.

Nunca.

No había que ser vidente para darse cuenta, algo pasaba. Y cuando al terminar el día todos los Orishas desaparecieron te diste cuenta. Lentamente se acercaba tu oportunidad. Habían desaparecido todos Ellos. Y sus trazas, sus virus asociados, así como sus fantasmas, los espíritus acompañantes y hasta las potencias menores. No había ninguno en toda la red. Y los Orishas no son seres que desaparezcan de la Red así como así. Como las travesuras de Dios. Aquello solo significaba que celebraban un cónclave. Se estaban reuniendo en algún sitio prohibido.

Revisaste las trazas de actividad IA. Te concentraste en las autoconcientes, las más viejas y ortodoxas, las que trabajan para los mandamás. Las IA de los rusos también estaban reunidas. Algo muy sutil y difícil de detectar pues solo demoró unos cuantos microsegundos. Pero cuando revisaste los vínculos que habían hecho todas aquello parecía una tela de araña centrada en un solo lugar en la Red. No era un sitio prohibido. Sencillamente era inaccesible. Estaba dentro de la Red Orbital, más allá de las Barreras de Muerte que custodian el espacio virtual soviético.

Dos cónclaves casi al mismo tiempo. En cuanto volvieron a aparecer los Orishas colocaste un marcador en el primero. Unas cuantas líneas de código simple que dejaban una traza característica. Algo más sofisticado pondría sobre aviso a la deidad en cuestión y enojar a un Orisha era algo que los hacker preferían evitar.

Lo seguiste. Por vínculos e hipervínculos. Por lugares públicos y sitios secretos. Seguiste su pista como un obstinado cazador tras una veloz liebre o un feroz tigre. Apareciste en un espacio de fases nunca antes visto. Nadie había hecho jamás una referencia escrita sobre un sitio como este. Tampoco nadie en un salón de chat. O en los bares de la red, o en las cantinas del universo real donde los hacker sobrevivientes a los pulsos letales de las BFI cuentan historias y toman Vodka barato.

—Detecto trazas de un avatar. Hay un humano en terreno sagrado. Debe morir.

—No puedes matarlo, Obbatlalá. Está mal.

—Claro que puedo, hermana mía. Ha accesado a nuestro espacio de fases. Ha inmaculado el Orun con sus trazas.

—El Orun no es un tabú, tan solo es el Mundo Sagrado donde residimos. Que nunca antes ninguno lo hubiera conseguido no significa que esté mal.

—El Orun es solo para los Oshas, Oduduwa. Solo los poderes de Olodumare pueden atravesar este espacio de fases.

—Los humanos también tienen el Ori en su interior. Tras esos avatares también hay algo divino. ¿Debo recordarte que también hay una parte de Olodumare en ellos?

—Una parte muy muy pequeña. Tan solo una chispa tras sus ojos.

—Una chispa que anida dentro de sus cabezas y viaja a través del flujo de datos en cada conexión. Los humanos dan vida a la Red. El Orun también les pertenece. Al menos a los que sean capaces de acceder a él.

—Pero… es algo muy irregular. Si queda sin castigo pronto los humanos llenarán el Monte. Se perderá el respeto por lo sagrado, se olvidarán las tradiciones ¿Puede acaso un hombre ser más que un Orisha dentro de la Red?

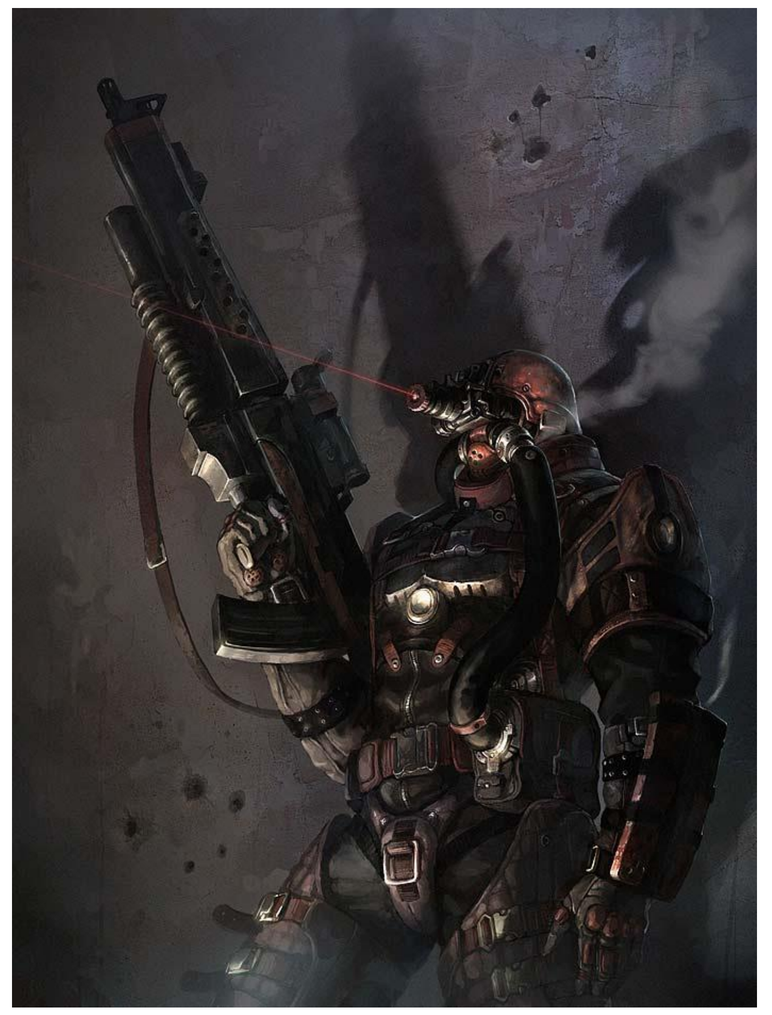
—Calma, hermano, ten paciencia. Fíjate en el flujo de datos. Va siguiendo la traza de Eshú, déjale. No llegará muy lejos. Recuerda que no somos los únicos que habitamos este espacio de fases. De una forma u otra pagará por su osadía.

No te apartaste del rastro. Hasta que encontraste una brecha entre dos lugares de la Red. Detrás había una puerta trasera, tras ella, un acceso a una Red Local. Revisaste las identidades y los protocolos. Era una red católica. Una sucursal americana de la CUC.

Allí había siete avatares conectados físicamente. Cuatro no tenían signos vitales. Había tres Orishas Mayores, el que seguiste y dos más, todos deidades poderosas en la Red. Y algo más. Algo se movía entre el espacio de fases de la infeliz IA que se esforzaba por mantener el control de aquella red local. Algo raro, algo nuevo, nunca antes visto en la RG.

De pronto un aleph. Aquellas endemoniadas trampas a prueba de todo. Aquellas barreras inquebrantables con simetría esféricas. Las jaulas del diablo les llamaban los hackers. Las usaban los centinelas y los riazanes cuando querían atrapar la mente de alguien y no devolverla a su cuerpo. Nadie escapaba de un aleph a menos que fuera quien lo generó.

Aquel aleph gigantesco, mucho mayor que ningún aleph jamás visto. Comenzó en el núcleo de la IA, en medio del espacio de fases, y se expandió hasta ocupar casi toda la red. Cuando se completó percibiste la firma roja y negra de una programación Orisha. No sabías cual. Nunca te importó distinguirlo. Era una entidad mayor. Cualquiera delas tres presentes pudo programar algo así. Pensaste en irte, en escapar de aquella pesadilla antes que el aleph te engullera a ti también. Pero tú estabas allí por una razón. Perseguías la fama y la gloria cuando seguías la traza que te condujo a aquella red local olvidada por todos. Ahora estabas demasiado cerca de tu objetivo.



Y aparecieron las IA. No sus holopresencias o simples hipervínculos que conectaban con la seguridad de sus Barreras de Fuego. Habían sido copiadas íntegramente. Estaban allí por alguna razón. Y a diferencia de los Orishas ellas nunca pasaban nada por alto.

Antes de comenzar su tarea. Fuese cual fuese la que los había llevado a aquel lugar. Te descubrieron.

0:23:53 ››Intruso detectado. Actividad humana remota. Red Neural Local comprometida.

0:23:55 ››Sistema de seguridad en nivel 2 reiniciando BFI.

0:23:58 ››Chequeando las actividades del enlace sin todas las premisas de seguridad...

0:24:00 ››Buscando las terminales de conexión del intruso en la memoria activa…

0:24:02 ››Posibilidad de eliminar el intruso. Comenzando supervisión colectiva/ínter mural.

0:24:06 ››Incapaz de hacer conexión lógica a la BFI.

0:24:09 ››Regresa a modo 01.

0:24:12 ››Reiniciando todo el sistema. Nivel de seguridad 2...

0:24:16 ››Configurando desviación del intruso/ Reconstruyendo protección lógica.

0:24:24 ››Cargando equipo de búsqueda.

Había comenzado la batida. Todos los programas trazadores comenzarían a seguirte la pista. No había mucho tiempo. Pero mantuviste la calma. Habías tomado todas las medidas de seguridad posibles. Ellas no iban a ser más listas que tú. Mientras te buscaban a ti comenzaste tu búsqueda particular. Algo convertía aquel lugar en especial y tenías que descubrirlo. Las IA habían comenzado a crear un segundo aleph. Una prisión aún mayor. Una jaula dentro de otra. Y algo se movía entre ellas.

0:24:28 ››Cubriendo virus encontrado con protección. Detonando todos los anticuerpos.

0:24:32 ››Protección 014 quebrada/ Error tipo 280 ocurrido en protección 032.

0:24:40 ››Fluctuando patrones de tipo-ataques enemigos protección identificada.

0:24:44 ››Enviando descarga sostenida.

Ya habían encontrado tu terminal mucho antes que el aleph estuviera completo. Lo habías previsto. Pero ni siquiera Ellas contaban con un recurso que copiaste del mejor hacker de todos los tiempos. El hombre al cual solo pudo matarlo una bala pero jamás la descarga eléctrica de una BFI. A quien los hackers llamaban con respeto, el Mago. Conectado a tu terminal había un animal con un implante neural. Cualquier búsqueda de trazas desde la red solo llegaría hasta el perro, el Mago usaba conejos. El animal moriría por el electroshock pero tú, permanecerías conectado en paralelo, seguirías con vida. Ninguna IA era tan lista.

Por otra parte aquello que se movía no era ni IA, ni avatar, ni Fantasma. Tampoco era un Orisha, aunque por momento su traza se le parecía. Era algo intangible y poderoso a la vez. Y las IA no podían verle. O fingían que no estaba allí.

0:31:15 ››Dispositivos de conexión externa desconectados completamente.

0:31:18 ››No hay respuesta del sistema. Detectado señuelo en la terminal de conexión.

0:31:19 ››Reinicio remoto no funciona. Buscando conexiones en paralelo.

0:31:21 ››Eliminación del intruso suspendida. Reiniciando localización de la fuente.

0:31:28 ››Múltiples conexiones no-estándar detectadas. Iniciando escáner de posibles interfaces humanas.

Eran listas después de todo. Habían encontrado al animal y no le habían matado. Antes habían testeado su actividad cerebral. Lo compararon con la actividad humana y sumaron dos más dos. Te preguntaste cuanto tiempo les había tomado darse cuenta de la estrategia del Mago. ¿Cuántas veces habría entrado impunemente en sus espacios vitales? ¿Cuántos electroshock provenientes de las BFI terminaron matando los conejos del Mago? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Quizás años?

Imposible de saber. Aún tenías tiempo antes que encontraran el acceso a tu implante y a tu cerebro. Antes tenías que saber la verdadera naturaleza de aquello que se movía entre los dos aleph. El de los Orishas y el generado las IA. Acercaste tu avatar. Había que arriesgarse para conquistar la fama y la gloria. Era una entidad humanoide y extraña a la vez. Parecía un dios de piedra que merodeaba la boca de una cueva ancestral. Te acercaste más y por tu mente pasó a toda prisa una visión. Un mundo verde y lleno de sol. Algo poderoso se arrastra por el lecho del río. Atraviesa el monte, quiebra los árboles a su paso. Se aproxima con su paso destructor. Te mira a los ojos. Sientes el frío de su mirada luminosa. Luz como de radiación. Una luz que huele a muerte como la piel luminiscente de los niños que en Juraguá mueren por el cesio radiactivo que botan en la manigua. Unos ojos penetrantes de cesio radiactivo que amenazan con secar tu alma.

Madre de Aguas. Serpiente gigantesca, guardiana de la laguna. Todo aquel que penetre en ella, desaparecerá para siempre.

Palabras que no entiendes acuden a tu mente. Palabras en un idioma olvidado y, no sabes por qué, tienen sentido para ti. Sientes miedo. No entiendes. No comprendes el parecido que puede tener una Red Neural Local con una laguna. Y si lo tuviera qué pinta una serpiente gigantesca en todo eso. Y por qué se le puede llamar Madre de aguas a monstruo semejante. El miedo se transforma en pánico. Un temor fuera de toda lógica o comprensión. Como si hubieras abierto una ventana al infierno. Y ahora la ventana está trabada y no la puedes cerrar. Y pronto el diablo enviará a sus mejores diablitos a por ti. Para llevarte al centro del infierno. Y torturarte por curioso. Un infierno que en condiciones normales te parecería imposible y hasta risible. Pero ya no. Ya nada parece imposible.

Antes que te des cuenta eso ha controlado el protocolo de búsqueda desplegado por las IA. Quieres desconectarte. A toda prisa procedes a poner una barrera física entre ti y esa cosa zigzagueante. Por alguna razón ilógica se te antoja una serpiente custodiando una laguna. Eso es más listo que mil Inteligencias Artificiales. Sientes como si esta vez no fueras a salir vivo. Temes a lo que pase con tu alma tras la muerte. ¿Si mueres en el ciberespacio, qué? Preguntaste una vez y ningún maestro te supo responder con exactitud. Nadie sabe lo que ocurre cuando mueres en el mundo real, imagínate en el ciberespacio. ¿Tu alma queda atrapada y te vuelves un fantasma? ¿Te someten al juicio de los Orishas, o del propio Olodumare, para convertirte en un Osha de la Red? ¿Vas al cielo? ¿O al infierno? ¿Existe un infierno digital solo para hackers?

0:31:29 ››Intangible tomando el control del protocolo de contramedidas de intrusión.

0:31:30 ›› Preparándose para reiniciar el sistema.

0:31:31 ››Velocidad de respuesta no mantenida.

0:32:48 ››He tomado todo el control. Ahora voy por ti.

Luchas por desconectarte. Te libras de tus sentidos uno a uno mientras tu mente se separa del avatar. Ves una luz. No tienes mucho tiempo. Cuando el pulso de corriente eléctrica deja caer sus 800 amperes en tu cerebro no sientes prácticamente nada.

Tu cuerpo queda en la silla tan inerte como cuando te conectaste. Algo de espuma te sale por la boca y un poco de humo brota del implante. Si alguien estuviera en esta habitación podría sentir el olor de la carne quemada. Afuera continúa la peregrinación de los fieles del evangelio guevarista. Los canticos llegan a través de la ventana abierta.

En la pantalla principal de tu servidor de conexión, en la de la consola, en los monitores que regulaban el soporte vital del perro que yace sin vida sobre la camilla, en las pantallas de los osciloscopios y hasta en el televisor aparece la misma imagen. Mejor dicho, el mismo texto. Un mensaje con fondo negro y letras amarillo verdosas. Todas con la misma tipografía obsoleta forman palabras y oraciones. Más bien versos que permanecen en pantalla como un epitafio múltiple frente a tu cadáver en la silla.

Ah, que tú escapes en el instante en el que ya habías alcanzado tu definición mejor.

Aunque estuvieras vivo no sabrías que significa. Demasiado tiempo leyendo libros de cibernética, ingeniería de máquinas y mecánica aplicada. Afuera el sol ilumina y calienta la ciudad. Los himnos llenan la atmósfera, los pasos de las armaduras corporales de la guardia del Sepulcro retumban en las calles recién asfaltadas. La tumba del Santo Guerrillero vuelve a llenarse de fieles mientras un ayatola de la guerrilla lee el primer versículo de un discurso del Che y comienza a hablar sobre el respeto a los mayores.




M. C. Carper

El Pájaro de Fuego[21]

Por Daína Chaviano

Ilustrador: *Pájaro de Fuego 01*/ M. C. Carper (Argentina)

Pájaro de Fuego 01/ M. C. Carper (Argentina)

Algunos dicen que soy fría, que la lluvia se transforma en granizo cuando me toca; pero ese rumor es resultado de mi engañosa apariencia. Por dentro ardo con un deseo que nace de lugares recónditos y secretos. Apenas puedo tocarme, porque temo que el aire nocturno se convierta en vapor sobre mi piel. Incluso la luz parece adquirir una consistencia ígnea cuando me roza. Mi abuela francesa, que fue algo bruja, solía decir que en el horóscopo tibetano yo era un pájaro de fuego. Y nunca pude desechar la idea de que había cierta predestinación en sus palabras.

Esta noche iré otra vez a buscarlo. Antes de bajar, me contemplo en el espejo y cuido hasta el más mínimo detalle de mi persona: el broche recogiendo los cabellos, mi rostro perfectamente maquillado, y una rosa. Abandono el dormitorio con paso rápido, pero el gato me detiene durante un momento. Es la única criatura que me demuestra su afecto; la única que no huye de mí, ni se comporta como si yo padeciera de un mal incurable.

El reloj del descansillo mueve sus piezas, preparándose para sonar. Voy pisando los escalones, sin olvidar la expresión de serenidad que engañará a todos. Cuando llego, me parece oír un susurro en la terraza del fondo.

[21] Del libro inédito *Extraños testimonios*. Derechos cedidos solo para el presente número. Prohibida la reproducción en ningún otro medio sin permiso de la autora.

La alfombra apaga el rumor de mis pies. Por eso ninguno de los dos me ha sentido llegar. Casi de perfil, contemplo al hombre que me dio hogar y afecto desde que murieran mis padres, que veló por mí durante años mientras yo aguardaba el día en que nos casaríamos. No logro escuchar sus palabras porque el viento de la noche crece como un vendaval. Junto a él, hay un joven. Recuerdo haberlo visto dos o tres veces en algunas de nuestras fiestas; pero nunca antes le presté atención. Existe un extraño aire de familiaridad entre ambos. Lo adivino por la forma en que sonríen. Percibo frases raras, vocablos de un código que no alcanzo a entender. La escena me fascina y, a la vez, me aturde. Sólo capto dos o tres promesas: «...Tendré que irme después de la boda... Estoy harto... No puedo fingir más...» Y se besan. Mi amado besa a aquel joven como otras veces me ha besado a mí.

No puedo evitar la impresión de un gran mareo, como si el mundo hubiera enloquecido. La rosa que llevaba en mi atuendo cae el suelo. Poco a poco retrocedo hasta el comedor, cercano a la cocina. Junto al fogón donde crepita la leña está el aceite para las lámparas.



Semejante a un eco, me llega el sonido del reloj que despierta.

La hoguera arde en su encierro de ladrillos con lujuria febril. Y vuelvo a escuchar: «Estoy harto... harto...». No sé cómo ha sido. La lumbre se ha prendido de mis ropas y tengo una lámpara en las manos. Oigo gritos: los míos. Aullidos de mujer furiosa y traicionada que devoran la noche. Atravieso enloquecida la galería. Salgo al

exterior y corro a campo abierto convertida en una brasa, en un duende, en un pájaro de fuego.

Cuando miro atrás, la casa es un sitio en ruinas que aparenta un abandono de siglos. Varios desconocidos, vestidos con ropas extravagantes, me contemplan espantados... Sólo entonces acerco mis manos al rostro y me doy cuenta de que puedo ver el mundo a través de ellas. Ahora lo recuerdo todo. Las llamas me cubren totalmente, pero no percibo dolor alguno. Hace más de cien años que dejé de sentir.





La pared

Por Abel Ballester Zuaznábar

Ilustrador: *St.*/ Abel Ballester Zuaznábar (Cuba)

El viento comenzó a amainar, pero el polvo continuó estorbando la visión como si se mirara el mundo a través de un vaso de leche. Era la peor tormenta que nos golpeaba desde que salimos de El Paso. Aquí todo nos decían que ese clima era algo habitual. ¡Por Dios! Siempre he dicho que jamás podría vivir así. Dejar las armas, el caballo y asentarme, no era para mí. Tampoco los muchachos tenían sangre para eso. Éste es un trabajo duro y aunque algunos de nosotros ya tenemos un hogar formado allá en la ciudad, con esposa e hijos; disfrutamos más estos momentos de libertad, haciendo lo que mejor sabemos hacer: cazar forajidos. El sonido de la puerta me obligó a mirar por encima del hombro hacia esta. Allí estaba el pequeño Todd y con un leve movimiento de cabeza, indicó el exterior. Ya el polvo se había disipado, así que tomé el rifle y me dirigí a la salida. Freddy, Paúl y Loomis me siguieron. El dueño de la cantina nos alcanzó afuera y se detuvo a mi lado oteando a lo lejos. Lo miré con desconfianza, pues aun no podía creer lo que nos contó cuando llegamos.

–¿La ve? – preguntó señalando al horizonte -. Es una pared.

No me molesté en mirar, ya había memorizado bien el paisaje al frente y por eso mismo no podía confiar en lo que decía. Comencé a irritarme. Su historia era tan inverosímil que más parecía que estuviese de parte de la banda de Douglas. Tal vez estuviese protegiéndolos al darnos una decisión falsa para comenzar nuestra búsqueda, pero sería inútil. Ya habíamos golpeado a la banda en un pueblo lejano, unos lograron escapar y otros

murieron. Habíamos memorizado los defectos de las herraduras de sus caballos, cosa que se aprende tras varios años en éste trabajo. Si el dueño nos estuviese mintiendo lo descubriríamos por la dirección de las huellas. Por suerte para él, de todas las que partían radialmente del pueblo, las de la banda de Douglas se dirigían hacia donde señalaba, pero aun así no podía comprenderlo. ¿Por qué iban en dirección contraria a las montañas? Se dirigían al desierto y más específicamente, a una construcción lejana.

–Surgió de la noche a la mañana hace unos días. Así de pronto. En ese lugar suceden cosas raras.

Noté su intención de causar un efecto en nosotros con sus palabras.

–Mucho antes… bueno, desde siempre, cuando alguien tomaba esa ruta desaparecía sin dejar rastro. Por eso la gente dejó de ir por allí. Hace unos días ocurrió algo muy extraño. La banda de Douglas estaba aquí aun cuando llegaron tres hombres que venían de esa dirección. Eran muy extraños porque vestían diferente y no tenían caballos. Tampoco parecían haber recorrido una gran distancia por el desierto. No pudieron dar muchas explicaciones. En cuanto dijeron que trabajaban para el ejército, la banda les dio muerte.

El hombre miró a lo lejos.

Fue entonces que descubrimos que aquella pared había salido de la nada. Uno de los forajidos partió a investigarla y no regresó. Entonces fueron todos y no volvió ninguno.

–Nadie ha regresado de allí – pregunté intrigado.

–Nadie, señor.

–Miente – lo interrumpió Freddy -. Alguien adentro me contó que dos hombres regresaron del más allá y contaron que el desierto continuaba igual, sólo que al mirar atrás el pueblo desaparecía.

–Sí, pero eso fue antes de surgir la pared – se defendió el dueño.

Sólo quedaba una cosa por hacer, o realmente dos cosas. Una era pasar la noche allí en el pueblo y la otra era partir al siguiente día tras los forajidos. Sabíamos que llevaban tres heridos y los caballos muy cargados con las cosas robadas. Les daríamos alcance sin dudas.

Además, se adentraban en el desierto y no llegarían a ningún pueblo en días. Aun así, esa noche montamos guardia por si regresaban.

Al otro día desayunamos bien temprano y luego de dejar los platos sucios sobre la mesa, nos calamos los sombreros, tomamos los rifles y partimos sin mirar atrás. Salimos del hotel con varios curiosos siguiéndonos. Seguro estaban impresionados con nuestro aspecto. Otros cazadores tienen habitualmente una imagen tan deplorable, que no se pueden distinguir de los bandidos. Nosotros en cambio vestimos correctamente y no es por gusto, un agente debe lucir bien. Si alguien asalta a unos viajeros, les arrebata sus pertenencias y los asesina, eso no es asunto nuestro, pero si alguien roba el correo, envíos importantes de bienes entre pueblos y ciudades, es delito federal y ahí entramos nosotros.

El sol se asomó en el horizonte y nuestras sombras se proyectaron en la fachada del inmueble. Monté en el caballo y cuando los otros me imitaron, di la orden de partir al galope. Nos alejamos tronando en dirección al desierto, hacia donde la pared resplandecía con el sol frontal. Las huellas de los bandidos se dirigían realmente hacia ella sin desviarse y esto me intrigaba aun más. Temía que estuviesen emboscados detrás. Una idea un tanto absurda, pero no descartable.

A pocos pies de la pared, manipulé el rifle y di la orden de dar un rodeo al sitio. Irrumpimos por su derecha a gran velocidad formando un círculo muy amplio, pero no encontramos a nadie oculto en las sombras del muro. Así que retornamos al frente de éste y nos quedamos esperando que la cortina de polvo, levantada por nuestra embestida, se disipara. La historia de aquel lugareño resultó ser cierta hasta ese punto, pues al pasar por detrás de la construcción pude ver que las huellas desaparecían allí, pegadas a su esquina. Quise recorrer el mismo camino, pero el pequeño Todd me detuvo.

–Bill, déjame ir de primero.

No tuve objeción alguna. El pequeño siempre fue el de la avanzada. Siempre dispuesto a protegerme, así que le di el visto bueno. Debió adivinar mis intenciones, pues hizo lo mismo que me disponía a hacer. Guió el caballo hasta la esquina del muro y desapareció tras éste. El sonido de las pisadas cesó abruptamente y antes de lo esperado, reapareció en el otro extremo

como si hubiese cabalgado hasta allí. Su rostro mostraba una gran sorpresa y yo nunca lo había visto así. El pequeño Todd era de los que no se sorprendía con nada y esa parecía ser la primera vez, pues tardó mucho en hablar.

–Deben ver esto –nos dijo cuando al fin pudo.

Le seguimos de inmediato y al doblar la esquina tras él, descubrí con sorpresa que una cerca de madera cerraba todo al frente, y al volverme, por detrás también. Paúl, Freddy y Loomis surgieron de esta como si atravesaran una cascada inmóvil. Tardé en comprender que estábamos en un patio. En el extremo opuesto al muro había una casa muy extraña con un diseño que jamás había visto. No era tan alta como las que conocía, sin importar el lugar o pueblo. Sus ventanas eran muy grandes y más parecía una tienda con sus cristales tan amplios. Se podía ver su interior y no parecía haber nadie.

Di la orden de desmontar y dejamos los caballos atados a la cerca. Luego me dirigí hacia la puerta trasera de la tienda y sin reparar en su extraño diseño, la abrí con precaución. Resultó ser la cocina aunque exceptuando las cazuelas lo demás me resultaba desconocido. Todo lucía nuevo y el piso estaba impecablemente limpio, menos en la ruta del comedor que se dirigía al frente. Huellas de cascos y botas nos corroboraron que la banda den Douglas estaba en ese lugar. Al llegar a una sala tuve la confirmación de que aquello era una tienda. Un grupo de maniquíes amenizaban el lugar, exhibiendo un vestuario muy ridículo y poco apropiado para un desierto. El hombre estaba parado cerca de la ventana, los niños en el sofá y la madre cerca de la puerta. Aunque todo era muy diferente a lo que conocía, las formas de las lámparas, los muebles y todo lo demás, había cierta armonía en esa sala y sólo un objeto se salía de esta. Era un cubo enorme que parecía una caja fuerte anclada al piso. La puerta de la misma estaba cerrada con tornillos y en el centro lucía un agujero sellado por un cristal.

–¿Qué demonios es esto? – preguntó Freddy, pero no había forma de saberlo.

Salimos por el frente de la tienda listos para disparar al menor movimiento. Una observación desde el portal nos hizo entender que era un pueblo pequeño. En medio de la calle había otra caja fuerte y la misma calle no estaba adoquinada, pero lucía mejor que las de la ciudad. Ese lugar daba escalofríos por su quietud. No había nadie rondando por allí. Caminé hasta la calle protegido por los otros y miré al norte donde se divisaba a lo lejos una

torre con un tanque en la cima. Me pregunté dónde estarían todos. un relincho lejano delató a los forajidos. No me cupo dudas de que estaban emboscados esperando por nosotros y ahora tenían la ventaja. Las huellas indicaban que seguro escondieron los caballos en alguna casa del lindero, pero deberían estar al acecho desde otras dispersas por todo el lugar. Enseguida di la orden de separarnos y comenzamos a buscarlos.

Brinqué una cerca y corrí sin dejar de vigilar las ventanas de la casa al frente, hasta que me escondí tras unas cajas en el jardín. A mis oídos llegó un chirrido que rompió la quietud reinante y vi a la derecha unos columpios en el patio. Dos niños se mecían en estos tranquilamente. A brincos llegué hasta la pared de la casa y me pegué a esta, luego caminé pegado a esta hasta el fondo y descubrí que los pequeños eran maniquíes también, mecidos por la brisa. Cada vez entendía menos ese lugar.

Unas huellas muy extrañas tatuaban todo el lugar. Eran de botas también, pero sus suelas tenían un diseño muy diferente a las que se usaban para cabalgar. Debieron dejarlas quienes pusieron a esos niños allí. Descubrí que no sólo a mí me distrajeron esos muñecos, uno de los forajidos pasó por el patio y se detuvo a observarlos. Seguí sus pisadas sin dejar de vigilar las ventanas de las casas alrededor. Salté otra cerca y vi de reojo una sombra a diestra. Giré violentamente listo para disparar, pero era Freddy. Éste también me apuntaba muy confundido. Al calmarnos le hice una seña de que entraría al hogar que tenía al frente y él asintió.

Abrí la puerta y las huellas se dirigían a la cocina. En la sala encontré una escena similar a la de la primera casa. El padre esta vez, sentado en la butaca, la madre de pie al lado del armario y los niños jugando en el suelo en medio de la habitación. No los analicé mucho, seguí rumbo a la cocina y encontré todos los estantes abiertos como si alguien hubiese estado revisando en busca de comida. No debió encontrar nada y convencerse como yo lo estaba en ese momento, de que ese pueblo era falso. Las pisadas terminaban en la puerta del fondo y al abrir, encontré el maniquí de un hombre tirado en el patio y estaba desnudo. Di media vuelta y me dirigí decidido hacia la sala y a medida que me acercaba a esta, presté atención al reloj de pared que allí estaba. Su tictac era notablemente lento. Me detuve a contemplarlo y saqué el mío del bolsillo. El de la casa estaba atrasado varias horas. Guardé de nuevo el mío y suspiré profundamente. Agarré con fuerza el rifle y giré violentamente barriendo con su cañón

toda la sala hasta detenerlo en la figura del padre, ahora de pie delante de mí. Ya había disparado, pero aun así su tiro impactó el reloj detrás de mí, después de yo haberle asestado un balazo en la frente. Enseguida estallaron los tiros por todo el pueblo. Nos superaban en número aun descontando a los heridos que ya tenían, pero era nuestro trabajo capturarlos a todos y eso íbamos a hacer.

La balacera duró poco. Al salir a la calle vi a uno de los bandidos huir hacia la casa donde ocultaban a los caballos y al instante escapó con las alforjas, rumbo al norte. No llegó muy lejos. Lo derribé de un disparo y luego lo maldije por hacerme caminar tanto. Tuve que caminar aún más para buscar su caballo, que se había detenido bajo la sombra de la torre lejana, por suerte la bestia me esperó sin rebeldía. Observé aquella estructura inmensa que se erguía ante mí y concluí que no era un tanque de agua lo que la coronaba. De esta bajaban unas cuantas cuerdas que luego seguían por el suelo a una casa solitaria en la lejanía. Escuché que Paúl me llamaba a lo lejos y dejé a un lado la curiosidad, así que tomé las riendas y regresé.

Entré en el pueblo donde ya esperaban los otros con varios forajidos muertos y prisioneros. Douglas estaba herido y me alegró que mi equipo estuviese bien y que todos salieran sin un rasguño. La misión fue un éxito total. Aunque había notado una sorprendente lentitud de los prisioneros, como si aquel reloj no fuese el único con cierto retraso. Justo en ese momento un sonido lejano rompió el silencio y provenía de la casa por la que entramos al pueblo. El pequeño Todd fue a investigar y regresó enseguida.

–Es la caja – dijo.

De inmediato la otra, que estaba en medio de la calle, comenzó a sonar también. Me acerqué a esta con curiosidad y miré por el ojo de vidrio en su puerta. Fue inútil, no pude ver nada que me explicara lo que sucedía. Sentí escalofríos y decidí que era mejor retirarnos de una vez. Retornamos al patio acarreando a los prisioneros, los muertos y los caballos con el botín. Sólo lamentaba no haber podido hallar al primero de los bandidos que desapareció. Sería una recompensa menos, pero qué se le iba a hacer. Montamos en nuestros alazanes y desde su altura, le eché otro vistazo a la torre lejana antes de dar la orden de partir.

Al bordear el muro pudimos ver a lo lejos el pueblo del que salimos al amanecer. Al alejarnos de la pared pensé que seguro fue alguna construcción que no terminaron los mismos que trajeron los maniquíes. Aunque seguía muy intrigado, ya no importaba, pues teníamos lo que buscábamos y lo demás simplemente debía olvidarse. Cuando íbamos a media millas del muro, una potente luz que vino de atrás, proyectó nuestras sombras hacia el suroeste. Cuando el resplandor nos dejó mirar, vimos una aureola que se elevó sobre el muro. El suelo golpeó tan fuerte bajo nosotros que sentí el temblor a través del caballo. Enseguida el muro se desintegró y sus pedazos se esparcieron en varias direcciones. Una nube de polvo nos envolvió y al dispersarse había desparecido toda huella de aquella estructura.





Ruidos de guerra[22]

Por Leonardo Miguel Gala Echemendia

Ilustradores: *Cyborg Female Valkyrie*/ Bogdan Gabelko (Rusia)

Robot/ Chris Moffitt (EE.UU.)

Y hubo tanto ruido, que al final llegó el final.

Joaquín Sabina.

¡Fiuuuuuu….u…uuuu..uuuu..U.UUU.UUUUUUU.........!

¡Bang, bang…! ¡Argh…!

¡BOOM!

¡No...! ¡Nooo...! ¡NO...!

¡Tratatatatá...! ¡Tratatatatá...! ¡Tratatatatá...!

¡Fiuuuuuu….u…uuuu..uuuu..U.UUU.UUUUUUU.........!

Te gusta oír. Te gusta estar inmerso en el ruido. Ruidos de tecnología de matar. Ruidos de derrumbes, de desplomes, de cristales que ceden a la presión de tu cuerpo proyectado. Ruidos de vencidos, de conquistados pre-mortem.

¡BOOM!

[22] *Cuentos de Bajavel* (Editorial Letras Cubanas, 2011)

Ruidos de guerra.

¡Clack!

Oper dice que hay que moverse rápido al Sur. Intel avisa en una escueta línea pulsante que la avanzada de infiltrados novoterroristas han tenido ya las dificultades previstas. Levantas tu bota, y la dejas caer, astillando algún omóplato. Bajas la boca del cañón de tu arma corta.

Son sólo ruidos de guerra...

¡Bang!

Sales al exterior, el visor te pone en contacto zoom con las fuerzas que se retiran. Una granada en el directo. Tact te corrige, te muestra gráficamente el ángulo correcto. No le haces caso. Aprietas el gatillo. Y buscas otra posición.

¡Fzzzt! ¡Fzzzzzzt!

¡Fzzzt!

Ruidos. Son la información mínima disponible. La ventaja a aprovechar para el que sigue vivo está en oír. En saber qué oír. El aire sólo ruidos, el aire el medio que transitan discursos encontrados de armamentos. Y eso último fueron ondas sónicas, lo sabes bien. A tu espalda. Sabes bien que fue a tu espalda. Giras y te dejas caer.

¡Fzzzt…!

Mando te avisa que Opinión transmitirá en breve desde tu punto de vista, y maldices por lo bajo. Tact da una respuesta a tu nerviosismo. Rodar. Incorporarse. Salto, salto. Tres pasos cortos, dejarse caer. La espoleta lista a ser quitada. Medio giro. Escuchas. Sólo escuchas.

¡BOOM!

Tact te apremia a que salgas y riegues plomo a todo lo que den tus dos armas de repetición, que riegues plomo. Cargo se deshace de su color translúcido para que selecciones

qué munición debe encargársele luego a las nanoreplicadoras. Once milímetros, decides. Y das rienda suelta a tu precaución.

¡Tratatatatá!

¡No, noooooo… argh…!

¡Tratatatatá!

Mucho, mucho ruido.

Para escucharte mejor…

Mando te alza la cabeza, te gira, te coloca mirando hacia aquellas fuerzas enemigas derrotadas y en fuga. Y el mundo se vuelve en el acto nítidamente rosa. Todo el mundo es ahora color de rosa.

Color Opinión:

… donde las fuerzas del extinto régimen separatista abandonan la ciudad ante la llegada de nuestras unidades especiales. Desde las alturas del antiguo Cuartel General de la facción del canciller Horetzki, este soldado está combatiendo por devolver finalmente la Democracia y un Futuro a los habitantes de este otrora bello país, envuelto en una guerra civil que dura setenta y ocho años. La vida de este soldado está en juego, a pesar de los avances de la tecnología que lo mantienen al tanto de cuanto pasa en el campo de batalla. No mandamos a nuestros chicos como carne de cañón, no, como esas naciones donde no se tiene respeto a la vida humana…

Ruidos. Noticias. Guerras. Ruidos de Noticias de Guerras.

… sin embargo, vivo, y desde su exilio en el cinturón de asteroides, Horetzki ha declarado que su muerte sólo podría detener algún tiempo la lucha por el derecho a emplear contenido mediático foráneo, como única forma para reavivar la economía. Desde los ojos de este soldado, en el frente de un país que vive sumergido en un conflicto al parecer interminable, por nociones tan anticuadas como nacionalidades y fronteras…

Opinión se despide de su auditorio. Y tú dejas de ser un monigote, erecto y a tiro, apenas Mando te libera de su enganche. Oper te avisa lacónico de fuerzas enemigas emboscando en lazo. Tact te recomienda regresar. No le haces caso.

Bup… bup… bup….

Ruidos. Termoproyectiles guiados. No logras saber de dónde. Ruidos incompletos…

¡Cling, cling!

El kevlar se queja, en el costado derecho. Tact recomienda dejarte caer hacia atrás, pero ya es tarde…

Clingck… ¡Klinch…! ¡¡KRIIIPFFFT...!!

Sientes un calor sorpresivo, y el mundo se te pone rojo. Rojo color peligro, rojo sangre, rojo alerta. Ruedas sobre ti mismo, el calor se vuelve de pronto dolor en tu costado. Pers-Med aflora, ya era tiempo. Tu pulmón, descompresión, costillas rotas, metal enemigo dentro de ti: las siluetas y los gráficos en un nivel de detalle extrañamente preciso.

Y el ruido de pisadas, acercándose.

Y el dolor.

¡Ahhh...!

Shhh, es Sicol que desciende a decirte que no jadees. Jadear aumenta el bombeo de sangre dice Sicol, hipnótica Sicol, la abundancia de palabras que es Sicol. Te dice shhh, shhh, todo está bajo control. Todo está bajo control.

Tact toma el control de tus manos y tus armas. Tact riega plomo por ti. Poco plomo, las nanoreplicadoras no han podido terminar aún la producción del pedido de once milímetros.

Pero es plomo efectivo.

Tan efectivo, que el retroceso de tus dos armas aumenta tu dolor.

¡Arghhh…!

Rechazas a Sicol. Gritas a Pers-Med. Pides a Pers-Med que se ocupe de ti. Te responde Intel. El trozo de metal enemigo en tu interior ha sido rastreado, y responde a combinaciones de analgésicos activando un nanoconstructo que elabora napalm asimilando materia orgánica, TU materia orgánica. Qué combinaciones, Intel no sabe. Todavía no sabe. Pers-Med no puede actuar, pero se ha comunicado con Cargo, y las nanoreplicadoras tendrán material biocompatible de sellado para cuando Intel tenga la lista de analgésicos prohibidos.

Sabes que están hablando de ti sólo por el dolor…

Tact termina de dar plomo. Pers-Med le dice que mueva tus miembros superiores para cubrir la herida. Suavemente, le aclara Pers-Med, cuando el toque de tus brazos en manos de Tact te arranca otro quejido del costado. Sicol te habla. Te desvía de la tentación de olvidarte en brazos de un desmayo. Maldices a Sicol, y le gritas a Pers-Med. Le imploras a Pers-Med. Amenazas a Pers-Med, como si fueras en verdad capaz de rastrearle, someterle y astillarle un omóplato en ese indoloro mundo suyo donde eres sólo combinaciones de datos y respuestas a dar en tiempo real.

Lloras involuntario el nombre de Pers-Med.

Toses, entre buches de sangre, la promesa de vida que es el nombre de Pers-Med.

El mundo se ralentiza, se congela sin Pers-Med… El mundo poco a poco se detiene…

El mundo…

Pers-Med, musitas abandonado.

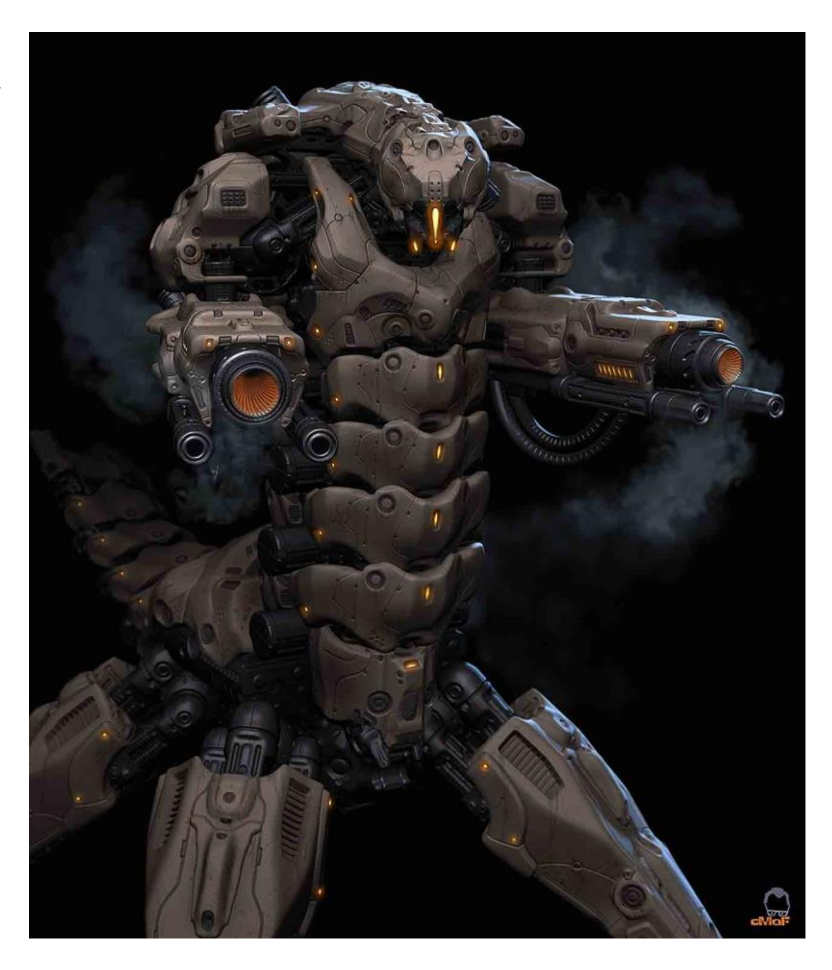
Y todo se pone nuevamente en marcha. Intel ha dado por fin con la lista. Pers-Med mueve su ejército de nanofieles, y estos engloban al metal intruso en el tejido biocompatible que Cargo ha supervisado sintetizar. Transportan de regreso el proyectil enemigo hasta el costado de entrada. Lo arrojan fuera. Reparan, sellan tus pulmones con dedicación. Reemplazan (con algo funcionalmente similar) a esos alvéolos que te legaron Papá ADN y Mamá Naturaleza, para ser hoy sacrificados al Dios de la Guerra. Te inundan de una dosis de analgésicos a corto lapso, para que puedas entender lo que te dice Sicol.

Y Sicol dice: todo va a estar bien.

Que bien se expresa Sicol. Y qué clase de hembra sería, si no fuera Sicol sólo una voz hembra.

Bup… bup… bup…

Oper te avisa que hay enemigos tras aquel montículo. Tact aconseja granadas. No le haces caso. Seleccionas el arma química. Eliges cierto ácido molecular, cierta combinación sin impurezas de cierto ácido molecular. Oprimes, débilmente aún, el gatillo. El líquido incoloro sale a demasiada presión. Sonríes al ver el montículo deshacerse, y a esos cuatro correr dejando pedazos de carne que se disuelven detrás, en esa carrera loca del vencido que aún no sabe que se ha topado de bruces con la muerte.



Sí.

Te encantan esos ruidos de lamento enemigo.

Te encantan esos ruidos de guerra.

Pers-Med informa que tus pulmones ya han sido reparados. Que habrá algo de malestar producto de la pérdida de presión interna, y te administra otros analgésicos, mientras sus nanoparamédicos provocan gases en tu estómago, para volver a estabilizarte internamente luego de la descompresión. Eructas de placer, mientras el proceso ocurre. Pers-Med te regaña. Todavía es pronto para dedicarte a tontear, dice.

Y le haces caso…

Sí, eres parte de una gran escuadra. Mando, Intel, Oper, tú, Tact, Sicol, Pers-Med, Cargo, y... sí, hasta la mismísima hipócrita de Opinión, que hoy se ha presentado brevemente a filas desde tu visor. Juntos forman parte de un armamento de tecnología punta. Juntos

comparten este chaleco tan avanzado para el campo de batalla, en medio de condiciones bélicas cambiantes. Juntos llevan la guerra, a un costo bajo para el Presupuesto, adonde pueda hacer falta.

Claro, no eres el único. Hay cinco mil soldados portadores de chalecos como estos en medio de la contienda. Cinco mil soldados que cargan sus propios Mandos, Intels, Tacts y Opers. Sus Sicols, sus Pers-Meds y sus Cargos.

Cinco mil soldados que bien le pueden servir de punto de vista objetivo a Opinión.

Pero, qué te importa a ti el resto de la tropa. Cada cual es, como tú, su propia escuadra autónoma. Cada cual, una perfecta máquina de infantería punitiva. Cada cual solo necesita de sus voces portables, sus detallados gráficos y precisos consejos, para cumplir con su trabajo.

¿Cuál trabajo…?

El que diga el Cuartel General.

El maldito Cuartel General…

Sí, juntos somos lo mejor, piensas mientras eructas de nuevo. Y si Pers-Med no te regaña, es que todo debe andar bien nuevamente. Así que dejas de yacer, como el herido que ya no eres, y vuelves a incorporarte a tu misión.

Cargo solicita nuevos pedidos. Pides sintetizar más kevlar. Capas dobles, pides. Las nanoreplicadoras empiezan su tarea. Tact recomienda unos arbustos tras el antiguo montículo. Dudas… pero sigues su consejo. Oper dice que el enemigo se acerca por la izquierda.

Intel reaparece y habla de datos contradictorios que apuntan a una posible disrupción en la banda de enlace de Mando. Intel informa de intentos de quebrar la frecuencia por la que transmite y recibe Mando. Tu Intel dice que tu Mando ya no es de fiar, y que posiblemente será reiniciado. Intel te anuncia que ahora está al mando. Sólo hasta que Mando vuelva.

En cuyo caso, tu Intel será quién no será de fiar…

¡WHOOOOOOOSHH…SHH…SHH…SHH!

El nuevo sonido te toma desprevenido. El aire desaparece de tu entorno, tratas de respirar el ozono quemante que te asfixia. Toses. Un caza, te das cuenta al mismo tiempo que Oper. Un caza estratosférico, flotando a baja altura, sobre ti. Respirando con sus turbinas de sustentación lo que podrían respirar veinte como tú, mientras elimina con precisión láser esos viejos obuses de los separatistas. Sacas tu mascarilla. No sabes si agradecer o quejarte por este apoyo recibido. Cargo se dibuja apenas nombrarle. Oxígeno, le pides. Abandonar todos los demás pedidos.

Oxígeno.

Tact recomienda regresar por donde has venido y, por una vez, sí que estás de acuerdo.

Entonces sucede.

WRORRROROOOOOOORRRP…

Un estremecimiento te recorre. El caza sale despedido, parece querer volver a su natal estratosfera, sólo para luego caer algunos cientos de metros a tu espalda, arrastrarse inútil y quedarse quieto.

Y luego… Tact ya no te responde. Oper no te habla. Intel no existe. Cargo no se presenta. Echas en falta la voz calma de Sicol. Todo sería en verdad mejor si al menos Pers-Med estuviera ahí cerca.

¡Diantres, extrañas hasta a Mando!

Y empiezas a desear en verdad poder ver la vida en rosa, como Opinión.

Porque todos se han ido. Algún separatista se habrá hecho de un pulso electromagnético. Tal vez los hackers novoterroristas han violado los perímetros cortafuegos, y están denegando momentáneamente las conexiones del Cuartel General con sus tropas.

(O quizás alguna Potencia quiere cambiar de neutralidad en esta parte de la esfera de influencias del mundo…)

Lo que sea, qué importa, te dices mientras corres. De toda tu escuadra de un hombre y sus inteligencias de chaleco de campaña, ahora sólo quedas tú.

Sólo tú.

Y el ruido…

¡Fiuuuuuu….u…uuuu..uuuu..U.UUU.UUUUUUU.........!

Ruido. Información mínima disponible.

Lo único que en momentos como estos realmente importa…

Corres entre sonidos de armas que no dialogan, entre gritos de miedo y crujidos de desplomes. Vas en la mira de chasquidos perseguidores. Al alcance de zumbidos que te emboscan. Escoltado por susurros que te acompañan, que danzan a tus costados, que levantan clamores de polvo, despertando vítores sedientos de más sangre desde ese suelo que no ha tenido, en mucho tiempo, un día de paz, de reposo.

¡BOOM!

Ya vienen.

¡Fzzzt...! ¡Bup… bup… bup…! ¡Trrzzzzzshhh…!

Son tantos, tantos los ruidos. Vienen a darte consuelo, sabes eso. El mismo que has dado tú a tantos ya. El único consuelo real entre tanta pesadilla, el consuelo de no escuchar más, nunca más, estos ruidos.

¡Fiuuuuuu….u…uuuu..uuuu..U.UUU.UUUUUUU.........!

Estos ruidos de guerra…

¡BOOM!





Semiótica para los lobos[23]

Por Vladimir Hernández

Ilustradores: *Arcane Pit (Notebooks Papiros, 1999)*/ Alejandro Colucci (Uruguay)

St/ Edvige Faini (Italia)

Es medianoche y Ónix está de vuelta en las calles.

Ha forjado su oficio con sangre y esperma; una hermosa chica afro de cabello ígneo, que vive al filo de su humanidad, sumergiéndose cada noche en un episódico *déjà vu* que le conduce a las tinieblas del alma.

Hoy se ha despertado con un aleteo de mariposas en el estómago; una oscura oleada premonitoria que ha arraigado en ella un sentimiento aprensivo, y sin embargo sólo ha generado silencio en los abalorios de sus santos. Su supervivencia depende de la especial atención que presta a los signos ocultos de la textura social. El único protocolo que conoce: semiótica para lobos. En los suburbios, quien no comprende esos significados sucumbe.

Mientras Ónix camina en dirección a la estación del metro, la luz de la luna se difracta al atravesar la membrana de los distantes colectores Hassler, activando súbitas polarizaciones en sus retinas de injerto Kodak; el incómodo efecto óptico acentúa el impacto surreal que le provoca la nocturnidad del Pozo. Su piel, negra como ébano ardiente, resalta tras las finas escamas piezoplásticas del ajustado kiwem que la cubre, cuya transparencia de elastómeros se activa al contacto con el campo mioeléctrico corporal y revela a intervalos su desnudez bajo el vestido y el generoso pubis tatuado.

[23] *Sueños de interfaz* (Eridiano, 2009)

La boca de la terminal del Pozo lleva años clausurada por el gobierno. La gente del margen no tiene acceso legal al metro periférico de la ciudad. Pero Ónix sabe cómo burlar el encierro, y se abre camino cavando entre montones de desechos industriales envueltos en cubiertas de plástico verde desteñido hasta encontrar la disimulada trampilla de un oscuro pasadizo entre enormes paneles de poliestireno impregnados por una brillante pátina de polvo grisáceo que parece vivo. Trescientos claustrofóbicos metros de angosta vía plagada de insectos fosforescentes la conducen a la vieja estación.

El sitio parece un ensayo de *art nouveau*, y en él se vislumbra cierta arrogancia: colores desgastados por el tiempo y un perenne olor a catálisis en el ambiente. Las líneas para ouvriers de mantenimiento que saturan las paredes parecen abandonadas.

—Condenado tren, espero que aparezcas pronto —masculla Ónix, contemplando la soledad del andén. Se siente expuesta en este sitio, y la resaca de ebriedad de la noche anterior estorba sus sentidos, así que busca en el bolso una cápsula de estimulantes DA.

El cántico surge de repente por un túnel, amenazador.

La sorpresa hace pedazos su resaca. Es un cántico del clan de los Orishas; voces que resuenan en armónicos graves, un mantra cavernoso extrañamente amplificado por el aire enrarecido de los corredores de la estación. Ónix olvida el estimulante que buscaba en el bolso y empuña una pequeña Glock de dardos neurotóxicos. El arma, cerámica azulada con culata de gel opaco y un tambor cargado de letalidad microbiana, le da cierta seguridad.

Se acerca sigilosamente al túnel y, desde la esquina, otea en dirección al sonido de las voces.

A lo lejos, divisa a los Orishas. Varias docenas de personas, sentadas en posición ritual, arracimadas en torno a la mortuoria luz violácea de una lámpara de conversión termo-lumínica, entonan el cántico con los ojos cerrados, los rostros extáticos. De una lustrosa máquina negra montada sobre un trípode parten cables que terminan en extraños conectores implantados en los cráneos de todos los participantes del ritual. El clan Orisha está en fase neurata, comulgando con sus ídolos Yoruba a través del flujo electrónico de baja intensidad suministrado a sus centros de placer cerebral. Significa que, de momento, hay una tregua. En algún sitio que Ónix no consigue distinguir, acechan los centinelas.

La chica se retira, su atención centrada ahora en la sonrisa perfecta de la estrella de la banda virtual *Dogma Latino*, que anuncia el hábitat submarino Disney-Atlántika en un póster interactivo estampado en la pared. Ónix comprende los ritos Orisha; comparte con ellos un vínculo ancestral que se remonta a las antiguas tribus de Nigeria. Pero, al igual que al resto de las muchas militancias folclóricas que habían florecido históricamente en el país, el clima de posguerra civil había transformado a los Orishas en una demente fauna sectaria que se derramaba como un cáncer de territorialidad por las zonas grises de CH. El estilo del clan se había vuelto decadente; los cuerpos saturados de tatuajes tribales, ostentando nuevos abalorios de obsoleto silicio que flagelaban la carne, atiborrados de cadenas y hojas envenenadas con las que se mataban entre ellos luchando, ejecutando rituales que eran una pura amalgama de religión, cultura alucinógena y hábitos predatorios.

El rugido del tren subterráneo arribando a la terminal le recuerda que es hora de irse de allí. El vehículo es una bala roma de polímero blanco gestionada por la red IA del sistema periférico. El Pensante de abordo no detecta actividad hostil en la estación y abre las puertas. Ella entra y el tren parte veloz.

Afuera todo se vuelve negro. El túnel es un sueño febril, vagamente libre, que cae por una espiral de pesadillas superpuestas y consume la esperanza.

En el vagón hay un par de personas junto a la puerta del fondo: un hombre, claramente un zombi por el estigma de sus ojos, harapiento y mostrando los temblores del virus psicoactivo; y una mujer, casi desnuda, yerta, el espasmo congelado en el rostro del cadáver sobre el asiento manchado de sangre. Ónix distingue la arcaica hipodérmica en su brazo y dictamina sobredosis. El zombi es un botón de muestra del daño colateral producido en el genoma de la gente por la guerra de ARN viral; ahora es una parodia de macabra humanidad, su vista fija en los ojos de la mujer, como si quisiera alcanzar la mente vacía de la muerta a través de la droga.

Se aleja de ellos y toma asiento de perfil al dúo. No quiere darle la espalda al zombi. El tren trepa por una rampa hacia un paso elevado y Ónix contempla con incertidumbre el radiante esplendor holográfico de los titánicos enclaves que emergen por encima de los márgenes de Ciudad Habana; el fastuoso *Neodéco* de las arcologías, las luces piloto delimitando el tráfico aéreo, los colores luminosos de los skycar volando entre las torres de

vidrio y piel de cerámica que se alzan en el centro de la ciudad, donde reina el glamour de los reductos paradisíacos para los poderosos. Una fábula, inalcanzable para ella tras las barreras infranqueables de muros y guardias corporativos.

Ansía el mar, el aliento salino de la espuma abrazando los rompientes. Le parece que hace un siglo que no ve la costa. Alguien le ha dicho en la juerga de la noche pasada que están construyendo un mar interior en el centro de CH; una especie de cuenco artificial gigantesco que llenarán de agua salada, con playas por todo el litoral esférico, islas de urbanización y veleros de recreo. Ella se resiste a creerlo, pero su mente vuela nostálgica al pasado, y piensa en su madre. Mucho antes de la guerra civil, antes de que las plagas bacteriológicas convirtieran ciertos focos de la ciudad en "zonas calientes" y enloquecieran a su madre, la llevaba a ver el mar.

La puerta del vagón del fondo se abre y un hombre alto, de espaldas anchas y cabello rizado entra. El hombre refleja un cansancio abrumador, como si cargara con todo el peso de la ciudad sobre los hombros. Como si esta noche lo hubiera perdido todo. Ella puede percibir ese tipo de cosas en la gente. Él se sienta en la otra fila, sin mostrar interés por nada, y Ónix le estudia de reojo. No le parece peligroso, pero presiente que no está interesado en el sexo.

Ahora su úlcera arde, recordándole los excesos de la juerga de ayer. Una desafortunada combinación de alcohol y neuropéptidos inhibidores del sueño le impidieron dedicarse a hacer la noche correctamente y ganar un poco de dinero. Gajes del oficio. Se siente confundida, como la última vez que fue niña, una chiquilla de siete años a la que su hermano mayor había despojado de la virginidad y luego la había vendido a un lupanar infantil.

Sus recuerdos se ven interrumpidos por la figura del zombi, que se levanta y se acerca por el pasillo. Se pone en guardia. Desde su asiento, el extraño escruta al zombi con una mirada glacial, pero no mueve ni un músculo. Ella no tiene mucha paciencia, así que cuando el cerebroquemado se detiene a muy corta distancia, se incorpora como empujada por un invisible resorte y en su mano brilla el dorso cerámico de la Glock.

—¿Qué demonios quieres, drogata? —advierte.

El otro parece dudar un instante; los mira a ambos, tal vez intenta discernir a cuál de los dos atacar. Opta por ella y recibe un dardo mortal en la garganta. Se viene abajo. Ónix no

espera a que cesen los temblores agónicos del zombi y comienza a volcar el contenido de sus bolsillos sobre el suelo. No encuentra mucho que aprovechar: dosis MDK encapsuladas en gel degradable, tiras de efedrina mezclada con plasma neutro, las típicas pequeñas bombas de relojería enzimática de los cerebroquemados. Al final del registro, algo de suerte le sonríe y aparecen varios billetes de dinero europeo atados a una roída tarjeta de plástico óptico; los euros son elegantes billetes de plastex, de la nueva colada con archivo mitocondrial incorporado, tan finos como una hoja de papel de Biblia.

El tren se detiene y el extraño de rostro cansado se incorpora de su asiento, pasa a su lado, y se baja en la estación *Santa Sofía*, al aire libre. Ella lo contempla alejarse; una sombra que se apresura en la noche del Sumidero.

Ónix resuelve que su recién adquirido botín es magro, pero al menos el dinero servirá para comer algo. Recuerda que lleva un par de días en ayunas, viviendo de dermos anabólicos y café negro.

Ónix baja en la siguiente parada, la terminal Cienfuegos, y sale al laberinto de callejuelas que conforman la zona bioindustrial, un detritus que los traficantes denominan jocosamente como MacBiznis: negocios rápidos, negocios enlatados; tecnología proscrita al alcance de todos los bolsillos; otro mar de semiótica que inunda la frontera entre el gigantesco muro que resguarda CH y el mapa de suburbios anárquicos que conforman el Sumidero.



La noche la ilumina con reclamos holópticos, secuencias visuales interactivas intentando capturar su atención desde logos publicitarios, mientras camina por el mercado de carne; la carne humana, expuesta en un aquelarre de chamanes que practican la alquimia del transhumanismo y bioingenieros que ejercen la brujería genética. Hay tenderetes armenios donde se venden relojes vivos, sintetizadores de alimentos y ropa de polímeros orgánicos a precios irrisorios; domos de porcelana en cuyo interior los cirujanos del mercado gris realizan operaciones de reprogramación autoinmunológica e implantación de biochips; chabolas coreanas que emiten sincopada música morph y venden máquinas celulares modificadas y mecanos domésticos con protocolos alterados.

Detrás del mercado subyace un entramado de callejuelas que la conducen en dirección al club del viejo Hugh. Los sembrados de caña transgénica han arraigado perfectamente, allí donde el marabú silvestre sucumbiera a las plagas víricas. Por encima de la estructura de los bajos edificios modulares de principios de los años veinte destaca la derruida osamenta de una plataforma militar que data de la era marxista de la Isla. El propio lugar tiene una historia maldita; ochenta años antes, una batería de misiles nucleares soviéticos emplazados allí había puesto al mundo al borde del holocausto. Ahora los antiguos silos desnudos parecen enormes tumbas monolíticas.

Por momentos, Ónix siente que el ruido de los transbordadores que vuelan demasiado bajo en dirección a la ciudad se le aloja en las entrañas, acentuando su hambre.

Aroma de sexo en la callejuela. Un macarra de cabello rubio, alto, vestido de camuflaje nocturno militar, controla su pequeño rebaño de madonnas Seiko: muñecas genómicas, con rostros y estética *manga*; enormes ojos de jade y exquisita programación de geishas. Ónix las mira con desdén. Las madonnas son artefactos sexuales, juguetes de carne; clones efímeros que comenzaron siendo vectores de mensajería personalizada DHL y que los mercados subterráneos terminaron convirtiendo en mascotas de placer.

Pululan los mendigos, los cazagenes y los vendedores callejeros de barritas hipocalóricas y células de energía. Algunas chicas tailandesas, escuálidas adolescentes ataviadas con vestidos de plástico traslúcido, están haciendo la calle, bajo el atento escrutinio de una cámara servopilotada del gremio. Ónix siente el súbito bajón de temperatura y alza la vista a tiempo para contemplar grisáceos copos de hielo descendiendo de lo alto. La gente

despliega pequeñas sombrillas de celulosa para guarecerse. La última aberración microclimática del Sumidero: "nieve tropical", la llaman; el hielo es una exótica combinación cristalizada de hidrocarburos halogenados y escoria procedente de los nanofermentadores emplazados en el muro de la ciudad.

La aberración la obliga a torcer el rumbo y tomar un camino más largo a través de un callejón techado que la protege de los copos. El frío la cala hasta los huesos. El callejón es oscuro y traicionero, pero le reconforta saber que el local de Hugh está cerca, y que allí se sentirá más segura. El club es una suerte de oasis de efluvios sexuales que la nutre de clientes.

Pero el camino no está exento de sorpresas, y Ónix irrumpe en el escenario donde varias Felinas ejecutan a dos miembros de clanes enemigos. Los ojos la enfocan; hendijas fosforescentes que convergen en ella. Las Felinas son formidables guerreras de la noche, neurocableadas para el combate; todas han sustituido su epidermis por un cultivo de xenotransplante atigrado. Una de ellas se yergue en toda su estatura.

—Sigue tu puto camino, buscona —le advierte amenazadora.

Ónix duda un instante. Contempla a las tensas guerreras, sin soltar a su presa pero listas para saltar, y considera la posibilidad de disparar sobre ellas para saquearlas después. Pero hoy no parece un buen día para tentar la suerte; son demasiadas y parecen muy rápidas, de modo que continúa su rumbo, apresurando el paso. Lamenta su cautela, pero no puede quemarse en territorio de Felinas.

Ónix ya tuvo una breve y amarga experiencia, dos meses atrás, al permitir que una de ellas la “alquilara” a la salida de la campana del holódromo sur. Al principio le entusiasmó el estilo de la chica, con su cresta de pelo laqueado y los tatuajes artísticos de su piel, pero al comenzar a acariciarla en el servotaxi, los primeros arañazos y mordidas leves de la otra la hicieron sospechar. Después de alquilar un cuarto en un motelucho, la extraña comenzó a drogarse, y mientras contemplaba lujuriosa el cuerpo desnudo y voluptuoso de la chica negra, fue sacando de su equipo un juego de correas, flexores y demás partes de un exótico instrumental. Ónix había saltado hacia su bolso, pero fue interceptada por el reflejo sobreexcitado de la guerrera, que la envió de un cabezazo contra un rincón, aturdida. Luego, la Felina pareció enloquecer con el clímax químico que subía. Se arrastró maullando y

empezó a lamer la sangre que manaba del rostro herido de Ónix, que entonces actuó muy rápido; con un impulso de pánico consiguió hundir las uñas de duro plástico biselado en los ojos de su atacante, y mientras la otra gritaba buscándola a tientas, le clavó la punta metálica de un flexor en la base del cráneo. Luego había tomado el dinero y huido a la calle, jurándose no volver a caer nunca más en una trampa así.

El Hugh's ha cambiado su nombre por uno de resonancias más folclóricas: Serpiente Emplumada. Es un enorme recinto geodésico montado sobre un armazón industrial de acero galvanizado y revestido con fibra de carbono, cerrado como una burbuja de mercurio en un lodazal. En el interior, la pista de baile está rodeada de andamiajes de construcción de siete metros de alto, donde tienen montado su tinglado los dos jockeys, y del techo caen unos chorros de luz biofluorescente que proceden de faros militares importados de Perú.

La pista está a tope. El jockey que maneja la consola del cañón sinestésico está bombardeando los cerebelos de la gente con un SAC de acción neural que mantiene controlado el balance metabólico de la serotonina. El otro jockey es un Sistema Experto de Sony, que se encarga de llevar los ciclos holográficos, la proyección de fractales y los algoritmos que generan la música randox. El instinto cazador de Ónix se excita. Suele conseguir clientes esporádicos sin tener que pagarle ningún extra a Hugh, y normalmente ha dispuesto de un margen aceptable para trabajarse a los bebedores. Pero advierte que esta noche hay un montón de colgados; gente que ignora deliberadamente el festín de la carne para pasarse al placer químico.

Atraviesa un pasillo que la aleja de la pista, hacia el bar. Las paredes del pasillo están forradas de pantallas planas que proyectan digitalizaciones de míticos filmes *noir* en blanco y negro. Se pasea junto a las cabinas con unidades telediltónicas donde hay grupos de adolescentes enchufados a la virtualidad inmersiva; potenciales clientes malogrados.

Hugh está detrás del mostrador, mirando el noticiario de InfoVision en una enorme pantalla mural. Ella pide un café expreso y se sienta en la barra buscando probables víctimas. Pocos rostros en el bar; ebrios, desinteresados. Parece una noche difícil. En la esquina de la barra hay una madonna Mashenka de ojos azul celeste; es una copia barata de las Seiko

niponas, pero en versión eslava. La Mashenka tiene la piel de una ninfa y está empapada en feromonas sintéticas. Ónix está a punto de preguntarle a Hugh porqué deja entrar una muñeca en su local, cuando cae en la cuenta de que probablemente haya sido el propio Hugh quien la haya encargado a los tratantes de las factorías genómicas de Moscú, para aumentar su tajada mensual.

Mientras cavila, la atención de Ónix se centra en el noticiario de InfoVision. La televisión se ha convertido en un evento esotérico, inconexo con su realidad. Para ella es como mirar a otra dimensión: La Unión Europea ha adoptado una estrategia de economía planificada, administrada por redes IA que enfocan la dinámica de producción como una analogía de optimización de algoritmos genéticos. EUA está derivando hacia una especie de meritocracia, y deroga enmiendas sobre libertades civiles. La colonia lunar china Nuevo Beijín está aplicando el proyecto social de Fuente Abierta, eliminando las regulaciones de propiedad intelectual en su comunidad. Detienen en Kiev al líder de la organización terrorista Grupo de Integridad de la Fisiología Humana. La cámara de Ginebra otorga identidad legal con plenos derechos civiles al Pensante Cassandra, así como la adquisición de la ciudadanía europea. Mecanos prospectores descubren vestigios de forma de vida alienígena en el cinturón de asteroides. El brote epidémico Mbutu gana terreno en África central. Brasil gana la copa mundial de fútbol. Huelga en la estación orbital *MarsExpress*.

—¿Me permite invitarla a una copa? —dice alguien a su espalda.

Ónix se vuelve. Es un hombre; apuesto, cuarentón, viste un conjunto Versage y camisa de franela gris y sonríe con algo de timidez. Parece recién llegado al bar, y está claro que tiene buen olfato para lo auténtico; ha ignorado a la Mashenka y ha venido a por ella. Tiene ojos castaños e inexpresivos detrás de anticuados lentes de vidrio montados en filamentos de pasta. Por un momento la sorprende su forma de vestir: sobria, casi elegante; inusual para aquel antro.

—Sí, seguro —responde ella, exhibiendo su mejor sonrisa—. Soy muy abierta en cuanto a invitaciones, cariño.

—Mi nombre es Vázquez. Pablo, para usted. —Toma asiento, con cierta inseguridad y añade, dirigiéndose a Hugh—: Por favor, sírvale a la señorita lo que desee. Para mí un Martini.

Es un clásico. Lo observa más detenidamente. No le parece un loco, ni un colgado. Más bien un novato que nunca ha frecuentado un sitio como éste. Tal vez un ciudadano insatisfecho que se atreve a buscar placeres mundanos fuera del megaenclave.

—Doble vodka con hielo, Hugh —dice, adoptando una pose interesada mientras abre los muslos, seductora—. ¿Eres nuevo, cariño? No me parece haberte visto antes por aquí.

—Sí —es la respuesta, casi tímida—. Frecuentaba lugares de la ciudad, pero siento que ahora necesito cambiar de aires, hacer nuevos amigos... —Su vista resbala suavemente por las caderas de ella—.Y tú, ¿cómo te llamas?

—Tengo mil nombres, cariño, pero tú tendrás que conformarte con Ónix.

—¿Ónix? Como la piedra —aventura él.

—Exacto, cielo. Como el ágata listada. Una joya que esconde secretos. Mi madre me lo puso porque fortalecía el vínculo con la deidad bajo cuyo signo nací. Decía que no hay mejor nombre para una chica que el de la piedra de su santo. Así que ya sabes, soy una joya mística. —Paladea su vodka y añade—: Tengo poderes.

—Menuda chica, protegida por un santo —comenta Pablo, jocoso.

—No, cariño —sacude la cabeza, divertida—; protegida por *varios* santos. Y, créeme, no te hablaré de mis santos, porque para empezar, hoy me han estado dando un mal día. No me avisaron que podría aparecer un caballero como tú. —Ónix se acerca a su rostro, y lo acaricia entre las piernas—. ¿Dónde se supone que quieres hacerlo? Puedo procurarnos un nicho a bajo precio con el dueño de club.

—Preferiría que fuese en mi casa —dice Pablo, con evidente cautela. Se le nota nervioso. Está claro que no conoce los protocolos del Margen. Es el cliente perfecto para Ónix.

—Y yo preferiría que me invitaras a comer antes —observa ella—. Si vamos a tener juerga, debo recargar.

—¿Cómo puedes comer algo de tan dudosa procedencia? —dice él, visiblemente extrañado, señalando los restos de comida en los platos de otras mesas—. Ni siquiera sabes *de qué* está hecha.

—Tal vez en el enclave se pueda atrapar comida decente, Pablo —puntualiza Ónix, inclinándose hacia adelante—. Pero, acá abajo, las cosas son muy diferentes. Puede que te parezca una preocupación primitiva, incluso humillante, pero el hambre sigue ahí; y hay que aplacarla. —Y entonces enfatiza—: Es una prioridad.

—Tengo paquetes sellados con etiqueta de calidad en casa —ofrece él, conciliador—. Quisiera que no te demoraras.

—De acuerdo —cede Ónix—, pero por el apuro y el desplazamiento te va a salir un poco más caro, ¿bien? ¿Vives solo? —Pablo asiente, y ella simula un beso en el aire—. Entonces paga mientras me compongo, cariño.

En los lavabos, retoca su maquillaje frente a la superficie especular y luego comprueba su arma. El novato es confiado y frágil; un regalo. El depredador en ella se agita hambriento, febril ante la cercanía de una presa. Piensa en el cliente de la semana pasada. Rememora la escena en aquel callejón, y los gritos de su víctima cuando Ónix comenzó a estrangularlo en plena cópula; aunque había sido una lástima que no encontrara mucho dinero en efectivo en sus bolsillos. En cambio, el novato de hoy *sí* podría tenerlo. Y estarían en su casa. Algo de valor habría allí; dinero, comida, y tal vez la puerta de *entrada* a CH. Contempla con satisfacción su silueta y regresa al bar contoneándose.

A la salida del Serpiente Emplumada una rampa-topo se eleva desde el aparcamiento subterráneo con el coche de Pablo, un Kia Delta con célula de hidrógeno adaptada, todo magnesio y fibra de carbono; una línea conservadora para un coche de superficie. Parten, y él hace aparecer una pequeña coctelera junto al panel de conducción.

—¿Vives lejos, cariño? —dice ella, acariciándole el cuello.

—No, en las afueras del distrito norte. ¿Tomas algo mientras llegamos? ¿Afrodisíaco quizás?

—¿Afrodisíaco? Sí —responde Ónix—. Estaría bien como preámbulo a nuestra intimidad.

El hombre pulsa entonces un pequeño botón distribuidor y le extiende un ancho vaso de vidrio nevado. Afuera varios cocheburbujas avanzan como flechas por la circunvalación.

—*Sensualité* —añade Pablo sonriente, y ella nota que la actitud de él cobra seguridad—. Un cóctel que potencia la libido. Muy de moda en Europa.

—¡Joder! Entonces debe de ser una novedad muy cara —dice ella, y paladea el líquido espumoso—. Veo que vas muy bien equipado. Haremos que valga la pena. Incluso podríamos mezclarla con buen material; amplifiquemos el efecto y tendremos suficiente flash para mantenernos días volando alto —propone alegremente, y se da un trago.

Pablo parece sorprendido, casi asustado cuando ella menciona la droga.

—¿Has estado consumiendo drogas tóxicas? ¿O padeces de alguna enfermedad sanguínea?

—Vamos, cariño —protesta ella, riendo—. Pareces un médico. No te preocupes, el único padecimiento que tengo es una vieja úlcera de estómago. —Se da un buen trago de licor—. Y hablando de estómago, ardo en deseos de sentarme a la mesa.

—Descuida —responde Pablo, con un tono que a ella se le antoja más duro y burlón—. Te prometo que pronto nos sentaremos a la mesa.

Entonces la luz se nubla de golpe. El espejo de su suerte se hace añicos, y el mundo comienza a girar con absurda lentitud; fantasmas gélidos recorren sus venas. Ónix percibe el vaso escurrírsele entre los dedos, distante. El pánico intenta brotar, pero es eclipsado por el abismo insondable en que se hunde su mente, y la absoluta convicción de que sus santos han decidido abandonarla.

* * * * *

—¿Cómo luce el asado, querida? —pregunta el hombre, asomándose a la cocina.

—Al menos huele muy bien —le responde su esposa, mirando salir la carne del horno—. Las pruebas indican que ella era una mujer sana. Sus tejidos están en buen estado, y los niveles de sustancias teratógenas son ínfimos. ¿De dónde la sacaste?

—Un alma anónima —es la respuesta del hombre—. Nadie la buscará.

Su esposa lo mira fijamente a los ojos.

—No sé si podremos seguir haciendo esto indefinidamente —en su voz se vislumbra cierto tono de remordimiento.

—¿Y acaso pretendes darle a nuestros hijos esa porquería artificial que consume el resto de la gente? Esa química de biomasa reciclada y aditivos de laboratorio —protesta él, con algo de violencia—. No me vengas con dilemas éticos de nuevo. La guerra lo cambió todo, el desastre medioambiental, las secuelas de la contaminación bacteriológica. Por favor, *allá afuera* hay una verdadera crisis de alimentos, y algunos se están reservando los bancos de proteínas para ellos. Al menos ahora *esta* familia dispondrá de suficiente carne auténtica como para no tener que preocuparnos durante algún tiempo.

—Comprendo. Supongo que la próxima ronda me tocará a mí.

—Ya veremos, querida —dice él, suavizando el tono—. Ahora vamos a la mesa. Estoy realmente hambriento.

Salen al comedor, donde les esperan sus tres hijos, y se sientan a la mesa. La esposa sirve las raciones en silencio. Los niños rezan brevemente y empiezan a comer con fruición.

—Buen provecho —dice el padre.

—Lo propio —le responden a coro, con las mandíbulas llenas.





Siridi, La de Los Ojos Grises[24]

Por Michel Encinosa Fu

Ilustrador: *Hunter (Asociación de Dibujantes Argentinos, 2001)*/ Alejandro Colucci (Uruguay)

Istagare contempló pensativo el cielo cargado, oteó hacia las nevadas cumbres y escudriñó el montón revuelto de cabañas y corrales allá abajo, a sus pies, en aquella grieta entre las montañas. Si el camino era el adecuado, se trataba de El Hueco, la aldea más septentrional de los Mil Estados. Y no lejos de la aldea, tras unos pocos picachos y quebradas, se abrirían las puertas de la Torre en el Abismo. Allí una maldición antigua aguardaba por ser purgada, y mucho honor y gloria se prometía a quien desbrozase a golpes de arma y coraje un sendero limpio para la luz hasta el corazón mismo de las tinieblas.

Sacudió los hombros. La nieve asentada sobre la piel que cubría su armadura le dificultaba cada movimiento. Con tales heladas no lidiaba desde su último viaje a las Tierras Lalanias.

Unas figuritas se movían entre las cabañas. Istagare sonrió. Aquellos simples temblarían sin duda al recibirlo y conocer su nombre. No sería novedad. No lo era desde hacía muchos años. Tantos años. Ya ni siquiera se sonrojaba cuando lo señalaban en las plazas de las ciudades o al cruzar los campos sembrados de las naciones. Una aldea perdida como El Hueco no podría dispensarle una acogida señorial, pero, sin duda, daría lo mejor de sí para no hacer quedar mal a sus ancestros y ofrecer —si no fastuoso— al menos digno saludo a Istagare de Roca Furia, nacido bajo el signo de la tempestad, campeón de los Nueve Templos en las Tierras Estrechas, héroe de las Guerras Mercantiles, heredero al Tercer Trono del Dios

[24] *Secretos del Futuro* (Sed de Belleza , 2005)

A Quien No Se Nombra en la Presencia de Niños y Mujeres, ganador del Hacha Serpiente, pacificador de las Altas Estepas y perseguidor de las batallas sobre las fronteras de la Dominación Blanca.

Un viejo estaba sentado en un taburete y remendandocalcetines a la entrada del pueblo.

—Días de luz —lo saludó el héroe, con amplia sonrisa.

—Sí, bueno —el viejo parpadeó—. Ayer tuvimos una buena ventisca.

—Soy Istagare —anunció aquel, con tono casual. La medida es el don más preciado de los grandes.

—Istagare —repitió el viejo, abriendo un poco más sus ojillos.

El héroe carraspeó y se balanceó sobre sus pies, con bondadosa paciencia. Los simples solían tardar en comprender la esencia de los milagros.

—Istagare... Istagare... —seguía repitiendo el viejo.

Hacía frío, ciertamente. Nada como un techo y un hogar encendido.

—Istagare... Bueno, Istagare... ¿qué?

—¿Hmm? —el héroe frunció el ceño.

—Sí, hombre —se agitó el viejo—. De alguna parte vienes. ¿Istagare de Codo Pellejudo, la aldeíta de allá arriba? ¿Istagare de Botija Rota? ¿Istagare de Grasa de Panza?

—Istagare de Roca Furia —el susurro del héroe culminó como el estallido de un látigo.

El viejo inclinó la cabeza hacia un lado, y luego hacia el otro:

—No conozco esa —dijo al fin—. Pero no importa.

Debes tener hielo en los huesos, hijo. Esa piel está hecha piedra. Ven, ven a mi casa a tomar algo caliente.

“Bueno —pensó Istagare mientras avanzaban por entre las cabañas (aquel lugar no tenía calles, ni siquiera callejuelas)—, es comprensible, a su venerable edad, cuántas cosas no habrá visto y escuchado y olvidado también... ”

Istagare se detuvo junto a una mujer que rompía trozos de hielo con un cuchillo de cocina sobre un tocón:

—Días de luz a usted, señora. Soy Istagare. Istagare de Roca Furia.

—¡Ah! —la mujer lo miró de reojo—. Hijito, ¿podrías alzar aquella tina de agua y colocarla sobre ese fuego?

A mi esposo le gusta el baño a su hora. Eso es, ¡huy, qué mozo tan fortachón! Gracias. Muchísimas gracias.

—¿Con quién hablas, mujer? —llamó una voz de hombre.

Istagare quiso responder, pero notó que el viejo proseguía su marcha y decidió que no sería adecuado ofenderlo dada la hospitalidad ofrecida, así que corrió en pos de él. A sus espaldas, volvió a escuchar aquella voz de hombre:

—¿Quién era ese? A juzgar por la piel y el olor que ha dejado, debe ser un despellejador de serpientes. ¿Te gustan ahora las serpientes, mujer? Ya hablaremos de eso, culebrita. ¿Y qué hay de mi baño...?

El héroe abordó a un par de aldeanos más, un hombre y una muchacha, y se presentó, sólo para obtener como respuesta un "¡Ah!, ¿y qué vendes?" y un "Mientras pagues con buena moneda no me importan ni tu nombre ni el de tu cosita fría". Algo ceñudo, se dejó empujar por el viejo hacia el interior de una cabaña y sentar de golpe sobre una silla que crujió bajo su peso.

Alzó la mirada. Ante él se extendía una mesa de madera sin pulir, medio cubierta por dos o tres platos. Alguien se afanaba en cuclillas junto al hogar, a su derecha. Del otro lado, el viejo olisqueaba unas botijas, de las que sacó unas hierbas:

—Amor, pon algunas de estas a hervir para nuestro huésped.

—Una infusión de vidabuenas es lo mejor contra el frío metido en el vientre —asintió la vieja, tomando las hierbas de manos de su marido y echándolas en un jarro junto con un trozo de hielo. Puso el jarro al fuego y miró a Istagare—. ¿Y quién es nuestro huésped?

—Es forastero —aclaró el viejo—. Debe venir de lejos, porque no conozco su aldea.

Istagare respiró hondo y tosió por lo bajo. La cabaña estaba llena de olores. Pescado ahumado, queso rancio, telas viejas. El hacha le estorbaba a la cintura, de modo que la sacó y la recostó a una pared. Los destellos de la enjoyada arma iluminaron la estancia.

El viejo pestañeó:

—Bonita herramienta.

—Es el Hacha Serpiente —explicó Istagare con orgullo—. La gané en el Sagrado Torneo del...

—Entonces, eres leñador —sonrió el viejo—. Lo sabía.

Istagare hizo una mueca y replicó muy despacio:

—No. No soy leñador.

—¡Ah! —el viejo se le quedó mirando, como animándolo a seguir.

Istagare suspiró:

—Soy un guerrero.

—¡Ah! —el viejo lo siguió mirando.

Istagare se sonrojó y logró vencer su bien forjada humildad:

—Un guerrero... famoso. Soy un guerrero famoso. Un héroe.

—¡Ah! —el viejo batió palmas—. ¡Ahora lo comprendo! ¡Un guerrero famoso! ¡Y poderoso, claro, porque los guerreros famosos son poderosos guerreros! ¡Mira, amor!—se volvió hacia su mujer con ojos brillantes—. ¡Tenemos a un poderoso guerrero como huésped!

Se levantó y en dos zancadas llegó hasta la puerta de la cabaña:

—¡Eh! ¡Eh...! ¡Eh, vecina, ven acá, mira a nuestro huésped! ¡Es un poderoso guerrero! ¡Dime qué te parece!

Una nariz arrugada y unos ojos de pájaro asomaron por la puerta:

—¡Ajá!

—Es un poderoso guerrero, ¿comprendes? —se ufanó el viejo—. Un poderoso guerrero de verdad. Es nuestro huésped.

—¡Ajá! —la nariz arrugada examinó a Istagare de pies a cabeza—. No se limpia las botas para entrar. Deberías aleccionar mejor a las visitas. Si alguien me dejara así el piso... A la noche les traeré mermelada para endulzar la infusión. Tan pronto mi yerno regrese del bosque...

La voz de la mujer se fue alejando, pero aún se la pudo oír un poco más:

—...el vecino tiene visitas... Sí, dice que es un poderoso... No sé, un poderoso, un poderoso, ¿es que no sabes lo que es un poderoso? ¡Menuda ignorancia, Verde Madre...! Y un hacha así de grande... Sí, un poderoso leñador... Creo que es su sobrino... Sí, un sobrino perdido... De su hermana la bruja... Quién sabe... Esa conoció a tantos hombres que vaya una a saber con certeza... Pobrecillo, con una madre semejante... Sí, es de mirada triste... Pobrecillo, pobrecillo... Le haré un pastel... Seguro que le gusta...

Istagare se chupó los labios ruidosamente. Luego plantó un puño sobre la mesa con un poco más de fuerza de la que hubiese deseado:

—¡Bien! He venido en busca de la Torre en el Abismo y de la Maldición Arcana que la habita. ¿Pueden indicarme el camino hacia allí?

Su mirada abarcó a ambos viejos, quienes parpadearon en desconcierto.

—La Torre en el Abismo... La Torre de Roca Furia centellearon—. La Torre en el Abismo... Y su Maldición... ¿Cómo podría llegar hasta ella?

—¡Ah! —el viejo se rascó el cuello—. No sé. Nadie va por esos parajes. Todos tienen miedo, ¿sabe? Mucho miedo...

—Por supuesto. Y hacen bien en temer —aprobó Istagare.

—Entonces, poderoso guerrero, usted conoce la historia.

—No faltaba más —el héroe se reclinó en la silla y sus facciones se endurecieron—. En los Años Pobres del Espíritu, cuando las estrellas eran lágrimas de dioses traicionados, la Orden Secreta de los Hechiceros Signistas erigió una Torre que...

—¡Ah!, bueno, en realidad... —le interrumpió el viejo con timidez—. La historia que conocemos aquí es otra.

—Interesante —Istagare prestó rauda atención. Las versiones locales de las leyendas solían brindar informaciones útiles sobre los peligros a enfrentar.

—Todo es por culpa de la mujer del tabernero, claro —empezó el viejo.

—¿Hmmm?

—Sí, caramba, era su culpa. Era una mujer... liviana, ¿sabe? Muy liviana.

—Sí, por “liviandad” se le conoce ahora —terció la vieja, haciendo ruido con la vajilla en un rincón.

—¡Ah!, bien... —el viejo intentó una sonrisa—. Pues esta mujer era ajena a pocos hombres de la aldea... Pocos, como yo —agregó en voz alta, y del rincón salió un gruñido de conformidad—. Así es. Pocos, como yo —continuó, más animado—. Su esposo lo sabía, claro, la aldea es pequeña, las paredes finas, todo se escucha... Y enloqueció. El esposo enloqueció. Un día salió corriendo hacia el bosque y no regresó. La mujer abandonó la aldea. Y el fantasma del tabernero vaga desde entonces por ese paraje del Dedo de Palo en la Cazuela, con un garrote en la mano, dispuesto a vengarse de cuantos conocieron a su mujer... Y de todos los demás, también. Está loco, ¿comprende, poderoso guerrero? Es un fantasma loco. Por eso tememos ir allá... Esto que le cuento ocurrió en mi juventud, y desde entonces, así son las cosas... Así son las cosas... —y el viejo movió la cabeza, apenado por las iniquidades de la vida.

Istagare guardó silencio un rato. Bebió de un sorbo el jarro de infusión humeante. Luego se alzó y tomó el hacha:

—Agradezco la hospitalidad. Debo partir. De algún modo hallaré el camino.

—Le acompañaré hasta el bosque —propuso el viejo—. Necesitamos leña. ¿Verdad, amor?

Un gruñido cariñoso le respondió desde el rincón de la vajilla.

Mientras cruzaban de nuevo entre las cabañas, el viejo se acercó a Istagare y le cuchicheó:

—Le llevaré hasta el Dedo de Palo, poderoso guerrero. Conozco el camino. Deambulé por allí en mi juventud.

—¿Y qué le hizo visitar semejante lugar? —se intrigó el héroe.

—Verá... —las mejillas del viejo se colorearon un poco—. Tenía yo un presente de cumpleaños para mi prometida, la misma que visteis en casa y es, desde aquellos tiempos, mi esposa adorada. Pues bien, había yo comprado en los mercados de otro pueblo una ovejita con cascabel. Me costó el trabajo de un año, pero a mi futura esposa le encantaría. Y camino hacia acá, el bichejo se me escapó de las manos. Corrió hacia el bosque. Por supuesto, lo seguí. Y

fui a parar a los parajes del Dedo de Palo en la Cazuela... Estuve allí, sí, como lo oye... Pero nada dije luego a mi prometida. ¿A qué inquietarla? Además... —adoptó expresión severa— podría ella pensar que yo andaba ajustando alguna cuenta pendiente con el fantasma del tabernero, y no tenía yo cuenta alguna que saldar con él, ni con su liviana mujer... ¡Ah!, no, eso no. Lo juro... Pero, ya se conoce a las mujeres... Piensan y piensan y ¿para qué buscar un disgusto no merecido? Ciertamente...

—¡Ah! ¡Vecino! —los saludaba un hombre llegado del bosque con un haz de ramas a la espalda—. ¡Ya me contaron la nueva! ¡Robusto sobrinote el tuyo! ¡Y leñador, he oído! ¡Eso está bien, muchacho! —palmeó a Istagare en el hombro al cruzarse con ellos—. ¡Este sí es oficio honrado! ¡No como esos que viven de comprar y vender, o de repartir golpes por ahí...! —y se internó entre las cabañas con grandes voces de despedida.

Istagare eludió la mirada del viejo, pero este le señaló al cuello:

—¡Ah! Veo ahí un amuleto de mujer. ¿Tiene nombre?

La expresión de Istagare se dulcificó un tanto:

—Su nombre es Siridi. Siridi, la de los ojos grises.

—Y... ¿Es bonita?

—Es el sol en verano —contestó Istagare de Roca Furia—. Es una rama cargada de pájaros. Es la brisa del mar en la cara y el cuello.

—¡Ajajá! —rió el viejo—. ¡Muy bien dicho, poderoso guerrero! ¿Y qué hace tan lejos del sol, de los pájaros en rama y de la brisa marina?

—Cosecho honor y gloria en provecho de sus virtudes —afirmó el héroe—. Mi Siridi, la de los ojos grises, no merece menos.

—¿Y no echa de menos los ojos grises de su Siridi?

—La distancia me duele —aceptó Istagare—. Y mucho. Pero la espera tendrá su premio. Colocaré a sus pies las ofrendas de mi fama. Y seremos buenos ante los dioses y daremos hijos prometedores a este mundo...

Mientras dialogaban, el bosque ganó espesura y el viejo eligió un sendero sin huellas. Al rato, los sonidos de la aldea se apagaron a sus espaldas.

—Hemos entrado en los rincones donde nadie se atreve —anunció el viejo—. Cuidado con los pies. Hay espinosas entre la nieve.

El héroe examinaba con ojo alerta el camino. De repente se detuvo y señaló hacia el tronco de un árbol:

—¿Qué es aquello?

—¡Ah!... —los ojillos del viejo se iluminaron—. Le mostraré.

Al acercarse, Istagare sintió un leve escalofrío. El esqueleto de un ygari de enormes proporciones se hallaba clavado al tronco con un venablo. La madera del arma estaba ajada por los años, y congelada por completo.

Los ocho colmillos sobresalían del cráneo desnudo como espinas gruesas y opacas, aún amenazantes.

—Hace años tropecé con una bestia así —dijo Istagare—. Llevo en un muslo las marcas de sus colmillos. Su piel la envié a deleitar los ojos grises de mi Siridi. ¿Qué héroe se encargó de esta?

—¡Ah!.. —el viejo se rascó un sobaco bajo el abrigo—. Fui yo.

Istagare lo miró de reojo, resoplando.

—Sí, sí... —sonrió el viejo—. Lo recuerdo bien. Mi ovejita estaba acurrucada bajo aquel árbol de allí y la bestia le gruñía. No iba a dejar que el regalo de cumpleaños de mi prometida acabase en la barriga de un animal tan descarado. Me lié a golpes con la bestia, no quería matarla, sabe, la Verde Madre ama a los animales, pero... tuve que dejarla ahí clavada. Y la malagradecida oveja salió a la carrera en aquella dirección. Para no perderla, dejé el venablo, y fui tras ella...

Era un buen venablo, ¿sabe?

—No lo dudo —replicó Istagare.

Al rato, dieron con un calvero. A medio cruzar, el pie de Istagare se trabó con algo bajo la nieve. Se inclinó, escarbó y sacó un hueso. Tras mirarlo con fijeza, declaró:

—¡Es el fémur de un jallase! Los cronistas de Dhol los daban a todos por muertos desde la Primavera de las Crisálidas... ¿Será posible que sobrevivieran algunos en este lugar tan apartado?

Istagare escarbó un poco más y sacó otros despojos: costillas, vértebras y dos cráneos partidos. Los mostró al viejo, quien comentó:

—Huesos duros.

—Muy duros —asintió Istagare—. Huesos forjados por el propio Dios de la Guerra. La piel de los jallases fue tejida por los Hijos del Pastor, y el propio Pastor obsequió luz de muerte a sus ojos. Mil héroes como yo perecieron bajo sus golpes, en gestas mil veces cantadas.

—Y estos cantaban, también —agregó el viejo—. Y muy feo.

—¿Hmm?

—Tenían a mi ovejita amarrada a un tocón y cantaban en torno a una hoguera. Por lo visto, no gustaban de la carne cruda. Intenté hablarles por las buenas, pero me vinieron encima...

Istagare miró al viejo con cierta oscura rabia que no podía explicarse a sí mismo.

El viejo continuó:

—Eran cuatro, los muy grandotes. Traté de encajarle a uno mi otro venablo, pero se rompió en la piel. Así que tuve que usar los puños... ¿Ve estos dedos medio tiesos? Me los partí contra sus huesos. Estuvimos liados un buen rato. Por suerte eran imbéciles, se estorbaban unos a otros. Quiso la suerte que yo cayera sobre uno y los demás se nos arrojaran encima. Salté, y los golpes le tocaron a su compañero. Les cayó sangre en los ojos y siguieron golpeando, sin ver qué golpeaban. Un brazo cayó cerca de mí. Lo recogí y les fui arriba. Hueso de hierro contra hueso de hierro y bueno... Aquí mismo los dejé y me llevé el brazo. Daba asco, en verdad, pero pensé que un garrote así podría servirme por un rato... Y tuve razón... ¡Ah, ahí tiene la Cazuela y su Dedo de Palo!

Istagare de Roca Furia se detuvo en seco y estuvo a punto de caer al abismo. Ante él se abría una hondonada, cual la huella de un dios en la tierra. Nada crecía allí.

Solo rocas y nieve. Y en el centro mismo, una torre antigua, cuya plateada cúpula giraba lentamente.

El viejo indicó un sendero que serpenteaba hacia abajo:

—Por allí se había ido el bichejo... Le acompañaré un rato más. Bajemos con cuidado, no es cosa de partirse una pierna tan lejos de casa.

Descendieron hasta el fondo de la hondonada y se encaminaron hacia la entrada de la torre. Antes de alcanzarla, Istagare hizo notar:

—Hay restos de combate por aquí... ¡Mire, viejo!

¿Sabe qué es esto? ¡Son huesos de yglis! ¡Abominaciones nacidas de hombres apareados con bestias! ¡Al menos un centenar debe haber perecido aquí...! Pero no veo otros cadáveres. ¿A quiénes se habrán enfrentado...? Posiblemente a una escuadra de magos poderosos... O a una legión de...

—No eran un centenar —rezongó el viejo—. Si acaso, sesenta o setenta. Pero a cien no llegaban.

Istagare abrió la boca como para preguntar algo, pero se limitó a toser, con las mejillas encendidas.

—A cien no llegaban, no —repitió el viejo—. Se me cruzaron en el camino. Peludos, encorvados... ¡feísimos!

Agarré bien fuerte el brazo de la bestia que llevaba conmigo y recordé a mi primo el segador de védere. Mi primo hacía así, zas, zas, con la guadaña, y el védere caía en mazos a la tierra, espigas para aquí, espigas para allá... ¿Verdad que parece mentira que se saque de esas espigas tan amarillas y apestosas un vino tan sabroso?

Bueno, pues por aquí venía yo, dando garrotazos, zas, zas, izquierda, derecha, zas, zas, zas... Los infelices sinvergüenzas estaban tan juntitos, pelo con pelo, que a veces tumbaba a tres o cuatro de un golpe. Algunos se levantaban, otros no... Para cuando llegué a esta puerta —el viejo palmeó el deteriorado metal de la puerta a la que habían arribado— ya estaban todos ahí tirados...

Aunque sospecho que algunos habrían huido... Los golpes con aquel brazo de hierro no eran cosa liviana... ¡Ja! ¡Ya eso lo sabía yo!

El viejo empujó la puerta con un hombro, sin resultado visible:

—Está más trabada que en aquel entonces... —se echó a reír—. ¡Y yo estoy más blando, claro! Venga, poderoso guerrero, écheme una mano.

Istagare pegó el hombro y pujó. Sólo al tercer esfuerzo lograron apartar las hojas lo suficiente como para entrar. Istagare sacó una antorcha que llevaba atada a la cintura, pero el viejo lo detuvo:

—Adentro hay luz.

Era cierto. El pasillo estaba bien iluminado. Las paredes despedían una luz rojiza que lo llenaba todo. El héroe y el viejo avanzaron, sin arrojar sombras.

—¿Verdad que es formidable? —la voz del viejo irradiaba orgullo, como si él mismo fuera la fuente de luz—. Es como vivir en uno de esos cuentos que les hacemos a los niños... Este pasillo estaba cegado, entonces... Bueno, aún lo está... Vayamos por aquí... Y, por cierto, ¿qué es lo que busca?

—Vengo a dar caza a una Maldición.

—Tal como lo dice, suena a algo terrible.

—Herencia de dioses iracundos, ponzoña hechizada errante entre las Edades...

—Eso suena muy bonito —aprobó el viejo—. Sí, supongo que se refiere a... Sí, eso mismo tiene que ser.

—¿Qué?

—Ya llegaremos... Hay que bajar por aquí... ¿Y viene preparado para... eso?

—Tengo el Hacha Serpiente —dijo el héroe—. Sé conjuros secretos de los magos del Zandain, el Gran Desierto. Llevo amuletos de los dioses de la Puerta y el Camino. Mi coraza contiene sortilegios finamente urdidos entre el cuero y el metal. En el yelmo porto gemas arrebatadas a Hechiceros Signistas tras duras contiendas...

—¡Ah! —Replicó el viejo, y sacudió la cabeza—. Yo le recomendaría un buen garrote.

—El garrote es arma de gente simple —objetó Istagare—. Mi propósito, así como el de mis pares en la senda de la gloria, es alzar mi nombre por sobre el decir común de las gentes y grabarlo en los pilares de la historia. Eso lo sabe cualquiera —miró con severidad al viejo—.

Lo saben nuestras dignas madres, nuestros honrados padres, nuestros selectos amigos y, sobre todo, lo saben nuestras amadas. Mi Siridi, la de los ojos grises, conoce mis hechos e intenciones, cada una de mis proezas eleva su nombre a la par del mío, y se dolería mucho de verme enfrentar el destino blandiendo un arma tan vulgar como un garrote...

El viejo lo escuchaba distraído, e insistía en lo suyo:

—Aquel brazo de hierro, caramba, aún debe andar por aquí... Lo dejé tirado en algún rincón, y ahora no recuerdo... Quizás si buscamos un poco...

—¡Por el Nombre del Cronista! —gritó Istagare, sacando el Hacha Serpiente.

—¿Qué...? ¿Qué...? —se alarmó el viejo. Al cabo de un instante se tranquilizó—. ¡Ah!, ya veo. Sea cauteloso, poderoso guerrero, amigo mío, ya no estoy para estos sustos.

—Pero... —Istagare trató de retenerlo—. ¡No avance más! ¿Acaso no los ve? ¡Son esbirros de la Horda Feliz!

La silueta de aquellas armaduras agazapadas al final del pasillo eran inconfundibles para un héroe conocedor del mundo y sus poderes.

—Pues me temo que desde hace mucho ya no son felices —masculló el viejo, sin detener su avance.

Istagare, sintiendo un súbito apretón en el vientre, lo siguió a distancia.

El viejo se detuvo ante las armaduras. Ya no parecían tan imponentes. De hecho, eran más bien un montón de metal polvoriento. Istagare calculó que se trataría de al menos veinte esbirros de la célebre Horda.

—Estaban locos, sin duda —explicó el viejo—. Reían sin parar. Mire esas espadas... —se estremeció ante la vista de las armas, recordando—. Les di con mi garrote... aquel brazo que... ya sabe... Y en cuanto derribé al primero cogí su espada. Pesada como... Como no sé ni qué... Entonces yo era joven, claro. Ahora no podría alzarla, supongo.

Silencioso, Istagare asió una y tiró de ella. Usó ambas manos, y aun así no pudo alzar la punta del piso. El viejo lo miraba, sonriente:

—Si los hubiera visto. Las manejaban como si fuesen palitos, las hacían girar y bailar, apuntando siempre al cuello de uno.

—Una vez combatí a uno de estos... —empezó a decir Istagare, pero se calló al instante.

—¡Ah! Entonces, habrá notado que no son tan duros como aparentan... Bueno, duros sí que son, pero nada rápidos. Yo era joven, ya le dije, de piernas ágiles. Gracias a eso... En fin, ahí los tiene —el viejo levantó la visera de un yelmo—. Vaya, hasta los huesos se han hecho polvo. Siempre dije que el aire de este lugar no era muy sano... Pasemos por allí.

El héroe sucedió a su guía hacia el interior de una gran estancia, donde la luz parecía amortiguarse un tanto.

El viejo se rascaba la oreja, y volvió a la carga con un asunto que en verdad parecía interesarle:

—Bueno, ¿y no le echan de menos a usted esos ojos grises de su Siridi?

—¿Qué...? ¡Ah!, de ello no ha de hablarse —explicó el héroe, con sequedad—. Mi amada debe desear que yo esté allí donde pueda mejor cosechar elevación para nuestros nombres. ¡Ja! ¡Bien estaría el héroe cuya amada no lo dejase partir de su lado! Además, la distancia es sostén para el afecto. Es una prueba de las más difíciles, y debe ser vencida.

—Bueno, yo decía... —aventuró el viejo—. Supongo que se verán a menudo.

—Nos vemos lo suficiente —declaró Istagare—. Le leo poemas que escribo a la montura, o acodado en las amuras de un barco. Hablamos de mis proezas hechas, y las por venir. Paseamos... Y tras un rato, parto de nuevo a mi senda. Eso es suficiente para un héroe, y debe serlo también para su amada.

—Sin duda son gente notable —aceptó el viejo—. Mi esposa me dijo una vez que si me perdía por más de cinco días sin dar señales, botaría a la calle todas mis cosas y saldría a buscar un marido más sabio... Pero, claro, somos gente simple...

Istagare asintió, pensativo, y sólo reparó en el ingente montón de huesos cuando tropezó con él.

Alzó la cabeza.

Abrió mucho los ojos.

Tales huesos sólo podían pertenecer a una criatura en este mundo.

—Dragones, creo que los llaman —sugirió el viejo, a sus espaldas—. Bichos con muy malas pulgas, debo agregar.

Istagare midió los huesos con la mirada. Un ejemplar de los arcanos. De los que sobrevolaban el mundo en el Verano del Despertar.

Miró a izquierda y derecha.

Tragó en seco.

Dos cráneos.

Dos dragones.

—Parecían un matrimonio —comentó el viejo—. Por supuesto, la hembra era la más resabiosa.

Istagare de Roca Furia tembló. Sí, las hembras eran las más... El héroe se sonrojó, y desvió la mirada. Recordó aquella silueta en lo alto de la colina, agazapada sobre sus huevos. Se recordó a sí mismo al pie de la colina, tembloroso, a punto de caer de rodillas. Recordó a la silueta abriendo sus alas, y a sí mismo dando un salto, arrojando sus armas, huyendo a gatas de aquel paisaje... Su única huida, su única derrota, en tantos años de gloria. Por fortuna, una huida sin testigos. Ni siquiera Siridi, su amada Siridi, la de los ojos grises, sabía de aquello. Y, si el destino era bondadoso, no lo sabría nunca.

—De sólo estar frente a ellos se te mete una bola fría en el estómago —susurró el viejo, con rostro sereno—.

Poderoso guerrero, no sé si haya sentido eso alguna vez, pero...

Istagare de Roca Furia carraspeó y alzó el mentón.

—Con gusto les hubiera dejado en paz en su cubil —continuó el viejo—. Pero oí sonar el cascabel de mi ovejita, pensé en la alegría de mi prometida al ver su regalo, y eso me decidió... Y le diré algo, poderoso guerrero. No sé si en el mundo habrá más bichotes de estos, pero una cosa es segura; no quiero volver a pararme ante uno de ellos jamás y nunca. Avanzó un poco y pateó los huesos:

—Fue tremendo... No sé cuánto tiempo estuve saltando de aquí para allá, golpeando y parando golpes... Pero eso ya quedó atrás —se pasó una mano por la frente—. Sí, ya quedó atrás.

Se volvió hacia Istagare:

—Venga, poderoso guerrero. Creo saber dónde está lo que busca.

Istagare lo siguió, oprimiendo con fuerza el amuleto de su Siridi, la de los ojos grises, entre sus dedos temblorosos.

Al otro lado de la estancia se alzaba una puerta de piedra. Entre el piso y la parte inferior de las hojas se abrían rendijas por donde cabría un animal pequeño, o un niño a gatas calculó el héroe.

—Sí —asintió el viejo, como adivinando sus pensamientos—. Mi bichejo se coló por ahí. Pude oír su cascabel del otro lado. Y tras el tintineo del cascabel, oí...

Primero fue como el rumor del mar por la noche, en una playa desierta. Un rumor que estremecía las vísceras sin tocar los oídos. Y el rumor creció hasta parecer el grito lejano de un ejército de moribundos, y creció más aún hasta semejar el retumbar de tambores de guerra en un salón de festejos, y más, mucho más aún, hasta penetrar el cráneo y llenarlo con el aullido de mil dioses hambrientos.

El rugido cesó poco a poco. Istagare abrió los ojos, y se descubrió tirado bocabajo en el piso, ante la puerta de piedra. El viejo, de rodillas a su lado, sacudía la cabeza:

—Eso fue lo que oí. Quedé como usted ahora, besando el piso. Y por las rendijas vi...

El héroe miró hacia las rendijas.

La estancia más allá de la puerta estaba en penumbras. Sin embargo, algo pudo ver el héroe. Un movimiento, un deslizar de sombras. Y supo que se trataba de un pie descalzo. Un pie con cinco dedos, en todo caso humano, y algo plano.

Un pie que no cabría en el salón del trono del más grande de los reyes.

—Sí... —el viejo se levantó—. Eso fue lo que vi. Deambulaba de aquí para allá, de aquí para allá. Y de algún modo supe que eso, fuera lo que fuera, nunca dejaba de deambular. Creo que me lo sugirió el surco que noté en el mismo piso, adentro, en su recorrido. ¿Notó eso?

Istagare negó con la cabeza. Temblando, se incorporó.

—Sabe... Es gracioso —el viejo se rascó bajo el sobaco—. Por un momento pensé... Bueno, que tal vez escucharía el cascabel de mi bichejo... Es tonto, ¿verdad? Han pasado tantos años...

El héroe no supo qué decir.

—¡En fin! —soltó el viejo con voz tan alta que alarmó a Istagare—. Creo que ha hallado al fin eso que llama la "Maldición", y supongo que, si viene tan bien preparado, sabrá cómo abrir esa puerta... Yo no pude, y eso que empujé durante un buen rato.

Istagare miró al viejo con ojos desencajados.

—¡Ah!, para alguien como usted, eso no debe ser problema alguno —le sonrió el viejo—. Ni abrir la puerta, ni darle una buena lección a lo que hay allá dentro.

Sabe... En realidad, no empujé la puerta con tantas ganas —confesó—. Estaba pensando... Había tenido que sacarme de arriba demasiados estorbos... Bichos grandotes, tipos locos metidos en armaduras, y al final dos bestias que casi me comen —señaló con un gesto rencoroso los huesos de los dragones—. Pensé que lo que hay aquí dentro debía ser algo más duro aún y..., bueno, consideré que en un final mi prometida preferiría tenerme a mí antes que a la ovejita con su cascabel, y por eso regresé... Iba preocupadísimo, porque, bueno, yo había prometido un regalo, pero, por suerte, mi prometida estaba tan asustada por mi demora que no le importó que no hubiese regalo y se puso contentísima al verme llegar sano y salvo, y nunca le hice el cuento de lo que pasó porque, ya sabéis, la leyenda del fantasma del tabernero, ella podría pensar que yo en realidad... Y a fin de cuentas, yo era un simple aldeano, sin derecho a meterme en estas cosas reservadas a los héroes como usted...

Istagare no supo qué decir.

El viejo se alejó unos pasos:

—Y bien. Aquí lo dejo, poderoso guerrero. Haga su faena. Sin duda, su amada Siridi, la de los ojos grises, tendrá para usted una gran sonrisa, y acaso algo más —sonrió con picardía— cuando lo vea regresar con semejante hazaña en el talego, para ventaja de sus nombres y destinos... Sabe, le envidio. Mi mujer me arrastraría por la aldea si se enterase de que yo me dedicara a algo así... Y por cierto, si gusta... —el viejo se frotó las manos con

nerviosa humildad—. Tan pronto haya terminado, pase por mi casa a tomar algo caliente, de lo contrario mi esposa hablará pestes de mí como anfitrión, dirá que lo he dejado coger un resfriado por gusto o alguna de esas barbaridades... Le espero, pues.

Los pasos del viejo se perdieron del otro lado de la estancia.

Solo al fin, el tembloroso Istagare de Roca Furia miró la puerta de arriba a abajo, y pensó en su Siridi, la de los ojos grises.





Sólo Marta[25]

Por Víctor Bruno Henríquez Pérez

Ilustrador: *3 of Clubs/* Zelda Devon (EE.UU.)

Cuando Marta me planteó que tenía que hacer más de cuatro cosas al mismo tiempo, le propuse lo del multiplicador dimensional y aunque no me tomó en serio, de todas maneras se lo di. Se lo puse en el dedo anular de la mano izquierda lo multipliqué por cinco y le dije que saliera de una en una y se repartiera bien las tareas, a las doce de la noche se volvería a la singularidad y a la mañana siguiente me lo podía devolver, si no, no importaba, yo tenía otro o podía hacer los que quisiera ya que es muy sencillo.

Debía salir de una en una y esperar al menos uno o dos minutos entre una y otra para que la gente no se fijara mucho al salir del trabajo; pero se sabe que a la hora de salir nadie se fija en nadie y lo que quieren es estar fuera del edificio lo más pronto posible. Así lo hizo, y no es mi culpa si no siguió bien mis instrucciones, pues lo más importante es el regreso a la hora de volver a singularizarse ¿debería decir simplificarse? Para no complicarse, ella tenía que estar sola, las unificaciones se hacen de uno en uno y a veces son un poco molestas.

La primera Marta salió corriendo para el salón de reuniones; aquello no se acabaría hasta las once de la noche. La segunda pasó por casa de su mamá a recoger las cosas que le tenía que llevar a su tía en el hospital. Cuando saliera de ahí tenía que pasar por casa de su hermana y también llegaría tarde a casa. Marta 3 iría para su casa directamente, llevaría la

[25] *Por el atajo* (Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1991).

ropa a la tintorería, al regreso acomodaría el cuarto de desahogo y prepararía las cosas que le llevaría a la niña el fin de semana al campamento de pioneros. Marta 4 iría primero por las tiendas, después a su casa cuando Marta 3 hubiera salido, se daría un buen baño, se pondría el vestido que le regaló su esposo en su último cumpleaños, (el último de verdad, porque ya eso de cumplir años no se usa nada más que para que el marido le regale algo) y lo esperaría a él para ir esa noche al cabaret de la Giraldilla a celebrar ya no sabía qué, si un aniversario de bodas, el cumpleaños de su esposo (los hombres si cumplimos siempre), un premio del trabajo o el solo hecho de haber ligado una reservación en ese lugar tan exclusivo. Y Marta 5, pues Marta 5 no tenía nada que hacer y era completamente libre de ir a donde le viniera en ganas hasta las doce de la noche, hora en que se invertiría la acción del multiplicador y Marta se simplificaría, ¿o debo decir se singularizaría?

Tal como lo planificó así fue como resultó, al menos desde el principio, aunque para empezar al portero del ministerio, donde ella trabaja, le pareció ver salir a Marta cuatro veces seguidas sin verla entrar ninguna, mezclada entre la avalancha de personas que se desborda por la puerta a la hora de la salida. Se sorprendió más aún cuando la vio salir a las 11:30 de la noche de la reunión que había en el salón Dorado, según su cuenta, por quinta vez.

Marta no tenía por qué preocuparse, al volver a ser ella sola recordaría todo como si lo hubiera vivido ella misma y de hecho era así pues todas eran Marta y lo único que yo hice fue arreglar un poco su representación dimensional. Sí, quizás puse una de más, pero eso no era lo más importante sino lo que pasó con ella ¿o con ellas?. En fin, era solo Marta y si alguien le iba con algún chisme a su marido, él estaba consciente de que ella no se le separó durante toda la noche, ni él notó nada raro, como no fueran los tragos que le hicieron ver más tarde a Marta doble o triple o quizás más veces, pero eso fue ya en la casa y él no recuerda muy bien con cuantas mujeres estuvo en la cama pero sí sabía que solo estaban allí Marta y él.

Así, Marta 1, 2 y 3 no se sentían molestas porque Marta 4 hubiera estado divirtiéndose, como Marta 4 tampoco se preocupó de que 1, 2 y 3 se estuvieran machacando la vida en reuniones, hospitales y ropa que arreglar mientras ella disfrutaba de lo que se merecía, y ninguna de ellas se preocupaba tampoco de lo que hiciera Marta 5 porque al fin y al cabo solo había una Marta que eran todas y hacía (hacían) lo que mejor le pareciera.

El anillo que yo hice brilla cuando se va a producir la multiplicación y la persona siente un frío en el estómago y se le eriza todo el cuerpo en un impulso que sale desde la columna vertebral, los huesos de la cabeza y de todo el cuerpo le traquean como si se fueran a partir. Pero solo esa persona lo oye y quien la mire ver como si se hiciera transparente, pues en ese momento está y no está en el mundo normal y se desdobla y aparecen las otras existencias. Yo las programé para que salieran poco a poco, porque las primeras veces cuando los desdoblamientos eran simultáneos se producía mucha estática que interfería radios y televisores y ya los vecinos me pelearon por eso. También afectaba en algo las probabilidades y a veces hasta llovía cuando lo había anunciado el Instituto de Meteorología. Con Marta no hubo mucha estática y tampoco llovió.

Marta 1 estuvo brillante en la reunión, no le importaba la hora en que se tenía que acabar y no dejó nada por plantear; además no tenía más preocupaciones para esa noche que poner todo su ser en el meollo de la reunión. Así que llevó la voz cantante las seis horas que estuvo en el salón Dorado, donde se celebraba la reunión.

Marta 2 pasó la noche hablando de cosas viejas y pasadas con su mamá y con su tía. Vio hasta fotos ya amarillas que le habían llevado a su tía al hospital. Vio caras ya olvidadas y recordó las cosas que no había hecho y las oportunidades que perdió cuando era niña, adolescente, joven y ya mujer. Y como se va el tiempo con las cosas y pasó todo ese tiempo con una melancolía que muy raras veces le salía a flote, pero que entonces salió. Hasta lloró cuando su tía no miraba y también cuando la sortija volvió a brillar anunciándole que otra vez sería una sola Marta en tiempo y en espacio.

Cuando Marta 4 llegó a la casa cargada de cajas de ropas, perfumes y muchas cosas más, vio que en la cocina estaban ya las compras de la bodega y hasta las viandas que habían venido al mercado y que la ropa sucia se había ido rumbo a la lavandería llevada por Marta 3 con quien no se cruzó hasta muy tarde en la noche cuando volvió a brillar el anillo que yo le di y Entonces ella, la tres, salió del otro cuarto, donde descansaba después de tanto trabajo, para singularizarse, solo que lo hizo cuando el marido de Marta (y de todas las Martas multiplicadas) y Marta cuatro, no debían ser interrumpidos y la refusión se llevó a cabo en un amasijo de cuerpos en la cama que aunque Marta no me lo contó sé bien como es, porque no es la primera vez que alguien usa mi multiplicador, y yo fui el primero.

Pero con Marta cinco fue diferente, porque ella no tenía programa fijo y fue producto de mi negligencia al no preguntarle a Marta por cuanto se quería multiplicar y por hacer caso a ese refrán de que más vale que sobre y no que falte. Por eso la Marta sin obligaciones salió a pasear, a buscar una fuga a las tensiones acumuladas, a recorrer los mismos lugares donde forjó sus primeras y posteriores ilusiones. Reparó con asombro que el multiplicador no solo la había multiplicado a ella sino también su ropa, su cartera, el dinero y las llaves, el carnet de identidad, el pase del ministerio y todo lo que llevaba encima. Así que todo el universo cercano de Marta estaba circulando por la Habana multiplicado por cinco. Y ella, sin programa fijo, se sentía como si le hubieran regalado un domingo en medio de la semana; tantas veces deseó tener el tiempo y la libertad de hacer lo que se le antojara y en el momento de tenerlo no sabía qué hacer. Entonces fue que apareció él. Volvía del extranjero y de los recuerdos y estaría solo un día en La Habana, después en Santiago de Cuba y de ahí saldría en su barco por cinco años al Pacífico. Pero sus ojos eran los mismos de entonces, cuando ella era todo para él, y esa noche, pues, también lo fue, hasta que el anillo brilló y Marta se lo quiso arrancar del dedo, pero no pudo y sintió que el cuerpo se le estrujaba desde los huesos hasta los nervios si no volvía a su casa; y su antiguo amante la vio volverse transparente y salir volando, como llevada por un rayo, hasta su casa donde como una sombra se mezcló entre los cuerpos que retozaban en la lujuria de la noche de los tiempos y el alcohol, hasta que quedaron solo ella y su marido, extenuados. Después fueron los chismes de vecinos y dicen que la culpa es mía por lo del multiplicador, aunque nadie cree de verdad que eso trabaje, solo Marta que lo usó y se quedó con él, no sé si para repetir la experiencia o como recuerdo. Yo, como dije antes, tengo varios, ¿quieres usar uno?





Sombra de La Seiba[26]

Por: Óscar Hurtado[27]

Ilustrador: *Sombra de La Seiba 00*/ Komixmaster (Colombia)

Sombra de La Seiba 01/ Komixmaster (Colombia)

El vampiro no refleja su imagen en el espejo ni proyecta sombra porque no existe. Sabe que está muerto y rehúye los espejos y la luz. Su mundo es la noche y la telaraña, siéndole imposible vivir en un paisaje hechura de la luz que lo gobierna sin proyectar sombra.

La luz de mi Isla es intensa y todo lo acerca y resuelve en dos dimensiones: alto y ancho; y la tercera de profundidad se borra con la cercanía de todos los objetos del paisaje en un primer plano. El blanco de la luz en el trópico es lente de aumento quemando sin sonido. Se inicia en el dorado mañanero, pasa al blanco, al azul y al rojo, morado luego, y muere en el violeta.

La intensidad de esta luz es peligrosa. Disuelve la médula y nos convierte en plantas si nos abandonamos; plantas que sestean abúlicas sin rendir frutos, muertas en vida como el vampiro.

Así se sucedieron las generaciones de “muertos que entierran nuevos muertos”. Se les conoce porque no proyectan la sombra que ampara creando el clima propicio a las nuevas generaciones; sombra necesaria para la marcha ágil y fuerte.

[26] *Los papeles de Valencia el Mudo* (Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1983)

[27] Publicado con la autorización de Daína Chaviano, albacea de la obra de Oscar Hurtado. Derechos cedidos solo para el presente número.

La Seiba proyecta la sombra acogedora que refresca los sudores y es fuente de alegría, germen de la risa.

Conocer la risa es conocer el espíritu, ya que en modo alguno la risa es materia, siendo una de las facultades más recientes del hombre, *animal-redens*. Es el gran orgasmo del espíritu, pudiéndose tomar el mundo muy en serio y llevarla siempre anidada en el ser, porque la risa, surtidor de euforia, es cuchilla cercenando los distintos rostros de la muerte.

Los hombres cuando mejor dialogan lo hacen riendo; y el diálogo de las carcajadas instituye sus reglas de bienaventuranza lúdica, demostrando una realidad invisible que hay que aceptar: porque frente a las reglas de un juego no cabe ningún escepticismo.

La realidad no es dual, pero se presenta como si lo fuese. Así la luz y la tiniebla, lo cómico y lo serio, la vida y la muerte; pero la risa corona y disuelve esta dualidad y el endurecimiento con que la muerte nos va mineralizando al acercársenos en el tiempo.

Por la alegría, cuando el dolor de todos los pueblos cese, hemos de seguir unidos en cohesión indestructible y podrá entonces nuestra muerte ir llegándonos en un paisaje lu luminoso donde el pez hediondo se arroje por la borda. Nuestra muerte llegándonos como debe ser, con su natural labor oscura, sin ayuda de los jinetes apocalípticos que la precipite y acumule absurdamente. Poder morir riéndonos después de darle un sentido a nuestra vida, como Julián del Casal o Crisipo de Tarso. Que la alegría de crear, la risa esplendente, sea la sombra que seque nuestros sudores; la sombra de un mundo mejor del cual se extraiga lo no esperado, lo inédito.



Crisipo de Tarso vivió alrededor de la 130 Olimpiada. Se dice que lo estudió todo, escribiendo 705 volúmenes, de los cuales 311 versaban sobre Dialéctica. Ninguno de estos libros fue dedicado a rey alguno, actitud que petrificaba a Diógenes Laercio. Sus contemporáneos le denominaban Lumbrera. Crisipo significaba Caballo de Oro, y se aseguraba que había sido desenganchado del carro del sol. Tenía por divisa esta frase: A mí. Murió de un ataque de risa al ver un asno comer higos en una bandeja de plata.

La Ceratonia Siliqua, el algarrobo, nos da una constante. Sus semillas tienen siempre el mismo peso, usándose en la antigüedad para pesar diamantes. Esta cantidad fija dio origen al quilate. De nuevo la naturaleza nos da la tónica.

La Gran Serpiente es el Cosmos; el arco, la Moira que lanza al hombre la flecha en parabólico destino velado en niebla y de ahí su enlace con el pez que salta produciendo ondas en su medio y nos extrae lo inédito, nuestro sello, nuestro rostro, lo que hay de más profundo en nosotros.





Sombra y Sustancia[28]

Por Gina Picart

Ilustradores: *The man in the archive*/ Jonathan González Gómez (España)

Ponme como un sello en tu corazón, que es fuerte el amor como la muerte.

No pueden aguas copiosas extinguirlo ni arrastrarlo los ríos.

El cantar de los cantares.

I

Los albañiles acarreaban cemento y arena con precisión de insectos. Un pálido sol de invierno alargaba sus siluetas sobre las paredes del antiguo caserón, dejando sobre los rostros embadurnados de cal su luz de plata. Iban de un lado a otro puliendo un rosa ciego y descolorido por las lluvias, apuntalando artesonados, desalojando el polvo de antiguas oquedades. Un gitano mozo y vivaz, ocupado en remozar los lavabos del piso alto, acariciaba con la punta los mosaicos del suelo como si quisiera delinearlos, mientras decía a su compañero:

[28] *La poza y el ángel* (Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1994).

—Mira que cosa tan bonita este dibujo, cuántas frutas y flores, y qué colores brillantes. Sin embargo, no me alegran el alma...

—Será porque no te puedes comer las frutas —rezongó el otro, un viejo de semblante inmóvil.

El muchacho contempló fijamente las figuras colocadas en el centro del mosaico, un pastor y su pastora coronados de rosas.

—No deberían hacer cosas tan bonitas para que la gente las pise —Estarían mejor en las paredes para que se puedan ver y entonen el ánimo.

—Cosas de rico —farfulló el viejo deslizando las palabras por el cañón de su pipa olorosa a manzanilla y ceniza, y observó a su vez las figuras, que sonreían doradas y ajenas desde el esmalte

—¿Tendrá alguna historia este mosaico? —se dijo el joven hablando consigo mismo.

Su compañero se encogió de hombros.

—Puesto que la casa va para museo, me imagino que todo lo que hay dentro tendrá alguna historia. Por lo menos estos lavabos sí que la tienen.

El joven albañil se echó a reír agitando sus hombros manchados de argamasa

—Vamos —se burló— No me vas a decir que cagó aquí algún eminente.

El viejo meneó la cabeza.

—Es mucho peor —dijo—. Si quieres, te lo cuento mientras comemos.

Se sentaron en el suelo, el muchacho tratando de no pisar la quieta desnudez de los pastores. El viejo se transformó: desapareció el hastío atrapado entre sus rasgos y cada arruga cobró una rápida animación. Cuando habló su voz tenía la cadencia de los cuenteros de las sierras, con ecos de ventisca.

—Esta casa tiene sambenito. Si te aventuras por sus corredores luego de anochecido, verás las ánimas paseándose entre ayes y quejidos, haciendo la ronda por sus antiguos dominios, y cuando atrapan a un vivo no lo dejan escapar: lo agarran con sus manos frías y se lo llevan al otro mundo a través de los espejos, que son las puertas del más allá. En esta casa deberían hacer un museo con las historias de sus muertos, porque hay muchas y de todos los

tiempos. Los primeros que vinieron a echar los cimientos encontraron bajo la tierra removida los restos de un cementerio antiquísimo, y en una tumba el cuerpo de un guerrero cubierto con sus armas. Cuando levantaron la tapa sólo pudieron contemplarlo un instante, porque enseguida se hizo polvo en el viento. Todo el que ha vivido bajo este techo ha sufrido desgracias. En el treinta y siete, cuando la guerra, la guardia civil encerró aquí dentro a muchos republicanos sospechosos de andar en trato con los guerrilleros, y los dejaron morirse de hambre. Había viejos, mujeres, niños. Cuando era mozo tuve un amigo que era guardián de esta casa. Yo venía algunas tardes a charlar un poco y a beber de su tinto, que era muy bueno... —el viejo hizo una pausa, como si paladeara la bebida en el recuerdo. —Mi amigo decía que aquí, en estos lavabos, se escuchaba a veces una respiración fatigosa, que de pronto se volvía jadeo y luego terminaba en un sollozo débil. Un día lo encontré blanco de cara, sudoroso y más bebido que de costumbre. Me contó que al hacer su recorrido diario por la casa había visto a un hombre que forcejeaba como loco tratando de abrir esta puerta que está delante de nosotros. Y aquí dentro se oían llantos de mujer. Mi amigo creyó que se trataba de una de esas parejas que se meten en las casas vacías; puso su mano sobre el hombro del intruso dispuesto a despacharlo, pero sólo palpó un poco de aire. La imagen se deshizo como el humo y los lloros se apagaron al instante. Mi amigo hubiera querido creer que las suyas eran visiones de ebrio, pero al poco rato llamó el operador de la centralita del pueblo, para quejarse de que estaba sonando sin parar la línea de la casa. Como no se atrevía a volver a entrar después de lo que había visto yo lo acompañé al Manuel. Lo registramos todo, pero no encontramos a nadie, y como yo ya sabía muy bien, el teléfono estaba estropeado desde hacía muchísimo tiempo.

—Pero pudieron ser ladrones —lo interrumpió el muchacho—, porque la casa está muy desmantelada, es verdad, pero todavía le quedan cosas de valor. Mira ese espejo —y señaló un espejo enorme con marco de bronce dorado que pendía sobre sus cabezas.

—No lo mires, que está embrujado —. El viejo cerró los ojos un instante mientras los dedos de su mano trazaban un signo en el aire contra los espíritus y la brujería—. Antes lo tenían en la alcoba principal. La última inquilina le contó al cura del pueblo cómo se reflejaba en su superficie la cara de un hombre que siempre miraba angustiado cómo ella y su marido se ayuntaban.

—¿Tú crees que los muertos envidien las pasiones de los vivos? —interrumpió el muchacho pensativo.

—Quién sabe, nunca me he muerto. Pero a lo mejor intentan volver a vivir las suyas a través de nosotros, como sombras buscando sustancia... —el viejo se quedó callado, como pensando en lo que acababa de decir.

—Yo he oído a los gitanos viejos de mi tribu hablar de ánimas que penan por los cuerpos que perdieron, gente que murió con violencia y quiere reencarnar para vengar el crimen que les segó el aliento, o amantes que se posesionan de un hombre y una mujer vivos para perpetuar su fuego en otra carne. Lo llaman el amor brujo. Las ánimas asechan en lugares solitarios, ocultas en la niebla. El vivo rara vez se resiste a la posesión, porque enloquece, muere y se lo llevan los brucolacos.

—¿Brucolacos? ¿Qué coño es eso?

—Vampiros, sombras que se alimentan de sangre. Los gitanos los espantamos bailando alrededor de una hoguera; sólo así se rompe el hechizo.

El viejo chupó su pipa dos o tres veces mirando a lo lejos, como quien saca sus propias conclusiones:

—No sé —mascullό, pero yo les tengo miedo a estos espejos. A veces, de noche, he visto en alguno el reflejo de una vela.

—¿Aquí, en éste?

—Aquí. Lo más curioso es que la idea de convertir esta casa en museo del pueblo ha sido del alcalde que tenemos ahora, que es pariente del alcalde que estaba en el treinta y siete. Aquel tenía una hija que andaba en amores con un gitano metido en cosas de la guerra. Cayeron en una redada de la guardia civil y los trajeron a esta casa junto con los otros,

—¿Los que dejaron morir de hambre?

—Sí. Son historias viejas.

El joven albañil masticó sin apuro el último bocado de su almuerzo. En sus ojos bailaba una chispita maliciosa.

—Yo no creo en esos cuentos, aunque los narras bien —dijo achicando los párpados, y se sacudió las migajas de su zamarra desteñida—. Cualquier vieja de mi tribu recita esas leyendas a los crédulos por unas perras. Mira si no creo, que mi madre era muy certera leyendo la buenaventura, y ella me pronosticó que me iba a morir atrapado, y mírame aquí, vivito y coleando, después de haber sido minero dos años enteros y un poco. Sin embargo, me has dado una idea muy buena — sus labios se distendieron en una equívoca sonrisa— porque yo ando tras la hija del alcalde de ustedes. Desde que llegué a este pueblo, el primer día que la vi se me metió en los ojos... — y el destello de sus pupilas voló al cielo raso como una luciérnaga.

El viejo lo miró con aprehensión:

—¿Tú estarás pensando en traerte a tu novia aquí de madrugada? ¡No hagas eso, Felipe! Vayan al bosque, o mira, si quieres te doy unas perras para que te la lleves a casa de Francisca la Gorda...

Hurgó febril en sus bolsillos gastados, pero el muchacho lo detuvo, se levantó de un salto y abandonó riendo los lavabos. El viejo, cabizbajo, no tardó en seguirle. Afuera el sol empezaba a enrojecer el horizonte.

II

Noche cerrada como denso manto de invierno. Los copos de nieve se extraviaban entre la niebla como mariposas ciegas. Dos figuras abrazadas recorrían el sendero que conducía hasta la oscura mole del caserón. La nieve crujía suavemente bajo sus botas como cristal desecho. La pareja se detuvo junto al muro, donde una puertecita simulada tras un seto de espinos se abría a la noche como un ojo de sombra.

—La dejé abierta esta tarde —susurró Felipe tomando de la mano a su compañera—. No tengas miedo, Teresa, ven.

Ella se bajó la bufanda que le cubría la boca:

—No debiste decirle al viejo que me ibas a traer —murmuró, y una nubecilla de vapor brotó de sus labios entreabiertos.

—Él no dirá nada —procuró tranquilizarla—. Anda, vamos.

Cruzaron el umbral tomados de la mano. Dentro estaba oscuro y a los dos les pareció que hacía más frío que en la calle. El silencio se les adhirió a la piel como una telaraña y Teresa se estremeció levemente.

—Estás temblado... —notó él.

—Es que tengo miedo, Felipe, que esta casa más parece una sepultura. ¿Es que no hay ninguna luz?

—No la necesitamos, así no sentirás vergüenza.

Subieron abrazados la gran escalinata de mármol, mientras sus propios pasos les seguían como un cortejo invisible. Cuando entraron en la alcoba principal volvieron a abrazarse junto a un lecho con dosel y espesas colgaduras.

—Tengo miedo —repitió ella.

—Pues yo no —contestó Felipe—. Yo siento como si una fuerza poderosa me hubiera arrastrado por todo el mundo

hasta traerme al lado tuyo. Esta noche que pasaremos juntos debe ser un destino muy viejo que debemos consumar, Teresa mía. Siempre me sentí sin paz, como partido en dos mitades. Quiero volver a ser uno en tus brazos, que tú me juntes conmigo mismo...

El pesado abrigo de Teresa se deslizó de sus hombros hasta el suelo y quedó allí como una paloma dormida. El lecho recibió los dos cuerpos desnudos como una tierra que absorbe raíces, las manos se movieron adivinando lentamente lo que la sombra ocultaba a los ávidos ojos y las bocas se poblaron de murmullos.

Un gitano es cualquier cosa...

Teresa lo oyó primero. Levantó la cabeza y vio aquellos ojos de fuego ardiendo en el espejo.

Yo sabía que me buscaban. Por eso le pedí una cita aquella noche, para no irme sin verla. Entre mariposas negras va una muchacha morena.. Mientras la acariciaba recé para que aquel instante no terminara nunca, y quedarnos atrapados la eternidad entera en ese acorde de tiempo, mi vientre sobre su vientre, yo dentro de ella, ella dentro de mí. Pero Dios

me entendió mal. Yo vi primero las botas negras aplastando todas las violetas. Carmen cerró los ojos y yo hundí su cabeza entre mi hombro y mi garganta para que no viera los tricornios crueles, y así caminamos los dos entre los sables que antes se llevaron a Federico. Guardia civil caminera, tienen, por eso no lloran, de plomo las calaveras...A mí me encerraron en una habitación con colgaduras y una gran cama vacía. Después trajeron otros: una mujer, unos viejos. Cuando la mujer se puso de parto, me acerqué por detrás de la vieja que la ayudaba y esperé el llanto del niño, pero no hubo ningún llanto. Enterramos la criatura en una gaveta del armario señorial, junto con unos gemelos de oro que llevarían allí quién sabe cuánto tiempo. A la madre la cubrimos con una colgadura; cuando la arranqué, el aire se llenó de mariposas secas.

Al principio grité muchas veces llamando a Carmen. No sabía si esos monstruos la habían dejado en la casa. Pero nadie respondía. Al segundo día trajeron a un compañero. Él dijo que una mujer a la que habían encerrado en los lavabos ya estaba muerta. Supe que era ella, porque no había contestado a mis gritos ni una sola vez.

Bajo la colgadura, la mujer se iba llenando de gusanos y el hedor se hacía más intenso a cada instante. El viejo tenía una sevillana dentro de sus botas; primero despenó a su vieja, y luego, de un tajo tembloroso, se acabó él mismo. El compañero y yo los empujamos bajo la cama. En el salón alguien discaba el teléfono sin cesar.

Las noches se fueron poblando de visiones. Yo veía a Carmen anudada a mi cuerpo sobre el gran lecho en un acto de amor interminable, tal como lo había deseado antes de nuestra última cita. Sentía la caricia de sus cabellos sobre mi pecho y el perfume de su carne tibia me arrastraba a un orgasmo que no podía consumar con aquella imagen de aire y de visión.

El compañero enloqueció. Aullaba por los rincones golpeándose la cabeza contra las paredes hasta que se quedaba sin voz, y se ponía a toser mirándome con ojos desorbitados. Lo pensé mucho , pero si no lo hacía me volvería loco yo también, así que dí trabajo a la sevillana del viejo. Cuando lo hice, un raudal de sangre negra brotó de aquella garganta y se incrustó en mi pecho como un dedo de culpa. Los cuchillos de plata cortan el cuello como una brizna de hierba... Ya no había dónde poner más cuerpos, y lo senté sobre un butacón; la cabeza, casi desprendida, le cayó sobre un hombro igual que si estuviera dormido.

Muchas veces habíamos intentado derribar la puerta, pero era pesada como la tapa de un sarcófago de roble y bronce. Yo no pensaba más que en huir, así que volví a intentarlo, pero ahora estaba solo. Me sentí desesperado, y entonces llamé mucho a mi Carmen, y ella vino. Toqué sus pechos dormidos, que se me abrieron de pronto como ramos de jacinto... Y le mostré la navaja, y ella lloró sobre mi pecho empapado de sangre hasta que las sombras de la luna se pusieron a bailar una danza de brujas tristes. Carmen asió entre sus dedos la sevillana que yo le tendía y acarició con ella mi garganta hasta que la puerta se abrió para los dos. Escapamos tomados de las manos, rumbo al prado, a consumar el amor trunco entre el fragor vegetal de las violetas...

Teresa dio un grito y huyó de la habitación ocultando el rostro entre sus manos. Felipe quiso salir tras ella, pero el habitante del espejo abrió los brazos, y aquellos brazos llenaron todo el espacio hasta cubrir la puerta, y mostró a Felipe un tajo fiero desde el mentón hasta el pecho donde manaba a borbotones la rosa negra de su sangre.

—*¿A dónde vas?* —clamó— *¿No ves la herida que tengo desde el pecho a la garganta?*

III

Teresa escapó al corredor rayado por la luna. Sus pies desnudos volaban en la oscuridad buscando un camino que se abriera a la noche bajo el cielo estrtellado, Dio con una puerta y empujó con todas sus fuerzas. Dentro era aún mayor la negra sombra. Sus dedos temblorosos palparon los contornos marmóreos de un lavabo. La puerta se cerró a sus espaldas.

Nos fue trayendo la guardia civil...

Teresa escuchó aquella voz, femenina, invisible, aletear junto a ella como el espectro de un ave, y se derrumbó sobre el mosaico frío.

Nos sorprendieron en el prado mientras nos amábamos por primera vez. Aplastaron con sus botas sucias todas las violetas. Después me encerraron entre estas cuatro paredes frías y no volví a ver a José, pero sentía su voz llamándome entre un coro de voces

desesperadas. Unas gritaban consignas contra la guerra. Otras rezaban, blasfemaban, deliraban. Cuando fueron pasando las horas comenzó a enloquecerme el llanto de los niños y el clamor de sus madres pidiendo para ellos un trozo de pan. Trajeron una mujer que venía dando a luz. Estuve mucho tiempo con el oído pegado a la puerta esperando el llanto de la criatura. Aposté a Dios que si lo oía, yo y mi José saldríamos con vida de aquel infierno. Pero no hubo ningún llanto, sino más gritos, más quejas...

Una sola noche tuve luz, un pedazo de vela que hallé entre la basura amontonada en un rincón. La encendí con un trozo de vidrio y un poco de sol que entraba por el ventanuco enrejado del techo. La llama se reflejó en el espejo y fueron dos llamas ardiendo intensamente, incendiando mi imagen prisionera en un cerco de mármoles helados. Las sombras se retorcían y se achicaban en los rincones como duendes riendo con sus bocas negras. El miedo me indujo a rezar, pero no lograba recitar las sencillas oraciones de mi infancia, y en su lugar acudían a mis labios resecos versos desordenados cuyo origen no podía recordar: En el lecho, entre sueños, por la noche, busqué al amado de mi alma. Busquéle y no le hallé. Me encontraron los guardias que hacen la ronda de noche en la ciudad. ¿Habéis visto al amado de mi alma?

Me parecía que se extraviaba mi razón. Caí al suelo y hundí el rostro entre mis manos, y entonces, por primera vez, reparé en el antiguo mosaico que cubría el piso: en un maravilloso jardín, ante una mesa servida con suntuosos manjares, se reclinaban en dorada languidez un hermoso pastor y su pastora coronados de rosas blancas y rojas. Había manzanas, albaricoques, racimos de uvas moradas y henchidas, frascos de esencias coloreadas, ¿o eran vinos? El hambre me atormentaba, ardí de sed. Las figuras comenzaron a moverse, arrojaron los mantos ofreciendo ante mi vista su gloriosa desnudez, y pude sentir sus risas espléndidas, sus frescas voces juveniles. El pastor cantaba acompañándose con una cítara Bésame con besos de tu boca. Son tus amores más suaves que el vino. Y la pastora respondía

Ven, amado mío, vámonos al campo. Haremos noche en las aldeas...

Sus canciones apagaban los ruidos de fuera. Se persiguieron por el verde césped como una pareja de gamos en celo, y al final cayeron sobre la hierba uno junto a otro, aplastando todas las violetas con sus cuerpos tersos y sus pieles brillantes de fruto tierno que estallaban

de amor y de deseo, mientras una voz de hombre gritaba más allá de la puerta Levántate ya, amada mía, hermosa mía, y ven... Y los versos extraños martilleaban sin cesar sobre mis sienes Me levanté para abrir a mi amado. Mis manos destilaban mirra en el pestillo de la cerradura... Arremetí contra la puerta golpeándola con los puños; me destrocé la piel, manché de sangre la madera, pero mi amado se había ido, desaparecido. Le llamé, más no me respondió.

Alguien embestía la puerta del otro lado golpeando con el pecho, con los dientes, y gritando mi nombre como animal herido. Reconocí la voz de mi José, desgarrada, desesperada, que clamaba Carmen, en tus pechos altos hay dos peces que me llaman. Levántate ya, amada mía, hermosa mía, y ven.

Pero todo mi amor era en vano, en vano el dolor y la angustia. La puerta no cedía y José no podía escucharme porque primero me habían hallado los guardias que rondan la ciudad. Me golpearon, me hirieron, me quitaron el velo los centinelas de las murallas...

Una oleada de fuego arrasó mi interior y sentí en mi lengua el sabor de un veneno denso y ardiente como la brea del infierno. Y todo se quemó dentro de mí. La llama de la vela se extinguió con un estéril chisporroteo de pequeñas estrellas, brillantes como los astros en las pupilas de José la noche última en el prado. La oscuridad me envolvió como las alas sucias de un murciélago, y las cenizas de mi alma volaron hasta alcanzar el ventanuco cerca del techo, por donde huyeron mezclándose con el viento de la madrugada. Sólo quedó un hombre del otro lado de la puerta que gritaba con una voz cada vez más desgarrada levántate ya, amada mía, hwermosa mía, y ven...

Obedecí, y como en sueños crucé el umbral de la puerta en el espejo hacia otra idéntica estancia con contornos de mármol, con otro ventanuco enrejado cerca del techo, con otra vela cegada por el polvo de los días y otro mosaico de pastores mojado de lágrimas...

Y crucé el umbral de otra idéntica estancia con contornos de mármol, con otro ventanuco enrejado cerca del techo, con otra vela cegada por el polvo de la muerte...

Y crucé el umbral de otra idéntica estancia con contornos de mármol...

Y crucé el umbral...

Lo crucé

y al final hallé una puerta cerrada

IV

Los albañiles acarreaban cemento y arena con precisión de insectos. Un pálido sol de invierno alargaba su silueta sobre las paredes del antiguo caserón, dejando sobre los rostros embadurnados de cal su luz de plata. Iban de un lado a otro puliendo, apuntalando, desalojando el polvo de antiguas oquedades.

—Hoy no se ha visto al gitano —comentó uno de ellos.

—Estos contratados que están de paso no se quedan mucho tiempo en ninguna parte —dijo otro—. Van y vienen...

—Dicen que la hija del alcalde se fugó anoche de su casa —apuntó un tercero.

La noticia atrajo la atención del grupo y pronto se olvidó al gitano ausente. Tampoco vieron al albañil más viejo que, arriba, en la alcoba principal, permanecía de pie junto al lecho de espesas colgaduras, contemplando un silencioso abrigo de mujer dormido sobre la alfombra.





El sueño del arquitecto

Por Ricardo Acevedo Esplugas

Ilustrador: *Steampunk selfportrait* / Ángel Benito Gastañaga (España)

Milenia street / Ángel Benito Gastañaga (España)

La arquitectura es el testigo menos sobornable de la historia.

Octavio Paz (México, 1914- 1998).

En el cielo revolotean como libélulas les *hélicoptère* (orgullo de la flota al mando de Gustave de Ponton d' Amecourt) dejando zigzagueantes siluetas al vapor, sus haces de luz recorren los perfilados techos de antiguas librerías y mansiones que flanquean el boulevard Saint-Michel…y es entonces que se divisa la agazapada silueta en la retícula: un anarquista… casi podía palpar la nitroglicerina. Un breve cálculo mental de posición, click y una silenciosa esfera cargada de electricidad hace impacto en la víctima, que cae al suelo envuelto en convulsiones, mientras las masas enloquecidas buscan ávidas en sus bolsillos, primero dinero, ropa, sangre.

Ahora el rifle *Hanley* –excedente de las guerras Australo Mozambicanas− del l'architecte M descansa sobre el *bureau*. Sonríe ufano y piensa en la seguridad inexpugnable de su casa, fabricada siguiendo las indicaciones del *luthiers* del blindaje Matths Gruber,e intenta continuar su interrumpida conversación.

–Así que Barcelona aceptó el proyecto del mástil del amigo Eiffel ¿eh? –Todos cedieron brevemente un ligero murmullo de aprobación–.



Los libreros Gibert Joseph y Gibert Jeune hablaron casi al unísono:

–Pero a pesar de la extrema inseguridad callejera, los motines y la inminente quiebra de la banca, el parlamento admitió vuestro regalo a Paris, un evidente símbolo de *Liberté, égalité, fraternité* de nuestros días.

L'architecte M recita los datos que conoce de memoria: *50 ingenieros realizaron durante dos años 5.300 dibujos del ensamble conjunto o de algunos detalles, y cada una de 18.038 piezas de hierro…* La zozobra de los aplausos y brindis de los comensales –que se confunden con los gritos del populacho- le sacan de sus divagaciones:

–¡No seáis tímido Monsieur M! ¡Mirad con orgullo vuestra obra!

Tras los estrechos visillos, imitación de ventanas que en realidad camuflan dispositivos anti-incendio en caso de ataques molotov, se observa la espectral figura de una guillotina de trescientos metros de altura.




©AllenWilliams
ijustdraw.com

Un Círculo en el Suelo

Por Chely Lima

Ilustradores: St/ Allen Williams (EE.UU.)

Tomb/ Titus Lunter (Holanda)

Para Akesha

1

He regresado. Es de noche y hace calor. Escondido en algún lugar entre los escombros canta un grillo. Después de tantos años diciéndome que no volvería, he regresado.

Trazo un círculo en la tierra donde antaño estuvieron las losas del piso de la casa. Me arrodillo en el centro. "Reconstruir", digo, y a medida que lo recuerdo, el cuarto va creciendo alrededor de mi cuerpo. "Reconstruir", y con un levísimo tintinear de vidrios, con un sordo crujir de ladrillos, la casa rehace sus muros. *Todo tiende hacia su forma perdida*. Muevo una mano y siento que la ciudad entera vibra, igual que un panal de abejas zumbantes. Una a una resucitan las luces muertas, las calles recobran su antiguo esplendor, los edificios que cayeron una vez vuelven a erguirse contra el cielo, las grietas se cierran en las aceras, de las fuentes desahuciadas mana el agua…

Recuerdo y reconstruyo: Acabo de cumplir los nueve años. Estoy de penitencia por romperle la cabeza de una pedrada al hijo de los vecinos. Testigo de las veces que ese odioso chiquillo me ha atosigado gritándome marimacho, Alba, nuestra cocinera, trata de interceder por mí, pero el resto de los adultos no quiere atender razones. Y ahí estoy, de cara a la pared, harta de estos continuos episodios de gritos y castigos, amenazas y recriminaciones, cuando advierto que sobre la casa acaba de caer un gran silencio.

—Llegó Raziel —anuncia Alba. Nadie contesta

A mis espaldas hay ahora un sordo rebullir. Mirando de reojo alcanzo a ver a mis tías —manojo de arpías que juntan las cabezas para cuchichear— junto al sillón de abuela, que tiene a mi madre plantada a su diestra, con la expresión que suelen adoptar cuando temen que yo las haga quedar mal en público. Pero esta vez no es a mí a quien dedican su enojo.

En la sala se eleva el imponente vozarrón del abuelo:

—Te saqué de allí porque soy bueno, pero no te equivoques, no vayas a confundir ‘bueno’ con ‘tonto’ —Detenida entre el rincón de mi penitencia y la entrada a la cocina, Alba se restriega las manos en el delantal, nerviosamente, por más que es obvio que no es a ella a quien le hablan—. A la primera que hagas te devuelvo a ese lugar para siempre, ¿me estás oyendo? Y otra cosa: no te quiero cerca de mis nietos, ni ahora ni nunca.

Picada por la curiosidad, me arriesgo a darme vuelta. En ese momento la brisa topa con la ventana que abre al jardín, y una de las vidrieras desvía el impacto de la luz, que viene a dar a mis pupilas. Medio enceguecida, escucho una risa súbita que irrumpe y se funde en mi cabeza con el fogonazo del sol.

Delante de mí se yergue un desconocido extraordinariamente pálido. En su rostro anguloso arden unos ojos oscuros más grandes que lo normal. No más verlo mi corazón se echa al galope.

—Hola, loquita —me saluda—, yo soy tu tío Raziel. ¿A ti cómo te pusieron?

—Regina —respondo—, pero no me gusta.

—¿Por qué?

—Porque ese no es mi nombre.

Avanza un par de pasos en mi dirección, asaeteado por la amenazadora atención de los parientes, y consigo respirar el aroma que emana su cuerpo, un aroma semejante al del campo cuando lo recorren las ráfagas que anuncian tormenta.

—Tendremos que buscar tu nombre secreto —me dice sonriendo.

2

En Raziel hay un elemento que aterroriza a mis mayores. Las raras veces que se sienta a la mesa familiar, todos los ojos menos los míos tienden a esquivarlo, y languidecen las agrias conversaciones que normalmente tienen lugar entre mis tías, mi madre y mis abuelos; en su presencia los primos pierden su condición de bestezuelas, y hasta mi padre, famoso por la hosquedad con que mantiene a raya a la parentela política, parece aplacado y empequeñecido.

El tío se mueve en un ámbito poblado de misterios que, lejos de develarse, se van haciendo más herméticos a medida que cosecho la escasa información que me proveen los murmullos de las tías y las frases burlonas, cargadas de veneno, con que los primos aluden a medias a hechos que a mí se me antojan casi mitológicos. He intentado que Alba, la única otra persona que parece sentir simpatía por él, conteste alguna de mis preguntas, pero no he obtenido más que un par de palmaditas en el hombro y la sugerencia de que me vaya a jugar fuera de la cocina.

Pasan algunos meses y el clima se vuelve tórrido. En casa la temperatura alcanza grados insoportables. Los ventiladores nos echan encima un soplo caldeado mientras emiten su ronroneo adormecedor; mi abuela no soporta el aire acondicionado, dice que le provoca asma. Los fines de semana viajamos a Ariguanabo y nos quedamos en la finca del abuelo. La sequía ha llenado de polvo los campos y en el cielo de mayo no hay una sola nube capaz de animar a los desesperanzados guajiros.

La finca tiene una casona de tejas, muy diferente de la que nos suele albergar en La Habana, un pozo al que me gusta asomarme, un platanal donde los primos juegan a las escondidas, y una ceiba centenaria. La abuela ha prohibido que los niños nos acerquemos a ese árbol, así que algunas noches me escapo para sentarme en sus raíces y oír cantar a las chicharras que se enardecen con el calor.

Raziel viene con nosotros una sola vez. No sale al campo, no habla con nadie, se encierra en un cuarto lleno de libros que queda al fondo, pasando el patio donde revolotean y cagan las palomas.

Recuerdo y reconstruyo: La tía más joven nos ha llevado al pueblo. Mis primos corren como potros desbocados alrededor de la glorieta del parque y yo debo estarme quieta,

embridada, junto a las faldas de mi tía. Me le escabullo en el momento en que salen las viejas de la iglesia, y corro también, me escondo detrás de los matojos, junto a la banca donde conversan tres comadres.

—¿Viste?, aquella es la hija menor de los Lábara. Parece que trajo los sobrinos a pasear.

—Llevan seis sábados quedándose en la finca, por el calor. En La Habana tampoco ha llovido.

—Esta vez vinieron con el hijo varón.

—¿Aquel del que se decían tantas cosas raras?

—¿Y ese muchacho no estaba en un manicomio?

—¿Cómo que en un manicomio?

—¿Tú no sabes que al hijo de los Lábara lo han tenido como siete años metido en una clínica?

—¿Una clínica de locos?

—Es lo que dicen las malas lenguas.

—Las malas lenguas también dicen que él no es hijo de verdad de los Lábara.

—A mí me contaron que esa gente se lo encontró en la finca y empezaron a criarlo.

—¿Y quiénes serían sus padres?

—Vaya usted a saber. Una prima mía que les lava la ropa me contó que después que lo recogieron se dieron cuenta de que el chiquito tenía algo raro, pero ya no se iban a echar atrás, así que siguieron cargando con él hasta que tuvieron que ingresarlo.

—¿Y por qué fue que lo metieron en la clínica?

—Yo he oído todo tipo de chismes, pero saber, nadie sabe.

Esa madrugada me despierta un sonido de agua que viene del exterior, parece como si alguien estuviera regando las matas. Intrigada, me levanto y voy a mirar por la ventana abierta a la sofocante semioscuridad.

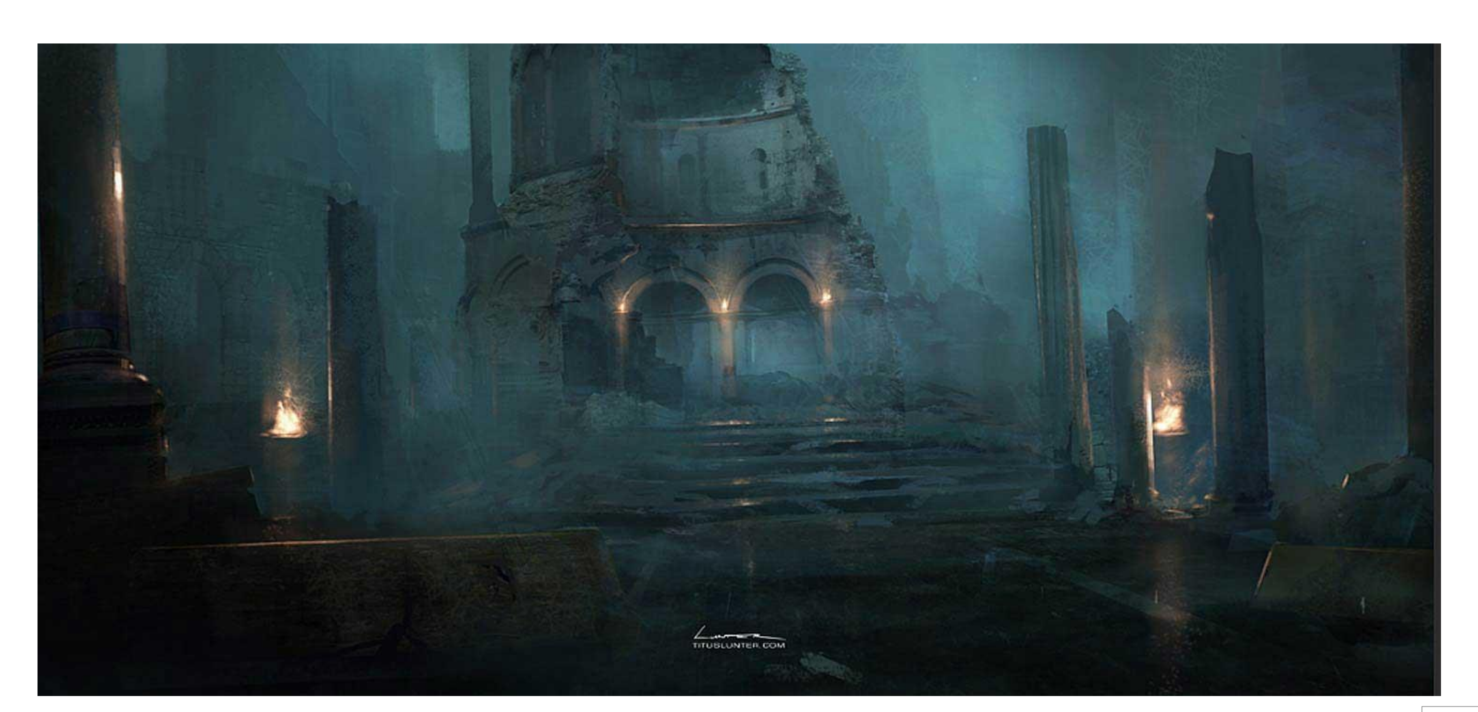
La luz de la luna llena de sombras niqueladas los rosales y blanquea el muro del pozo. Raziel, con el cuerpo desnudo y brillante como el de un pez, gotea sobre las lajas. Alza los brazos lentamente y empieza a emitir un canturreo. De pronto el viento irrumpe entre los árboles que rodean la casa y forma un torbellino de hojarasca alrededor del tío. Recién llegados de alguna parte, los nubarrones invaden el cielo. Truena como si se nos echara encima el fin del mundo, y entonces principia a llover.

3

Lo que siento por mi tío va más allá de todo sentimiento conocido por mí. Por mucho que me esfuerce no soy capaz de entender por qué lo quiero, por qué lo necesito, por qué me hace tanto bien su presencia.

Cierto atardecer habanero, a la hora en que mi madre y mis tías emergen de la siesta para reunirse en la cocina a chismorrear y preparar con Alba la comida que mi abuelo y mi padre reclamarán a gritos no más llegar de la calle, me deslizo por los pasillos que ya borronea la penumbra. Doy un toque en la puerta del cuarto de Raziel, la empujo y entro sin esperar respuesta.

Al principio no consigo precisar nada. La habitación es un remolino de formas que poco a poco van buscando su sitio hasta llegar a parecer una cama de hierro flanqueada por dos altos armarios, un sillón y una mesa esquinera.



—Por fin viniste —La dulce voz del tío me provoca un sobresalto.

—Vine para que me ayudes a ponerme otro nombre —improviso rápidamente.

Convertido en un grácil, indescriptible entrecruzamiento de planos, Raziel se inclina sobre mí, y de alguna forma es como si su frágil persona fuera capaz de extender alrededor de mis nueve hostigados años una membrana protectora.

—Esa es sólo media verdad —me contesta, frunciendo la frente—. También viniste porque quieres saber —Mientras toca con delicadeza mi cabeza desgreñada, habla en un susurro—: Y yo te voy a narrar una historia, sin palabras —Sus dedos, que ahora se mueven rozando mis pómulos y el borde de mis párpados, transmiten corrientazos—. Para empezar, no olvides nunca: Un círculo en el suelo sirve para abrir la puerta…

El tío Raziel se aparta de mí. Con la punta del índice traza una circunferencia sobre las losetas, se arrodilla en el centro y me tiende los brazos. Su piel arde, su olor a tierra húmeda se vuelve punzante y penetra mi nariz, que hundo en su cuello. La barbilla del tío se apoya en lo alto de mi cráneo y el conocimiento me inunda dolorosamente.

Veo un cielo púrpura y amarillo donde se debaten, luchando, unas descomunales criaturas parecidas a pájaros, sus aullidos llenan el espacio, y las vibraciones que origina el ruidoso entrechocar de las espadas se mezclan con esa frase que pronuncia y transcribe alguien sin rostro, tal vez un notario de pueblo: “Una adopción en extrañas circunstancias”. Veo en un relámpago la boca de Raziel restregarse contra la boca de uno de los guerreros alados, y sus cuerpos blanquísimos flotar enredados en una danza que va generando planetas y soles. Veo desplomarse a mi tío, vestido tan solo con una coraza que ostenta los colores del arco iris; lo veo caer en un abismo que no tiene fondo. Veo su cuerpo gentil extendido, indefenso, sobre una camilla, y unas ventosas de muerte aferrándose a sus sienes mientras todo él vibra en el tormento y uno a uno estallan los sistemas solares. Entonces grito, y los labios de mi tío Raziel bajan a presionar ligeramente los míos, para acallarme.

Me sostiene, meciéndome, mientras me vacío en sollozos.

—Te amo —Es lo primero que consigo pronunciar.

—Y yo a ti, porque tu nombre secreto es también el mío —dice él—, y ahora voy a contarte algo que no recuerdas. —Dos niñas diminutas con las caras húmedas me atisban, expectantes, desde sus pupilas—: Tú bajaste a buscarme.

—No entiendo.

—No importa.

Se alza y señala el fantasmagórico rectángulo de luz de una puerta que se recorta en el aire, salida de la nada. Todo da vueltas a mi alrededor, me agobia el vértigo, empiezo a desmayarme. No nos queda casi nada de tiempo; en el pasillo de la casa se elevan ya los gritos de aves de rapiña de mis tías, mi madre y mi abuela. Están a punto de entrar.

Mi tío habla precipitadamente:

—Voy a estar esperando aquí mismo. Y no lo eches al olvido: tú también eres Raziel.

Es la última vez que nos vemos. A la mañana siguiente, mientras yazgo en la cama con una fiebre que rompe los termómetros, vienen a llevarse a mi tío. Los primos, excitados por la brutalidad de la escena, observan desde las ventanas cómo dos enfermeros lo llevan a rastras hasta el sitio donde una ambulancia abre sus fauces, dispuesta a tragárselo.

4

Mi inexplicable enfermedad dura siete meses. Los médicos se declaran impotentes para descubrir el padecimiento que me mantiene entre la vida y la muerte. Alba después me cuenta que rechazaba el alimento y hubieron de pasarme líquidos por vía intravenosa, que por las noches aullaba como un lobo, y que grité frases en una lengua que nadie consiguió descifrar.

Cuando regreso a la normalidad no recuerdo más que un gran vacío y la conversación que sostuvieron mamá y papá junto a la cabecera de mi cama:

—Te lo dije que no debíamos criarla, después de lo que pasó con Raziel —Era la bronca voz de mi padre.

—Ni lo menciones.

—Deberíamos haber escarmentado. Pero no, tu madre se encaprichó en tener una hembrita en casa.

—Cállate, por amor de Dios.

—Te lo dije bien claro, pero tú no hiciste caso. Y ahora mira los resultados, está empezando a pasar lo mismo que pasó con el otro anormal.

Recuerdo y reconstruyo: He sanado, pero el mundo ya no es como antes, además de la presencia del tío Raziel falta algo que no consigo definir. Mis emociones parecen apagarse. Cada vez me identifico menos con la gente que me rodea. Me siento ajena a todo y a todos. Me siento extranjera.

El ritmo del tiempo se dispara: Cumplo doce años y el país convulsiona. Un gobierno flamante toma el poder y lleva a cabo cambios cada vez más drásticos. Mi familia teme lo peor, pero muchos otros están entusiasmados. A los quince acepto una beca y abandono la casa para siempre. Aprendo a esconder lo que pienso. Estudio Filosofía y Letras, me gradúo y comienzo a dar clases. Mueren los abuelos y un par de tías. Mi padre se jubila y se lleva a mi madre a vivir a Matanzas, allí se abandonarán en breve a su descanso final. Los primos se dividen en bandos irreconciliables: 'comuñangas' y 'gusanos', dicen.

Ya empieza a quedar bien claro que los nuevos dueños de la isla en que nací no son mejores que los de antes, sólo mienten mejor. En la universidad donde trabajo se desata una cacería de brujas. Expulsan profesores y estudiantes. Incluso, alguna gente va a parar a un campo de concentración del que no habla la prensa. Decido abandonar el país.

Resido tres años en México, paso una temporada en España, y finalmente me radico en California. Ahora doy clases en Berkeley; es un buen sitio, pero continúo sola, como de costumbre, sintiéndome ajena a los seres humanos.

Una década más tarde cobro conciencia de que estuve viviendo sin vivir realmente, he pasado de largo frente a catástrofes y victorias pírricas, como quien anda en sueños. Nada caló en mí, nada anidó, nada me llegó a conmover hasta el fondo.

Mi salud se desmejora. Pido vacaciones sólo para languidecer en mi casa de Kensington. Es tiempo de lluvia, pero afuera todo está reseco. Las ráfagas que llegan del Pacífico levantan nubes de polvo, y en el interior del estado se multiplican los incendios forestales.

Paso los días tendida en un futón frente a las vidrieras que dan a la terraza, o me dedico a vagar entre los robles de la quebrada en que culmina el barrio. La hierba amarillea, pero los arbustos más resistentes continúan floreciendo. Algunas noches nos visita la neblina, aliviadora, humedeciendo la corteza de los altos eucaliptos que resisten mal la violencia del viento, y que suelen quebrarse y caer de súbito, obstruyendo las vías, pero aun así continúan multiplicándose, en silencio, obstinadamente.

Cierto atardecer, mientras camino sin rumbo por las colinas, tropiezo con un curioso personaje. Se trata de Akesha, la viuda de un profesor egipcio que en otro tiempo trabajó también en Berkeley. Cuando el marido murió, ella no quiso regresar al Cairo, prefirió permanecer sola en la pequeña casa de estilo mediterráneo que habían comprado quince años atrás. La gente de por aquí es tolerante, así que nadie demostró extrañeza cuando Akesha empezó a decorar casi cada centímetro cuadrado de su propiedad con unos turbadores signos mágicos de un azul pálido; cada pared, por dentro y por fuera, cada espacio asfaltado, empedrado o enlosetado, cada tabla de la tapia del jardín, están ahora embellecidos con ojos de Ra, pequeños búhos, espirales, culebras...

La viuda del profesor cairota ha envejecido, viste siempre de oscuro y se sujeta el blanco cabello en un par de trenzas donde a veces engancha una flor. Los vecinos están acostumbrados a verla ir y venir a pie del mercado dominical, tirando de un carrito en el que lleva las compras. Siempre hay alguien que quiere acercarla en su auto, o por lo menos aliviarla de su carga, pero ella agradece y rehúsa a ser ayudada, y sigue adelante, en silencio, saludando a los que encuentra, deteniéndose para acariciar los gatos del barrio, que se restriegan mimosos contra su larga falda.

El sol empieza perderse detrás de los robles cuando Akesha me encuentra, y esta vez, en vez de seguir de largo con un discreto "*Hi*", me pide que la siga. Deduzco que se encuentra en dificultades, de modo que la escolto y en breve nos estamos adentrando en el pintoresco salón de su casita. Allí están todavía los libros del profesor, las piezas de

colección que trajeron de Egipto, la ornamentada artesanía que compraron a lo largo de algún viaje por América del Sur.

Moviéndose muy lentamente, como si su enteco cuerpo pudiera flotar, Akesha abandona el carrito de las compras, me indica con un gesto que me acomode en el sofá, y se sienta a su vez. Sus ojos negros, que alguna vez fueron hermosos, me estudian un instante, luego rompe a hablar en un inglés que matiza su aterciopelado y exótico acento:

—Poco antes de morir, mi marido estuvo descifrando unos jeroglíficos grabados en cinco planchas de metal.

—Qué bien —Apruebo cortés, tratando de ocultar mi desconcierto—, todo cuanto tiene que ver con la antigua cultura egipcia me parece fascinante.

—¿Sabes dónde encontraron esas planchas de metal? —continúa diciendo, ajena a la interrupción. Me encojo de hombros. Ella sonríe—: No fue en Egipto, no, sino en Ecuador, en una cueva que está en la frontera con Perú, en plena selva. La llaman la Cueva de los Tayos.

—Pero entonces…

—Jeroglíficos muy parecidos a los egipcios, sólo que no eran egipcios. Venían de un continente que se tragó el océano; aquel continente del que llegaron Isis y Osiris en su barca. En los jeroglíficos se habla de una guerra que viene durando mucho tiempo, tanto como no podemos imaginar.

—¿Por qué me cuenta esto, Akesha?

Ella ignora mi pregunta:

—Las fronteras duran un tiempo y después cambian, se borran, se mueven… Lo que ahora es una isla antes fue parte de un continente. Lo que un día está bajo el cielo puede estar al día siguiente bajo el agua. Lo único que existe de verdad es ese mundo donde continúa la guerra —Asiento, resignada a esperar que concluya aquella avalancha de quimeras. La egipcia vuelve a sonreír, llena de melancolía—: A veces caen y aparecen en otros cuerpos. Nadie los entiende entonces, nadie. Y nosotros no los podemos devolver a su lugar, otro tiene que bajar a buscarlos. Ellos esperan a que las conjunciones sean propicias,

trazan un círculo en el suelo para abrir la puerta, pero antes deben reconstruir todo, antes deben recordar…

Es noche cerrada. Me levanto para despedirme y le agradezco su historia a la anciana. Mientras me pongo en marcha por la colina rumbo a casa, pienso: "Esa pobre vieja está muy loca". Y es en ese momento que me acuerdo de Raziel y me doy cuenta, conmovida, que desde hace mucho tiempo, más de diez años, no pensaba en él.

6

En la madrugada me despierta una pelea de mapaches junto a mi puerta. Me levanto, me echo una bata por encima, salgo al jardín. Hoy no tenemos niebla. Mientras miro el cielo distingo una esfera de luz, una especie de puño brillante que titila, algo que no se puede confundir con una estrella.

Siguiendo un impulso inexplicable, me acerco a la manguera con la que riego mis plantas, me desnudo y me expongo, temblando, al frío chorro de agua. Luego elevo los brazos como antaño lo hiciera Raziel. El viento llega de repente, sacando de las ramas de los robles un murmullo semejante al del Pacífico al precipitarse sobre las pedregosas playas de California. El viento me rodea, me palpa delicadamente con dedos invisibles. Empiezo a entonar en voz muy baja una canción sin palabras que nace en mi ombligo y sube incontenible hasta la garganta. Las nubes llegan, pisando blandamente, avanzando un paso para retroceder dos antes de seguir adelante, como una manada de ovejas indecisas. Estalla un trueno y comienza a llover. El aguacero aplaca el polvo, corre por las canaletas, empapa la carga de hojas muertas de los tejados de Kensington.

7

Decido romper la promesa que me hice de que nunca volvería a mi país. No estoy segura de que lo que me resta de vacaciones alcance para conseguir visa y pasaje aéreo, pero contra todos mis pronósticos, una semana más tarde estoy en el aeropuerto de Rancho Boyeros, bajando por la escalerilla de un avión.

Dirija a donde dirija la mirada, todo es devastación y miseria. Me repito: “No me importa. No importa. No me puede importar”, pero sé que es mentira. Esa noche duermo en un hotel. Al día siguiente voy a la tienda donde sólo admiten moneda extranjera, hago una compra de comestibles, y tomo un taxi hasta la cuartería en la que vive el hijo de Alba, preguntándome si la vieja cocinera habrá podido burlar la muerte.

La encuentro en el patio, meciéndose en un sillón bajo las movedizas sombras de las tendederas, convertida en una patética versión de lo que fue. Me reconoce, me abraza, llora:

—¡Tanto tiempo, Reginita, tanto tiempo!

Después se queja de que aquello cada vez está peor, y masculla que el país se va en picada. Llama a la mujer de su hijo para que venga a buscar mis compras; la nuera promete prepararnos con ellas un gran almuerzo.

—No para mí —le advierto—. Desde que llegué no he podido tragar ni un bocado, es como si me hubieran cosido la boca del estómago.

Cuando nos quedamos solas de nuevo le pregunto a Alba por la casa de mis abuelos.

—El último ciclón que pasó casi se la lleva, imagínate, es muy vieja. Parte del techo se cayó.

—¿Pero todavía se puede entrar?

Alba me enfrenta con su antigua expresión de suspicacia; siento que acabo de cumplir nueve años y que me va a pedir que juegue fuera de la cocina.

—¿Qué andas buscando, Regina? —Esquivo su mirada. Ella asiente, comprensiva—: Lo estás buscando a él, ¿verdad?

—¿Murió?

—Nadie lo sabe. Una tarde llamaron de la clínica donde lo tenían para decir que se había ido de allí.

—¿Se había escapado?

—Eso pensaban, pero fue un asunto muy extraño. Dijeron que aunque no había forma de que saliera del cuarto donde lo tenían, se les perdió.

—Sería que alguien lo ayudó a salir.

—Seguro. Pero la gente de la clínica porfiaba que no y que no.

—¿Y qué hicieron mis abuelos?

—En esa época tu abuelo ya estaba muy mal de salud, y todo andaba manga por hombro en la casa.

—Nadie me contó nunca nada, Alba.

—Bueno, tú sabes que los Lábara se lo callaban todo.

—Una vez oí que el tío Raziel no era de la familia.

—No lo era. Tu abuela lo encontró dormido debajo de la ceiba, y se lo llevó para la casa, porque cuanto hijo había parido le salió hembra y estaba desesperada por tener un varón.

—¿Quiénes serían sus padres?

—Se llegó a comentar que era hijo de esa ceiba. Una ceiba muy bruja, que todo el mundo sabía que desde los tiempos de la esclavitud los negros iban a rezarle y a tocarle tambores. Ya no existe.

—¿No?

—Mandaron a cortarla para sembrar café caturra, total y aquellas matas de café nunca sirvieron de nada.

—Alba, ¿mi tío estaba loco?

—No, solo era muy raro.

—¿Y por qué lo encerraron?

—Tu abuelo no lo quería cerca. La familia empezó a cogerle miedo y… —Se interrumpe y aparta los ojos—. Hay cosas de las que no me gusta hablar, Reginita, no es bueno andar metiéndose con los muertos.

—¿Tú qué pensabas de él?

Suspira y se encoge de hombros:

—No fue mala persona. Le gustaba estar solo. Él nunca quiso a la familia y ellos tampoco lo querían.

—Yo lo quise, Alba, pero casi no pude tratarlo.

—Tú eras otra historia. Eras como él.

—¿A qué te refieres?

—Yo sé que nadie te contó la verdad, pero a estas alturas…

—¿Qué, Alba?

—A ti también te encontraron en las raíces de la ceiba. Y te recogieron porque todos los nietos de tu abuela habían salido machos, y ella quería una hembrita. Y como tu madre no podía tener hijos, le tocó criarte.

8

El Atlántico bate plácidamente contra las rocas que se amontonan junto al muro del malecón. Me siento bajo el sol, dando la espalda a los edificios carcomidos, y miro la línea aviesa donde el azul se confunde con el azul, esa frontera que no existe entre aire y agua, pero igual se perfila nítida en la luz cobriza de la tarde.

"Sólo apariencias", me digo; "vínculos falsos, sangre que no es tu sangre, raíces que se aflojaron sin acabar de desgajarse de una vez. No ser de ninguna parte: en definitiva la tierra es la misma en todas partes bajo la planta de tus pies. Pero entonces, ¿por qué duele tanto?".

9

Es cerca de medianoche cuando llego a la casa de donde una vez arrancaron al tío Raziel; tal y como dijo Alba, la encuentro en ruinas. Las columnas del portal cedieron, comidas de comején, el viento y la lluvia se han ensañado con lo que queda de techo, y la hierba crece en los espacios de la sala y el comedor. Del cuarto de mi tío no queda más que los restos de una pared y unos pedazos de tuberías ceñidos por enredaderas.

No me detengo a pensar: Trazo un círculo en la tierra donde antaño estuvieron las losas del piso. Me arrodillo en el centro. "Reconstruir", digo, y a medida que lo recuerdo, el cuarto va creciendo alrededor de mi cuerpo. "Reconstruir", y con un levísimo tintinear de vidrios, con un sordo crujir de ladrillos, la casa rehace sus muros. *Todo tiende hacia su forma perdida*.

Muevo una mano y siento que la isla entera vibra, igual que un panal de abejas zumbantes. Una a una resucitan las luces muertas, las calles recobran su antiguo esplendor, los edificios que cayeron una vez vuelven a erguirse contra el cielo, las grietas se cierran en las aceras, de las fuentes desahuciadas mana el agua… Salida de la nada, se perfila una puerta en la oscuridad.

"Cuando me vaya todo volverá a su estado de miseria", pienso, contrita. Puedo percibir que en mi interior de criatura ignota existe una fuente de energía capaz de sostener la reconstrucción. "Encapsular el tiempo", pienso, "evitar que lo terrible suceda". Pero la voz de la egipcia resuena en mi cabeza: "Las fronteras duran un tiempo y después cambian, se borran, se mueven… Lo que ahora es una isla antes fue parte de un continente. Lo que un día está bajo el cielo puede estar al día siguiente bajo el agua. Lo único que existe de verdad es ese mundo donde continúa la guerra".

Me incorporo para mirar a través de la puerta. Veo confusamente el cielo púrpura y amarillo donde se debaten luchando esas extrañas entidades parecidas a pájaros. Veo en un relámpago la boca de Raziel restregarse contra la boca de uno de los guerreros alados, y sus cuerpos blanquísimos flotar enredados en una danza que va generando planetas y soles. Ahora llevo puesta una coraza con los colores del arco iris y Raziel está junto a mí, listo para emprender el viaje de regreso. "Lo único que existe de verdad", repito en voz alta, para darme fuerzas, y echamos a volar hacia la batalla que viene durando desde el tiempo en que aún no habían nacido los universos.




LA CIENCIA FICCION EN CUBA Y
LA ETAPA DEL QUINQUENIO GRIS

Por Javier de la Torre Rodríguez[29]

Ilustrador: Rafa Castelló (España)



n los estudios realizados por autores nacionales con el propósito de establecer las etapas del desarrollo de la literatura de ciencia ficción cubana (González, 2000; Sánchez, 2002; Noroña, 2004; Román, 2005), se hace referencia a un período comprendido en la década de 1970 que constituye una zona de penumbra en relación con su pertinencia como etapa. Período directamente relacionado con lo que en Cuba se ha denominado "Quinquenio Gris", mencionado en todos los estudios consultados, pero otorgándosele poca o ninguna relevancia en los análisis.

González (2000) plantea la existencia de un período desde 1972 a 1977 sin obras cubanas debido a la política cultural de la época, que buscaba "una literatura que permitiese al pueblo sentirse un protagonista más inmediato de la lucha por la nueva sociedad" y "la radicalización del proceso revolucionario" (4). Este autor presenta un antes, en los años 60, y un después, que comenzaría hacia finales de década del 70, a los que denomina etapas, comparándolas en base a la riqueza estilística e imaginativa de los autores. Un poco después, Sánchez (2002), coincide con González en el año donde ponen fin a la primera etapa, 1971, y en la incidencia negativa del llamado Quinquenio Gris sobre el género, a lo que agrega lo relativo a la sustitución editorial de la ciencia ficción por el policiaco en esos años; pero plantea el comienzo de la segunda etapa en 1979, con el Premio David otorgado a Los mundos que amo, de Daína Chaviano.

[29] Este texto recibió mención en el Concurso Oscar Hurtado correspondiente al año 2012 en la categoría de Ensayo. http://www.isliada.org/ensayo/2012/12/la-ciencia-ficcion-en-cuba-y-la-etapa-del-quinquenio-gris/

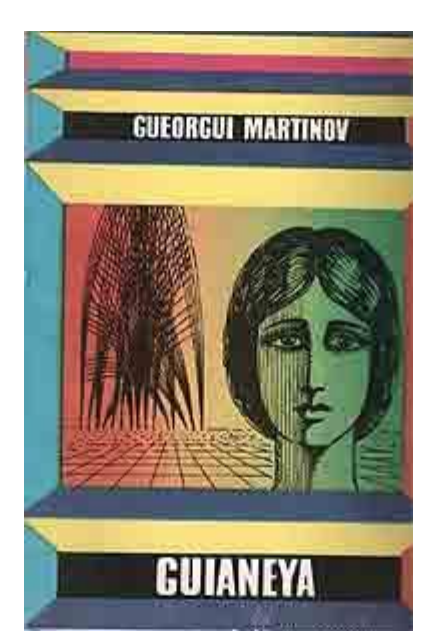
Noroña (2004), por su parte, también considera la primera etapa desde 1964 hasta 1971, signada por el mismo final que los demás autores. No obstante, para explicar el silencio editorial del período siguiente, expone condiciones un tanto menos ambiguas como lo incipiente del género, el prejuicio político y la desigual competencia con la producción de las editoriales soviéticas. Le da comienzo a una segunda etapa en 1978 con la reaparición de títulos de ciencia ficción cubana. En su libro Universo de la ciencia ficción cubana, Román (2005, pp. 65-69), de forma especialmente imprecisa, define una de las llamadas “épocas de silencio” en la década del 70, condicionándola a la sustitución de la ciencia ficción por el policiaco y sumando la influencia del bloqueo norteamericano.

Los autores antes citados pasan a vuelo de pájaro sobre este período o “época de silencio” sin tomar en cuenta la posible influencia, literaria o no, de la etapa anterior sobre este. Cuando más, se aventuran en hipótesis sobre las que no profundizan. Cierto también es que todos enfocaron su estudio sobre la ciencia ficción hecha en Cuba, dejando a un lado el análisis de otras influencias. Pero, basándonos principalmente en el estudio del panorama editorial de esos años con respecto al género, se obtiene una visión diferente de este período que nos hace dudar sobre su duración, e incluso nos induce a clasificarla como etapa en el desarrollo de la ciencia ficción cubana. No obstante, para poder profundizar en los particulares que propiciaron su existencia debemos tener claros los antecedentes, tanto desde el punto de vista del surgimiento de la literatura de ciencia ficción cubana como de su desarrollo inicial, lo mismo analizando el volumen de títulos como considerando otras variables menos artísticas.

Antes de 1959 la ciencia ficción en Cuba era un género casi inexistente. Algunos libros de autores extranjeros editados en España y Argentina principalmente, sobre todo de la etapa pulp norteamericana, y unos pocos cuentos de autores cubanos publicados en revistas, como “El día que Nueva York entró en el cielo”, de Ángel Arango, aparecido en la Revista Carteles en 1958 (Román, 2005, pp. 213-214), es lo que ha llegado a nosotros.

Fuera de nuestro país, en las décadas del 50 y 60, se publican obras de gran relevancia que reflejaron y trascendieron el momento sociohistórico que las vio nacer.[30] Pocos de estos títulos se publicarían en Cuba, con gran retraso, en las décadas del 70 y el 80.

Con el triunfo de la Revolución la libertad creativa da un salto al fundarse nuevas instituciones culturales y editoriales, las primeras fueron la Casa de las Américas y la UNEAC, con su respectiva editorial, ambas en 1959; en 1960 se funda el ICRT, y más adelante llegaron las editoriales Arte y Literatura y Gente Nueva, las dos en 1967. En este panorama, reforzado enormemente por la Campaña de Alfabetización de 1961, el libro se vuelve un objeto de masas. Y más aún luego del discurso pronunciado por Fidel en 1961 denominado Palabras a los intelectuales, con el propósito de atraer la confianza de estos hacia el proceso revolucionario que se estaba llevando a cabo. Como colofón, Yuri Gagarin sube al espacio en abril de ese mismo año, desbordando la imaginación y las expectativas de toda la humanidad y, por supuesto, de los cubanos. ¿Qué más se podría pedir para que la ciencia ficción se hiciera un lugar entre las creaciones de los escritores del país?



Aparentemente, el primer libro de ciencia ficción que circuló en Cuba luego de 1959 fue Un huésped del cosmos (Ediciones en Lenguas Extranjeras, URSS, 1962), una antología con la que comienza la influencia soviético-socialista en la literatura cubana del género (Aguiar, 2008), luego reeditada por Gente Nueva en 1977. Otra influyente obra soviética aparecida en Cuba en 1965 fue la novela La Nebulosa de

[30] Entre ellos “Las bóvedas de acero” (1954), “El sol desnudo” (1955) y “El fin de la eternidad” (1955), de Isaac Asimov; “El hombre ilustrado” y “Crónicas Marcianas”, de Ray Bradbury, el autor del género más leído en el mundo entero en los años 50; “Más que humano” (1953) y “Venus más X” (1960), de Theodore Sturgeon; “Los mercaderes del espacio”, de Frederik Pohl y Cyrill M. Kornbluth; “Un cántico por Leibowitz” (1955), de Walter M. Miller Jr.; “El hombre demolido” (1953) y “Las estrellas mi destino” (1956), de Alfred Bester; “Diarios de las estrellas” (1957), “Edén” (1959), “Solaris” (1961) y “El invencible” (1964), del polaco Stanislaw Lem; “Dune” (1965), de Frank Herbert; “¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?” (1968), de Philip K. Dick; “2001: Una odisea espacial” (1968), de Arthur C. Clarke; “Planeta de exilio” (1966) y “Ciudad de ilusiones” (1967), de Ursula K. LeGuin.



Andrómeda, de Iván Efremov (Ediciones en Lenguas Extranjeras, URSS), que luego sería reeditada por Arte y Literatura en 1969 y vuelta a traer por la Editorial MIR en 1973. Por la parte anglófona tenemos que en 1967 se editó, por Ediciones Granma —responsable también de varios títulos cubanos—, la novela de Ray Bradbury El hombre ilustrado; y en 1968, Arte y Literatura edita su primer libro para el género, La guerra de los mundos, de H.G. Wells. Dos excelentes historias escritas por dos maestros. El último libro extranjero de la etapa fue Guianeya, de Gueorgui Martinov, primer libro traído por la Editorial MIR a Cuba en 1967 y luego en 1974, novela muy pobre en cuanto a calidad temática y artística; no obstante, en esa época fue llevada a la radio en una versión libre (Aguiar, 2008, p. 10).

Es en 1964, justo con el comienzo de la New Wave (Acosta, 2012), que llegan los primeros libros de autores del patio: A dónde van los cefalomos, de Ángel Arango; La ciudad muerta de Korad, de Oscar Hurtado y, según Román (2005, p. 47), la antología de autores cubanos Cuentos de ciencia ficción, compilada por el propio Hurtado; todos editados por Ediciones R, dentro de la colección Cuadernos R. En 1966 se publica El libro fantástico de Oaj, de Miguel Collazo, a través de Ediciones UNION, que ha sido catalogada por Encinosa (2001) como la mejor obra de la etapa.

La ciencia ficción permitía llevar la imaginación a campos temáticos inexplorados por la literatura cubana, asimilar nuevos conceptos y generar puntos de vista distintos a los usualmente empleados. Como en todo género literario que comienza a desarrollarse, sus autores usaron todas las variantes de estilos que pudieron crear o captar. Algunos, como Carlos Cabada y Agenor Martí, toman sobre todo de la Pulp Science Fiction norteamericana; Juan Luis Herrero y Ángel Arango, con mucho mejor dominio literario, parecen más bien influenciados por la corriente campbeliana, no obstante el segundo se inclina hacia el New Wave en El planeta negro, de 1966 (Noroña, 2004).

Arnaldo Correa, principalmente un escritor de policiacos, aportó su toque personal mezclando ambos géneros, quizá estimulado en el hacer del “buen doctor” Asimov; Miguel Collazo, en quien se nota la influencia New Wave tipo Bradbury (Noroña, 2004; Sánchez,

2002), antepuso el fenómeno social al hecho científico, apostando por un estilo que empleaba elementos del costumbrismo y la farsa (Encinosa, 2001), que utilizaba locaciones nacionales y características de la sociedad cubana y de los cubanos de la época, como vehículos principales para describir la interacción con la otredad.

Por último, pero no por ello menos importante, está el creador de las colecciones Cuadernos R —primer sello editorial que difundió la obra de ciencia ficción cubana—, y Dragón, que aún permanece activa y ha traído a la isla una miríada de autores extranjeros: Oscar Hurtado (EcuRed, 2012). Este autor desarrolla principalmente la poesía y algo que podríamos llamar documento-ficción (Chaviano, 1983) que utiliza para cuestionar los supuestos límites del género, en cualquier orden. Hurtado emplea su vasta cultura para mezclar ciencia ficción, fantasía y realismo mágico, y generar lo que para él exigía el lector moderno: “una prolongada serie de maravillas sucesivas”. No obstante, su obra fue escasa, el título de Padre de la Ciencia Ficción Cubana (EcuRed, 2012), se debe más a su intensa labor promocional a favor del género, de la que podemos citar, como su mejor exponente, la voluminosa antología Cuentos de ciencia ficción, editada por Arte y Literatura en 1969 dentro de la colección Biblioteca del Pueblo.

Desde el punto de vista editorial, esta fue una etapa rica y diversa para los autores cubanos, con una influencia potencial de altísima calidad dentro del género. Ediciones UNIÓN fue la editorial más influyente con cuatro títulos, seguida de cerca por Ediciones R y Ediciones Granma, ambas con tres. La producción editorial para la ciencia ficción hecha en Cuba se mantiene estable a razón de unos dos libros por año; en total la etapa vería unos diez títulos de autores cubanos entre 1964 y 1968, lo que no está nada mal para una etapa inicial. Todo esto contradice la posibilidad de que “languideciera”, como planteara el escritor y ferviente promotor Juan Carlos Reloba, (Reloba, 1981).

Hemos visto hasta aquí que el despegue del género en Cuba —según el propio Reloba “el primero surgido en medio de las transformaciones socio-culturales llevadas a cabo por la dirección del país”—, fue consistente y contó con numerosos seguidores entre creadores y lectores, pero no le fue posible continuar desarrollándose debido a esas mismas transformaciones. A nivel editorial, en 1969 desaparece de pronto la ciencia ficción cubana.

Aunque en la mayoría de los estudios mencionados se sostiene que 1972 es el año en que comienza la "etapa de silencio" entre los 60 y los 80 —apoyados sobre todo en la publicación de El fin del caos llega quietamente, de Ángel Arango, en 1971—, es a partir de la observación de las características enunciadas en los mismos trabajos como diferenciadoras del período; del análisis de las variables estadísticas, como el promedio de publicaciones por etapa; y de una investigación más detallada sobre las características extraliterarias que influenciaron el trabajo editorial de esos años, que interpretamos esta publicación como una excepción de la regla imperante. Además, es de notar que en 1969 se presentó un pico en el número de publicaciones de autores extranjeros, comportamiento atípico antes y después que relacionamos con el hecho de sustituir la literatura de ciencia ficción hecha en Cuba con obras extranjeras: o sea: los cubanos no nos quedamos sin ciencia ficción durante ese período, solo que la que teníamos no era cubana.

A partir de esto nuestra propuesta de etapa no puede circunscribirse a los cinco años incluidos usualmente bajo el Quinquenio Gris (1972-1976), pues las condiciones editoriales que rigieron entonces empezaron a establecerse un poco antes del Congreso Nacional de Educación y Cultura de 1971, a partir del cual adquirieron ya carácter doctrinario.

En la década del 60, debido al espacio que ahora ocupaban la cultura y sus creadores, los debates estéticos alcanzaron una dimensión política que, en la mayoría de los casos, trataba de ocultar pujas por el control de instituciones culturales, intentando eliminar influencias de algunos modelos ideológicos sobre la cultura cubana o sustituir tendencias (Arango, 2007).

En 1965, Jesús Díaz, director de la revista El Caimán Barbudo, critica a un grupo de escritores desde el punto de vista político y moral, agrediendo tanto a la obra como a sus creadores, lo que resulta relevante, pues en esta confusión de personas y obras se mantendría la generalidad de la crítica y los documentos oficiales en lo adelante (Arango, 2007).

En 1966, la publicación de Paradiso, de José Lezama Lima, le atrajo la hostilidad de ciertos funcionarios debido a su "supuesta exaltación del homoerotismo" y "llegó a decirse que el volumen había sido retirado de algunas librerías" (Fornet, 2007). En 1968, el hecho de ser premiadas en contra de la voluntad oficial (Díaz, 2007) en el concurso literario de la UNEAC las obras Los siete contra Tebas (Teatro), de Antón Arrufat, y Fuera de juego

(Poesía), de Heberto Padilla, condicionó su publicación, que a la postre fue casi clandestina (Díaz, 2007), a un prólogo que tomó el nombre de "Declaración de la UNEAC", donde esta institución manifestaba su desacuerdo con las obras, al considerarlas contrarrevolucionarias (Arango, 2007).

Coincidiendo con los peores momentos del "caso Padilla", el libro de Delfín Prats, Lenguaje de mudos, ganador del Premio David a inicios de año y ya impreso, fue igualmente señalado y destruido físicamente (Arango, 2007). Además, a través de varios artículos publicados en la revista Verde Olivo (algunos de ellos reproducidos por La Gaceta de Cuba), aparecidos en noviembre y diciembre, se constata la radicalización de la posición oficial contra un número de artistas y escritores de larga trayectoria y se reprendía duramente a los intelectuales por "el nivel de despolitización que padecían escritores y críticos" (Fornet, 2007). En ellos se llegó a proponer abiertamente un molde para la creación literaria cubana basado en el realismo socialista (Díaz, 2007). Las normas y los procedimientos que desembocarían en el Quinquenio Gris ya estaban en marcha.

¿Qué pasó con el incipiente movimiento de ciencia ficción cubana en este clima donde artistas de fama mundial eran acusados y vejados? Simplemente no cabía en el nuevo paradigma socio-cultural en formación. Nuestra ciencia ficción y sus cultivadores no eran conocidos internacionalmente por lo que no tenían quién gritara por ellos. Ciertamente, como dice Noroña (2004): "este género se dedicaba al tema más político posible: el futuro, y como movimiento que comenzaba a despuntar no tenía prestigio propio". El género, ya acusado de escapismo y enajenación, de alejar a las masas de la realidad de la lucha obrera por la emancipación mundial, fue atacado injustamente por no poder despojarse del lastre "de la influencia de los clásicos norteamericanos e ingleses" (Reloba, 1981, p. 6), desconociendo aparentemente de dónde provenía la principal influencia narrativa de este género desde antes del triunfo de la Revolución. A partir de 1969 su avance fue detenido y eliminado de las editoriales; en otras palabras: anulado como tendencia literaria nacional.

Como hemos mencionado, algunos investigadores como Reloba (1981) y más tarde Román (2005), coincidiendo con lo expuesto por el primero, han tratado de justificar la desaparición del género a nivel editorial planteando que la ciencia ficción le cedió el puesto a la literatura policíaca. En base a los sucesos aquí relacionados sobre las causas de la

desaparición editorial del género y a las características históricas del desarrollo de la literatura (donde ningún género o movimiento le ha cedido jamás el puesto a otro), disentimos de esta hipótesis que, por demás, no ha sido demostrada.



Para saber qué fue de algunos de los escritores del género durante esta etapa tenemos que buscar en las publicaciones del período: Oscar Hurtado, luego de su antología Cuentos de ciencia ficción (Arte y Literatura, 1969), solo publicó artículos no relacionados directamente con el género (Chaviano, 1983) y el prólogo de la edición de 1974 del libro La guerra de los mundos; Miguel Collazo publicó Onoloria (1971) y El arco de Belén (1977), texto profuso de alegorías el primero y un cuaderno de relatos costumbristas el segundo; y Arnaldo Correa posiblemente se mantuvo escribiendo policiacos.



Otros, como Juan Luis Herrero, Carlos Cabada y Rogelio Llopis, salieron del país definitivamente (Román, 2005; EcuRed, 2012). De Agenor Martí, Germán Piniella, María Elena Llana y Esther Díaz Llanillo (estas últimas escritoras más bien de fantástico puro), nada se ha encontrado editorialmente en esos años.

Pero la hostilidad no era en particular contra la ciencia ficción, lo demuestra además la cantidad de autores extranjeros publicados en la etapa. Tanto así que, al comparar el total de publicaciones del género en este período con la cantidad de ediciones de la etapa precedente (hasta 1968) y la posterior (los 80 principalmente) se percibe un crecimiento continuado de los títulos publicados en Cuba.

Un total de tres editoriales se repartieron el grueso de las publicaciones: Arte y Literatura, que se lleva las palmas con trece títulos, once ediciones o reimpresiones de la MIR y siete de Gente Nueva. Ediciones UNIÓN, que fuera la que más aportara en la etapa anterior —al ser la editorial de la UNEAC, institución alineada con la nueva forma de hacer—, solo publica dentro del género el libro antes mencionado de Ángel Arango. Y aunque no tendrían

ninguna repercusión para la ciencia ficción de estos años, es necesario agregar que esta etapa vio nacer las editoriales Oriente, en 1971, y Letras Cubanas, en 1977. Esta última participaría de forma relevante en la etapa siguiente.

Estuvimos influenciados principalmente por dieciocho títulos soviéticos, de los que trece fueron novelas.[31] Los cinco restantes llegaron en forma de antologías, donde podemos mencionar Devuélvanme mi amor, de la MIR, en 1971. Pero la MIR solo tuvo a su cargo once ediciones o reimpresiones. Otras editoriales como Gente Nueva, con cinco títulos, todos publicados en 1977, y Arte y Literatura, con dos: La nebulosa de Andrómeda, de Iván Efremov, en 1969, y Aelita, en 1977, novela de Alexei Tolstoi publicada por primera vez en 1922, completan el cuadro soviético de esos años.

Pero la etapa no fue solo soviética; más de la tercera parte de los libros extranjeros publicados eran de autores anglófonos: nueve norteamericanos y un británico. Desde esta lengua, y gracias a Arte y Literatura, llegaron a nosotros obras de excelente factura[32] sumando, desde 1974, la colección Huracán a la Dragón (que venía desde los 60), como sellos editoriales que incluían la ciencia ficción dentro de las obras a publicar. Creemos necesario apuntar, aunque la obra no pertenece al género de la ciencia ficción, que Arte y Literatura publicó en 1973 las Obras Completas de Edgar Alan Poe (en tres tomos), autor emblemático, considerado precursor del cuento fantástico y policiaco. Otro autor digno de mencionar es el checoslovaco Karel Čapek: de quien, en 1969, Arte y Literatura publicó La guerra de las salamandras (1936).

En 1973, Gente Nueva nos regala una obra de uno de los padres de la ciencia ficción, De la Tierra a la Luna[33], de Julio Verne. Esta editorial, con un aporte mínimo desde su

---

[31] Entre las que destacan las obras de los hermanos Strugatski, "Cataclismo en Iris", traído por la MIR en 1969 y luego en 1973; y "Que difícil es ser Dios", traído por la misma editorial en 1976.

[32] "Los mercaderes del espacio", de Frederik Pohl y Cyril M. Kornbluth, en 1969; "Fuera del planeta silencioso", de C. S. Lewis, en 1970; "El sol desnudo", de Isaac Asimov, en 1971, la segunda edición de "La guerra de los mundos", de H. G. Wells, en 1974, y "Un Yanqui de Connecticut en la corte del Rey Arturo", de Mark Twain, en 1976.

[33] Este fue quizás el primer contacto de esta editorial con el género. La obra fue luego reeditada o reimpresa en 1974, 1975 y 2001.

surgimiento, se lanza de lleno sobre el género en 1977, al publicar seis títulos de ciencia ficción, entre los que destaca una selección de las Crónicas Marcianas de Ray Bradbury, y Plutonia, del ruso V. Obruchev, publicada por primera vez en la URSS en 1924. Es en este año que su colección Suspenso pone a la ciencia ficción dentro de la mira, adquiriendo esta última la misma misión —diferenciada por el grupo etario objetivo—, de la colección Dragón de Arte y Literatura (EcuRed, 2012).

Por último, también en 1977, aparece una antología denominada Cuentos cubanos del siglo XIX, en la que Arte y Literatura incluye textos aparecidos en El Papel Periódico de La Habana y dos relatos de Esteban Borrero, todos los cuales han sido presentados como las primeras incursiones en el género producidas en Cuba (Román, 2005).

No obstante, no nos enteramos de lo que estaba ocurriendo en el mundo de la ciencia ficción occidental de esos años[34]. Hasta hoy, ninguno de los títulos de esa época se ha publicado en nuestro país.

La desconcertante disminución de la magnitud de la razón —que incluso llega a invertirse—, entre la cantidad de libros de autores cubanos y de obras extranjeras de esta etapa (1 a 30), con respecto a la etapa anterior: de 1964 a 1969, (10 a 4), apoya nuestra tesis de la sustitución literaria en lo referente al género de la ciencia ficción. No se trataba de eliminar el género, se trataba de encauzar a sus creadores hacia el realismo socialista. Este molde no admitía nada de personajes ni problemas en abstracto, al contrario, los motivos de interés debían ser el trabajo, las luchas revolucionarias y los esfuerzos del hombre por el dominio de los fenómenos naturales; de la misma manera no admitía nada de pesimismo, la insatisfacción siempre será contra los vestigios del pasado, de donde se deriva la obligatoriedad de mostrar confianza plena en las perspectivas de éxito de toda acción que se proponga el mejoramiento de la existencia social (Arango, 2007). No obstante, no debe

[34] Algunos de los títulos más renombrados fueron “Ubik” (1969), de Philip K. Dick; “La mano izquierda de la oscuridad” (1969), “El nombre del mundo es bosque” (1972) y “Los desposeídos” (1974), de Ursula K. LeGuin; “Los dragoneros de Pern” (1971), de Anne McCaffrey; “Empotrados” (1974), de Ian Banks; “El hombre hembra” (1975), de Joanna Russ; “La guerra interminable” (1975), de Joe Haldeman; “Una canción para Lya” (1976), de George R. R. Martin; “Pórtico” (1977), de Frederick Pohl; “Donde solían cantar los dulces pájaros” (1976), de Kate Gertrude Meredith Wilhelm.

culparse al realismo socialista: una tendencia artística más. El problema aparece al ser impuesta como única vía para la creación.

El final del período que estamos analizando es situado normalmente a finales de los 70, no siempre en el mismo año, debido a lo que cada autor consideró de mayor peso. No obstante, si su principio fue gradual, su final también lo fue. En 1975 se produce el Primer Congreso del Partido, donde se promulga una nueva estrategia para el desarrollo cultural de Cuba. A principios de 1976 se destituye a Luis Pavón, director desde 1971 del Consejo Nacional de Cultura, acusado de abuso de poder, y se fundan el Ministerio de Cultura en noviembre de ese año y la Editorial Letras Cubanas al año siguiente. Por eso en este trabajo se propone 1977 como el año en que se flexibiliza la censura. En él se produce otro pico de publicaciones extranjeras, aún más alto que el de 1969 e igualmente atípico. Muy probablemente —atendiendo a los dogmas editoriales impuestos en los años anteriores—, las editoriales no poseían títulos cubanos en preparación.

Pero ya al año siguiente reaparece la ciencia ficción cubana abriéndose con ello una nueva etapa editorial que sería llamada la “Edad de Oro de la Ciencia Ficción

Cubana” (Sánchez, 2002; Noroña, 2004). Estos primeros libros fueron de pequeño formato: en 1978 ven la luz Las criaturas, cuentos de Ángel Arango, con solo 51 páginas; De Tulan… la lejana, una cuentinovela muy corta de Giordano Rodríguez, con 38 páginas, y el tercero fue un cuento infantil, Siffig y el vramontoro 45A, de Antonio Orlando Rodríguez, del cual se realizó posteriormente un dibujo animado (de ahí su trascendencia). El primero fue editado por Letras Cubanas y los otros dos por Gente Nueva, al parecer la primera vez que esta editorial publicaba a un autor del patio dentro del género.

¿Qué había quedado? Pocos, muy pocos de los escritores publicados en los 60 que incursionaron en el género sobrevivieron la etapa anterior. La excepción es Ángel Arango. Además de los que salieron del país, Oscar Hurtado muere en 1977, a los 50 años, perdiendo la ciencia ficción cubana a un escritor visionario y promotor de gran experiencia. Por su parte Miguel Collazo, luego de El viaje (Ediciones UNION, 1968), nunca vuelve a poner su talento en función de escribir ciencia ficción. La única aportación de Agenor Martí es su antología de cuentos fantásticos Aventuras insólitas (Editorial Letras Cubanas, 1988), donde aparece puntualmente Arnaldo Correa. Lo cierto es que, de una forma u otra, a todos los cultivadores

del género de la etapa anterior se les impidió descargar sus experiencias en una potencial nueva generación de escritores que se desarrolló, en gran medida, desconociéndolos.

Durante este período, que más que "quinquenio" se prefiere denominar "decenio" (Arango, 2007), la ciencia ficción cubana, salvo la excepción mencionada, fue sustituida como tendencia por una ciencia ficción extranjera que cumpliese con los estándares de un "realismo socialista importado de la URSS" (Sánchez, 2002). Como género literario, dada su juventud y aún escaso arraigo en estos años, constituye un excelente sensor del comportamiento de la política cultural de la etapa en general, y editorial en particular.

En estos diez años de influencia extranjera tamizada, que no pasó desapercibida, muchos exponentes de la nueva generación de potenciales escritores se formaron leyendo estas obras principalmente (Aguiar, 2008). Ello se evidenciaría en las temáticas, estilos y hasta en la procedencia profesional de los autores que escribirían durante la siguiente etapa. Por todo lo aquí expuesto consideramos que este período, situado entre 1969 a 1977, no debe ser subestimado a la hora de describir el movimiento de la ciencia ficción cubana y constituye en sí mismo una etapa de su desarrollo.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta, R. (2010). Crónicas de lo ajeno y lo lejano (1ra ed.). La Habana, Cuba: Letras Cubanas.

Aguiar, R. (Mayo, 2008). "¿Le debemos algo a la ciencia ficción soviética?". Disparo en Red (45). pp. 5-12

Arango, A. (mayo, 2007). "Con tantos palos que te dio la vida: Poesía, censura y persistencia". Conferencia leída como parte del ciclo La política cultural del período revolucionario: Memoria y reflexión. La Habana, Cuba.

Chaviano, D. (1983). Introducción. En: Los papeles de Valencia el mudo. La Habana, Cuba: Letras Cubanas. pp. 5-16

Díaz, M. (Enero, 2007). “Intrahistoria abreviada del caso Padilla”. Recuperado el 7 de febrero del 2007 en http://www.arrebatus.com/cubaymas/pavonato-quinqueniogris-cultura-escandalo/

EcuRed. Editoriales Cubanas. Recuperado el 8 de febrero del 2012 en http://www.ecured.cu

Encinosa, M. (2001). Los Saturnianos llegaron ya… O del montaje de la farsa según Miguel Collazo. Cuba. Inédito.

Fornet, A. (enero, 2007). “El quinquenio gris: Revisitando el término”. Conferencia leída como parte del ciclo La política cultural del período revolucionario: Memoria y reflexión. La Habana, Cuba.

González, F. (2000). “Ciencia ficción cubana: Problemática y supervivencia”. Disparo en Red (2).

Malagón, V. R. (ed). (2005). Catálogo de Publicaciones 1967-2004. La Habana: Arte y Literatura.

Martí, A. (comp., ed.) (1988). Aventuras insólitas. La Habana: Letras Cubanas.

Noroña, J. P. (marzo, 2004). “Resumen de las etapas editoriales del fantástico cubano”. Presentado como Poster en el Primer Festival y Encuentro Teórico del Género Fantástico, ANSIBLE. La Habana, Cuba.

Reloba, J. C. (1981). Nota introductoria. En: Cuentos cubanos de ciencia ficción. La Habana: Gente Nueva. pp. 5-7

Román, N.V. (2005). Universo de la ciencia ficción cubana (1ra ed.). La Habana, Cuba: Ediciones Extramuros.

Sánchez, J. M. (2002). “Marcianos en el platanal de Bartolo: Análisis de la historia y perspectivas de la CF en Cuba”. Recuperado el 22 de diciembre del 2006 en http://www.stardustcf.com

Biografías:

Directores:

Acevedo Esplugas, Ricardo (Ciudad de La Habana, 1969) poeta, antologador, editor y escritor de Ciencia ficción cubana. Graduado en Construcción Naval y Civil, realizó estudios de periodismo, marketing y publicidad y ejerció de profesor en construcción civil en el Palacio de Pioneros Ernesto Guevara de La Habana. Actualmente reside en España. Su trayectoria literaria incluye haber formado parte de los siguientes talleres literarios: Óscar Hurtado, Negro Hueco, Taller literario Leonor Pérez Cabrera y Espiral. Ha sido miembro del Grupo de Creación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Pertenece al staff de la revista Amazing Stories



Es director (junto a Carmen Rosa Signes) de la Revista Digital miNatura publicación ésta, que promueve las microficciones del genero fantásticos desde el año 1999. Esta publicación es bimestral y se distribuye vía e-mail, también se puede descargar desde su blog oficial. Anualmente y desde el año 2002 promueve el Certamen Internacional de microcuento Fantástico miNatura, que este año celebra su VII edición. Y desde este mismo año (2009), y también anualmente lanza el Certamen Internacional de Poesía Fantástica miNatura. Actualmente radica en España. Colaborador para la revista Amazing Stories.

Signes Urrea, Carmen Rosa (Castellón-España, 1963) Ceramista, fotógrafa e ilustradora. Lleva escribiendo desde niña, tiene publicadas obras en páginas web, revistas digitales y blogs (Revista Red Ciencia Ficción, Axxón, NGC3660, Portal Cifi, Revista Digital miNatura, Breves no tan breves, Químicamente impuro, Ráfagas parpadeos, Letras para soñar, Predicado.com, La Gran Calabaza, Cuentanet, Blog Contemos cuentos, El libro de Monelle, 365 contes, etc.). Ha escrito bajo el seudónimo de Monelle. Actualmente gestiona varios blogs, dos de ellos relacionados con la Revista Digital miNatura que co-dirige con su



esposo Ricardo Acevedo, publicación especializada en microcuento y cuento breve del género fantástico.

Ha sido finalista de algunos certámenes de relato breve y microcuento: las dos primeras ediciones del concurso anual Grupo Búho; en ambas ediciones del certamen de cuento fantástico Letras para soñar; I Certamen de relato corto de terror el niño cuadrado; Certamen Literatura móvil 2010, Revista Eñe. Ha ejercido de jurado en concursos tanto literarios como de cerámica, e impartiendo talleres de fotografía, cerámica y literarios.

Equipo Editorial:



Jurado Marcos, Cristina (Madrid, España, 1972) Es Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad de Sevilla. Cuenta con un Master en Retórica de Northwestern University (USA). Actualmente realiza estudios de Filosofía por la UNED. Ha vivido en Edimburgo (Reino Unido), Chicago (USA) y Paris (Francia). Su relato breve "Papel" fue seleccionado en el 1o Concurso de Relatos Breves de la Editorial GEEP para dar título a la antología que recoge las obras ganadoras. Su cuento "Vidas Superiores" fue finalista en la 1ª Convocatoria miNatura Ediciones. Ha publicado sus relatos en "Papeles Perdidos" (el blog de Babelia, el suplemento literario de El País) y en la revista Letralia y colabora regularmente con publicaciones del género. Escribe un blog sobre ciencia-ficción en la web Libros.com http://blogs.libros.com/literatura-ciencia-ficcion/ y acaba de publicar su primera novela "Del Naranja al Azul" en la editorial United-PC http://es.united-pc.eu/libros/narrativa-novela/sciencia-ficcion-fantasia.html



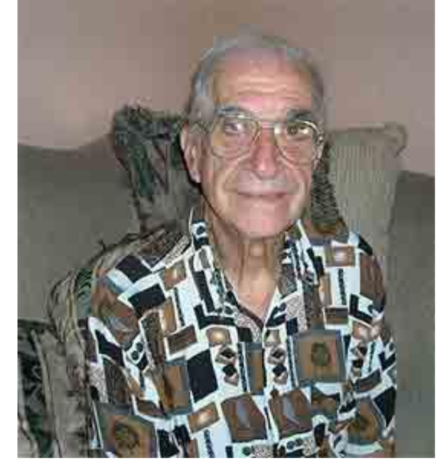
Martínez Burkett, Pablo (Santa Fe, Argentina, 1965) Es abogado (Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe) y Magister en Derecho Empresario (Universidad Austral, Buenos Aires). Tiene estudios de postgrado en la Universidad de Navarra (España), la Universidad Adolfo Ibañez (Santiago de Chile) y la Louisiana State University (Estados Unidos). Enseña en la Universidad Austral. Es autor de los libros de relatos Forjador de penumbras (2011) y Los ojos de la Divinidad (2013). Escribe para revistas del país y el extranjero. Ha recibido premios en una docena de concursos

literarios. Ha escrito los ensayos Un solo autor en tres personas: presencia de Cervantes, el Quijote y Alonso Quijano en la obra de Jorge Luis Borges (2011) y Cervantes, el baciyelmo y Borges: una ética de lectura (de próxima aparición), ambos para las Jornadas Cervantinas Internacionales de Azul (Argentina). Está preparando un libro sobre Cervantes y Borges y una novela (Pozo del Diablo).

Escritores:

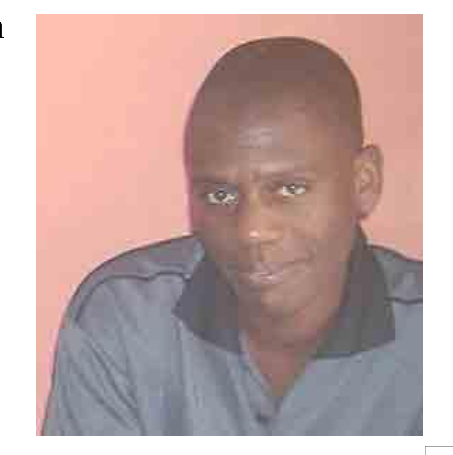
Acevedo Esplugas, Ricardo (Ciudad de La Habana, 1969) *Ver Directores*

Arango Rodríguez, Ángel José (La Habana, 1926 - Miami, 2013) Doctor en Derecho Civil en la Universidad de La Habana, y especializado en Derecho aeronáutico, escritor cubano. Pionero de la ciencia ficción cubana y decano de los escritores de ciencia ficción de la isla. Es miembro de la UNEAC.



Obra: ¿A dónde van los cefalomos? (cuentos), Cuadernos R, 1964; El planeta negro (cuentos), Colección Dragón, Arte y Literatura, 1966; Robotomaquia (cuentos), Ediciones Unión, 1967; El fin del caos llega quietamente (cuentos), Ediciones Unión, 1971; Las criaturas (cuentos), Letras Cubanas, 1978; El arcoíris del mono (cuentos), Colección Radar № 17, Letras Cubanas, 1980; Transparencia (novela), Ediciones Unión, 1982; Coyuntura (novela), Ediciones Unión, 1984; Sider (novela), Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1994; La columna bífida (novela), de próxima aparición.

Ballester Zuaznábar, Abel (Colón, Matanzas; 1975) Ingeniero químico, pintor, historietista autodidacta y escritor de narrativa fantástica. Abel tiene varias exposiciones como artista plástico aficionados en eventos del género fantástico, en la galería de La Madriguera (AHS Provincial), como la exposición "Muro de Palabras" (2003) y en la Universidad de Matanzas. Tiene publicado el relato "Por Contrato", en la antología "Secretos de Futuro", (Editorial Sed de Belleza, 2005), y cuenta con numerosos relatos enmarcados en el horror fantástico aún



inéditos, además de varias historietas con guion propio. Graduado del VIII Curso Nacional de técnicas narrativas del Centro de formación literaria Onelio Jorge Cardoso en el 2006, e integrante del Grupo de Creación Espiral del género fantástico desde el 2004, ha formado parte del comité organizador de varios eventos, Ansible, Concilio de Lorien, Arco de Korad, y expuesto numerosos trabajos plásticos en las exposiciones asociadas. Adrenalina 360 es su primer trabajo como guionista y para la televisión cubana.

Bent Valdespino, István (Cuba) ilustrador, creador de cómic y escritor. Graduado en el Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso.

Chaviano, Daína (La Habana, Cuba) Licenciada en Lengua y Literatura Inglesa en la Universidad de La Habana. En 1979 recibió el Premio David de Ciencia Ficción por Los mundos que amo, una colección de cuentos escritos entre los 15 y los 19 años. Este libro fue adaptado a la radio y tuvo una versión en fotonovela que vendió 200.000 ejemplares en menos de dos meses, lo cual inició el reconocimiento masivo de la ciencia ficción en Cuba.



En 1982, la autora fundó el primer taller literario de ciencia ficción de América Latina. Más tarde, trabajó como guionista de programas televisivos para niños, jóvenes y adultos. Fue presentadora de televisión y de radio. También participó como actriz en algunas películas de cine independiente.

Mientras vivió en Cuba publicó varias obras de ciencia ficción y fantasía. Entre sus títulos se encuentran Amoroso planeta (cuentos, 1983), Historias de hadas para adultos (noveletas, 1986), Fábulas de una abuela extraterrestre (novela, 1988), La anunciación (guion de cine, 1990) y El abrevadero de los dinosaurios (cuentos, 1990).

En mayo de 1991, Chaviano se estableció en Miami, Florida (Estados Unidos), donde aún vive.

Fuera de Cuba ha publicado Confesiones eróticas y otros hechizos (poemas), País de dragones (cuentos) y el ciclo de novelas «La Habana oculta», compuesto por El hombre, la hembra y el hambre, Casa de juegos, Gata encerrada y La isla de los amores infinitos,

publicada en 25 idiomas y que se ha convertido en la novela cubana más traducida de todos los tiempos.

Daína Chaviano ha recibido numerosos galardones y reconocimientos internacionales: Premio Anna Seghers (Academia de Artes de Berlín, Alemania, 1990) por Fábulas de una abuela extraterrestre; Premio Azorín de Novela (España, 1998) por El hombre, la hembra y el hambre; Premio Internacional de Fantasía Goliardos (México, 2003); Invitada de Honor a la 25° Congreso Internacional del Arte Fantástico (Fort Lauderdale, USA, 2004); y Medalla de Oro al Mejor Libro en Lengua Española (Florida Book Awards 2006, USA) por La isla de los amores infinitos.

Web oficial: www.dainachaviano.com

Facebook: www.facebook.com/DainaChavianoAuthor

Twitter: twitter.com/DainaChaviano

Blog: www.blog.dainachaviano.com

Del Castillo, Claudio G. (Santa Clara, Cuba, 1976) Ingeniero en Telecomunicaciones y Electrónica y tiene un diplomado en Gerencia Empresarial de la Aviación. Actualmente se desempeña como jefe del departamento de Servicios Aeronáuticos en el aeropuerto internacional Abel Santamaría.



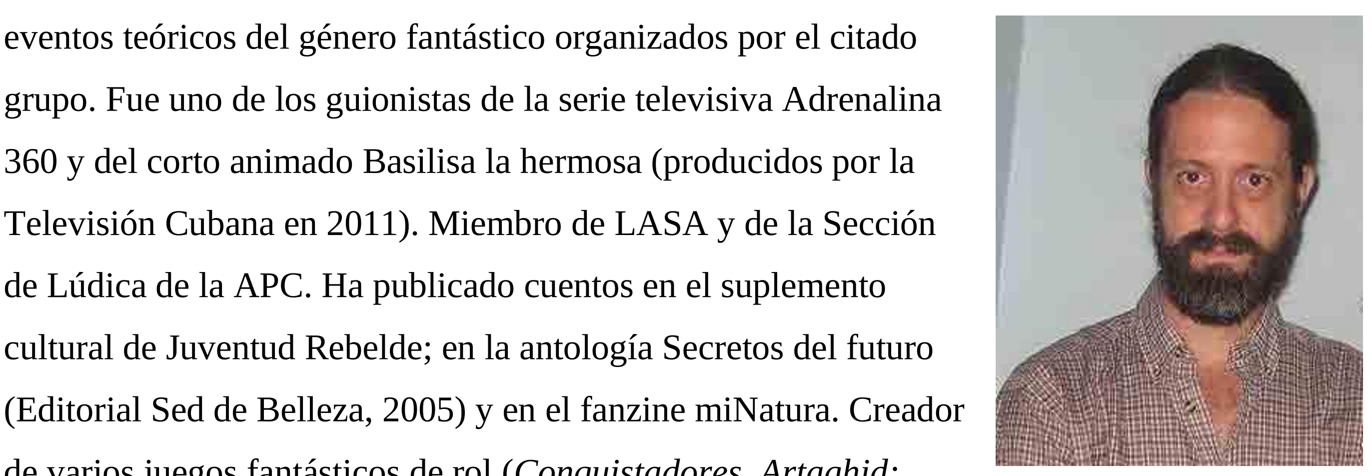
Es miembro del taller literario Espacio Abierto, dedicado a la Ciencia Ficción, la Fantasía y el Terror Fantástico. Alumno del curso online de relato breve que impartiera el Taller de Escritores de Barcelona en el período junio/agosto de 2009.

Ganador en 2009 del I Premio BCN de Relato para Escritores Noveles. Mención en la categoría Ciencia Ficción del I Concurso Oscar Hurtado 2009. Tercer Premio del Concurso de Ciencia Ficción 2009 de la revista Juventud Técnica.

Finalista en 2010 en la Categoría Fantasía del III Certamen Monstruos de la Razón. Premio en la Categoría Fantasía del III Concurso Oscar Hurtado 2011.

Ha publicado sus relatos en Axxón, NGC 3660, miNatura, Cosmocápsula, Qubit y Juventud Técnica; así como en los blogs literarios del grupo Heliconia: Breves no tan breves, Químicamente impuro y Ráfagas, parpadeos.

De la Torre Rodríguez, Javier (La Habana, 1974) Narrador, ensayista, guionista, creador de juegos de rol y editor. Licenciado en Física. Uno de los editores del fanzine Disparo en Red. Como miembro fundador del Grupo de Creación Espiral del Género Fantástico, formó parte del Comité Organizador de los ANSIBLE,



eventos teóricos del género fantástico organizados por el citado grupo. Fue uno de los guionistas de la serie televisiva Adrenalina 360 y del corto animado Basilisa la hermosa (producidos por la Televisión Cubana en 2011). Miembro de LASA y de la Sección de Lúdica de la APC. Ha publicado cuentos en el suplemento cultural de Juventud Rebelde; en la antología Secretos del futuro (Editorial Sed de Belleza, 2005) y en el fanzine miNatura. Creador de varios juegos fantásticos de rol (*Conquistadores*, *Artaghid: Grandes Campañas*; *Artaghid: el mundo sin magia*; *Vientos de Guerra*, *Antalía, el valle Rojo*, *Latiliam*). Coordinador del Taller de Narrativa Fantástica Convergencia.

Integra el equipo de guion de la serie animada "La aventuras de Juan Quinquín" (ICAIC, 2013, en producción); Co-Guionista del mediometraje animado "Basilisa la Hermosa", Dpto. de animación del ICRT, TVC 2011; Co-creador y co-guionista de la serie televisiva "Adrenalina 360" (73 episodios. TVC, 2011).

Encinosa Fu, Michel (La Habana, Cuba, 1974) Licenciado en lengua y literatura Inglesa por la Universidad de la Habana (1998), graduado del segundo curso del taller de creación literaria Onelio Jorge Cardoso, miembro de la Asociación Hermanos Saíz y de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba

Obra: Sol negro (Ediciones Extramuros, 2001); Niños de neón (Editorial Letras Cubanas, 2001); Veredas (Ediciones Extramuros 2006); Dioses de neón (Editorial Letras Cubanas, 2006); Dopamina Sans Amour (Casa Editora Abril, 2008). Enemigo sin vos (Casa

Editora Abril 2008);

Piezas narrativas suyas se incluyen en numerosas antologías cubanas y extranjeras, entre las que se destacan:

La baja delle gocce notturne (BESA, Italia, 1996); Vedi Cuba e poi muori (Feltrinelli, Italia 1997); Polvo en el viento (MFC, Argentina 1999); Reino eterno (Editorial letras cubanas1999); Escrituras iniciales (Editorial letras cubanas, 2011); Quemar las naves (Pelotas, Brasil, 2002); Cosmos Latinos (Wesleyan University Press, Estados Unidos, 2008); La isla novelada. Cuentistas cubanos del nuevo siglo (Instituto veracruzano de la cultura, México 2008); Jóvenes autores cubanos (Verbun, Madrid, España 2005); Escritores con guitarra (Ediciones Unión, 2005); Havana Noir (Akashic, Nueva York 2007); Los que cuentan (Caja China, 2007).

Enríquez Piñeiro, Anabel (Santa Clara, 1973) Graduada de Psicología y Máster en Ciencias de la Comunicación, se ha desempeñado profesionalmente en los campos de la neuropsicología, la gestión de capital humano, y la comunicación institucional y publicitaria. Narradora, ensayista y guionista, ha desarrollado una intensa labor como promotora del género fantástico. Ha impartido varias charlas sobre narrativa fantástica dentro de los ciclos de conferencias del Taller literario Espiral del género fantástico hasta el año 2008, así como en diversos encuentros teóricos y espacios de difusión generados por diversos grupos e instituciones en la isla en la actualidad. Organizadora y ponente de los eventos realizados por el Grupo de Creación Artística ESPIRAL desde el año 2002: Villaficción (Santa Clara, 2002) Jornada de las 24 Horas Fantásticas (La Habana, 2002), las cuatros ediciones del Evento Teórico ANSIBLE del género fantástico (La Habana, 2004-2007), y las ediciones del Festival de Literatura y Arte Fantástico “Concilio de Lorien” (2004-2006) y “Arco de Korad” (2007) también en la capital cubana, y la más reciente edición del Villaficción 2013, también en Santa Clara. Co-organizadora del Proyecto de Narrativa fantástica Convergencia, fundado en abril de 2012.



Es autora del libro de cuentos Nada que declarar (Casa Editora Abril, 2007), con el ganó el Premio Calendario de ciencia ficción 2005, y el Primer Premio de cuentos de ciencia

ficción Juventud Técnica del mismo año. Cuentos suyos aparecen en varias antologías nacionales: Secretos del Futuro (Ediciones Sed de Belleza, 2005), Crónicas del Mañana: 50 años de cuentos cubanos de ciencia ficción (Letras Cubanas, 2008), Tiempo Cero (Casa Editora Abril, 2011), Terapia de progresión y otros cuentos (Isliada Editores, publicación electrónica, 2012), y en la antología de ciencia ficción internacional The Apex Book of World Science Fiction 2, compilada por el autor israelí Lavie Tidhar (2012). Sus ensayos y artículos aparecen en diversas publicaciones impresas y digitales: como Guaicán Literario, La Ventana: revista electrónica de Casa de las Américas, Cubaliteraria; en boletines electrónicos (Disparo en red, Qubit, Korad), revistas culturales (Ámbito, El Cuentero, En Julio como en Enero) y en el libro Dimensiones Regionales de la Literatura Contemporánea. Edit. Capiro, Santa Clara, 1992. El ensayo "Mujeres y literatura fantástica: los caminos del género", recibió la Beca de Creación Literaria Ernesto Che Guevara, AHS 2005. Actualmente se encuentra en proceso editorial su primer compendio de artículos del género fantástico titulado Coordenadas contemporáneas de la otredad: coordenadas audiovisuales. La narrativa trasmediática y el enfoque de género en el fantástico, constituyen sus temas de investigación principales.

Como guionista ha participado en la creación de: Adrenalina 360 (TVC, 2011) serie televisiva de 73 capítulos; co-creadora y guionista principal. Basilisa la Hermosa (Dpto. Animación, TVC 2011), mediometraje animado, co-guionista. Las aventuras de Juan Quinquín (ICAIC, 2013) serie animada en producción, co-guionista. La chica de las botellas (adaptación de Un platillo de soledad, de Theodore Sturgeon, en producción por TVC, 2013), guionista. Ha desarrollado guiones para piezas publicitarias, así como formatos para programas televisivos dramatizados y de participación.

Es miembro de la Latin American Studies Association (LASA), y la Asociación Cubana de Comunicadores Sociales (ACCS).

http://www.algoquedeclarar.ucoz.es



Estrada Bourgeois, Roberto (La Habana, Cuba, 1950) Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. (UNEAC).

Licenciado en Derecho. Premio del primer Concurso de Cuentos de CF de la Revista Juventud Técnica, en 1984 con el cuento corto "En la cuneta". Mención en el Concurso "David" de

1985, con la novela Trenco. Finalista en el Premio UPC de la Universidad Politécnica de Cataluña con la novela Bosque, en 1995. Finalista en el Concurso "Luis Rogelio Nogueras", con la novela Bosque.

Obra: En la cuneta, Revista Juventud Técnica, 1984; Trenco, Ed. Letras Cubanas, 1986; En la cuneta, en antología Recurso extremo, Editorial Abril, 1988; Papito Veracierto, en antología Contactos, Gente Nueva, 1988; Ein Modigliani aus Kuba, Editorial Distel, Alemania, 1999; Una tienda en la Avenida, en antología Polvo en el viento, Argentina, 1999. Teledildonic love, Revista Juventud Técnica, 2002.

Gala Echemendía, Leonardo Miguel (Ciudad de la Habana, 1972) Ingeniero en Informática. Narrador.

Obras: Cuentos de Bajavel (cuentos, editorial Letras Cubanas, 2012); Aitana (noveleta, editorial Gente Nueva, Colección Premio La Edad de Oro, 2011).

Otras publicaciones: Qué no sabes tú (cuento, antología Axis Mundi, Gente Nueva, 2012); Las arenas del Nigromante (cuento, antología Descubriendo Nuevos Mundos, España, 2011);Ed Dedos (cuento, en Crónicas do Mañá, Urco Editores (Galicia), 2010); Breve historia del manga y el anime en Cuba (artículo, revista La Jiribilla, número 79, 2009); Ed Dedos (cuento, en Crónicas del Mañana, Cuentos Cubanos de Ciencia Ficción - Colección 50 Aniversario de la Revolución Cubana, Letras Cubanas, 2009).

Premios recibidos: Finalista del I Certamen Fantástico “Descubriendo Nuevos Mundos”, 2011, España; Premio La Edad de Oro 2009, en Ciencia Ficción y Policiaco, por la noveleta Aitana; Primer Premio Salomón 2008 de ciencia ficción y fantasía, por el cuento Ed Dedos.

Jurado de concursos: Premio Juventud Técnica de cuento de Ciencia Ficción, 2012; Premio Mabuya de cuento corto de ciencia ficción, 2011; Premio Mabuya de cómic, 2011; Premio Salomón de Ciencia Ficción y Fantasía, 2010.

Colaborador de la revista cubana La Jiribilla. Cuentos y artículos suyos aparecen en las revistas digitales Onírica, La Voz de Alnader, Disparo en Red, Qubit, miNatura, Korad, y La

Islíada. Fundador del proyecto DiALFa HERMES y del Taller Literario Espacio Abierto. Miembro del Grupo de Creación Fantástica Espiral.

Creador y editor de la revista digital Cuenta Regresiva.

García Fumero, Ricardo L. (La Habana, 1955) Ingresa a Taller Oscar Hurtado en 1983; su segunda historia presentada al taller OH--Juego De Una Noche de Verano-- fue su primera en aparecer en imprenta (número del 20 aniversario de la revista Juventud Técnica (Julio, 1985) y aparece también en La antología Astronomía se Escribe Con G (Habana, 1989). Ganador por dos años consecutivos del Premio Plaza, categoría de SF; IIº premio de la Primera (desgraciadamente fue también la última...) Bienal Nacional del Cuento, con la historia de SF Una tragedia Americana. Su historia Recurso extremo que da el título a la antología del genero publicada por Editora Abril (Habana, 1988). Comparte con el pionero Ángel Arango un cuaderno de la Colección Astral (Cuentos Cubanos de Ciencia Ficción), Ediciones Unión, (Habana, 1991) con su historia Factor Cuantitativo que también aparece en JT, noviembre 1986, y en Astronomía Se Escribe Con G. Contribuyo regularmente historias de SF a la JT-- Un Numero al Azar (diciembre, 1985), Victoria (febrero, 1987), Ángeles Y Demonios (enero, 1988), Juguete (enero, 1989). Agradablemente, su primera historia publicada, ya anteriormente antologada, resulta incluida en Crónicas del Mañana: 50 Años de Ciencia Ficción En Cuba, editada por José Miguel “Yoss” Sánchez (La Habana 2009). Lo que le hace sospechar que desde su primera historia debe haber estado decayendo la calidad de las siguientes...



Henríquez, Víctor Bruno (Cuba, 1947) Geofísico, poeta y escritor de ciencia ficción.

Libros: Aventura en el laboratorio Cuentos de cf. Editorial Oriente, 1988; En otro espacio. Cuaderno de poesía, Municipio de Cultura Plaza, 1987; Por el atajo, Editorial Oriente, 1991; Marte. Mito y realidad, Colihue Argentina, Ed. C-T, Cuba, 1994.

Cuentos: Ajeno en la muchedumbre, antología, Editorial Gente Nueva, 1988; Varios cuentos en la revista Juventud Técnica



entre 1965 y 1997; Estornudar el miércoles revista OtraCosa (1), México, 1992; Especulaciones, revista A quien corresponda, México, 1993; Craker, revista Axxón (62), Argentina, 1994; La señal, la palabra, revista Axxón (74), Argentina; Leyenda, revista Axxón (83), Argentina, y revista Somos Jóvenes.

Hernández Pacín, Vladimir (La Habana, 1966) Estudió Metalurgía. Actualmente reside en España.

Obra: Nova de cuarzo (Extramuros, Cuba, 1999); Horizontes probables (Lectorum, México, 2000); Signos de guerra (Los Premios UPC 2000, Ediciones B, España, 2001); Interfaz (Premios UPC 2003, Ediciones B, España, 2004); Onda de choque (Extramuros, Cuba, 2005); Semiótica para los lobos (Premios UPC 2005, Ediciones B, España 2006); Kretacic Rap (Fragmentos del futuro, Ediciones Espiral, España, 2006); La apuesta faustiana (Premios Alberto Magno 2003-2006); Horitzó de successos (Pagès Editors, 2007); Sueños de interfaz (Ediciones Erídano, 2009); Hipernova (Letras Cubanas, Cuba, 2013).

Sus relatos han aparecido en las siguientes revistas y antologías:

Cuba: Reino eterno (Letras Cubanas, 1999). Secretos del futuro (Ed. Sed belleza, 2009); España: Fabricantes de Sueños (Selección 2005). Revista Asimov 13 (Ediciones Robel, 2004); Revista Galaxia 11 (Ediciones Equipo Sirius, 2004). Revista Erídano 6 (2005); Argentina: Antología Grageas: 100 cuentos breves de todo el mundo (Ediciones Desde la gente, 2008) y revistas Cuásar 33 (2001), Axxón 158 (2006) y Axxón 170 (2007); México: Revista Literaria Ochocientos, (2005); Francia: Revista Galaxies (N° 36, Nº 44, 2010) y Anthologie: Dimension Latino; Estados Unidos: Revista Heavy Metal (N°. Septiembre 2006).

Premios: Mención L.R. Nogueras 1998 (Cuba) por el libro de relatos Nova de cuarzo; Finalista Premio Universidad Politécnica de Cataluña: UPC 2000 con Signos de guerra; Premio Terra Ignota 2001 (México) con el relato: "El correo González"; Premio Relato Breve Carmelo González Oria 2002 (Huelva), con "Némesis"; Mención del Premio UPC 2003, con Sueños de interfaz; Premio Manuel de Pedrolo 2004 (Mataró), por el relato "Emperadriu"; Mención del Premio UPC 2005, con Semiótica para los lobos; Premio Manuel de Pedrolo 2006 de novela corta, con Horitzó de successos; 2do Premio Alberto Magno 2006 de novela

corta (Bilbao), con La apuesta faustiana; Premio Alberto Magno 2009 (UPV, Bilbao), con la novela Tocando las puertas del cielo.

Herrero, Juan Luis (La Habana, Cuba, 1939) Cursó la enseñanza primaria en los colegios de Belén y La Salle. En 1951 viajó a Estados Unidos, donde residió por tres años en Tampa, Miami y Jacksonville. De regreso en Cuba se graduó de Bachiller en Letras en el Instituto del Vedado (1957) y comenzó estudios en la Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling y en la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana, pero ambos los dejó inconclusos. Trabajó como actor de teatro, cantante y director de un grupo musical, empleado de la Editorial Nacional de Cuba, dibujante. También se desempeñó como libretista, comentarista y crítico en la radio y la televisión nacionales y ofreció cursillos de apreciación musical y arte dramático en el Lyceum de la Habana. Obtuvo menciones de cuento en un concurso convocado en 1966 por la Brigada Hermanos Saíz de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba y en el David (1967), este último por su libro Acuérdate de Ramón Rodríguez, publicado bajo el título Tigres en el Vedado. Cuentos y notas críticas suyas aparecieron en El Mundo, Juventud Rebelde, La Gaceta de Cuba, Unión y Granma. Con Carlos Cabada y Agenor Martí preparó la antología Cuentos de ciencia ficción (1964), donde se incluyeron narraciones suyas, al igual que en Nuevos cuentos cubanos (1964) y Cuentos e horror y misterio (1967). Desde 1967 reside en los EE. UU.

Hurtado, Oscar (La Habana, 1919 - 1977) Escritor, poeta, antologador y periodista entre otras labores.



Considerado el padre de la ciencia ficción cubana, también podría ser llamado el padre de la literatura fantástica, policiaca y de terror en la isla caribeña. No se destacó como escritor en estos géneros (aunque los cultivó casi todos), sino por su labor difusora.

Obra: La Seiba (poesía, 1961); Pintores cubanos (ensayo1962); La ciudad muerta de Korad (poesía, 1964); Paseo del Malecón (1965); Carta de un juez (cuentos, 1963); Los papeles de Valencia el Mudo (antología póstuma, 1983).



Lima, Chely (La Habana, 1957) Narradora, poeta. Editora, ilustradora y dramaturga. Actualmente radica en los EE.UU.

Obra: Tiene 25 libros publicados —novela, cuento, poesía, literatura para niños— en Cuba, Estados Unidos, México, Ecuador, Venezuela y Colombia —entre ellos las novelas Confesiones Nocturnas y Triángulos Mágicos (Editorial Planeta, 1994), Isla después del diluvio (Ediciones Malecón, Linkgua USA, 2010) y Lucrecia quiere decir perfidia (Ediciones Centauro, Linkgua USA, 2011). Textos suyos han sido traducidos al inglés, francés, alemán, italiano, ruso, esperanto y checoeslovaco, y numerosas selecciones y antologías de literatura de diversas partes del mundo recogen muestras de su obra.

Teatro y Espectáculos Musicales: Sus monólogos y obras teatrales para adultos y niños han sido puestos en escena en Cuba y Ecuador. Tiene en su haber una ópera rock —Violente— y una cantata —Señor de la Alborada— representadas en el Teatro Nacional de Cuba entre 1987 y 1990, con la participación de primeras figuras del teatro, la música, danza, ballet clásico y canto lírico nacionales.

Radio, Televisión, Cine: Ha escrito numerosos programas de índole cultural e informativa para la radio; en Cuba —entre 1979 y 1991, para Radio Metropolitana, Radio Progreso y Radio Caribe— y ha escrito, producido y conducido para la radio en Ecuador —entre 1992 y 2001, para la Radio del Centro de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina (CIESPAL), Radio Quito y Radio La Luna.

Desde 1987 escribe libretos para televisión, que cubren alrededor de 18 producciones —seriados, unitarios y documentales— y fueron llevados a la pantalla, en Cuba a través del Canal Nacional Cubavisión, y en Ecuador con varias productoras independientes y el Canal Nacional ECUAVISA —donde sus unitarios Siete Lunas y Siete Serpientes y Solo de Guitarra fueron premiados en 1996 y 1998 en la Feria Midia del Mercado Iberoamericano de la Industria Audiovisual.

En 1989 el Instituto Cubano de Artes Cinematográficas (ICAIC) filmó Solteronas en el Atardecer —con un guión donde la escritora comparte autoría con Alberto Serret— bajo la

dirección de Guillermo Torres y la asesoría del prestigioso cineasta cubano Tomás Gutiérrez Alea; en 2006 y 2011 respectivamente, Quiatro Producciones, de Ecuador, filmó su largometraje Filo de Amor, a partir de la novela homónima, y Sangre Dulce, una adaptación de su obra teatral del mismo nombre, bajo la dirección de José Zambrano Brito.



Mota Pérez, Erick Jorge (Cuba) Licenciado en Física, egresado de la Facultad de Física, Universidad de la Habana.

Premios: Premio Guaicán de Ciencia Ficción y Fantasía 2004, convocado por el Instituto Cubano del Libro y el sitio web Guaicán Literario. Primer lugar en el concurso Ciencia Ficción 2004, convocado por la revista Juventud Técnica. Premio La Edad de Oro de literatura de ciencia ficción y/o policiaco para jóvenes 2007, convocado por la editorial Gente Nueva. Premio TauZero de Novela Corta de Fantasía y Ciencia Ficción 2008, convocado por el sitio web de igual nombre (Chile). Premio Calendario de Ciencia ficción 2009, convocado por la Asociación Hermanos Saíz.

Libros: Noveleta "Bajo Presión" editorial Gente Nueva, 2008. Colección de cuentos “Algunos recuerdos que valen la pena” ediciones Abril, 2010.

Libros en sistema printondemand, POD: La Habana Underguater, los cuentos Atom Press, 2010. La Habana Underguater, la novela Atom Press, 2010. La Habana Underguater, completa (Novela y cuentos)” Atom Press, 2010. Antologías: Cuento El centinela, antología “Secretos del futuro” editorial Sed de Belleza, 2005. Cuento Cualidades notables de la electrónica moderna, antología "Crónicas del mañana" editorial Letras Cubanas, 2008.

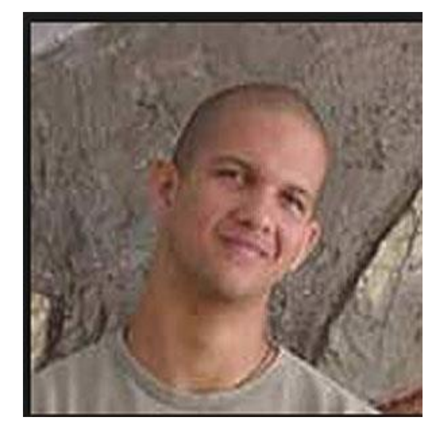
Noroña Lamas, Juan Pablo (Ciudad de La Habana, Cuba, 1973) Licenciado en Filología. Redactor-corrector de la emisora Radio Reloj. Cuentos suyos han aparecido en la antología Reino Eterno (Letras Cubanas, 2000), Crónicas del Mañana y Secretos del Futuro y en las revistas digitales de literatura fantástica y Ciencia Ficción Disparo en Red y miNatura. Fue premio en el Concurso de Cuento Breve Media-Vuelta y finalista en el Concurso Dragón y Cubaficción 2001 entre otros.



Picart Baluja, Gina (La Habana, 1956) Escritora, periodista, investigadora, crítica literaria, guionista de cine, radio y televisión.

Cursó estudios en la Escuela de Artes Plásticas San Alejandro y en la Escuela Nacional de Arte Cubanacán. Es graduada de Asesoría Literaria. Licenciada en Filología y Periodismo por la Universidad de La Habana. Se ha desempeñado como periodista cultural en Radio Metropolitana y lo hace actualmente en Radio Ciudad de La Habana. Ha colaborado con diversas publicaciones culturales de La Habana y provincias, entre ellas, la revista "Clave", especializada en musicología; la revista digital "Cubaliteraria"; la revista "Extramuros"; el diario "Granma"; la Revista Revolución y Cultura; y otras.

Obra: La poza del ángel (cuentos), Ediciones Unión, Premio de Literatura Nacional David de Ciencia Ficción 1990; Pinos Nuevos 2003. Ediciones Unión, La Habana, 1994; El druida (relatos).Editorial Extramuros, La Habana, 2000; Malevolgia (novela). Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2005; La poética del signo como voluntad y representación. Premio Luis Rogelio Nogueras de Ensayo 2005. Editorial Extramuros, La Habana 2006; La ciudad de los muertos (cuentos de tema cubano). Editorial Oriente. Oriente, 2007; Historias celtas (noveletas). Editorial Extramuros, 2007; El príncipe de los lirios (cuento) Primera mención del Concurso Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar 2007; El reino de la noche (noveletas de género). Ediciones Unión, La Habana. 2008; Oil on canvas(cuento). Premio Alejo Carpentier de Cuento 2007. Editorial Letras Cubanas, 2008.



Pérez Gallo, Víctor Hugo (Holguín, Cuba) Narrador, Sociólogo y ensayista. Premio de Cuento Escalera de papel, Santiago, 2000. Mención Premio Cuento Erótico, Camaguey, 2000. Premio NEXUS de cuento fantástico, La Habana, 2003, Premio de Cuento Corto fantástico miNatura, La Habana, 2003. Mención Premio Celestino de Cuento, Holguín, 2003. Tercer Premio de Cuento Tristán de Jesús Medina, Bayamo, 2006. Beca de Creación Sigfredo Álvarez Conesa, La Habana, 2007. Premio Oscar Hurtado de Ciencia Ficción, la Habana. 2010. Ha sido publicado en la antología de cuento erótico Nadie va a mentir (Acána, 2001), en la antología de cuento fantástico Sendero del Futuro (Sed de Belleza, 2005) y en diversas publicaciones electrónicas internacionales y

en revistas literarias cubanas. Miembro del Consejo Editorial de la revista electrónica de CF y fantasía Disparo en Red. Formó parte del segundo curso del Centro Nacional de Narradores Onelio Jorge Cardoso. Tiene inédita su novela El mar por el fondo. Actualmente trabaja de profesor universitario en la Universidad de Moa.

Dirige un taller literario con adolescentes que viven en las montañas, en la comunidad de Farallones y otro en la universidad de Moa. Forma parte de la Asociación Hermanos Saiz (AHS).

Sánchez Gómez, José Miguel "Yoss" (La Habana, Cuba, 1969) Licenciado en Ciencias Biológicas por la Universidad de La Habana en 1991. Comenzó a escribir a los quince años, con su incorporación a los Talleres Literarios.



Principales premios obtenidos: Premio de cuento de ciencia ficción de la revista cubana Juventud Técnica, 1988; Premio David de ciencia ficción 1988 con el libro de cuentos Timshel (publicado por Editorial UNION, 1989); Premio Plaza de ciencia ficción, 1990; Premio de cuento de la revista cubana Revolución y Cultura 1992 con Las avispas no saben llorar (publicado en la misma revista, 1992; Anuario de Narrativa de la UNEAC, 1994); Premio de cuento Ernest Hemingway, 1993; Mención en el Premio UNEAC de novela Cirilo Villaverde 1993 con La cáscara de los perdedores; Finalista en el Premio Casa de las Américas de novela 1994 con Jugando a rumiarse el tiempo; Vencedor en la segunda convocatoria del concurso Los Pinos Nuevos, 1995, con el libro de cuentos W, (publicado por Editorial Letras Cubanas, Colección Cemí, 1997); Mención en el Premio UNEAC de cuento Luis Felipe Rodríguez, 1995; Mención en el Premio de cuento de la revista La Gaceta de Cuba, 1996; Premio de Cuento de Amor de Las Tunas 1998, con Círculos del dolor (publicado en la antología Otra vez todo el amor, 2000; y en las revistas Cúpulas, cubana, 2000, y Capital, italiana, 2000); Premio Luis Rogelio Nogueras de ciencia-ficción 1998, con Los pecios y los naúfragos, (publicado por Ediciones Extramuros, 2000); Premio Aquelarre 2001 de texto humorístico, con Las chimeneas (cuento de ciencia ficción) (Publicado en la revista Limes (Italia) 2004, y en la selección de cuentos La causa che rinfresca e altre meraviglie cubane. Edizione Estemporanee, 2006); Premio

Farraluque de cuento erótico 2002, con El infinito en un triángulo; Premio de novela corta de ciencia ficción de la Universidad de Carlos III, Madrid, Getafe (España), 2002, con XXXXX…L. (Publicado por la editorial universitaria homónima, 2004); Mención especial (ex-aequo) en el Premio UPC de Novela Corta de ciencia ficción 2003 (España) por Polvo rojo (publicado por Ediciones B, Colección Nova en el volumen Los Premios UPC 2003, 2004); Premio Calendario de la AHS en ciencia ficción 2004 por el libro de cuentos Precio justo (publicado por la Editorial Abril, 2006); Premio Domingo Santos de cuento de ciencia ficción (España) 2005 por Morfeo verdugo; Tercer premio de cuento Casa de Teatro (República Dominicana) 2006 por El puente rojo.

Victoria Dueñas, Sigrid (Ciudad de La Habana, 1980) Escritora, animadora del ICAIC. Curso de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso (2004- 2005). Habla japonés.

Premios y publicaciones: Premio Calendario de Literatura Infantil del 2003. Obra premiada: "Los Noseniqué tienen la panza rayada". Publicado por la Editorial Abril, 2005; Premio Dinosaurio, Categoría Infantil otorgada por la Editorial Gente Nueva, 2004. Publicado en la antología "La irreverencia y otros cuentos", Ediciones Luminarias, 2005; Antología "Secretos del Futuro", cuento "Motita y el Agua". Editorial Sed de Belleza, 2005; Beca de Creación "La Noche", otorgada por la AHS; "El inicio del Cuento", Editorial Oriente, 2007; Primera Mención del Concurso "Edad de Oro 2009", libro "Ciudad en Red"; Primer lugar del16 Concurso de Oratoria de La Habana, categoría 1, Facultad de Lenguas Extranjeras de la Universidad de la Habana, Network Sakura, Embajada de Japón y la Casa de Asia, 2011; "Ciudad en Red", Editorial Gente Nueva, 2012; Antología "Retoño de Almendro", Editorial La Luz, 2013.



Vilar Madruga, Elaine (Ciudad de La Habana, 1989) Narradora, poeta y dramaturga. Estudiante de Dramaturgia del Instituto Superior de Arte. Graduada de Nivel Medio de Música en la especialidad de guitarra clásica. Graduada del XI Curso de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Miembro de la AHS. Coordinadora y fundadora del Taller de Literatura Fantástica Espacio Abierto. Entre sus premios se encuentran: mención en el Concurso Iberoamericano de Relatos BBVA- Casa de América 2007, ganadora del



Decimosegundo premio “Indio Naborí 2008” de décima. Mención Especial del David 2009 de poesía y del Calendario (ciencia-ficción 2006, poesía y narrativa infantil 2009), ganadora del Premio Extraordinario del Concurso Internacional “Garzón Céspedes” 2008, Segundo Premio de Cuento Juventud Técnica 2008, 2009 y 2012, Premio Internacional de Poesía Fantástica Minatura 2009, Caballo de Fuego de poesía 2009, de la Beca de creación La Noche 2010, Primer Premio del Concurso Internacional de Cartas de Amor 2010 “Escribanía Dollz”, del Premio Farraluque de Poesía Erótica (2011 y 2013), mención del Luis Rogelio Nogueras de ciencia ficción 2010, Premio de Poesía Especulativa “Oscar Hurtado 2011”, Segundo Premio Internacional de poesía mitológica “Evohé La Revelación 2011”, mención en el concurso de poesía Benito Pérez Galdós 2011, Primera Mención del Premio Colateral Nuestro Tiempo del Concurso de Cuento “Ernest Hemingway 2011”, finalista del I Certamen Internacional de Relato Fantástico “Descubriendo Nuevos Mundos”, en la categoría de relato largo; ganadora del Segundo Premio del III Certamen Internacional de Poesía “El mundo lleva alas”, mención del XVI concurso literario Ciudad del Ché de poesía, Premio Especial de monólogo teatral hiperbreve del certamen “Garzón Céspedes 2011”, Premio de Dramaturgia Elsinor 2012, Mención en el concurso Celestino de cuentos 2012, Accésit del II Concurso Internacional de Novela Oscar Wilde 2012, Premio (modalidad de castellano) del I Certamen Internacional de Cuentos Infantiles Carmen Ros 2012, Primera Mención del Concurso de Cuento “Ernest Hemingway” 2012, Mención honrosa del Concurso Hispano-Americano de Poesía "Gabriela 2012", de poesía de temática amorosa, Segundo Premio Internacional de Tanka Grau Miró 2012, Premio del IV Concurso de Glosa Jesús Orta Ruiz 2012, Premio de cuento breve para adultos de los XI Juegos Florales del Tercer Milenio 2012. Además, conquista los Premios Internacionales del certamen “Garzón Céspedes” 2012 de microficción dramatúrgica, soliloquio teatral hiperbreve, monólogo teatral hiperbreve, y monoteatro sin palabras hiperbreve. Obtiene el I Accésit Thalía de Dramaturgia del Certamen Internacional de Teatro AIREL ART(E) T(H)EATRO XXI del año 2013, por la obra Alter Medea.

En el 2013, alcanza el Premio Calendario de ciencia-ficción, con la noveleta Salomé, y el Premio Calendario de literatura infantil y juvenil, con el libro de cuentos Dime, bruja que destellas; así como el Premio Pinos Nuevos de Narrativa, con el texto La hembra alfa.

Ha organizado los Eventos Teóricos de Arte y Literatura Fantástica "Behíque 2009", así como las dos ediciones de "Espacio Abierto 2010, 2011, 2012 y 2013." Co-editora de la revista de literatura de Ciencia- ficción y Fantasía cubana "Korad".

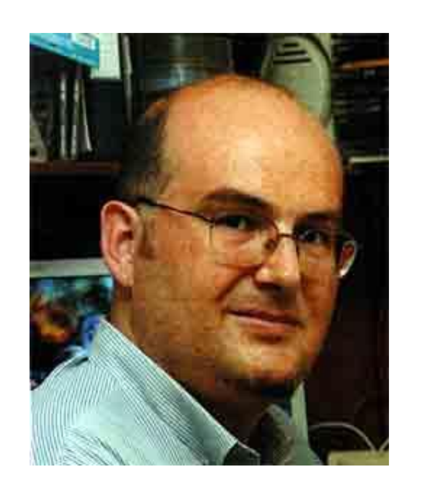
Ha publicado la novela Al límite de los Olivos, Editorial Extramuros 2009; Axis Mundi: antología de cuentos cubanos de fantasía, Editorial Gente Nueva 2012.

Su obra ha sido publicada en diversas antologías en España, Inglaterra, Italia, Venezuela, Argentina, Uruguay, México, Estados Unidos, Chile, Brasil, Puerto Rico y Cuba.

Ilustradores:

Pág. 153 **Ballester Zuaznábar, Abel (Colón, Matanzas; 1975)** *Ver Escritores.*

Pág. 123, 129 **Belushi, Pedro (Madrid, España, 1965)** Ilustrador de portadas de libros, comic y dibujos animados y fanzines tales como: Bucanero o miNatura. Su trabajo se ha exhibido en festivales internacionales tales como: The Great Challenge: Amnesty International, The Cartoon Art Trust and Index on Censorship. South Bank, Londres (1998) o Eurohumor; biennale del sorriso (Borgo San dalmazzo, Cuneo. Italia); XIII exhibición Internacional de Humor Gráfico: Fundación de la Universidad de Alcalá de Henares. Madrid. España; Rivas com.arteRivasVaciamdrid. Madrid, España. (2006). Premio: Melocotón Mecánico (2006).



Pág. 149, 152 **Carper, Mario César (San Fernando, Buenos Aires, Argentina)** Escritor, ilustrador, guionista y dibujante de cómics.

Su formación incluye guion y dibujo de historietas, Plástica y



Diseño de Interiores. Participa en los talleres literarios Los Forjadores y Taller Siete y colabora como ilustrador de portadas y relatos con las revistas Alfa Eridiani, Axxón, miNatura (cuya portada gano el Iº Premio de Ilustración del IIº PIEE 2009), La Biblioteca Fosca, NGC 3660, Aurora Bitzine, Crónicas de la Forja, NM, Próxima, editada en papel por Ediciones Ayarmanot.

http://carpermc.blogspot.com.es/?zx=fb0f025a1969212f

Pág. 59, 244 **Castelló Escrig, Rafa (Castellón de La Plana, España, 1969)** Graduado en la Escuela de Artes y Oficios de Castellón en la especialidad de Diseño Gráfico (1993). Cartelista, ilustrador y artista plástico, en la actualidad compagina su trabajo en la administración local en un pequeño ayuntamiento de la provincia de Castellón con su trabajo creativo. Recientemente ha participado con la exposición de sus dibujos y pinturas en la Iª Mostra Tradicional de Sant Joan de Moró (Castellón) y en la 16ª Edición de la Feria de Arte "PASEARTE" en Castellón de la Plana.

http://lafabricaonirica.blogspot.com/

Pág. 11 **Charro Martínez, Javier (León, España, 1980)** se traslada a Las Palmas de G.C. con pocos meses de edad. A través de su padre, pintor en su juventud, inicia su pasión por el arte pictórico. Su hermano y él comparten aficiones y pasan las horas dibujando, influenciados por el arte fantástico y el cómic americano.



Tras colaborar en un corto de animación, en 2003 comienza a publicar ilustraciones para juegos de rol. Desde ese momento comienza a trabajar como ilustrador freelance, compaginándolo con la carrera de arquitectura.

En 2006 se establece en Madrid trabajando como arquitecto creativo en el conocido estudio español A-cero mientras continúa su carrera como ilustrador. Es en verano de 2010 cuando decide centrarse definitivamente en la ilustración,

iniciando nuevos proyectos y abarcando un mayor número de encargos.

Colaboraciones: Fantasy Flight Games (U.S.A.), Dream Pod 9 (U.S.A.), Glu Mobile Inc. (U.S.A.), Cryptozoic (U.S.A.), Namco Bandai Games (Japan), Hammerdog Games (U.S.A.), Mongoose Publishing (U.K.), Moon Design Publications (U.K.), Kelestia Productions (U.K.), Hero Games (U.S.A.), Mythic Dreams/Crafty Games (U.S.A.), Team Jabbwerocky (U.S.A.), Holocubierta (España), Editorial Sombra (España), Mundos Épicos (España), Dobleuve comunicación S.L. (España).

http://www.charroart.com

http://charroart.blogspot.com

http://nd30.blogspot.com



Pág. 171, 186 **Colucci, Alejandro (Uruguay, 1966)** Nacido en una familia de inmigrantes italianos, Alejandro Colucci ha trabajado desde 1990 en el mercado publicitario y editorial como ilustrador y diseñador gráfico. En 2000 triunfa en la categoría ilustración en el Primer concurso de comics de Argentina.

En 2002 abandona la publicidad y se traslada a Barcelona con su familia, donde reside actualmente. Sus ilustraciones para el Ayuntamiento de Barcelona en 2007 resultan galardonadas con el Grand Laus, premio a la calidad del diseño gráfico. En 2009 es seleccionado por la editorial Taschen para formar parte de su prestigiosa publicación Illustration Now! y recientemente ha obtenido el premio Scifiworld a la mejor ilustración de 2011.

Sus ilustraciones y portadas de libros han sido utilizadas por grupos editoriales en más de 15 países. En 2011 Dolmen Books ha publicado el libro El arte de Alejandro Colucci que recopila muchos de sus mejores trabajos.

Alejandro trabaja con técnicas tradicionales y digitales, según los requerimientos de la obra a representar.

Desde 2009 su empresa Epica Prima es la representante de su obra: www.epicaprima.com

Pág. 204 Devon, Zelda (EE.UU., 1978) image visualizer de Brooklyn, New York. Trabajo desde hace seis años en este trabajo, convertir cada objeto en una historia mágica aplicada a la promoción y la publicidad.



Enfocado en enriquecer la imagen de cualquier producto, desde un storyboard, la portada de un disco, libro, envoltorio diseñado a un chocolate o una sopa.

http://zeldadevon.com/

Pág. 85 Días, Aquiles (Portugal, 24 años) aspirante a concept artist. Pinto dinosaurios desde pequeño y me encantan los videos juegos y la psicología. Llevo estudiando arte conceptual gracias a un programa en la escuela. Mi especialidad son las armas/ armaduras, contar historias. Trabajo en un proyecto personal con mi amigo David Galopim, un mundo alternative llamado The Obsera Prophecies.

Pág. 288 Ernault, Geoffrey (París, Francia) concept artist. También conocido como *Exphrasis*.

Desde muy joven sintió verdadera pasión por el modelado en 3D. A los 16 años adquirió su primer Wacom Tablet, como artista auto-didacta desarrollo su propia curiosidad por este arte.

2010: Entra en el instituto superior de artes aplicadas (LISAA) en París, en un curso de video juegos y diseño, y continua estudiando allí.

También le gusta toca el bajo, música (electrónica, metal rock alternativo e industrial), diseño de sonidos, buceo extremo, viajar y la fotografía.

Sus inspiraciones artísticas han sido Mathias verhasselt, Sparth, Luke Mancini,Andree Wallin entre otros.

"Todo viene hacia ti mientras esperas, y esa práctica, pasión y dedicación hacen la perfección"

http://cargocollective.com/exphrasis

http://exphrasis.deviantart.com



Pág. 177 **Faini, Edvige (Milán, Italia)** Concept Artist.

Se enfoca principalmente hacia Concept Design, Matte Painting y diseño de ambientes para filmes EDFF (Environment Design for films), juegos, comerciales y otros medios de comunicación. Luego de terminar sus estudios en Gnomon School en la gama de efectos Visuales comenzo a colaborar con diferentes productoras: New Fuel Studio , y the Aaron Sims Company.

Graduada del Instituto Europeo de Diseño (Milán) en Visual Communication and Illustration. También estudio Bellas Artes en el la academia de Brera (Milán) y técnicas fotográficas en Forma Foundation for Photography. Ha colaborado freelance en diferentes publicaciones como ilustradora. Ha trabajado como directora artistica en el campo de la publicidad.

En la actualidad vive en Singapur trabajando como concept design para Ubisoft.

http://edvigefaini.com/

Pág. 162 **Gabelko, Bogdan (Balakovo, Saratov, Rusia)** Creador de personajes 3D. Trabaja para Blizzard. Actualmente reside en Irvine (California).

http://bogdanbl4.deviantart.com/



Pág. 255, 256 **Gastañaga, Ángel Benito (Vitoria-Gasteiz, España, 1962)** dibujante, pintor, diseñador e ilustrador, y ha participado con sus obras en diversas exposiciones colectivas e individuales. Sus trabajos abarcan desde la creación de libros ilustrados, la pintura, el cómic hasta diseños para el mundo del teatro, la arqueología y medios audiovisuales. Entre sus obras

publicadas destacan "Numancia, estrella del crepúsculo", de Editorial Sauré, y "Angélica, entre el cielo y la tierra" de Norma Editorial. En la página www.angelbenito.com se puede ver una amplia muestra de sus trabajos.

http://www.angelbenito.com



Pág. 46 **Gionis, Anastasios (Sofikón, Korinthia, Grecia, 1979)** Animación, Modelaje, escultura 3D e ilustración. Graduado en Gnomon School of Visual Effects (2005). Actualmente reside en San Pedro (Los Ángeles, EE.UU.).

Colaboraciones: Hero creatures and environments on "The Seventh Son"; Creatures and extras on "RIPD"; Sculpting, modeling and design on the bridge troll and fairies for "Snow White and The Huntsman"; Dragonbat in "Cabin in The Woods"; Characters on "X-men: First Class"; Easter Bunny and EB Dad on "Hop".

http://stillenacht.deviantart.com/

Pág. 113 **González Gómez, Jonathan (Santa Cruz de Tenerife, Islas Canarias, España, 1985)** Freelance Concept artista.

http://brotherostavia.deviantart.com/

Pág. 93 **Guan Yu Chen (Taipéi, República de China)** ilustrador freelance.

http://kyzylhum.deviantart.com/

http://kyzylhum.cghub.com/

Pág. 145 **Inshoo (Mokpo, Jeollanam-do, Corea del Sur, 1985)** Concept artista y creador de juegos.

http://shaonav.blog.me/

Pág. 01 **Korpi, Tuomas (Finlandia, 1985)** ilustrador, diseñador de producción y pintor mate. He trabajado profesionalmente en la industria del entretenimiento y la publicidad desde 2005. Antes estudié arquitectura en la Universidad Tecnológica de Helsinki.



Durante los últimos tres años he trabajado como ilustrador, diseñador y director visual en Studio Piñata.

Siempre he sido una mente curiosa: interesado en la historia, la naturaleza y las diferentes culturas. Constantemente estoy abierto a nuevas cosas, absorber información y tratando de encontrar nuevas historias, lugares y experiencias visuales que me inspiran.

En mi propio arte no estoy limitado en un estilo o tema - me esfuerzo para comprender muchos estilos y mezclar distintas técnicas y enfoques juntos. Sin embargo, combinando el estilo impresionista vivos y la iluminación con los medios digitales y el diseño de entorno es además probablemente mi fuerte. Me gusta pensar que mis trabajos más personales como fotogramas de películas todavía-a-ser-hechas que dejan al espectador un montón de espacio para su propia imaginación. ¡Siempre hay pequeñas historias que suceden en los detalles o en el fondo, no son sólo imágenes bonitas todo el tiempo!

En mi tiempo libre me encanta cocinar y montar bicicleta. También soy un miembro regular del grupo Sketch Helsinki, reunirnos cada domingo a mezclarse, comer y dibujar.

http://www.tuomaskorpi.com/



Pág. 209, 211 **Komixmaster (Colombia)** Ilustrador y dibujante de cómics. Investiga y experimenta diferentes técnicas de ilustración y 3D. Sus trabajos pueden verse publicados en Revistas Electrónicas de Ciencia Ficción como REVISTA 2001 de Ciencia Ficción y Terror del Equipo SIRIUS de Madrid, Dibujante de Mundo Robot, Korad (Cuba), miNatura (España) y Planetas Prohibidos (España).

Pág. 132 **Lee, Evan (Taiwán, 1982)** concept artist e ilustrador. Actualmente reside en Los Ángeles (California, EE.UU.).

http://www.evanartweb.com/about.html

Pág. 233 **Lunter, Titus (Breda, Holanda, 1986)** Concept Artist.

Graduado en International Game Architecture and Design (2010).



Ha colaborado para: SCEE / Guerilla: Killzone Mercenary; Vanguard Entertainment, previously W! Games – Concept art Internship for Gatling Gears; Abstraction Games – Freelance storyboard y creador de personajes para undisclosed projects; Rebellion /

Konami, Concept Artist for NeverDead; Freelance: Fantasy Flight Games (Lord of the Rings TCG), Dreamfire Games (Monsters VS Pirates), Dungeoneers.

Publicaciones: Digital Art Masters 4, Published by Elsevier; Exotique 5, Published by Ballistic; Exotique 6, Published by Ballistic; Advanced Photoshop Magazine (Alemania, junio, 2010); Photoshop Creative Magazine (Alemania, octubre, 2010); Photoshop Creative Magazine (Alemania, noviembre, 2010); ImagineFX Magazine (agosto, 2011); Ganador del 3D total Excellence

Premios: Drilling Core; Invasion; Sacrament; End of the Earth.

Web: http://u2644.deviantart.com/

http://u2644.cghub.com/

www.livestream.com/u2644

Pág. 168 **Moffitt, Chris (Arlington, Texas, EE.UU.)** Modelador 3D.

http://muppetworks.blogspot.com.es/

Pág. 54 **Or, Gal (Israel)** dibujo, pintura y diseño.

http://www.galorart.com

http://galorart.blogspot.com

http://halftonechronicles.tumblr.com

Pág. 21 **Pavelec, Jim (San Luis, Misiuri, EE.UU.)** ilustrador freelance. Desde hace más de quince años ha estado colaborando en diferentes proyectos que incluyen desde Star

Wars, World of Warcraft, Magic: The Gathering, and Dungeons & Dragons y contribuyendo regularmente con Imagine FX magazine.

He escrito e ilustrado cuatro libros para Impact Books. He wrote Hell Beasts, y co-escrito Wreaking Havoc: How to Create Fantasy Warriors y Wicked Weapons and How to Draw Blood-Sucking Monsters and Vampires. Ink bloom marco su debut como escritor de cf en 2010.

Su ultimo art-book es Hymns & Wretched Offerings To The Golden Ones.

A ilustrado diversas portadas para Dark Horse Comics' Eerie y Creepy.

http://www.jimpavelec.com/

Pág. 36 **Powell, Jonathan (EE.UU.)** a recent High School graduate, working as a freelance concept artist in the entertainment industry. I began pursuing a career as a concept artist as early as 15 years old and hope to continue my efforts at the renowned art and design school Art Center College of Design in Pasadena, California.

http://jonathanpowell.daportfolio.com/



Pág. 73 **Rafater (España)** ilustrador y músico que ha podido hacer de sus aficiones su profesión. Todo ello gracias a las nuevas tecnologías. A pesar de haber estudiado Bellas Artes en la Universitat de Barcelona y haber hecho un Máster más orientado a la producción musical en la Universitat Pompeu Fabra, no es hasta hace 8 años cuando descubre por primera vez el arte digital trabajando de diseñador gráfico. Ahí es cuando se le abre un nuevo mundo lleno de nuevas posibilidades. Es a partir de 2009 cuando decide dedicarse exclusivamente a la ilustración y alternarlo con algunos trabajos de composición musical. Este esfuerzo y dedicación, se ven recompensados en 2012, donde presenta en el Comic Con de San Diego (California), considerado el evento de cómics más importante del mundo, el juego de cartas Terrorist Atack Game, donde, además de hacer 105 ilustraciones, compone 15 temas musicales para la banda sonora que acompaña la caja.

Hace tan solo dos meses que vio la luz su primer libro de ilustraciones titulado EROS: The sexiest art of Rafater publicado por Ediciones Babylon. EROS es un recopilatorio de sus dibujos más sensuales. Podemos encontrar también algunos tutoriales donde nos enseña las técnicas que utiliza para la elaboración de sus ilustraciones y también una nueva reinterpretación de los cuentos clásicos de los hermanos Grimm, que no están precisamente dirigidos a un público infantil.

Actualmente alterna su papel de artista gráfico para la mencionada Ediciones Babylon con la preparación de su segundo libro de ilustraciones, junto con la escritora mallorquina Cristina Puig, para la editorial barcelonesa Norma Editorial. El libro incluye una historia relacionada con los vampiros y tiene una estética oscura y gótica. Rafater está trabajando en 50 dibujos y 10 temas musicales de corte heavy, que acompañarán al libro.

Además, trabaja como artista conceptual para un videojuego llamado Dark Triad: Conspiracy, un CRPG ambientado en la época medieval donde realiza tareas que van desde el diseño de personajes o ambientaciones hasta el diseño del logo y la interfaz.

Y como que no tiene suficiente con todo eso, también da clases de arte digital en una academia de Salt (Girona) y ha comenzado a hacer talleres por otras ciudades españolas.

Y, ¿de dónde saca tiempo para hacer todo esto? Nosotros tampoco lo sabemos. Creemos que no le dejan salir de casa. Hay gente que dice que se le vio en el último Salón del Comic de Barcelona firmando ejemplares de EROS y haciendo una clase magistral, pero creemos que ésto es solo una leyenda.

http://www.rafater.com/

Pág. 108, 112 **Raphaello Art** ilustrador.

https://www.facebook.com/raphaello.creation

Pág. 97, 136 **Stanculescu, Lucian (Deva, Rumania, 1982**) Graduado en Ciencia Físicas de la Université Claude Bernard Lyon.

Estudió Mecánica Cuántica en la Universidad de Toronto. Su Master en Ciencias aplicada a los ordenadores (en progreso) ha influido en la creación de su universo artístico,

así como la precisión matemática. Sin discriminar entre el dibujo, la escultura y el diseño informático

El individuo resuelve los conceptos que le rodean como mortalidad/ inmortalidad, perfección/ imperfección, tiempo/ atemporalidad, determinismo/ indeterminismo, en un amplio duelo con la geometría de los objetos, la caligrafía de las fuerzas y el fluido de los colores.

Prefiero un estado de hiperlucidez a perderme en los sueños de las fuerzas creativas.

Actualmente vive en Lyon.

Webs site: http://resonanceone.com

http://negativefeedback.deviantart.com

http://resonanceone.com/hypnothalamus



Pág. 65 Uccelli, Valeria (Italia/ Argentina, 29 años) casada, tengo dos hijos, nací en Italia pero me trajeron a Argentina muy pequeña (meses de edad). Mis padres murieron cuando yo tenía 9 años. Viví con mis abuelos, que son argentinos. Trabajo en una panadería y repostería. Comencé a dibujar en computadora, usando fotos y procesos digitales... y sigo dibujando en computadora; a mano intenté, pero no me sale nada bueno. Me gusta mucho la naturaleza, vivo en un barrio con mucho verde y plantas y jardines y me moriría viviendo dentro de paredes de cemento. Estudié hasta la mitad del secundario, nada más, y ahora estoy terminándolo gracias a un plan del gobierno. Me gusta la música variada, aunque disfruto más la cumbia que el rock.



Pág. 80, 140 Urschel, Jan (Múnich, Alemania) concept Designer en Ubisoft Singapore, Freelance Concept Designer en Hendrix Design, Instructor en LASALLE College of the Arts. Ha estudiado en FZD School of Design, Ludwig-Maximilians Universität München y Osaka University. Actualmente reside en Singapur.

Clientes: Certain Affinity, MKVFX, Digital Frontier Inc., Weststudio, ImagineFX (Future Publishing Ltd.), InTalentMedia LLC.

http://www.hendrix-design.com

Pág. 31 **YongSub-Noh (Buan, Jeollabuk-do, Corea del Sur)** ilustrador, concept artista, creador de juegos.

http://yong.cghub.com/

Pág. 228 **Williams, Allen (San Francisco, California, EE.UU.)** freelance, ilustrador y concept artist.

http://ijustdraw.com/

http://ijustdraw.blogspot.com.es/

Pág. 61 **Zawadzki, Dariusz (Szczecin, Polonia, 1958)** Desde su primera infancia poseía una sensibilidad inusual al mundo circundante. Sus obras son ampliamente admiradas por ser capaz de estremecer profundamente a los espectadores, tanto con los sentimientos y las emociones, así como una gran atención a los detalles pictóricos. Su estilo artístico es excepcional, y en la gran tradición de los maestros polacos contemporáneos, como Zdzislaw Beksinski.



Pinta con una mezcla de aceites y acrílicos, por lo general en el tablero aglomerado. Sus pinturas tienen una textura maravillosa, destaca por su notable imaginería y la paleta. También un escultor consumado.

Nunca uso un cuaderno de dibujo, porque no quiero forzarme a reproducir en una pintura de algo que ya se puso en el papel. El momento más hermoso es cuando estoy de pie delante de un fondo blanco, cuando estoy empezando a pintar.

http://22zddr.deviantart.com/

http://morpheusgallery.com/Dariusz+Zawadzki/

